



Lemir 26 (2022) - Textos: 107-404

ISSN: 1579-735X

# FÉLIX LOPE DE VEGA CARPIO

## PASTORES DE BELÉN



Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO

## ADVERTENCIA

PARA preparar esta sencilla edición electrónica de los *Pastores de Belén* he tenido a la vista, además de la *editio princeps* de Madrid-1612, las de Lérida-1612 y Bruselas-1614. Mi borrador ha sido la estampada por Antonio Sancha en 1778, tratadas ofimáticamente sus páginas para obtener un fichero de texto editable que he constratado con el ejemplar *Coms. 7-A-208* de la Bbtca de la RAE.

Del prólogo de la cuidada edición de Sancha (Tomo XVI de la *Colección de las obras sueltas... de Frey Lope Félix de Vega Carpio*) se desprende que desconocía la *princeps* de Madrid-1612, pero llegó a intuirlo: «La primera impression creo que se hizo en Madrid en MDCXII, pues de este año son la licencia, aprobaciones y fee de erratas insertas en la de Lerida publicada en el año siguiente... por Luis Manescal». En realidad, Luis estampó una sola tirada con dos pies de imprenta (véanse las figuras siguientes), y cabe pensar que él y Miguel acordaron repartir los costes y luego comercializar sus ejemplares en distintos territorios de la Corona de Aragón, donde mantenían buenas relaciones con otros impresores y libreros, en especial con el barcelonés Gerónimo Margarit.

La edición de Sancha no especifica que otra tomó como modelo (probablemente la de Lérida-1612), pero resulta muy válida, excepto alguna que otra adición textual de poca monta (p. ej.: 'hija' -> 'bellísima hija') que espero haber detectado y suprimido en su totalidad, como también espero haber limpiado el texto de todos los artefactos introducidos en la digitalización.

En definitiva, mi texto electrónico sigue la *princeps* de Madrid-1612, estampada por Juan de la Cuesta a cuenta del conocido librero Alonso\* Pérez. Fue una edición en 8º, bien puntuada (para el uso de la época) y con poquísimas erratas. Los ejemplares contenían 86 pliegos (2 de preliminares + 84 de texto), es decir, 344 folios (8 + 335 + 1 bl.), y se estamparon en dos meses y medio (la Fe de erratas se fechó a 8 de febrero, y por carta de Lope al Duque de Sessa sabemos que la estampación se inició la última semana de noviembre). El precio de venta se estableció en 344 maravedís, unos 10 reales de plata.

E. S. F.

Barcelona, abril 2011

\*'Álvaro' en algunos ejemplares (p. ej., el R/76339 de la Bbtca. Mcpal. de Madrid).

PASTORES  
DE BELEN,  
PROSAS, Y VER-  
SOS DIVINOS DE LOPE  
de Vega Carpio.

*Dirigidos à Carlos Felix  
su hijo.*



CON LICENCIA DEL ORDINARIO.  

---

En Lerida, A costa de Miguel Manescal.  
mercader de Libros.

PASTORES  
DE BELEN,  
PROSAS, Y VER-  
SOS DIVINOS DE LOPE  
de Vega Carpio.

*Dirigidos à Carlos Felix  
su hijo.*

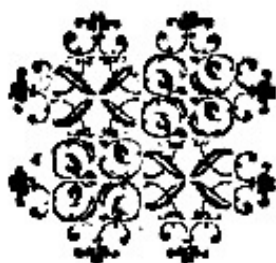


CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

En Lerida, Por Luys Manescal,  
mercader de Libros.

PASTORES  
D B  
B E L E N,  
PROSAS Y VERSOS  
DIVINOS, DE LOPE DE  
VEGA CARPIO.

*Dirigidos à Carlos Felix  
su hijo.*



EN BRVSSSELAS,  
Por Roger Velpio y Huberto Antonio,  
cerca de Palacio, año de 1614.

---

*Con privilegio.*

## ÍNDICE

Dedicatoria .....	120
Prólogo.....	121
Introducción.....	123
Libro Primero.....	127
Libro Segundo .....	186
Libro Tercero.....	257
Libro Cuarto.....	320
Libro Quinto .....	368
Belardo a la zampona .....	403



PASTORES  
DE BELÉN,  
PROSAS, Y VERSOS DIVI-  
nos de Lope de Vega Carpio.

*Dirigidos a Carlos Felix  
su hijo.*

IESVS SANCTISSIMÆ



DIGNARE ME

LAVDARE TE

ALLELUIA.

En Madrid, por Ioan de la Cuesta, año de 1618.

Vendese en casa de Alonso Perez mercader de libros.

## TASA

**Y**O Miguel de Ondarza Zabala, escribano de Cámara del Rey nuestro señor, de los que residen en su Consejo, doy fe que, habiéndose visto por los señores del dicho Consejo un libro que con su licencia ha sido impreso, intitulado *Pastores de Belén*, compuesto por Lope de Vega Carpio, le tasaron a cuatro maravedís el pliego, y a este precio, y no más, mandaron se venda, y que esta fe se ponga al principio de cada cuerpo de los que fueren impresos, para que se sepa el precio en que está tasado. Y para que dello conste, de pedimiento del dicho Lope de Vega y mandado de los dichos señores, di la presente en Madrid a nueve de febrero de mil y seiscientos y doce años, y, en fe dello, lo firmé.

Miguel de Ondarza Zabala

## SUMA DEL PRIVILEGIO

**T**IENE licencia y privilegio Lope de Vega Carpio para imprimir el libro intitulado *Pastores de Belén* por tiempo de diez años. Dado en Madrid, ante Jorge de Tovar, a dos de diciembre de 1611 años.

## FE DE ERRATAS

**E**N este libro, intitulado *Pastores de Belén*, compuesto por el insigne Lope de Vega Carpio, no hay cosa digna de notar que no corresponda a su original. En Madrid, a ocho de febrero de 1612.

El Licenciado Murcia de la Llana

APROBACIÓN DEL DOCTÍSIMO PADRE EN LETRAS DIVINAS Y HUMANAS JUAN LUIS DE LA CERDA,  
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

**S**ENATVS Supremi iussu *Pastorum Bethleemiticorum* librum, Lopio Foelice de Vega Carpio auctore perlegi, in quo non solum aliquid Fidei dissonum animadverti, potius virtuti, probisque moribus convenientia esse cuncta decrevi: divino enim prope elegantissimorum (uti adsolet) carminum numine divinorum Numinum Bucolica per agit; quibus fessam mortalium (proh dolor!) voluptatem non recreat solum, sed et attollit: quam obrem dignum, qui calchographiae mandetur, serio iudico. In Mantuano Societatis Iesu Gymnasio, 15 Novemb., anno Christiano 1611.

Ioannes Ludovicus de la Cerda



## DE FERNANDO BERMÚDEZ CARVAJAL

**Y**A con celoso desdén  
mira Arcadia sus pastores,  
Vega, trasponer tus flores  
a los campos de Belén.  
Mas es consuelo también,  
cuando de sí más presume,  
que en esta divina suma  
(primicias del bien secreto)  
aventajaste el sujeto,  
que era imposible la pluma.

## DE LEONARDO<sup>1</sup> MÉNDEZ NIETO

**S**I a aqueste Niño que es Dios  
por la fe no conociera,  
vós le pintáis de manera  
que le adorara por vós.  
Y pues así manifiesta  
vuestra pluma nuestro bien,  
nuestros pastores también  
os hagan a vós la fiesta.

## DE JUAN DE PIÑA, FAMILIAR DEL SANTO OFICIO

**L**OPE, vós solo en el mundo,  
y solo en el cielo Apolo,  
sois el Sol, y vós el solo,  
sin primero ni segundo.  
Pero no fuera cruel  
Dafne si pastor os viera;  
que con vós pienso que fuera  
antes Laura que laurel.  
Y lo que os ama se arguya  
de que estima su belleza  
más de honrar vuestra cabeza  
que vós lo estáis de la suya.

1.- Orig: 'Leornado' (IIIv).

Véese en tan nuevos amores  
 la piedad de vuestro celo,  
 que, como tratáis del Cielo,  
 del Cielo son los *Pastores*.  
 Y agora se dirá bien  
 (pues la envidia no lo niega)  
 que van de Lope de Vega  
 los *Pastores de Belén*.

### DON TOMÁS TAMAYO DE VARGAS

**D**E pastor a pastor va  
 lo que va de amor a amor,  
 ya sois divino pastor,  
 como Amor divino es ya.  
 Bien que la ventaja da  
 a éste el profano imagino;  
 mas no sé por qué camino  
 está, Lope, en vuestra mano,  
 siendo tan perfeto humano,  
 ser tan perfeto divino.

### ELISIO POR LOS PASTORES DE BELÉN

**T**AN al vivo habéis pintado,  
 Lope de Vega, a Belén,  
 que por su pastor también  
 desde hoy quedáis confirmado.  
 De todos queda aprobado  
 lo que de todos sentís;  
 pero cuando describís  
 al Niño Dios, pienso yo  
 que el Ángel que nos habló  
 os dijo lo que decís.

### DE NECTALVO, PASTOR DE BELÉN

**L**OPE, por ser peregrino  
 en cuanto hacéis y decís,  
 vós a vós os traducís  
 de lo humano a lo divino.

Siempre fue vuestro camino  
del niño Amor el rigor;  
mas hallástele mejor  
en este pesebre echado;  
que desnudo y abrasado  
es el verdadero amor.

### DE DON ANTONIO HURTADO DE MENDOZA

**E**STAS lágrimas de Dios  
En su niñez soberana,  
Belardo, ¿qué lira humana  
las cantara como vós?  
Diversa acción de los dos,  
pues que Dios llora en el suelo,  
y vuestro piadoso celo  
cantando tal gracia encierra,  
que Dios las baja a la tierra  
y vós las subís al cielo.

### DEL DOCTOR FREY MIGUEL CEJUDO

**L**OPE, si el Cielo divino  
te obliga con fuerza tanta  
a que por la Tierra Santa  
andes siempre peregrino,  
es que por este camino  
vida los Cielos te dan.  
Años de Fenis serán  
que el tiempo jamás impida,  
pues eternizas tu vida  
en las aguas del Jordán.

### DEL LICENCIADO FERNANDO DE PANTOJA

**L**LORA Dios, y está María  
con Josef viendo llorar  
al que puede hacer parar  
la celestial armonía;  
pero es tanta el alegría  
que destos *Pastores* siente,

que se duerme blandamente,  
debiéndoos Belén a vós  
que cuando en él llora Dios  
cantéis vos tan dulcemente.

BALTASSARIS ELISII DE MEDINILLA, TOLETANI,  
LOPIO DE VEGA ADDICTISSIMI

*Epigramma*

**P**HOEBUS ut auratum roseo iubar extulit ore,  
montibus indixit, primaque fama diem,  
Gaudet ager, pratis lascivis aemula ridet  
Lympha, notis lucem garrula mulcet avis;  
Sic recinunt campo Pastores Numinis ortus  
(Vega) tuo aethereis alitibus similes.  
Ipsa, quibus lauri niveum praesepe coronant,  
non ruri, at fronti rosidaserta legunt.

LOPIVS FOELIX DE VEGA CARPIO,  
CULTORI RURIS BETHLEHEMITICI,  
LECTORI BUCOLICI DIVINI

**P**ASCUA rura, ducem cecini fera, sicca, caducum:  
foeta, alta, aeternum in<sup>2</sup> Pascua, rura ducem.

*Idem eidem*

*Si tibi ad Arcadici praecurri habitacula Panos  
hac potes Angelici panis adire domum.*

D. THOMAS TAMAIO DE VARGAS, S. D. Q.

VINCENTII MARINER, VALENTINI

*Epigramma*<sup>3</sup>

**P**RIMA *Epicharmus habet viridantia sarta Thaliae,  
quae ingenio melius perficis ipse tuo.  
Teque colunt Musae, teque ingens laudat Apollo,  
osque tuum cunctis mella dat atque melos.  
Carmina ut effundis fidibus celebrata canoris,  
audit Musa stupens, redit et ipsa tibi.  
Archilochum superas, tumidum Hipponacta relinquis,  
Euripides tragico te sequiturque pede.  
Dulcia Pisander cantavit carmina magnus,  
plurima tu, et multis das graviora modis.  
Docta fuere choro verba Anacreontis amaeni,  
splendida, sed magno sunt tua verba Iovi.  
Stat carmen nomenque tuum sine fine per orbem,  
nam Lopus vincit tempora quidquid habent.*

3.– Orig.: 'Epigrama' (VIv).

## A CARLOS FÉLIX DE VEGA

**E**STAS prosas y versos al Niño Dios se dirigen bien a vuestros tiernos años, porque si Él os concede los que yo os deseo, será bien que cuando halléis Arcadias<sup>4</sup> de pastores humanos sepáis que estos divinos escribieron mis desengaños y aquéllos mis ignorancias. Leed estas niñeces, comenzad en este *Christus*;<sup>5</sup> que él os enseñará mejor cómo habéis de pasar las vuestras. Él os guarde.<sup>6</sup>

Vuestro padre

4.– Lope publicó su novela pastoril *Arcadia* en 1598.

5.– La primera cartilla escolar, para aprender el alfabeto.

6.– Carlos Félix falleció el mismo año de 1612 a la edad de siete años. Su madre, Juana de Guardo, falleció en 1613.



## EL RÚSTICO, PASTOR DE BELÉN, A LOS LECTORES

**N**O te espantes, Lector amigo, si en estos divinos discursos no cumple nuestra rudeza con la obligación del nombre y en materias tan altas escede nuestra humilde capacidad los justos límites, pues si lo que dijimos y cantamos aquella noche visitando al soberano Niño, sujeto y argumento destas canciones y prosas, guardaba en su puro corazón su santísima Madre (como es de fe, y que las confería con las que Ella sabía, ya de los Ángeles, ya del mismo Dios, que no hay mayor encarecimiento), no podrás negarnos que eran cosas profundas, proféticas y reveladas de la divina Sabiduría, pues fueron dignas de ser guardadas en archivo donde Dios depositó las mayores virtudes y escelencias que ha dado a humana ni a angélica criatura, cuyas grandezas y sacramentos no se pueden tratar sin sublime estilo. Presupuesto lo cual, leerás sin pena lo que de las divinas y humanas letras nos oyeres; que si en esta felicísima noche florecieron los helados campos, dieron fruto los secos árboles y de las duras piedras salieron fuentes, no fue mucho que los pastores rudos hablásemos como sabios, a cuya pequeñez revela Dios sus secretos y da su gracia, resistiendo a la malicia y envidia de los soberbios.



*Marchionis de Fromista. Distichon*

*Hesperii spectare nefas sit vatibus ultra,  
non haec humanum gemme lingua sonat.*



## INTRODUCCIÓN

**S**I labios de un Profeta purifica  
 un Serafín con una brasa ardiente  
 que del altar en presto vuelo aplica,  
 para cantar tu soberano Oriente  
 toque, Señor, mi ruda lengua inculta  
 un rayo de tu sol resplandeciente.  
 Pero si agora el darle dificulta,  
 que el inclemente yelo desta fría  
 noche tu fuego inestinguible oculta,  
 ¿cómo podrá mi voz cantar el día  
 que vio la tierra tu mortal vestido  
 de las puras entrañas de María?  
 ¡Oh tú, divino Arcángel que, ceñido  
 de blanca estola, a innumerables sumas  
 de espíritus hermosos preferido,  
 cortando como cándidas espumas  
 las varias nubes, que bañaste en oro,  
 honrando el aire de purpúreas plumas,  
 y en Nazaret el virginal decoro  
 de esta pura Theotocos<sup>7</sup> turbaste,  
 cuya respuesta soberana adoro!  
 Tú, que no sólo allí la acompañaste,  
 mas desde su dichoso nacimiento  
 capitán de su guarda te nombraste;  
 Tú que a Judea fuiste, tú que atento  
 a la visita de Isabel oíste  
 su ilustre canto, su divino acento;  
 tú que después el diversorio viste,  
 y en viles pajas el Autor del cielo  
 a los rudos pastores descubriste,

7.- Madre de Dios.

ponme de aquel sagrado altar de yelo  
nieve en la boca, y las entrañas mías  
divide y tiempla del ardor del suelo;  
pon brasas en la boca de Esaías,  
y yelo en mí de aquel portal que envuelve  
todo el fuego de amor en pajas frías,  
que el sol que agora en yelo se resuelve  
mejor me dejará mirar su esfera  
que si a tomar sus puros rayos vuelve.  
Cante el divino Juan en la ribera  
del mar de Patmos el principio eterno  
del Verbo y Dios, que en el principio era.  
Pues puso el pico regalado y tierno  
en el pecho del Sol, águila hermosa,  
intrépida, en su rostro sempiterno.  
La pluma en la corriente caudalosa  
de su divinidad sacó dorada,  
pintó el Cordero, y la ciudad su esposa.  
Que a la vista mortal, si no es helada,  
la majestad del Sol no se concede,  
y aun es licencia en el amor fundada.  
Coronado de yelos verle puede;  
pero de rayos no, que tal distancia  
a la capacidad humana excede.  
Huya de mí la bárbara arrogancia  
que del profano vulgo me retira,  
escuela de lisonja y de ignorancia.  
Todas las cuerdas de su dulce lira  
el desengaño rompa, y quiebre el arco  
que las cerdas pasó por la mentira.  
Salga del golfo del engaño el barco;  
que a la ciudad de paz, centro del mundo,  
en el Jordán pacífico me embarco.  
¡Cuánto mejor mis esperanzas fundo,  
Ave divina, en tu fenicio nido,  
intacto, fértil, cándido y fecundo!  
Quede el resón<sup>8</sup> de tu ribera asido,  
divino río, mientras cumplo el voto  
al templo de un pesebre prometido.  
No más el babilónico alboroto,  
prisión injusta de mis verdes años,  
de mi patria y razón suspenso Loto.

8.- O 'rezón': ancla para pequeñas embarcaciones.

Trujéronme los blancos desengaños  
 nuevas del fin, y el tiempo fugitivo  
 pasadas horas y presentes daños.  
 Los últimos acentos apercibo,  
 y no quiero cantar en tierra ajena  
 sobre la orilla de Éufrates cautivo.  
 ¡Cuánto mejor con pastoril avena  
 será bien que celebre la más clara  
*noche* que el Sol, por excelencia *buenal*!  
 Otro cante de amor única y rara  
 belleza al mundo; que ya sé corrido<sup>9</sup>  
 a costa de la edad en lo que para.  
 Otro de Marte horrísono vestido  
 de diamante, y de sangre la aspereza,  
 con trompa heroica de inmortal sonido;  
 que ya canté sus armas pieza a pieza,  
 y el premio no, si no es el más perfeto  
 cubrir de verdes hojas la cabeza.  
 Que yo quiero la voz y el dulce afeto  
 consagrar al amor de un Rey desnudo,  
 heroico, augusto y inmortal sujeto.  
 ¡Quién, aunque tarde, ver su engaño pudo?  
 ¡Quién de Egipto salió? ¡Quién pudo tanto,  
 o cantar para Dios o quedar mudo?  
 Responda a Babilonia el tierno llanto;  
 que no ha de profanar en su locura  
 tirano imperio el instrumento santo.  
 ¡Oh Musa! Tú que con ambrosía pura  
 bañaste el labio del divino Infante,  
 Sol que en el yelo tu calor procura,  
 dignate de que yo tus glorias cante,  
 puesto que indigno de que a tanta lumbre  
 la cera de mis alas se levante.  
 Deposito del Sol, tu luz me alumbre,  
 y como estrella de la mar me guía  
 de tu Carmelo a la dichosa cumbre.  
 Tu Carmelo, santísima María,  
 me levantó del suelo y fue mi faro;  
 que el mismo Sol en tu cristal se vía.  
 ¡Oh tú, mi asilo y siempre cierto amparo!  
 Baña mi ruda lengua en esa fuente  
 que corre al mar de tus grandezas claro.

9.- De corrido.

Y tú, divino Niño, blandamente  
recibe el corazón del más grosero  
pastor que a tu portal trujo presente.  
Tú los llamaste, ¡oh celestial Cordero!,  
y yo con ellos su venida canto  
con plectro desigual, mas verdadero.  
Entre las tuyas hoy mi voz levanto;  
atrevimiento fue, pero confío  
lo que cantare mal suplir con llanto.  
Con sus rudos presentes llevo el mío,  
si te agrada su cándida pureza:  
silvestres frutas del invierno frío.  
Admite mi humildad, pues tu grandeza  
primero que a la mirra, incienso y oro,  
llamó a Belén la pastoril pobreza.  
Que a ti, que del Antártico tesoro  
crías los montes fértiles y opimos,  
ni el sol ni el oro te darán decoro.  
A ti, que en blanca arena y pardos limos  
siembras rojos corales, y en preciosos  
nácares margaritas a racimos,  
la tinta de la grana en los lustrosos  
vasos de Tiro, y del pendiente fruto  
coronas tantos árboles frondosos,  
¿qué se te da del mísero tributo  
que puede darte el hombre, cuando lleva  
el alma ingrata y el semblante enjuto?  
Escucha, pues, en esa humilde cueva  
el canto de mis rústicos *Pastores*:  
del voto y del amor honesta prueba.  
Los Reyes te darán cosas mayores;  
que yo sólo te puedo dar, Rey mío,  
frutas del alma, y del ingenio flores  
que por manos tan rústicas te envío.



## LIBRO PRIMERO

**B**AJABA de las montañas de Judea a la Torre de Belén, puesta una milla de la sagrada Elia,<sup>10</sup> el pastor Aminadab, decendiente del tribu y casa de Jacob y deudo del santísimo Josef, a la sazón esposo de la hermosa María, criada primero que los cielos para Madre de Dios, aunque no entonces padre putativo suyo, si bien cerca de tan sublime nombre. Iba el pastor dichoso, revolviendo en la memoria aquellas antiguas historias de la Creación del mundo: tapices que, por la ancianidad del tiempo, intentaban los años cubrir de olvido. Contando, pues, desde el primero padre de las gentes hasta el segundo (que, pasada la mayor tempestad, vio su nueva regeneración y principio), y prosiguiendo por el largo proceso de sus descendientes, causábale notable alegría la memoria de aquellos antiquísimos pastores y Patriarcas antecesores suyos, y mucho mayor el tener ya premisas del cumplimiento de la palabra de Dios dada a Abrahán trecientos y setenta y siete años después del Diluvio y dos mil y veinte y tres de la primera fábrica del mundo.

Era Aminadab estudioso de la lección del Torach, cinco libros del Capitán de Israel que vio a Dios por las espaldas, y desde la historia de Jesús, el hijo de Navé, hasta el último rey del Melaquim no había pastor en las montañas de Judea que no le consultase, ni aldea por los campos de Belén que no le conociese, ni duda que entre los zagales de Zacarías se ofreciese que mientras le enmudeció la suya a las palabras del Ángel no se la declarase y satisfaciese. Era también curioso Aminadab de las humanas historias de las fundaciones de los imperios asirios, griegos, troyanos y romanos, desde que las primeras ciudades se cercaron de muro, las armas las defendieron y las coronas las sujetaron.

Venia el pastor entonces a cobrar de algunos deudos suyos, como Tobías de Gabelo, obligaciones debidas a sus padres. Convidándole, pues, la soledad del sitio, la amenidad de los campos, la serenidad del día y la dulce memoria de la esposa de Josef, María Purísima, sacando de su zurrón un rabejo de tres cuerdas, pasó el arco por la resina y cantó así:

Celebre tu belleza el sexto día,  
 Eva gentil; tu siglo a ti, y a Sara,<sup>11</sup>  
 Rebeca<sup>12</sup> hermosa, y tu divina cara,  
 linda Raquel, la siempre fértil Lía.<sup>13</sup>  
 Oiga el Bermejo Mar tu voz, María.<sup>14</sup>  
 Triunfa, Jael, del bárbaro Sisara.<sup>15</sup>

10.– Aelia Capitolina se levantó sobre las ruinas de la antigua Jerusalén.

11.– Esposa de Abraham y madre de Isaac.

12.– Esposa de Issaac y madre de Esaú y Jacob.

13.– Hermana mayor de Raquel, tuvo 7 hijos con Jacob.

14.– Profetisa y cantora, era hermana de Aarón y Moisés. Encabezaba las mujeres de Israel en la huida de Egipto.

15.– Jael le clavó una estaca en la cabeza mientras dormía.

Espiga, ¡oh Rut!,<sup>16</sup> y de Israel la vara  
 rige, Débora,<sup>17</sup> ilustre en profecía.  
 Admita Dios tus oraciones, Ana.  
 Libra a Betulia, gran Judic<sup>18</sup> sublime.  
 Honra a Joaquín, castísima Susana.<sup>19</sup>  
 Tu pueblo, Ester,<sup>20</sup> de la opresión redime;  
 que no podrá llegar estampa humana  
 donde la esposa de Josef la imprime.

Ilustres mujeres tuvo el mundo en aquellas dichosas edades, y celebradas en el Viejo Testamento con justa causa. De la hermosa Eva bien pudiéramos decir las alabanzas, si no nos hubiera puesto en este destierro desde que nos llamamos sus hijos; pero ¿qué tuvieran que ver con las que merece la segunda,<sup>21</sup> que por la boca de Grabiél mudó el *Eva* en *Ave*?<sup>22</sup> Sara, madre de Isaac, no las merece humildes; pero la Madre del Isaac verdadero, que llevó a otro monte<sup>23</sup> la leña de más alto sacrificio, vuelve las suyas átomos. Prudente llaman a Rebeca; pero con la prudencia vuestra, ¡oh soberana Virgen!, es ignorante. ¿Qué fertilidad es la de Lía por Rubén, Simeón, Judá, Leví, Isacar, Zabulón y la hermosa Dina, para el divino fruto desta purísima Virgen? Sirva Jacob a Raquel catorce años<sup>24</sup> por su hermosura, y a vós, Señora, los Serafines y los hombres más siglos que desde el principio del mundo ha tenido el tiempo instantes. Cante la profetisa María, de Arón hermana, en las riberas al son de sus dulces tímpanos<sup>25</sup> alabanzas al Señor que el caballo y el caballero sepultó en las aguas, y canten las de María madre de Dios todos los nueve Coros, desde la primera jerarquía de los Ángeles hasta la última de los abrasados Querubines. Derribe al enemigo Rey la soberbia frente la valerosa Jael con el agudo clavo, que mayor vencimiento es pisar la suya al enemigo común con tan hermosa planta. Cumpla la moabítide Rut, espigadora de los campos de Booz, el vaticinio de Esaías, cuando pedía al Señor que enviase de la piedra del desierto al monte de la hija de Sion<sup>26</sup> el Cordero que había de regir la tierra, si esta Señora nos ha dado la verdad viva de las oscuras líneas de aquella sombra. Governe en paz y en guerra Débora el pueblo israelítico; que más alto gobierno la Iglesia os debe después de la Ascensión a los cielos de vuestro soberano Hijo. Todas las oraciones

16.- Rut conoció al rico Booz en la época de la siega. Fueron bisabuelos del rey David.

17.- La única mujer que alcanzó a ser Juez de Israel.

18.- Embriagó al general Holofernes y le decapitó estando dormido,

19.- Esposa de Joaquín, fue acusada falsamente de adulterio. El joven profeta Daniel intervino en su favor y evitó que fuese lapidada.

20.- Esposa del rey persa Asuero, a quien alertó de los planes de Amán.

21.- Entiéndase: la otra María, la Virgen.

22.- Similar a 'Salve', era fórmula de saludo al ser recibido en una casa.

23.- El monte Gólgota.

24.- En realidad, Jacob sirvió a su tío Labán 7 años a cambio de la promesa de darle a Raquel por esposa; pero, llegado el plazo, Labán le dio a Lía con la excusa de que la costumbre le obligaba a casar primero a la mayor de sus hijas. Para obtener a Raquel, Jacob hubo de aceptar a Lía y servir a Labán otros 7 años.

25.- Panderos.

26.- Así, 'hija de Sion', se menciona a Jerusalén en el Antiguo Testamento. En el monte de Sion (al SE de la actual Jerusalén) se alzaba la ciudadela fortificada de Jebús, que conquistó el rey David (bisnieto de Booz y Rut) y la hizo su capital.

de Ana,<sup>27</sup> que al sacerdote Elí pusieron su juicio en duda, ¿cómo pueden igualarse a una sola palabra en que se confesó esta Señora por esclava de Dios para que se cumpliera la suya en ella? Corte Judic el cuello del robusto General del Rey de Nínive, y dadnos vós, Señora, aquel Príncipe de paz que al fiero Leviatán con las camas del freno rompió la boca. Labre para su fama inmortales pirámides y obeliscos Susana casta; que con vuestra pureza, Virgen sin ejemplo, es comparar un grano de arena con la estrellada máquina del mundo Angélico. Pues si la bellísima Ester de la opresión de Amán<sup>28</sup> redime su hebreo pueblo, ¿cuán distinta cautividad fue aquella de que Vós nos redimistes levantando al humilde Mardoqueo<sup>29</sup> de nuestro género humano sobre la silla de que cayó la privanza del Querubin soberbio? Ninguna, pues, ¡oh soberana Princesa!, pudo llegar la estampa donde vós la pusistes sobre la Luna, que se tiene por tan dichosa de que se imprima en ella.

Ya nuestro pastor Aminadab había cantado los méritos de María con la memoria de tan ilustres mujeres, cuando por la espesura de unos álamos que a la corriente fresca de un arroyuelo manso servían de toldo, oyó una agradable voz que, acordada con los ecos que en lo profundo del valle le respondían, cantaba así:

Dichoso aquel que en un comprado prado	
la vida solitaria apura	pura,
y entre las mieses y verdura	dura,
sin que tenga jamás parado	arado.
No va en los golfos desterrado	errado
ni en la ciudad con voz perjura	jura;
que ni de la civil locura	cura
ni le desvela su prestado	estado.
En soledad que le entretiene	tiene
para blasón la disfrazada	azada,
cama en su trigo, en sus rebaños baños.	
Que como a ver que le conviene	viene,
que es todo al fin de la jornada	nada,
pasa felices, sin engaños,	años.

Admirado el pastor de la suave voz, puso el cayado en el agua y, cubriendo las márgenes de rocío, pasó de la otra parte del arroyo desengañando las yerbas con sus plantas, que por el aljófara<sup>30</sup> del agua habían creído que las del alba se anticipaban a la noche. No bien levantó los ojos de las mismas flores que lastimaba, cuando se le ofreció Palmira, zagala betlemítica de aquellas selvas, doncella casta de la cabaña de Mahol, que se preciaba decender de Booz, natural de la ciudad de Belén. Saludola Aminadab cortésmente y ella correspondió a sus palabras vergonzosa; mas pocas habían los dos hablado cuando, habiéndole conocido por deudo, le dio los brazos. El pastor le declaró la causa de su venida y

27.– Elí contemplaba sus oraciones a Jehová pidiéndole un hijo varón, pero el sacerdote no lograba oírlo; sólo la veía llorar amargamente y mover los labios, lo que le llevó a pensar que estaba ebria o loca. Luego fue madre del profeta Samuel.

28.– Tramaba exterminar a los judíos instalados en Babilonia.

29.– Primo y padre adoptivo de Ester.

30.– Perla pequeña e irregular Aquí, gotas.

ella le dijo que su padre estaba en la cabaña de aquel monte. Recogieron entre los dos las esparcidas ovejas y, sirviéndoles de guía un blanco manso, cuya ensortijada lana parecía un mirto cubierto de blanca nieve, a la senda de las casas dirigieron la vista.

Era Palmira morena de color, de ojos grandes y alegres, la boca, como las hojas del clavel recién abierto; abrochaban un sayuelo verde diez bien labrados corchetes de alquimia,<sup>31</sup> cuya punta adornaba una peluda cinta de marino lobo;<sup>32</sup> en los hombros traía un arco, y en un tahelí el carcaj de las flechas, para defensa de los leones que desde el Carmelo y Líbano venían en seguimiento de los ganados. Graciosamente la miraba el pastor, y ella no le correspondía con aspereza, porque suele tomar Amor más de lo justo con las licencias de deudo: tal iría por la tierra oriental de Harán el enamorado Jacob, que a los primeros abrazos de su prima Raquel lloró tan tiernamente. La jornada era larga, los pensamientos honestos, los dueños justos. Aminadab la entretenía con las divinas historias de las Sagradas Letras, diciendo así:

—Vuelto Esaú a Seir, y caminando seguramente Jacob, pasó a la ciudad de Siquima en la tierra de Canaán, donde, comprando parte del campo en que había fijado sus tiendas por cien corderos a los hijos de Hemor, edificó un altar e invocó el nombre del fortísimo Dios de Israel, dios de sus agüelos y padres. Tenía Jacob una hermosa hija, llamada Dina (aunque indigna<sup>33</sup> de tan lastimoso suceso), de su primera mujer Lía (primero premio de los engañados años que por Raquel había servido a Labán su suegro). Dina, por ver las mujeres siquimitas (que no es el primer daño que la curiosidad ha hecho en las mujeres), salió de su casa, no imaginando que también como a ver iba a ser vista (peligro en que caen tan pocas). Andaba el Príncipe de aquella tierra, Siquén,<sup>34</sup> hijo de Hemor, heveo,<sup>35</sup> no poco alentado con la venida de Jacob y sus hijos, y habiendo visto a la hermosa Dina, de tal manera por los delgados espíritus de la vista Amor le abrasó la sangre, que, sin advertir el peligro (porque los amantes son incapaces de consejo, y Amor maestro de toda temeridad y confianza, de la voluntad furor y de la razón olvido), robándola con sus criados, dispuso a la fuerza lo que voluntariamente fuera imposible. «¡Ay —decía llorando la hermosa Dina— cruelísimo Príncipe! Advierte que el ilustre anciano Jacob es mi padre, y que tengo tan belicosos hermanos, que ni los tuyos ni tus vasallos seréis poderosos a resistir su venganza». Mas él, a quien parecían los sueltos cabellos débiles rejas para encubrirle el rostro; las manos, flacos mármoles para llegar al pecho; las lágrimas, pequeños mares para pasar sin tormenta sus deseos, ni reparó en las amenazas ni respetó los cabellos ni obedeció las manos ni temió las lágrimas; mas, atropellando amenazas respetos, miedos y tiernos sentimientos, con la violencia de su deseo pasó de la otra parte de su honra. Enamorado mejor Siquén, después de la fuerza, que Amón<sup>36</sup> lo estuvo de Tamar su hermana (que nunca para los brazos la propia sangre es buena), engañándola con blandas palabras la llevó a Hemor su padre y le pidió que le casase con ella. Oyó Jacob la triste nueva de su

31.— Latón.

32.— Foca.

33.— En textos de la época alternan 'dina' y 'digna', 'indina' e 'indigna'.

34.— Orig.: 'Sichem' (9r).

35.— En el tiempo de la conquista de Canaán los hebreos pactaron la paz con los heveos, que vivían al pie del monte Hermón.

36.— O 'Amnón'. La violación de Tamar fue luego vengada por su hermano Absalón.

hija, y disimulando prudentemente mientras volvían sus hijos de repastar sus ganados, escondió su deshonra de sus ojos, que ya querían manifestarla con las lágrimas. Saliendo, pues, Hemor a hablar al santo viejo, ya sus hijos volvían, los cuales como de su boca oyeron tan feo caso y perpetrada cosa tan ilícita, airados gravemente, pospuesto todo temor, intentaron la venganza. Hemor con dulces palabras les dijo: «El alma de mi hijo Siquén se ha conformado a la de vuestra Dina. Hagamos parentesco, tratemos casamientos, vosotros con nuestras hijas, nosotros con las vuestras; vivid con nosotros, la tierra será de todos; cultivad, negociad y tomad della la posesión que los propios dueños». Tomando entonces el enamorado mozo las palabras de la boca de su padre, dijo: «Halle yo gracia en vosotros para que me concedáis este bien. Y pedidme cuanto fuéredes servidos: aumentad el dote, los dones, los presentes; que en solo cambio de su hermosura os daré cuanto soy, hasta la propia vida». Los hijos de Jacob encruelecidos del atrevido estupro, engañosamente le respondieron que no podían hacer lo que Siquén pedía, ni dar su hermana a hombre incircunciso. Es cosa ilícita —decían— y nefaria entre nosotros. Pero sólo podemos hacer un concierto, y es que si vosotros queréis circuncidaros y ser iguales nuestros, recibiremos vuestras hijas y os daremos las nuestras en contracambio, viviremos con vosotros y seremos un pueblo. Si no, con volvernos a Dina y ausentarnos de vuestra tierra nos volveremos quejosos, aunque pacíficos». Siquén que amaba tiernamente a Dina y que ninguna cosa le pareciera imposible por no perderla, persuadió a su padre y a sus hermanos y pueblo la circuncisión propuesta; pero en el tercero día, cuando el dolor de las heridas era más fuerte, tomaron las armas Leví y Símeón, y entrando por la ciudad, mataron a Hemor y a Siquén y cobraron a Dina, a quien siguiendo los demás hermanos, pasaron a cuchillo todo el pueblo y destruyeron la ciudad. Y saqueando los ganados y casas tomaron la cruel vengaza que te he contado, si bien con notable turbación de Jacob, hasta que Dios le mandó volver a Betel, donde le había aparecido cuando venía huyendo de Esaú su hermano.

Aquí llegaba Aminadab con su amorosa historia, aunque con sangriento epílogo (como las más de amores, cuyo fin es siempre trágico), cuando venían por el verde valle Dositea y Elifila, dos pastoras del aldea de Palmira, iguales en los años, en las gracias y en las voces, que cantaban así:

Afligido está Josef  
de ver su esposa preñada,  
porque de tan gan misterio  
no puede entender la causa.  
Sabe que la Virgen bella  
es pura, divina y santa;  
pero no sabe que es Dios  
el fruto de sus entrañas.  
Él llora, y la Virgen llora,  
pero no le dice nada,  
aunque sus ojos divinos  
lo que duda le declaran.

Que como tiene en el pecho  
al Sol la Niña sagrada,  
como por cristales puros  
los rayos divinos pasan.  
Mira Josef su hermosura  
y vergüenza sacrosanta,  
y, admirado y pensativo,  
se determina a dejalla.  
Mas, advirtiéndole en sueños  
el Ángel que es obra sacra  
del Espíritu divino,  
despierta y vuelve a buscarla.  
Con lágrimas de alegría,  
el divino Patriarca  
abraza la Virgen bella,  
y ella, llorando, le abraza.  
Cúbrenlos dos Serafines  
como aquellos dos del Arca,  
la del nuevo Testamento,  
la vara, el maná y las tablas.  
Adora Josef al Niño,  
porque a Dios en carne humana,  
antes que salga a la tierra  
vee con los ojos del alma:  
El Sol que viste la Virgen  
y el fuego en la verde zarza,  
la puerta de Ezequiel,<sup>37</sup>  
la piel bañada del Alba.  
Los Ángeles que asistían  
del Rey divino a la guarda,  
viendo tan tierno a Josef  
de esta manera le cantan:  
«Bien podéis persuadiros,  
divino Esposo,  
que este santo preñado  
de Dios es todo.  
Mirad la hermosura  
del santo rostro,  
que respeta el Cielo  
lleno de gozo.  
Hijo de David,  
no estéis temeroso;

37.- Según el profeta, era la puerta exterior del Templo, orientada al Este, y por ella vio entrar en el Templo la gloria de Jehová.



que este santo preñado  
de Dios es todo.  
Deña bella palma  
el fruto amoroso,  
ha de ser del mundo  
remedio solo.  
Deña Niña os dicen  
las de sus ojos,  
que este santo preñado  
de Dios es todo».

Los agradables tonos del romance y de la letra, y la armonía de las voces que con tal suavidad y dulzura las cantaban, suspendieron de manera las almas de Aminadab y Palmira, y Dositea y Elifila venían tan embebecidas en su sabroso canto, que estaban casi juntos sin haberse interrumpido en sus imaginaciones los unos a los otros.

—¿Quién os ha dicho —dijo Aminadab luego que volvió en sí de aquel divino éxtasis—, hermosas pastoras, esa historia del santo Josef mi deudo, tan pocos meses ha sucedida que no pensaba yo que lo sabían más que los mismos dueños y los Ángeles?

—No ha faltado —respondió Dositea—, extranjero pastor, quien se halló en Nazaret en esta afición de Josef, que con gran secreto nos la refirió una tarde y nos dio estos versos que habemos cantado; si bien Elifila y yo pensamos aquel día que el pastor no era hombre, sino alguna criatura intelectual que, como se va acercando el parto desta soberana Virgen, vive por estas montañas para algún oficio que nuestra ignorancia no penetra. Él traía un pellico blanco, que se afrentara la nieve en su presencia, con oro tan finísimo por fondo, que más parecía luz que tela. Su cara era de indecible hermosura, porque sus ojos parecían dos estrellas; su boca, una rosa a medio abrir; sus manos, alabastro, y sus cabellos hilos de Tíbar;<sup>38</sup> la guirnalda que los ceñía despreciara las hibleas flores y los pensiles huertos. Los pies traía desnudos en unas sandalias de seda parda, que debía de ser blanca en apartándolas de ellos. Él le cantó sentado en aquella fuente, y nosotras se le pedimos en cantándole, tan presto, que aún no había corrido el agua que a su voz se había parado por todo el tiempo que duró su dulce música.

—Dichosas fuistes —respondió el vaquero— en merecer de su mano esa canción divina que refiere tan alto, tan tierno y tan regalado misterio del bien y sacramento que esperamos. Y tened por cierto que es imposible que fuese mortal hombre, porque muy pocos han llegado a penetrar tan escondidos misterios; si bien es verdad que algunos que habemos leído las promesas de Dios al gran Patriarca Abrahán, a su nieto Jacob y al hijo de Isai<sup>39</sup> (que de los ganados de su padre vino a ser rey de Israel), y conferido aquellas cosas con los Profetas, tenemos por sin duda que es ya llegado el tiempo. Yo soy, hermosas pastoras, de la montaña de Judea, y uno de los pastores que estima Zacarías. Allí he visto a la serenísima Virgen visitar a Elisabet su prima; que a la sazón tuve dicha de llevarle unos corderos que me había pedido, por ventura imaginando los divinos huéspedes. Tengo parentesco cercano al divino Josef, esposo suyo. Hicimos los pastores grandes fiestas

38.— De oro puro.

39.— Salomón.

a su venida, y al tiempo que estuvo en nuestra montaña, yo, que como os he dicho, me hepreciado de saber estos divinos misterios y conferir lo que veo con lo que he leído, no he querido perder un punto de asistir a los huéspedes, con tanto contento mío, que en acordándome dellos se me cubren los ojos de agua, ya de alegría de haberlos visto, y ya de tristeza de que no los veo.

—Dinos, por tu vida —le respondió Elifila—, dichoso pastor, tu nombre y la causa por que has venido a estos campos de Belén, y ahora a nuestras cabañas con Palmira.

—Sobrino soy —dijo el pastor— de su padre. Mi nombre es Aminadab, mi venida es a cobrar del mismo alguna resta de los ganados que compró al mío cuando subió a la montaña, habrá tres años. Hallela en ese arroyo y, conociéndome, quiso guiarme a su cabaña, como si yo fuera por la mar, que tuviera necesidad de estrella. Estaré aquí los días que él quisiere, en que podréis mandarme.

—Serviros —dijo Dositea—; que a no ser tan rico y tan deudo vuestro el que os ha traído, y tan cortés y discreta la que os guía, sin duda fuérades huésped de nuestros padres.

—Ya es hora —dijo Elifila— de volvernos al aldea. Y aunque no lo fuera, no nos sufriera el corazón dejar de acompañaros; pero en satisfacción desta voluntad os suplicamos nos refiráis, pues sois testigo de vista, la jornada desta Virgen a visitar a su prima; que no habrá cosa en esta ocasión que pueda entretener el camino como saberla, porque después que tenemos esta canción de Josef no deseamos otra cosa que verla y servirla, si fuésemos tan dichosas de conocerla.

—Eso haré yo de muy buena gana —dijo el pastor—, aunque os prometo que las lenguas de los Ángeles quedaran<sup>40</sup> cortas, cuanto más la de tan rudo coronista. Echad las ovejas por aquellos tomillos para que nos den más lugar y silencio entretenidas en ellos, y estadme atentas.

Las tres zagalas lo hicieron así, y, dándole los oídos como a la Virgen las voluntades, comenzó así:

—María, Virgen santísima, es de linaje Real, y de la casa de David y de los otros reyes de Judea, y de la Tribu Sacerdotal. Joaquín, su padre, natural de la ciudad de Nazaret en Galilea, fue hijo de Mathat, que venia de padre a hijo de Natán, hijo de David. Está llamaron a su madre, que por su primero marido descendía de Salomón. Ana, su madre, era de Belén y hija de Emerencia y de Estolano, de la misma familia y casa de David. Habían estos santos padres tenido primero a Esmeria, que de Aprano Sacerdote parió a Elisabet, mujer ahora del mudo Zacarías, de donde con facilidad entenderéis el parentesco que con la Virgen tiene. A cuyo efeto he dado a su visita este principio, fuera de que las más destas personas habrán conocido vuestros padres y vosotras los habréis oído alabar y referir diversas veces. Vivían los dos santísimos casados con tanta pureza y deseo de servir a su Dios, que, dividiendo su hacienda en tres partes, la una daban a peregrinos, viudas y pobres; la otra, al Templo, y de la otra se sustentaban. Había el claro Sol desde el día de sus bodas corrido todo el cielo veinte veces y carecían de fruto de bendición, por cuya causa le ofrecieron a Dios el que les diese. Pues como el día de la Dedicación del Templo Joaquín estuviese en el de Jerusalén con otros deudos y vecinos suyos, reprehendíole Isacar Sacerdote de atrevido, porque se ponía y mezclaba entre los que ofrecían sacrificios, siendo

40.— Orig.: 'quedarán' (14v).

maldito por la ley el que entre los hebreos carecía de hijo. Confuso y lleno de vergüenza Joaquín, regando sus venerables canas con el agua piadosa de sus ojos, no quiso volver a su casa, mas desde allí se fue al monte y se escondió entre los pastores de sus ganados. Ana, entretanto, lloraba por su ausente esposo y quejábale a Dios humildemente porque se le había quitado de sus ojos. Pasó algunos días el afligido viejo aumentando su soledad la ausencia de Ana, al cabo de los cuales le apareció un Ángel vestido de resplandor más que la esfera donde el Sol se mueve, y consolando sus penas, le dijo que Dios castigaba el pecado y no la naturaleza, y que siempre que dilataba el fruto a los casados por algún tiempo era por que fuese después más lucido el milagro de sus divinas obras. Y por que se conociese que lo que desta manera se engendra no es por el desenfrenado deleite, mas por el don y acuerdo de la divina gracia, trújole por ejemplo a Sarra, que de ochenta años concibió a Isaac, y que Raquel fue estéril mucho tiempo para que fuese más notable el nacimiento de Josef y de Benjamín. Contole la fortaleza de Sansón y la santidad de Samuel, hijos entrambos de dos mujeres estériles hasta aquel punto, advirtiéndole con esto que Ana su mujer concibiría una hija llamada María, que aun en su misma concepción sería llena del Espíritu divino y consagrada a Dios desde su tierna infancia, y que, así, se la ofreciesen en el Templo, porque había de ser madre del Redentor del mundo. Diole por señas que cuando entrase por Jerusalén hallaría en la Puerta Dorada su querida esposa. Lo mismo la dijo el Ángel, y, partiendo entrambos con la debida fe a tan seguro nuncio, se vieron y abrazaron en la Puerta Áurea, desde donde con notable alegría se fueron al templo, del cual, en habiendo dado a Dios infinitas gracias, se volvieron a su casa juntos. Concibió Ana dichosa esta santísima Virgen; pariola cumplidos nueve meses desta vista. Llamáronla María, y fue tanto el regocijo del universo, que pienso que naturalmente se alegraron cuantos en aquella sazón con alma racional vivían; y no sé si diga que hasta las cosas que no la tienen, como se vio en los campos, aguas, árboles y flores. Los pastores advertidos de tan gran misterio (que a los que tenían parentesco con Ana y Joaquín y esperaban alegres la venida del Salvador no les estaba oculto) hicieron grandes fiestas, cantaron dulces canciones, de las cuales hoy día se cantan algunas entre nosotros, y yo tengo de memoria tres o cuatro que en tan buena ocasión no me escuso de decirlas:

Si en brazos de Dios nacéis,  
¿quién sois, Niña soberana,  
que para casa tan pobre  
parecéis muy rica Infanta?  
Tres veces catorce dicen  
los deudos de vuestra casa  
que son las generaciones  
de vuestra sangre preclara.  
La primera es de Profetas  
y divinos Patriarcas,  
desde Abrahán a David,  
de quien seréis torre y arpa.  
De Reyes es la segunda,  
desde David a que salgan

de Babilonia a Sion  
y vuelvan a honrar el Arca.  
Desde este tiempo hasta el día  
en que Cristo de vós nazca,  
otra, que es de Sacerdotes,  
de quien vós seréis la vara.  
Torre y Arca y vara sois  
en tan ilustre prosapia,  
supuesto que para esposo  
un carpintero os señalan.  
Debe de ser que Dios quiere  
que, hecha carne su palabra,  
viva en casa donde vea  
labrar maderos y tablas.  
O por que, si sois, Señora,  
Arca en que el mundo se salva,  
como divino escultor  
os halle el hombre en su casa.  
Cielos y tierra se alegran,  
cuando nacéis, Virgen santa:  
por su Hija el Padre Eterno,  
por quien se goza y se agrada.  
El Hijo viendo a su madre,  
tan buena que de llamarla  
su madre no se desprecie,  
ni de entrar en sus entrañas.  
El Espíritu divino  
de ver la esposa que ama,  
de suerte que ya comienza  
a cubrirla con sus alas.  
Los Ángeles, por su Reina;  
los cielos, por su luz clara;  
el Sol, por su hermosa frente,  
y la Luna por sus plantas.  
Los hombres por su remedio,  
porque hasta vuestra mañana  
no podía el sol salir  
y en oscura noche estaban.  
Según esto, vós nacéis  
para ser vara en las aguas,  
torre fuerte en los peligros,  
y en el diluvio, arco y arca.  
Pues vengáis a vuestra aldea,  
María llena de gracia,

muchas veces en buen hora,  
 día que nacéis con tantas.  
 Conoced vuestros pastores,  
 que todos os dan las almas  
 mientras os da el cielo estrellas  
 para mantillas y fajas.

Alegres Dositea, Elifila y Palmira del divino sujeto del romance y habiendo visto el instrumento que Aminadab traía, le rogaron que cantase las demás letras; y él por prender la voluntad de Palmira, en quien ya había puesto los castos ojos, acordando las cuerdas a la voz, cantó así:

Canten hoy, pues nacéis vós,  
 los Ángeles, gran Señora,  
 y ensáyense desde agora  
 para cuando nazca Dios.  
 Canten hoy, pues a ver vienen  
 nacida su Reina bella,  
 qu'el fruto que esperan della  
 es por quien la gracia tienen.  
 Digan, Señora, de vós,  
 que habéis de ser su Señora,  
 y ensáyense desde agora  
 para cuando nazca Dios.  
 Pues de aquí a catorce años,  
 que en norabuena cumpláis,  
 verán el bien que nos dais,  
 remedio de tantos daños.  
 Canten y digan por Vós  
 que desde hoy tienen Señora,  
 y ensáyense desde agora  
 para cuando nazca Dios.

Esto dijo Aminadab en tanto que se quedaron las cuerdas con el sonido que le causó la mano y el aire con los ecos de la voz y de los versos, cuando Palmira, por divertirle y darle ánimo para que prosiguiese la historia, cantó este villancico que al mismo propósito había oído a los pastores de la sierra:

Nace el Alba María,  
 y el Sol tras ella  
 desterrando la noche<sup>41</sup>  
 de nuestras penas.

41.- Orig.: 'noch' (19r).

Nace el Alba clara,  
la noche pisa,  
del cielo la risa  
su paz declara,  
el tiempo se para  
por sólo vella,  
desterrando la noche  
de nuestras penas.

Para ser Señora  
del cielo, levanta  
esta Niña santa  
su luz como Aurora;  
él canta, ella llora  
divinas perlas,  
desterrando la noche  
de nuestras penas.

Aquella luz pura  
del Sol procede,  
porque cuanto puede  
le da hermosura;  
el Alba asegura  
que viene cerca,  
desterrando la noche  
de nuestras penas.

No quiso Dositea mostrarse tan poco aficionada a la Virgen que no supiese alguna cosa de las que por aquellos valles se cantaban, tal vez por Ángeles invisibles y tal por conocidos pastores, y así, ayudándole Elifila con el instrumento, desató la delicada voz a los templados aires:

Hoy Ana parió a María  
y anoche se vio arrebol:  
sin duda tendremos Sol,  
pues amanece tal día.  
Arreboles de esperanzas  
ayer vio en el cielo el suelo,<sup>42</sup>  
y hoy sale el Alba del cielo  
con rayos de confianzas,  
pues, siendo el Alba María  
y Ana el divino arrebol,  
no puede tardar el sol,  
estando tan claro el día.

42.- Las gentes.



Pues nace el Alba tan bella,  
 ¿quién dudará que el Sol salga  
 de una Virgen tan hidalga,  
 de una madre tan doncella?  
 Venga en buen hora María,  
 Lleve perlas su arrebol,  
 por que salga luego el Sol  
 en los brazos de tal día.

Agradó mucho a todos esta letra, por la gala con que había hecho arrebol la tarde de aquella noche, que para la mañana siguiente suele ser cierto pronostico de alegre día. De dos cosas puede alabarse el mes que antes que a la sucesión del año se añadiesen enero y hebrero, por ser décimo en el número se llamó diciembre. La primera, de que en sus veinte y cinco días nació al mundo la Reparación universal, y a los ocho concebida esta Niña santísima, en quien puso Dios tal gracia al infundirle el alma, que ninguna criatura intelectual o corporal fuese más hermosa a sus ojos, y con la prerrogativa de que no la tocara la culpa<sup>43</sup> con que dejó su posteridad manchada nuestro primero Padre. Ella, finalmente, fue tan pura que tuvo a suma felicidad y merced de su Señor el Arcángel San Gabriel ser desde el día de su nacimiento su custodio y guarda.

No quiso la bella Elifila dejar de mostrar su devoción y amor a este día felicísimo y a esta soberana Princesa, y poniendo las manos al instrumento y a su acento la voz, cantó así:

Hoy nace una clara estrella,  
 tan divina y celestial,  
 que, con ser estrella, es tal,  
 qu'el mismo Sol nace della,  
 De Ana y de Joaquín oriente  
 de aquesta estrella divina  
 sale su luz clara y dina  
 de ser pura eternamente;  
 el Alba más clara y bella  
 no le puede ser igual,  
 que, con ser estrella, es tal,  
 qu'el mismo Sol nace della.  
 No le iguala lumbre alguna  
 de cuantas bordan el cielo,  
 porque es el humilde suelo  
 de sus pies la blanca Luna.  
 Nace en el suelo tan bella  
 y con luz tan celestial,  
 que, con ser estrella, es tal,  
 qu'el mismo Sol nace della.

43.- El pecado de desobediencia al comer fruto del árbol prohibido.

Oyendo venían a las pastoras y al montañés vaquero Jorán y Nemoroso, serranos del Carmelo que habían descendido de su altura a los llanos de Belén a ganar soldada por el pasado agosto y ya guardaban los ganados de Eliseno, padre de Elifila. Cubríanlos algunos laureles que se juntaron a hacer guirnalda a un prado; y así como vieron que la pastora daba fin a su letra, una que al mismo propósito sabían alternaron los dos de aquesta suerte:

Despierta Gil. ¿Es de día?  
 El Alba ha salido ya.  
 Buenos días. Claro está,  
 pues ha nacido María.  
 De la tierra te levanta,  
 mira que sale el Aurora,  
 qu'el cielo y la tierra dora  
 con su pura y virgen planta.  
 ¿No despiertas? Ya querría.  
 Mira la luz que te da.  
 Buenos días. Claro está,  
 pues ha nacido María.  
 Huye la noche cruel,  
 del pecado temerosa,  
 la luz desta Niña hermosa  
 que hoy nace al mundo sin él.  
 Recuerda,<sup>44</sup> pues. ¡Qué porfía!  
 Pues hay luz, vístete ya:  
 Buenos días. Claro está,  
 pues ha nacido María.  
 Está diciendo su lumbre  
 qu'el Sol que los hombres salva  
 ha de venir tras el alba  
 por aquella misma cumbre,  
 y ¿duermes tú? A ver el día...  
 Mírale en sus ojos ya.  
 Buenos días. Claro está,  
 pues ha nacido María.

Parados estaban todos a sus voces y versos, a cuyo fin le hacía la espesura de los laureles, y, siendo vistos y recibidos con alegres abrazos, las pastoras les refirieron quién era Aminadab y el principio que había dado a tan dulce y regalada historia. Deseosos los pastores de saber el suceso de la Visitación de Isabel por la divina Virgen, le rogaron que prosiguiese, y él condescendiendo a sus justos ruegos, dijo así:

—De tres años era la purísima Virgen cuando de Joaquín y Ana, sus dichosos padres, fue presentada al Templo con las mayores ofrendas que les fueron posibles, aunque la mayor para Dios ya la llevaban en María, pues ni los cielos ni la tierra le podían ofrecer otra

44.— Despierta.

que le igualase. Subió la hermosa niña por sí sola (si sola se puede decir la que ayudaba el Espíritu de Dios y tantos ejércitos de Ángeles) las quince gradas, y recibida del Sacerdote, acabado el sacrificio y cumplido el voto, se volvieron a su casa a Nazaret, dejándola en compañía de otras santas vírgenes. Desde aquel punto que se vio sola María estableció en su puro corazón tener a Dios por padre. Anticipado en ella el uso de la razón, su contemplación, su oración, sus vigili­as, sus abstinencias, la lección de la ley y de los Profetas, la humildad profunda y las demás virtudes bien mostraban en ella para lo que se criaba; que bien era justo que fuese singular en todo la que en la elección de tan alto nombre lo había sido. Visitábanla por instantes los Ángeles; revelándole altísimos secretos, bañaban su entendimiento de luz y su alma de alegría. Amábanla las vírgenes y teníanla en alta veneración y reverencia. Ocupábase algunos ratos esta divina doncella en coser, en hilar y en labrar velos al Templo (habiéndolo de ser ella del mismo Dios). Visitábanla sus padres todas las solenes fiestas con la ternura de su corazón que tan soberana hija merecía. Estando, pues, en el Templo, durmió Joaquín en el Señor y bajó al limbo de los santos Padres, alegre de que dejaba en el mundo la que había de ser Madre de su reparo y vida. Quisiera la viuda castísima conservar aquel estado hasta su muerte; pero por voluntad divina se casó segunda y tercera vez con Cleofás y Salomé, varones santos, de quien tuvo otras dos hijas, y por el entrañable amor de la primera llamó del mismo nombre a la segunda y tercera. Tuvo Joaquín tantas virtudes, que me detuviera a contarlas si no supierades que había merecido ser padre de tal Señora, que nos ha de dar tan presto el fruto deseado y prometido tantos siglos antes. A cuyo intento habrá pocos días que Fileno hizo estos versos que, por no cansaros con la continuada narración de mi historia, puesto que es imposible que a nadie canse, os los quiero referir cantando. Y decían así:

¿Qué diré, Joaquín, de vós,  
 aunque Serafín os nombre,  
 si Dios hizo en vós un hombre,  
 que fuese agüelo de Dios?  
 Antes de vós, ni después,  
 no hizo Dios mejor padre,  
 pues que lo sois de la Madre  
 que del mismo Dios lo es.  
 Cuanto se diga de vós  
 no os puede dar mejor nombre,  
 si Dios hizo en vós un hombre  
 que fuese agüelo de Dios.  
 De Dios a la Madre santa  
 toda su alabanza encierra  
 en este nombre la tierra  
 cuando sus grandezas canta.  
 Pues, siendo su padre vós,  
 ¿qué más gloria que este nombre,  
 sí Dios hizo en vós un hombre  
 que fuese agüelo de Dios?

Llegado el tiempo en que esta serenísima Señora había de casarse, los Sacerdotes lo trataron con sus deudos; pero, dándole parte, respondió que había consagrado a Dios su virginidad por voto espreso. Los Sacerdotes admirados de cosa tan nueva y estupenda, y viendo que la ley no permitía que ninguna mujer quedase por casarse, y, por otra parte, que lo que a Dios había ofrecido no era justo ni podían quitárselo, resolvieron a consultarle. De quien supieron que, juntando todos los que de la familia de David a la sazón en Jerusalén se hallaban mancebos, se escogiese el más benemérito de todos. Hízose así, y por voluntad divina cupo la suerte a Josef deudo cercano mío, vecino, como sabéis, de Belén y maestro de labrar madera: hombre piadoso y justo, de edad conviniente y que también profesaba el mismo intacto y virgen pensamiento que su divina esposa. Celebrado el matrimonio, se partió Josef a disponer su hacienda y instrumentos de carpintería (que, como ya os dije, la profesaba), y María, en custodia y guarda de sus deudas, vino a Nazaret, donde le apercibió su pobre casa, rica de las divinas joyas de sus virtudes, vestida de las telas de sus excelencias y privilegios y envidiada de las superiores esferas de los cielos. No bien la Luna había cumplido con su ligero curso cuatro veces el que por los cielos hace tan velozmente, cuando del trono impíreo del Eterno Padre bajó un Ángel en humana forma con una celestial embajada a la preciosa Virgen, en que la advertía de que había de ser madre, aunque doncella siempre, del esperado Redentor del mundo. Todo lo cual me parece que dispuso bien Leví en esta canción, que por mayor deleite vuestro la tengo de referir:

Madre divina de tu mismo Padre,  
hermosa hija de tu mismo Hijo,  
perene fuente de agua dulce y viva;  
tú Virgen siempre, y siempre de Dios madre,  
que la tierra bañaste en regocijo  
con tu Natividad, fecunda oliva,  
contemple, cante, escriba  
la fe, la voz, la pluma,  
de tu Salutación la salud nuestra,  
y en esta breve suma  
tú favorece, tú descubre y muestra  
el canto, el sacramento y el camino  
con gracia, luz y espíritu divino.  
Ángel hermoso que, de luz vestido,  
en forma corporal el aposento  
de la prudente Esposa enriqueciste  
de sol y estrellas, y, a sus pies rendido,  
la Rosa virginal mirando atento,  
mayor riqueza en sus virtudes viste,  
refiere tú, que fuiste  
el paraninfo santo,  
las bodas soberanas deste día;  
sólo tu dulce canto  
pinte los puros labios de María,

que a la tuya no más referir toca  
el dulce sí de su virgínea boca.  
Las grandezas, Señora esclarecida,  
que tu Salutación divina tiene  
muestran que puso en ti cuanto Dios sabe:  
él fue el Esposo, y tú, de oro vestida,  
la Virgen celestial para quien viene,  
y el nuncio un Ángel, que con voz suave  
del *Ave* dulce alabe  
tu gracia y inocencia,  
y muestre con decir que Dios habita  
contigo, la excelencia,  
que hay en tu Concepción; qu'el ser bendita  
ya muestra en privilegio y firma suya  
la singular prerrogativa tuya.

Hállanse de Israel salutations  
de salud a sus reyes, y del cielo  
de gloria y paz, de gozo y de alegría;  
en Tobías y en Rut de bendiciones;  
pero de todas juntas halla el suelo  
la tuya, ¡oh más que angélica María!,  
salud, gracia, alegría,  
y bendición fecunda.  
Salud, pues nos la das tan abundante  
qu'el mundo en gozo inunda.  
Gracia, pues no la ha visto semejante  
en los ojos de Dios pura criatura,  
y bendición que eternamente dura.

Dos notables diálogos el mundo  
Vio recitar: el uno de la muerte,  
y el otro de la vida que la impugna.  
Muerte el primero fue, vida el segundo;  
aquél en mujer flaca y éste en fuerte;  
Eva culpada, y tú sin culpa alguna.  
Aquél, hermosa luna,  
fue con Eva y el Ángel  
que con tantas estrellas se despeña;  
éste entre el bello Arcángel  
y tu humildad; aquél que a Dios empeña,  
en dar mujer que pise la serpiente,  
y éste en que rompes con tu pie su frente.

Tres cosas halló Dios en tu respuesta,  
serenísima Virgen: la primera  
tu casto, intacto y limpio pensamiento;

fue la segunda tu respuesta honesta;  
 y tu consentimiento la tercera,  
 porque a tu virginal consentimiento  
 estaba Dios atento  
 entre mil Jerarquías;  
 que no cual Eva súbita, o dudosa  
 como fue Zacarías  
 en preguntar, ni como Sara esposa,  
 tarda en el consentir, a Dios hiciste  
 bajar<sup>45</sup> a un sí, y al hombre a Dios subiste.  
 Al santo *fiat*<sup>46</sup> del Eterno Padre,  
 hubo cielos y tierra, Ángeles y hombres,  
 fuego, aire, peces, aves, fieras, plantas;  
 y al tuyo más que al suyo, siendo madre,  
 pues hubo un hombre Dios, que tales nombres  
 juntar pudiste en cuatro letras santas;  
 allí de enigmas tantas  
 hallaron la respuesta  
 profetas y sibilas, y los puntos,  
 ¡oh Virgen siempre honesta!,  
 de la virginidad y el parto juntos,  
 imposibles de verse y de juntarse,  
 en tu claustro vinieron a abrazarse.  
 Dio en cuatro cosas tu respuesta honesta  
 de otras cuatro virtudes señal clara:  
 el conceder el sí muestra obediencia;  
 el conocerse esclava manifiesta  
 la perfecta humildad, divina y rara,  
 que te dio tanta gracia y excelencia;  
 y la heroica eminencia  
 de amor, Virgen hermosa,  
 decir que en ti su voluntad se hiciese;  
 y que el ser tú su Esposa  
 conforme a su palabra santa fuese,  
 muestra la inmensa fe con que creíste  
 el ser madre de Dios cuando lo fuiste.  
 Tu santificación fue la suprema;  
 no puede en puridad criatura alguna  
 compararse contigo, hermosa Infanta.  
 Desde el vientre, que fue de Dios diadema,  
 gracia y naturaleza de ninguna

45.– Orig.: 'Bjar' (26r).

46.– Conentimiento, aprobación.

a la divina tuya se levanta,  
pues en pureza santa  
de tu inocente vida  
a todas excediste, y en los nombres  
de pureza ofrecida  
por castidad a Dios, a Ángeles y hombres;  
porque en el Ángel fue naturaleza,  
y en ti virtud, para mayor grandeza.  
Tu pureza, Señora, santifica  
el Espíritu Santo, y la presencia  
de Dios, que excede aquí toda criatura.  
Luego si en ti no más se comunica  
de ser madre de Dios la preeminencia,  
en gracia excederás a la más pura.  
Igual te la asegura  
la dignidad de madre  
que dispone a tan alto privilegio,  
pues es razón que cuadre  
la gracia santa y el oficio egregio;  
que ser madre de Dios requiere tanta,  
que antes que hubiese cielos fuiste santa.  
Al mismo instante que palabras tales  
salieron de esa boca soberana,  
en ti vino el Espíritu amoroso,  
y por los honestísimos cristales  
del limpio claustro, estrella tramontana,  
pasó del Sol el rayo luminoso,  
quedando glorioso,  
intacto y inofenso  
entonces y después y eternamente,  
y el Sol del Verbo inmenso  
dentro en la esfera de tu santo oriente:  
Dios hombre, tú su madre, libre el suelo,  
el hombre Dios y tus entrañas cielo.  
Humilláronse allí (si ser pudiera),  
fuera de sí los Ángeles, Señora,  
y la primera y media Jerarquía,  
hicieron sus ejércitos esfera  
en torno de la casa en que Dios mora,  
y hubo guarda real desde aquel día:  
lucida compañía  
con celadas de estrellas,  
con plumas de sus alas celestiales,  
de mil colores bellas,



ocupó los santísimos umbrales  
 al Príncipe guardando, a quien su Padre  
 hoy pone casa en ti, su Esposa y Madre.  
 Canción, aquí te queda:  
 que no hay sabio Querub que tanto pueda.  
 Y pues queda tu Reina en este instante  
 llena de Dios, no pases adelante;  
 que en materia tan alta  
 suple la fe lo que el ingenio falta.

Esto escribió Leví, docto en la Ley y justo en las esperanzas de la promesa que ya vemos cumplida; y por lo que trata conoceréis la excelencia desta embajada, la turbación que le causaría a la santísima Niña el oír de aquel parainfo santo que había de ser madre, y Madre de Dios. Y así, escribió Fileno esta letra que aprendí de los pastores de Nazaret llevando un presente a Josef los meses pasados, si bien pobre, rico de mi voluntad y deseo:

Virgen Santa, no os turbéis  
 aunque hay desposorio aquí,  
 que espera Dios vuestro sí  
 y el hombre que Dios hacéis.  
 No os turbéis, Virgen hermosa,  
 de ver el galan tercero,  
 quél segundo del primero  
 es quien con vos se desposa.  
 Cielos y tierra tenéis  
 suspensos, Virgen, aquí,  
 que espera Dios vuestro sí  
 y el hombre que Dios hacéis.  
 Comenzad luego a ser madre  
 del que cielo y tierra adora,  
 decid que queréis, Señora,  
 un hijo de tan buen Padre.  
 Más fe que Abrahán tenéis;  
 no dudéis, Virgen, así,  
 que espera Dios vuestro sí  
 y el hombre que Dios hacéis

«No temas, María santísima —le dijo el Ángel, pastores—, porque tú has hallado gracia en los ojos de Dios, y así, concebirás y parirás un hijo a quien llamarás Jesús. Éste será grande, y llamado el Hijo del Altísimo; darale Dios la silla de David su padre, y reinará en la casa de Jacob eternamente». A la réplica honesta destas palabras satisfizo Gabriel con que el Espíritu de Dios la había de hacer sombra, porque por obra suya sería tan alto sacramento. En testimonio desta verdad añadió el Embajador que Isabel su prima estaba preñada (en tanta vejez y esterilidad) y que aquel era el sexto mes; porque a Dios ninguna

cosa era imposible. «Aquí está, —respondió la Virgen— la esclava del Señor»; a cuyas palabras santísimas el Verbo, de las entrañas de su Eterno Padre se trasladó a las desta pura y inmaculada Virgen con inmenso regocijo de los altos cielos y de la dichosa tierra.

Esta Isabel su prima que nombró el Ángel es, como ya sabéis, mujer del sacerdote Zacarías, al cual, mientras ofrecía a Dios oloroso incienso en el altar del Templo había aparecido el mismo Ángel, prediciéndole que la estéril pariría un hijo que se llamaría Juan, de cuyo alegre nacimiento tanta noticia tiene esta tierra, pues se han regocijado en él no sólo las montañas de su patria, pero el Carmelo, el Tabor y el Líbano y cuantos desde Dan a Bersabé guardan ganados. Díjole que desde el vientre de su madre sería lleno del Espíritu de Dios, grande delante dél, y que precedería el espíritu y virtud del profeta Elías. Parecíanle estas cosas a Zacarías imposibles, y pidiendo señal al Ángel que le certificase de su promesa, él le dijo quién era y el oficio que tenía (como si tuviera necesidad de acreditarse), y diole por señal que hasta que aquellas cosas fuesen cumplidas estaría mudo. Así lo estuvo el santo viejo, pues hasta que él mismo escribió el nombre de Juan su hijo no quiso el Cielo desatarle las prisiones de la lengua, cárcel en que por nueve meses le tuvo aquella duda.

María hermosa, en partiéndose el Ángel (porque volvamos al hilo de nuestra divina historia), partiose a las montañas de Judea a visitar a Isabel y a regalarla, porque a la clementísima Virgen le pareció que por su vejez tendría necesidad de su compañía. Está Judea sentada en las montañas, en lugar eminente a la parte del Austro,<sup>47</sup> en oposición de Galilea, de donde partió la Virgen. Asimismo la casa de Zacarías está en un cerro a cuya altura están sujetos algunos pequeños campos. El camino para ella es muy áspero y fragoso. Hay desde Nazaret hasta Jerusalén deciséis leguas, y dos desde allí a la casa de Zacarías. La compañía que la Virgen llevaba, dígala el Cielo; yo a lo menos no quisiera mayor dicha que haberla encontrado entonces.

—¿Qué le dijeras —dijo Palmira—, discreto pastor, que ya nos llevas con miedo de que se acabe el camino por la dulzura de tus sabrosas historias? ¿Dijérasle si quería compañía?

—No; que llevaba la de Dios y sus Ángeles.

—¿Dijérasle si quería algún regalo?

—No; que bien regalada iría de todo el Cielo, y por dondequiera que pasaba los árboles se inclinarían a servirla, los unos con sus frutas y los otros con sus sombras.

—Pues ¿qué hicieras? —le dijo Dositea.

—Besara mil veces —respondió Aminadab— el suelo que había de pisar, que el que había pisado no me atreviera; que aun pienso que las arenas iban guardando los Ángeles para bordar el suelo de perlas: quedárame absorto, estático, elevado y como un árbol de aquéllos, y en volviendo en mí, le dijera cantando:

¿Dónde vais, zagala,  
sola en el monte?  
Mas quien lleva el Sol  
no teme la noche.  
¿Dónde vais, María,  
divina esposa,

madre gloriosa  
 de quien os cría?  
 ¿Qué haréis si el día  
 se va al ocaso,  
 y en el monte acaso  
 la noche os coge?  
 Mas quien lleva el Sol  
 no teme la noche.  
 El ver las estrellas  
 me causa enojos,  
 pero vuestros ojos  
 más lucen que ellas.  
 Ya sale con ellas  
 la noche oscura,  
 a vuestra hermosura  
 la luz se asconde.  
 Mas quien lleva el Sol  
 no teme la noche.

—Celebraras justamente con ese regocijo tan buen encuentro —dijo entonces Nemoroso—. Pero prosigue tu narración, así los cielos benignos colmen tus trojes<sup>48</sup> de blanco trigo y tus ganados de abundantes partos.

—Llegó —prosiguió entonces Aminadab— a la casa de su prima la hermosa preñada, y saludándola y abrazándose las dos, Isabel, como indigna de tanto bien, le dijo que de dónde le había venido a ella que la madre de su Señor la visitase. Llamola bendita entre las mujeres, y al hermoso fruto de sus entrañas, y díjole el sentimiento que su hijo había hecho en las suyas después que, como divino Sol, le penetró el Niño santísimo de María los maternales muros; que por los oídos de Isabel entró con la voz de María a consagrar y ungir a Juan en profeta y precursor suyo, pues lo fue desde entonces, profetizando, aunque sin voz articulada, su venida al mundo con los saltos y regocijos que hizo en el vientre de su madre.

Alzó entonces Aminadab la prima<sup>49</sup> de su instrumento, y cantó así:

Juan resplandece este día  
 en el vientre de Isabel;  
 que Cristo es Sol, y da en él  
 por el cristal de María.  
 Luego que las dos se han visto  
 y abrazos tiernos se dan,  
 resplandece Cristo en Juan  
 y Juan reverbera en Cristo,  
 cuya gloria y alegría,

48.- Almacenes.

49.- La cuerda más delgada y que produce un sonido más agudo.

siente en su vientre Isabel;  
que Cristo es Sol, y da en él  
por el cristal de María.  
En Juan la vista sagrada  
pone el Niño celestial  
por antojos de cristal  
de su divina preñada.  
Quedaron desde aquel día  
ángel Juan, cielo Isabel;  
que Cristo es Sol, y da en él  
por el cristal de María.

Interrumpió a este tiempo el sabroso discurso del pastor de las montañas un coro de tres pastoras, Cloris, Antandra y Lesbia, y el famoso Pireno, que, guiando sus ovejas a los seguros rediles de sus cabañas, iban a cuatro voces suspendiendo las selvas con estos versos:

¡Cuán bienaventurado  
aquel puede llamarse justamente  
que, sin tener cuidado  
de la malicia y lengua de la gente  
a la virtud contraria,  
la suya pasa en vida solitaria!  
Dichoso el que no mira  
del altivo señor las altas casas,  
ni de mirar se admira  
fuertes colunas oprimiendo basas  
en las soberbias puertas,  
a la lisonja eternamente abiertas.  
Los altos frontispicios  
con el noble blasón de sus pasados,  
los bélicos oficios  
de timbres y banderas coronados  
desprecia y tiene en menos  
que en el campo los olmos de hojas llenos.  
Ni sufre al confiado  
en quien puede morir, y que al fin muere,  
ni humilde al levantado  
con vanas sumisiones le prefiere,  
sin ver que no hay coluna  
segura en las mudanzas de Fortuna.  
Ni va, sin luz, delante  
del Señor poderoso que atropella  
sus fuerzas arrogante,  
pues es mejor de noche ser estrella,

que, por la compañía  
del Sol dorado, no lucir de día.  
Dichoso el que, apartado  
de aquellos que se tienen por discretos,  
no habla desvelado  
en sutiles sentencias y concetos,  
ni inventa voces nuevas,  
más de ambición que del ingenio pruebas.  
Ni escucha al malicioso  
que todo cuanto ve le desagrada,  
ni al crítico enfadoso  
teme la esquivada condición, fundada  
en la calumnia sola,  
fuego activo del oro que acrisola.  
Ni aquellos arrogantes  
por el verde laurel de alguna ciencia,  
que llaman ignorantes  
los que tiene por sabios la experiencia,  
porque la ciencia en Suma  
no sale del laurel, mas de la pluma.  
No da el saber el grado,  
sino el ingenio natural del arte  
y estudio acompañado;  
que el hábito y los cursos no son parte,  
ni aquella ilustre rama,  
faltando lo esencial, para dar fama.  
¡Oh, cuántos hay que viven  
a sus cortas esferas condenados!  
Hoy lo que ayer escriben:  
ingenios como espejos, que, quebrados,  
muestran siempre de un modo  
lo mismo en cualquier parte que en el todo.  
Dichoso, pues, mil veces  
el solo que en su campo, descuidado  
de vanas altiveces,  
cuanto rompiendo va con el arado  
baña con la corriente  
del agua que distila de su frente.  
El ave sacra a Marte<sup>50</sup>  
le despierta del sueño perezoso,  
y el vestido sin arte  
traslada presto al cuerpo temeroso

de que la luz del día  
 por las quiebras del techo entrar porfía.  
 Revuelve la ceniza,  
 sopla el humoso pino mal quemado;  
 el animal se eriza  
 que estaba entre las pajas acostado;  
 ya la tiniebla huye,  
 y lo que hurtó a la luz le restituye.  
 El pobre almuerzo aliña;  
 come, y da de comer a los dos bueyes,  
 y en el barbecho o viña,  
 sin envidiar los patios de los reyes,  
 ufano se pasea  
 a vista de las casas de su aldea.  
 Y son tan derribadas,  
 que aún no llega el soldado a su aposento,  
 ni sus armas colgadas  
 de sus paredes vio, ni el corpulento  
 caballo estar atado  
 al humilde pesebre del ganado.  
 Caliéntase el enero  
 alrededor de sus hijuelos todos,  
 a un roble ardiendo entero,  
 y allí cantando<sup>51</sup> de diversos modos,  
 de la extranjera guerra  
 duerme seguro y goza de su tierra.  
 Ni deuda en plazo breve  
 ni nave por la mar su paz impide,  
 ni a la Fama se atreve.  
 Con el reloj del Sol sus horas mide,  
 y la incierta postrera  
 ni la teme cobarde, ni la espera.

—Aunque nos habéis entretenido con vuestra canción —dijo, llegando a las pastoras, Elifila—, hermosa Lesbia, Cloris discreta, y tú, graciosa Tebandra, que desde que la comenzastes os habemos seguido, no tengáis por atrevimiento que os digamos que nos habéis impedido el mayor gusto que es posible significaros, interrumpiendo a este generoso pastor de las montañas de Judea la más agradable historia y más cierta del bien que estamos esperando, de cuantas hasta agora han sido escritas y referidas.  
 —Pésame por mi parte —dijo Tebandra— de haber cortado el hilo a vuestra plástica con tan grosero instrumento como mi voz; pero estando tan lejos el aldea y caminando

51.— Orig.: 'contando' (34r).

las ovejas tan poco a poco, golosas destas yerbas por el agua salobre que las baña, bien le podéis pedir que la prosiga.

—Sería —dijo entonces Aminadab— forzoso epilogar lo dicho para haceros capaces de lo que está por decir. Yo os suplico me tengáis agora por escusado; que en mejor ocasión proseguiré estos principios.

—¿Quién —dijo Pireno—, apacible pastor, era el sujeto de tu historia?

—La hermosa Virgen —respondió Aminadab— hija de Ana y Joaquín, ya casada con el mejor hombre que agora vive, digo en la luz del mundo; que en las entrañas de María vive el que es Dios.

—Allí —replicó Pireno— también habrá luz, pues se encierra en ellas el mismo Sol. Y a la cuenta, tú la debes de haber visto en casa de Isabel estos días; que por aquí cerca nos decían que ha pasado a la montaña.

—Así es verdad —dijo el pastor—, y que se podría hallar el camino por la diferencia que tendrá la tierra con alguna senda de flores, por donde sus estampas la tocaron, y aun los árboles con diferente verde del que tendrán los otros.

—¿De qué nos admiramos —dijo Frondoso— que un planeta camine el campo azul del cielo en la litera de su epiciclo, si el mismo Autor de las celestes lumbres, en la pequeña esfera del sagrado claustro de esa dichosa Niña discurre el suelo?

—De Atlante —respondió Cloris— fingieron los poetas que sustentaba el cielo y aquella confusa máquina de sus vanos dioses, o ya fuese por significar la altura de los dos montes de Mauritania, o ya por pintar en aquel rey de su nombre la fuerza de su Astrología; mas en esta Señora, en esta Niña, en esta Madre, en esta Virgen, en esta esfera, en esta perla, verificase indubitablemente que puede sustentar el Cielo mortal criatura.

—¡Benditos sean —dijo Lesbia— tales pasos, tales pies y tales estampas!, que me espanto cómo no quedaron doradas las impresiones dellas.

—¿No has visto —respondió Jorán— que la Luna va de noche navegando el mar del cielo y no deja rastro de su tránsito ni se ven las líneas de su curso de nuestros mortales ojos? Pues así la hermosa niña más que la Luna, María santísima, no las deja por el camino para ser vistas de los nuestros; demás que si las estampas de sus sandalias dejaran oro, el Sol se le hubiera tomado para sus rayos, y si plata, la Luna para los suyos. Lo cierto es que como iba la tierra anticipando a sus pasos los tapetes de sus flores, ellas encubrieron las señales creciendo para besallas y aumentándose porque las besaron.

—¿Cuándo —dijo Palmira—, hermoso Niño, saldréis de ese virginal aposento, de ese cerrado huerto, de esa oriental puerta, de ese intacto claustro, de ese cristalino relicario y de ese breve cielo para luz de nuestros ojos, vida de nuestra muerte y muerte de nuestros enemigos? ¡Ay, no tardéis esperanza del mundo, gloria de los cielos, remedio de los hombres, Pastor soberano, defensa nuestra! Mirad, dulcísimo Señor, que os esperan los Ángeles que en vuestro nombre alcanzaron tan alta vitoria, los cielos que desean honrarse desá Humanidad santísima, la tierra para salir de la tiranía y esclavitud del enemigo que la oprime, y el limbo de vuestros antecesores para que, rompiendo los cerrojos de diamante y derribando las puertas, entre por sus tinieblas esa poderosa luz.

A la sazón que Palmira, los ojos en Belén (aún no sabidora de que allí se había de obrar tan gran misterio), decía tales palabras, llegaban los pastores a las insignes ruinas de un edificio antiguo que, a un lado del camino, se diferenciaba de las peñas.



—¿Qué es esto? —dijo Aminadab a los pastores entonces—; que como nuevo en estos valles no me acuerdo que las veces que he bajado de las montañas los haya visto.

—Ésta —dijo Nemoroso— dicen nuestros padres que siempre oyeron decir a los suyos que había sido una casa de recreación de los reyes de Israel, y por ventura alguna de las de Salomón o David. Aquí se ven agora algunas fuentes que debían de ilustrar en aquel tiempo los cuadros de aquellos jardines.

—Fuentes y jardines —dijo Elifila— caros le costaron a ese santo rey.

—Caros —replicó Nemoroso—. Y selo bien porque estos días he leído aquella historia de Bersabé, madre de Salomón, que fue mujer de Urías.

—¡Ojala —dijo Tebandra— quisieses referirla!

—Como me paguéis en otro tanto —respondió—, yo haré lo que me mandáis.

—Yo me ofrezco —replicó Jorán— a contar la mía.

—Lo mismo haré yo —dijo Pireno—. Y si sobrare tiempo podrá alguna destas pastoras decir la suya.

Con este concierto acertando los pasos y alargando los oídos, Nemoroso comenzó desta suerte:

—David constituido por rey, después de haber reprobado nuestro gran Dios a Saúl por no haber obedecido sus mandamientos y consultado la Fitonisa, gozó de quietud y paz de todos sus enemigos, y prometióle por Natán que sería su reino eterno y su trono para siempre firme, y que, establecido en su posteridad, no afligiría a Israel, ni como antes le permitiría oprimir de sus enemigos, siendo padre de su hijo y perpetuando en él la grandeza de su misericordia. A cuyas palabras humillado el Rey, dijo a Dios éstas: «¿Quién soy yo, Señor mío y Dios mío? ¿Quién mi ascendencia y casa, que a<sup>52</sup> estado tan dichoso me has traído? Y aun esto te parece poco si también no me aseguras de la propagación de mi sangre. Ésta, mi Dios y mi Señor, es ley de Adán, pues ¿qué puede añadir David para hablar contigo, y más teniendo tú en las manos el corazón de tu siervo? Por tu palabra y voluntad hiciste cosas tan grandes que por ellas fuese conocido; por tanto, te magnificamos, Dios y Señor, porque ninguno es semejante a ti ni hay Dios fuera de ti de cuantos la vanidad de los hombres trujo a nuestros oídos. ¿Quién era Israel? ¿Qué gente, qué principio el suyo, para que Dios hiciera por ella tan estupendas cosas y le llamara su pueblo sacándole de Egipto? Tu, Señor, quisiste ser su Dios y le diste el ilustre nombre de Pueblo tuyo para siempre. Ahora, pues, Señor, cumple la palabra que me has dado, para que engrandezcamos eternamente tu nombre, y viva el Dios y Señor de los ejércitos en Israel y quede la casa de tu siervo David establecida para siempre. Tu palabra es la misma verdad: comienza, pues, Señor, y bendícela para que lo quede de tu santa mano por las eternidades de los tiempos». Después de lo cual tuvo David tantas victorias de los filisteos, de Moab, de Adarecer, rey de Soba, cuyas armas de oro purísimo trujo a Jerusalén. De Siria y de otras partes triunfó David, con tanto terror y espanto del Oriente, que en el valle de la Sal mató diez y ocho mil hombres; en Gebelén, veinte y tres mil, y en la batalla de Siria veinte y dos mil. Puso guardas en Idumea<sup>53</sup> y reservole Dios de todo peligro, reinando sobre Israel y ejercitando la justicia con equidad. Era Joab hijo de Sarvia,

52.- Orig.: 'ha' (36r).

53.- Edom.

Capitán General de sus ejércitos; el Sacerdocio tenían Sadoc y Aquimelec, y otros nobles y sabios los demás oficios y dignidades. Gozaban los hebreos en el imperio de David una felicísima vida, siendo vitoriosos y señores de aquellos que solían tenerlos opresos y en su tiránica servidumbre. Habiendo, pues, dado fin a las guerras, dióse el Rey santo a gozar la adquirida paz tranquila y quietamente; y acordándose de la estrecha y fiel amistad que había tenido con Jonatás, hijo de Saúl, preguntó si había alguno de sus descendientes, para hacerle bien. Hallose Mifiboset su hijo, que al ama que le criaba, huyendo temerosa, se le había caído de los brazos y quebrado las piernas. Hízole el piadoso David conducir a sí, y con grandes caricias y favores le restituyó sus posesiones y hacienda, y dándole su casa y mesa, honró en él la memoria de la amistad de su padre: bien al contrario de las leyes del mundo, donde no hay cosa más abatida que los hijos de los que tuvieron gobiernos, y las reliquias de los amigos muertos, sin pensar los que viven con diferentes obligaciones que han de volver a verse en otra patria, donde les parece que no puede haber reprehensión de la impiedad ni vergüenza de la ingratitude.

En el tiempo, finalmente (por que vengamos, pastores, al propósito de los jardines y fuentes que nos dieron el argumento desta amorosa historia, aunque sangrienta y trágica), que David peleaba contra los amonitas por el afrenta que por malos consejos Hannón le hizo, sucedió que, habiendo enviado a su Capitán Joab al cerco de una ciudad, él se quedó pacífico en Jerusalén, ya depuestas las armas que tanto asombro habían dado al Asia y con que llegaron sus banderas y pabellones a formar selvas en las orillas del Éufrates. Paseándose, pues, un día por un alto corredor de sus palacios, vio en una casa contrapuesta a sus balcones una bellísima joven que, segura de ser vista, desnuda se lavaba en una fuente que en medio del jardín repartía con liberales manos agua a las flores. Hermosa, confiada y desnuda estaba en ella (si estas tres cosas se compadecen donde no faltara tanto la razón cuanto sobrara la confianza): la hermosura aumentaba la seguridad y el sitio, al estar desnuda; porque los cristales del agua, la verdura de los árboles y las colores distintas de las flores le daban más ornamento que tuviera vestida en los estrados ricos de entapizadas salas. Dejose vencer el Rey desta ocasión tan fuerte, de esta primera vista, con tal fuerza de sus deseos, que, desfavorecida la razón, sujetó la mejor parte del alma al apetito, y, pospuesto todo respeto, quiso saber quién fuese. Sabiendo, pues, que era Bersabé, mujer de un valiente soldado suyo llamado Urías, que con el Capitán Joab era ido a la guerra y cerco de los amonitas, la hizo traer a su palacio, donde por algunos días se olvidó de sí mismo en sus regalos, al fin de los cuales la restituyó a su casa, mas no a su honra. Conociendo en breve Bersabé que estaba preñada, temió perder la vida; porque había una ley entre los hebreos, que la mujer que era hallada en adulterio muriese apedreada. Advirtiéndole, pues, a David, él se determinó a salvarla escribiendo a Joab, príncipe de su milicia, que le enviase a Urías. Obedeció el General el mandamiento de su Rey, y venido Urías a Jerusalén, hablóle David en el estado de la guerra, en el gobierno del ejército y en la fuerza de los enemigos; que tal vez la cautela levanta a los consejos de los superiores los engañados súbditos. Mandóle, después de larga plática, que se fuese a descansar a su casa y que el día siguiente volviese a su palacio, que es la primera vez que el amor ha dado licencia a sus celos para sufrir el agravio por escusar a la vida el mayor peligro. Quería el Rey que se atribuyese la prenda al dueño y no al hurto; mas no le salió la traza al pensamiento, porque Urías no quiso ir a su casa aquella noche, antes bien, con las otras guardas la pasó toda a la puerta del pa-

lacio. Lo cual sabido por David, el día siguiente le hizo llamar, y se le mostró admirado de que, habiendo estado ausente tantos días de su esposa, aquella noche se pudiese excusar de haberla visto y de alegrar su familia y casa con su presencia. A esto respondió el soldado animoso que jamás se diría de su valor que, estando el Arca del Dios de Israel y de Judá debajo del Tabernáculo, y Joab su señor con el ejército en la campaña, fuese a comer y dormir con su mujer y a descansar en su casa. Buscó el Rey otro arbitrio, que como fluctuaba su honor y la vida de Bersabé en el mar del peligro, no sosegaba el ingenio de inventarlos, y, convidándole a cenar aquella noche, pensó vencer con el vino su valerosa determinación, como la mayor espuela que el apetito tiene. Mas no por eso Urías dejó de pasar la noche donde la había tenido. Viendo, pues, el Rey que no podía salir con la empresa del intentado remedio, escribió a Joab mandándole que procurase hacer de manera, que Urías fuese muerto de sus enemigos. Y dándole la carta a él mismo, como que fuesen nuevas ordenes y decretos para su General, le despachó al ejército. Leída de Joab la carta, sin entrar en acuerdo del fin para que había sido escrita (tal fuerza tiene en los inferiores el Real imperio), fingió un día querer dar asalto a la ciudad cercada, y puesto Urías con otros soldados a la puerta, los advirtió que a la primera vista de los enemigos volviesen las espaldas, dejándole en medio de las contrarias armas, exhortando a Urías que anduviese tan valerosamente que no faltase a la esperanza que el Rey su señor había concebido de su esfuerzo. Con esto movió el campo, y los amonitas que estaban prevenidos a la defensa, cuando vieron que se acercaban los enemigos a los muros, abiertas las puertas, animosamente salieron a recibirlos. Los soldados de la escuadra de Urías se pusieron en fuga cumpliendo el orden de su General, y el valiente caballero, aunque los vio retirarse, estimando más morir con honra que volver las espaldas con vergüenza, hizo rostro al peligro y, peleando gallardo, murió dichoso, pues no supo su infamia; y si alguna, siendo inculpable, pudo alcanzarle de las locas leyes de los hombres, como otros las lavan con la ajena, él con su misma sangre. La nueva de su muerte llegó a Jerusalén, y Bersabé su mujer la lloró los días por la ley dispuestos. Después de los cuales David se casó con ella, cosa que desagradó a Dios notablemente; pero antes que pase a su dolor y arrepentimiento oíd un epigrama que hizo Selvagio a las lágrimas de Bersabé y a la muerte de Urías:

Puso Joab al animoso Urías  
 en el peligro que su Rey le advierte,  
 y trocando la infamia con la muerte,  
 dio vida y fama a sus cenizas frías.  
 Su incasta ausente los legales días  
 llora la sangre que su culpa vierte,  
 y al alma de su esposo ilustre y fuerte  
 ofrece, ingrata, lágrimas impías  
 Sujeto está el honor a la desdicha;  
 pero ¿qué mayor bien del agraviado,  
 que no le ser jamás de nadie dicha?  
 Y pues temerla puede el más honrado,  
 dichoso quien murió con tanta dicha  
 que nunca supo que era desdichado.

Todo hombre es sujeto a las pasiones propias, mayormente a las concupiscibles, que turban de tal manera la claridad del entendimiento humano, que le dividen y apartan de la principal senda a que la razón aspira, y le precipitan y llevan a los mayores desatinos que de los libres pueden ser imaginados y ellos después conocen, aunque tarde y algunas veces sin fruto, lloran y sienten. Si lo que a los amantes engaña, como dijo el Filósofo,<sup>54</sup> fuese la hermosura del rostro, todos amarían una cosa misma, así que el juicio de la hermosura se remite a los ojos. Muchas habría visto el Rey, ésta de todas cautivó su alma, engañó sus sentidos y desfavoreció la razón, que para tantas cosas le sirvió de estrella. Es amor un irracional esceso del deseo, y no, como Platón le difine, un deseo de la inmortalidad; que cuando tan puramente se ama no da el espíritu parte de sus pensamientos al cuerpo; antes bien, desasido desta corteza bárbara, vuela por superiores aires a la región más alta, a la mayor esfera, donde más puro fuego le vivifica y más sabrosa llama le fomenta.

Contado había Nemoroso el de David, santo, sabio y circunspecto príncipe, en que se nos da a entender que no fíemos, en tanto que vivimos, deste enemigo que oprime la libertad de la razón con tan irreparables fuerzas, cuando los pastores le rogaron que prosiguiese. Y él dijo así, acortando la distancia del camino a la imaginación con la dulzura de la historia:

—Alegre y descuidado gozaba el hijo de Isaí la deseada belleza de Bersabé su esposa, cuando Natán profeta por divino aviso se le puso delante y dijo desta suerte: «Un caso, Rey de Israel, ha sucedido en una de tus ciudades, al cual será necesario que acudas con el consejo, de que ha de proceder el remedio justo». «Si mi autoridad y el lugar en que Dios me ha puesto —le respondió el divertido Príncipe— fuere de algún efeto, no dudes, ¡oh Natán!, de la breve e importante espedición que pide, porque, fuera de la obligación en que pone a los reyes el cetro, intervenir su persona añade fuerzas a la justicia». Natán prosiguió entonces: «Dos hombres, invictísimo David, vivían en un mismo pueblo, uno abundante y rico de diversos ganados, y otro tan pobre que sólo tenía una oveja, que había con toda solicitud criado. Sucediendo, pues, que en cierta ocasión vinieron a su casa algunos huéspedes, el rico tomó la oveja al pobre, y haciéndola matar, sin pasar el cuchillo por alguna de las muchas que le sobaban, les hizo del ajena liberal convite. Pregunto ahora, ¡oh Rey!, lo que sientes deste caso, como quien es tan justo y de tan raro ingenio». David movido a ira de la proposición del Profeta, «Vive Dios —dijo— que merece la muerte ese tirano de la hacienda ajena, y que por lo menos debe restituir al pobre el cuatrotanto de la perdida prenda». «Tú eres —replicó el Profeta— el agresor deste delito, y por eso dice Dios: Yo te hice rey de mi pueblo y te libré de las sangrientas manos de tu enemigo Saúl; yo te constituí por dueño y señor de tu casa y mujeres; yo puse en tu poder a Israel y a Judá, sin otros innumerables beneficios y mercedes. ¿Por qué, dime, has hecho matar a Urías y te has casado con Bersabé su esposa? Pero yo haré en venganza de tu malicia que salga de tu casa propia tu ruina, y quitándote las mujeres que tienes, aunque<sup>55</sup> secretamente has ofendido, en público pondré en ejecución tu afrenta». Penetraron estas palabras el corazón de David, y doloroso todo y arrepentido dijo: «Yo confieso que ofendí al Señor, y que gravemente he pecado y que por ingrato a tantos bienes soy digno del futuro castigo». A

54.- Aristóteles.

55.- Orig.: 'annque'(43r).

estas palabras respondió el Profeta que Dios transfería su pecado y que no moriría; mas que por haber sido ocasión que sus enemigos blasfemasen el divino nombre, el niño recién nacido de Bersabé moriría luego. Dichas estas palabras, enfermó el niño y dentro de siete días con gran dolor del padre perdió la vida. Pero no pasaron muchos deste suceso que Bersabé se ocupó de un nuevo infante, que al tiempo estatuido por la naturaleza salió a esta luz. Fue Salomón su nombre, que en nuestra lengua quiere decir *pacífico*, y sucedió en el reino de su padre, y fue tan sabio y tan rico que hasta nuestras edades, hablando sólo de puros hombres, ninguno le ha igualado, cuanto más vencido. La penitencia de David, la contrición y el arrepentimiento fueron tan grandes como se conoce de sus escritos, particularmente del Salmo 50, con que daré fin a mi historia en el más triste tono que el mayor músico destes valles pudo darle, y tal que creo que si me ayudara mi voz y la destreza del instrumento, celebrárades mi canto con piadosas lágrimas:

Misericordia de mí,  
Señor, si a juzgarme vienes,  
según las muchas que tienes  
y resplandecen en ti.  
Confieso que te ofendí,  
y conozco mi maldad,  
mi pecado y mi crueldad  
me están siempre persiguiendo,  
mas el alma está diciendo:  
«Pequé a ti solo, piedad».  
Aquel mal que yo guardaba  
de los hombres, ¡ay dolor!,  
hice en tus ojos, Señor,  
que ya en menos estimaba.  
Con esto justificaba  
tus palabras, pues lo son  
para que en toda ocasión  
a los que te juzgan venzas,  
y sus mentiras convenzas  
dando a mis culpas perdón.  
Mira que soy concebido  
con la culpa original,  
y del vientre maternal  
en sus pecados nacido.  
Pues de la verdad has sido  
tan amigo, haga por mí  
haber sabido de ti  
aquellos secretos santos  
que, siendo ocultos a tantos,  
me los revelaste a mí.

Lavarme, Señor, podrás  
con el hisopo y la yerba  
que con tu gracia reserva  
de no ofenderte jamás.  
Lávame para que más  
limpio que la nieve quede;  
que gozo que tanto escede  
a mi oído y a mis huesos,  
humillados con sucesos  
tan tristes, alegrar puede.

Tu rostro aparta, Señor,  
no de mí, de mis pecados,  
que de tu libro borrados,  
no castigarás mi error.  
Cría, divino Hacedor,  
corazón nuevo en mi pecho,  
y un espíritu derecho  
en mis entrañas infunde,  
de quien al alma redunde  
tan soberano provecho.

De tu cara no me arrojes,  
ni tu Espíritu divino  
me quites, ni del camino  
de tu perdón me despojes.  
Vuélveme, pues, no te enojés,  
la celestial alegría  
que en la esperanza tenía  
de mi futura salud,  
confirmando en la virtud  
de tu amor el alma mía.

Enseñaré desde aquí  
tus caminos a los malos,  
que sabiendo tus regalos,  
se convertirán a ti.  
Con sangre y carne ofendí  
la pureza de tu amor.  
Líbrame, Dios y Señor,  
y dará, sin esta mengua,  
a tu justicia mi lengua  
eterna gloria y honor.

Ábreme, Señor, la boca,  
y los labios que cerró  
mi pecado, por que yo  
te alabe cuanto me toca.



Bien sé que no te provoca  
 el holocausto, ni precias  
 las aras; que sólo aprecias  
 un espíritu turbado;  
 que corazón humillado  
 nunca, Señor, le desprecias.  
 Benignamente se aplique  
 tu amor a Sion también,  
 para que Jerusalén  
 cerca y muros edifique,  
 y entonces te sacrifique  
 holocaustos verdaderos,  
 puros, limpios y sinceros,  
 con ofrendas y oblaciones  
 de contritos corazones,  
 y ponga en tu altar corderos.

—Tú has dado —dijo Aminadab a Nemoroso—, pastor discreto, el más agradable fin a tu historia que pudo desearse de nosotros ni imaginarse de tu florido ingenio: la versión es clara, fácil, literal, y sin salir de los límites de su sentencia a círculos, ambages y paráfrasis. Diga Jorán la suya, como está concertado; que voy temiendo que el camino quiere dejarnos, porque, como el otro Griego, voy en mis oídos, de quien nunca pensé que pudieran llevar un hombre tan descansado.

—Es muy propio —respondió Frondoso— de los sabios favorecer los trabajos de los ingenios ajenos, porque como no tienen qué envidiar no les duele el encarecer; que hay calidades de hombres que piensan que el bien que de los otros dicen descuentan de sus méritos.

—Yo conozco algunos pastores —dijo Palmira— que toda la vida gastan en desagradarse, teniendo por más gloria ser tenidos en algo del ignorante vulgo, que los amigos que del hablar cándidamente pudieran resultarles.

—¡Oh, qué gracia es —dijo Pireno— ver ese linaje de impecables adquiriendo fama con la fingida ciencia y fundando la suya en despreciar a todos! Y más cuando les sucede que den a luz acaso alguna trabajada máquina de sus preceptos, con desengaño público de la espectación soberbia que dellos se concibe.

—Decía bien un sabio —dijo Aminadab entonces— que los escritos eran los espejos de los ingenios, y que quien no había dado a luz sus obras no había visto la cara de su entendimiento.

—Desa manera podemos decir —replicó Jorán— que no tienen espejo los que no han escrito. Y no sé yo que haya cosa en que tan bien<sup>56</sup> se vean, aunque todos saben la causa; porque una persona no se puede acordar de su rostro, por muy aprisa que en el cristal se mire.

—Debe de ser —dijo Pireno— el mismo juicio que puede hacer el que canta, de su voz misma.

56.- Orig.: 'tambien' (46v). No anotaré otros casos-



—Aun es eso diferente —respondió Jorán—, si bien muchos que cantan se enfadarían de sí mismos si se oyesen.

—Dejaos destas cosas, —dijo Tebandra—, que si os metéis en filosofías, más para escuelas de sabios que para campos de pastores rústicos, primero llegaremos a las cabañas que a sus términos la porfía y la verdad al entendimiento.

Fueron deste parecer todos, y rogado Jorán, dio principio a su historia con este prólogo:

—Ninguna, ¡oh sabios pastores!, pudiera yo contaros como la que Nemoroso me ha puesto en las manos, como dándome el hilo para que, atando en él mi principio, prosiga la misma tela, aunque con tan diferente estilo.

No tardó mucho tiempo la venganza de la muerte del inocente Urías, amenazada de Natán sobre David, pues poco después Amón su primogénito se enamoró tiernamente de una hermana suya, llamada Tamar, la más hermosa doncella que había en Jerusalén. Ésta, juntamente con Absalón su hermano, nació a David de una hija del rey de Jesur, que Amón era de otra madre, porque el Rey tenía diversas mujeres, conforme la costumbre de aquellos tiempos. Enamorado, pues, Amón desta hermana suya y no sabiendo remedio humano para poder conquistarla, dejose llevar tanto de su imaginación, que, no pudiendo sufrir el alma tan continuadas vigiliadas, enfermó el cuerpo. Tenía Amón un amigo llamado Jonadab, hijo de Samaá, hermano de David, hombre prudente y cuerdo y de quien el afligido mancebo fiaba las más íntimas cosas de su pecho. Amábale amado, porque la semejanza de los estudios y costumbres es siempre conciliadora de las voluntades. Viéndole, pues, Jonadab enfermo, sin calentura, sin dolor exterior y sin causa que se pudiese atribuir a destemplanza de nuestros elementos, y como quien mira su amigo como en espejo vivo algo mira de sí mismo (razón por que los ausentes están presentes, los necesitados abundantes y los enfermos sanos, y, como dijo un sabio, hasta los muertos viven), lastimado, le dijo: «Si el vinculo de la amistad no es inferior a las fuerzas de la sangre, bien pienso, Amón querido, que te será fácil creer el sentimiento que tengo de tu pena. Cuando todas las cosas suceden favorables ociosa es la amistad; pero si las adversas la prueban, ¿por qué dudas hacerla de la mía? Entre desiguales, el amor es lisonja, sujeción en los humildes y imperio en los eminentes; mas en calidades conformes no hay más de un alma. Satisfacción, pues, debes a la media parte que me dejas deste dolor que tienes, o confesarás por lo menos que allá la tienes toda, pues sientes lo que no quieres que yo sienta, si no es sintiendo que no me comunicas lo que sientes. Si naturalmente la melancólica sangre te ha vencido, resiste con remedios y no te des a memorias, aunque la fantasía tenga tal proporción con ellas, de que todos los melancólicos abundan, y por eso son más prudentes que sutiles y ingeniosos en sus operaciones. Vamos donde te alegres, que las tristezas sin causa, divertidas se desvanecen. Mas no querría que la tuya fuese la de aquel Príncipe<sup>57</sup> a quien dio Seleuco su hermosa madrastra, pues de haber sido yo tu Erasítrato no me podrá resultar la gloria del remedio, sino del conocimiento solo de la enfermedad que niegas». «¡Ay —dijo Amón— caro amigo Jonadab! ¿Cómo será posible que te niegue lo que tan fácilmente has conocido y lo que tan seguro puedo fiarte? No es natural enfermedad mi tristeza, ni podían ser remedios eficaces contra su causa sus vanamente solicitadas alegrías. A mi mal

57.— Antíoco, hijo de Seleuco I, se enamoró perdidamente de su madrastra Estratónica y llegó a enfermar gravemente. Erasítrato, médico de su padre, le diagnosticó locura de amor. Seleuco se divorció de Estratónica para facilitar que Antíoco casase con ella.

llamaron *Erotes* los antiguos filósofos, y aunque para revocar mi alma deste tormento le dieron por remedio los baños, los espetáculos y los alegres juegos, no tengo por posible que hagan efeto en mi amor las esperiencias de los otros. Yo he dejado las trazas y los humanos intentos por no infamar, como dicen, los remedios que han sido poderosos para tantos. No amo a mi madrastra, como el hijo de Seleuco: amo a mi hermana Tamar, único imposible de mis deseos y única hermosura para mis ojos. ¿Qué haré? ¿Cómo hallaré remedio en tanto daño? ¿A quién le pediré que me aproveche? Y ¿quién tendrá fuerzas para dármele? Amor no se cura con yerbas. Pues si amor no es medicable, su fin será mi muerte. Consejos no son poderosos donde la parte racional está postrada y cierra la obstinación las puertas al ejemplo. Yo veo lo mejor, y amor me fuerza a que lo más contrario siga; mi ánimo se arroja precipitado al peligro llevando la reprehensión a las espaldas y el deleite a los ojos. En vano los pilotos y marineros toman consejo en la última resolución del mar contra la rota nave; lo que la razón pide, vence y niega el furor. Y presupuesto que ningún ejemplo me ha de mover, ningún consejo impedir y ningún peligro moderar, mira si para templar mi dolor te queda algún remedio, porque, de faltar en tu juicio, ya mi desesperación me convida con el de mi muerte». «No quiera Dios, ¡oh perdido mancebo! —respondió Jonadab—, que esta pasión bastarda sea parte a tanto daño como sería contra la natural conservación ser homicida de ti mismo, ni yo te quiero tan mal que te permita el que intentas. Remedio se me ofrece a tu deseo, bastante a la ejecución, si no te desfavorece tu fortuna. Añade a tu enfermedad melancólica fingidos sentimientos y dolorosas quejas, échate en tu cama y suspira: vendrá infaliblemente tu padre a verte, mueve su paternal compasión con lágrimas (que de los hijos son flechas en los corazones de los padres), y dile, finalmente, que comerías si tu hermana Tamar viniese a curar de tu mal y a hacerte de sus manos algún regalo. Lo que resta quedando contigo, dispondrán tus deseos, o no será la culpa del remedio, sino de tu cobarde ánimo». Agradó al miserable amante el mal consejo, porque muchos tienen por felicidad que en sus intentos no le pueda haber que los impida, y admirablemente dijo uno de los ingenios que celebra Atenas que dos cosas eran contrarias al consejo: la prisa y la ira. Y como finalmente muchas cosas que por naturaleza están impedidas se acaban por consejo, Amón venció las dudas con su observancia y dio a la determinación lo que la razón negaba y los discursos del entendimiento con los fines del deleite obscurecía. Fingiose enfermo, visitole el Rey, pidióle a su hermana, enviola David, la inocente doncella vino amorosa, hizo el regalo, llevole a su hermano, a quien tan diferente deseo tenía furioso. No le gustó al mancebo, que con mortales ansias le buscaba en sus ojos. Pidióle que echase del aposento los criados, salieron todos, y Amón, turbado y fingido, pidió el regalo para que de sus mismas manos le recibiese. Tamar llegó a dársele, y el determinado mozo le asió los brazos y dijo libremente sus deseos, a quien ella respondió confusa, bañando el rostro en sangre (centro donde acude la natural vergüenza, porque el corazón entonces ocupa el miedo): «No, hermano mío Amón, no intentes cosa tan indigna de tu virtud, tan fiera a nuestra sangre y tan contraria a la razón. No me oprimas ni hagas tal desatino, que no podré yo tolerar mi afrenta y tú serás fábula a Israel y reputado de todos como ignorante». Amón, que escuchaba entonces con el deseo y pretendía con las manos, tuvo más fuerzas, y la mísera Tamar de la injusta suya se rindió llorosa. Mas como de las cosas mal hechas tan presto viene el arrepentimiento que parece embajador

del castigo, más que antes de la fuerza la había querido, Amón aborreció a Tamar después de haberla forzado. A cuyo propósito me acuerdo que hizo esta epigrama Olimpo:

Amón, que para *amor* se diferencia  
 en la postrera letra solamente,  
 enfermó de un frenético accidente,  
 venció de la ocasión la resistencia.  
 Perpetrada tan áspera violencia,  
 volvió a su imperio la razón ausente,  
 y mirando en Tamar su error presente,  
 mandola desterrar de su presencia.  
 Suelto el cabello de oro, las sutiles  
 hebras las perlas de los ojos bañan,  
 diciendo: «No me afrentes y aniquiles;  
 que más los hombres que<sup>58</sup> las obras dañan,  
 y más parecen bárbaros y viles  
 en dejar de engañar después que engañan».

Mirando Amón la infelicísima hermana suya toda llorosa, los cabellos sueltos, los vestidos descompuestos y los ojos llenos de lágrimas, con airado semblante le dijo: «Levántate, Tamar. Levántate y vete». La triste, a estas palabras toda confusa, respondió: «Mayor mal haces agora contra mí despidiéndome que el pasado ha sido forzándome». Pero Amón<sup>59</sup> ya no escuchaba, ya no atendía más que a ver lejos de sí la imagen de su delito representada en sus lágrimas, y llamando un paje de su cámara, le dijo (¡oh cruel amante!, mas ya no lo era): «Echa esta mujer de aquí y cierra las puertas». Obedeció el criado, y ella dejando mal el aposento donde tan preciosa prenda como la castidad había perdido, salió llorando. Cubrió finalmente, pastores, Tamar sus cabellos sueltos de ceniza, como si el oro por mucho fuego pudiese ser en ella convertido, y rasgando la talar túnica (ornato en aquel tiempo de las vírgenes hijas de los reyes), puestas las manos en la cabeza (o señal de dolor, o de vergüenza) iba llorando. Absalón, hermano suyo, viéndola entonces, considerando la jornada que había hecho presagio de su desdicha, le dijo: ¿Por ventura Amón tu hermano te ha forzado? Pero ¿por qué lo pongo en duda? De allá vienes, Tamar, y el sentimiento tuyo por menos causa no era posible que fuese con tanto exceso. Tu hermano es, no te aflijas ni atormentes tu corazón con dolor tan vivo». Quedó Tamar deshaciéndose en casa de Absalón con la pena que habréis imaginado de tal desdicha. Llegó la fama a David del atrevido engaño de su hijo, y aunque se entristeció notablemente, no quiso afligir su espíritu del arrepentido mancebo, porque en razón de ser su primogénito le amaba tiernamente. Absalón disimulando su agravio, no habló palabra alguna sobre la fealdad deste caso a Amón su hermano, si bien le aborrecía interiormente. Sucedió después de dos años que, habiendo de hacerse la esquila de sus ganados en Baalhazor, junto a Efraín, convidó Absalón todos los hijos del Rey a esta fiesta, y a él le suplicó que se hallase en ella

58.– Orig.: 'que en' (50v).

59.– Orig.: 'amor' (51r).

y le honrase con sus criados. A lo cual se resistió David con blandas palabras, dándole por disculpa la pesadumbre que le habían de dar tan altos huéspedes y tantos. A esto replicó Absalón que, siquiera por la gracia que había hallado en sus ojos, le concediese que Amón su hermano le acompañase. También le negaba esto David; pero la porfía de Absalón y sus ruegos pudieron tanto, que con licencia y bendición de su padre, a él y a los demás hijos suyos llevó consigo. Hízoles a todos un convite espléndido, y tal que bien era su aparato digno de generoso príncipe; pero advirtió a sus criados que lo estuviesen del tiempo en que al seguro Amón le ofendía el vino, y que en diciendo que le acometiesen, pusiesen en él las armas y le matasen con la satisfacción de la seguridad que les daba siendo orden suya. «No tenéis qué temer —dijo—: yo soy el que os lo mando. Si alguna culpa resultare de este suceso, la ejecución es vuestra y la voluntad es mía». Hiciéronlo así, y en la sazón del mayor gusto acometieron con las desnudas armas, y hiriendo a Amón turbaron la comida, derribaron las mesas, tiñeron los manteles con su sangre, y cayó en tierra su cuerpo entre los dorados vasos, mezclándose con el derramado vino su humor sangriento. Huyeron los demás hermanos, y antes que hubiesen llegado a la mitad del camino ya las nuevas (que en la distancia se duplican) habían llegado al Rey de que todos sus hijos eran muertos: rompió sus vestiduras y echado sobre la tierra lloraba con sus criados el lastimoso caso. A quien Jonadab consolaba diciendo que no creyese que todos sus hijos eran muertos, sino sólo Amón, porque él sabía que desde la fuerza de Tamar Absalón su hermano le aborrecía. El fratricida príncipe temiendo la justa ira de su padre, huyose a Tolomai, hijo de Amiud, rey de Jesur, donde vivió tres años.

—Satisfecho has a tu obligación —dijo Pireno, después del justo aplauso de los pastores—; pero no es razón que te escuses de decir algunos versos.

—No quiero yo replicar en esta ocasión —respondió Jorán— a cosa que vuestra voluntad sea, si bien pudiera escusarme con no saber de memoria sino algunos míos.

—Lo mejor que nos puede haber sucedido a nosotros —replicó Nemoroso— será eso, por dos cosas que ya nos obligan a esperarlos con gusto. La primera, porque tú los haces con otras dos en que se cifra toda su gracia, que son dulzura y sentencia; y la segunda, porque no habrás escogido los peores.

—Entrambas cosas me faltarán en ésta —dijo el pastor—. La primera, porque a mí me falta aquella parte y diferencia de ingenio que es necesaria para escribirlos, y la segunda, porque no todos la tienen en el buen juicio con que eligen, que es la más esencial en el que los hace.

—En un cuerpo templado —dijo Aminadab—, pastores, concurren todas esas partes necesarias; que siendo el entendimiento como internuncio del alma, conviene que sea clarísimo y muy semejante a ella, porque de la suerte que un cristalino espejo, mientras está más limpio mejor recibe las imágenes de las cosas; así nuestro espíritu, mientras más sutil, más elegantes vuelve nuestras operaciones. La memoria digo, la fantasía y el entendimiento, la sangre y el espíritu, más claros y sutiles están en el cuerpo templado, porque el demasiado calor le oscurece abrasándole, la humedad le condensa. Consta, pues, que todas nuestras obras más claras salen y con mayor hermosura del cerebro templado que del contrario, donde vemos cómo se esceden unas a otras. En unos la fantasía vale y la memoria fallece; en otros resplandece la memoria y vive la imaginación enferma, y tal vez donde estas dos se hallan el entendimiento vacila. Viven, pues, en él diversas partes en

diversas cosas: en unos la sutilidad, en otros la facilidad del decir, y en algunos la destreza del juzgar, que es el propósito que dio sujeta materia a este discurso.

—Las cosas —dijo Nemoroso—, sabio pastor, que se ofrecen al entendimiento del que escribe (pues tal vez, si es fértil, parece que se atropellan las ideas) dejan a esa diferencia que dices la elección; y ese buen juicio para hacerla de lo más puro, de lo más a propósito, y más nuevo, es lo que ha dado a los escritores en el mundo mayor opinión.

—Desdicha es de algunos ingenios —respondió Pireno—, que de dos o tres conceptos de otras tantas locuciones, o siquiera epítetos para algún nombre que se les ofrece, eligen siempre lo menos bueno, de donde nace que sus obras salgan imperfectas y defetuosas. Mas ¿para qué nosotros, rústicos pastores destes campos, nos entramos en materias tan distintas de nuestra profesión?

—La culpa —dijo Nemoroso— ha tenido Aminadab, que con ser él tan estudioso en todo, nos hace a nosotros salir de nuestro paso, creyendo que le habemos de satisfacer estando tan lejos de entenderle. Diga Jorán sus versos, que ellos satisfarán mejor a esta objeción con el buen juicio que en elegir los más a propósito habrá tenido.

Jorán entonces, arrepentido de la promesa, comenzó de esta suerte:

¿Quién eres, ciego rapaz,  
 monstruo famoso en la tierra,  
 que con hábito de guerra  
 vienes prometiendo paz?  
 Inconstante y pertinaz  
 te llaman todos. ¿Quién eres  
 tú, que a la muerte prefieres,  
 por donde aumentas las vidas,  
 pues lo que quieres olvidas  
 y lo que aborreces quieres?  
 ¿De que te sirve traer  
 la venda para ser ciego,  
 si dicen que naces luego  
 que se comunica el ver?  
 Y ¿para qué pueden ser  
 las alas que al aire entregas,  
 si en el instante que ciegas  
 apenas sabes huir,  
 que al fuego en que has de morir  
 como mariposa llegas?  
 De flechas vienes cargado.  
 ¿Quién te da tantas que tires?  
 O ¿por qué, mientras no mires,  
 has de tirar confiado?  
 Pero estarás desculpado  
 de que nunca el arco acierte  
 si ciego llegan a verte,

puesto que mayor sería,  
que por ir de prisa un día  
las trocaste con la muerte.  
¿Adónde desnudo vas,  
pues tanto el yelo te ofende?  
¿O es porque de ti se entiende  
que hasta los vestidos das?  
Advierte que no podrás  
hallar un Jacob segundo,  
ni un platónico profundo  
que en alma sola te encierra,  
porque no está ya la tierra  
como al principio del mundo.  
Ya que te hicieron los cielos  
tan apacible dolor,  
dime, Amor, si eres amor,  
¿adónde escondes los celos?  
Si de tu fuego son yelos,  
a calentura responde  
que el frío en el cuerpo asconde,  
y luego que pasa un día  
vuelve con mayor porfía  
y no se sabe de dónde.  
Dicen que topó contigo  
el divino amor, que estaba  
cansado de que tu aljaba  
fuese del mundo castigo;  
y como a vil enemigo  
arco y flechas te quitó,  
y con la cuerda te ató  
del suyo, si se te acuerda,  
porque sólo aquella cuerda  
tu loca furia templó.  
Dichoso quien se retira  
de esa tu ciega pasión,  
y a la soberana unión  
de más alto amor aspira,  
y por ejemplares mira  
los espíritus alados  
en pura llama abrasados  
de aquel amor inesausto,  
donde sirven de holocausto  
corazones humillados.



Allí es cierta la esperanza  
 y eterna la posesión;  
 allí las firmezas son  
 que no consienten mudanza;  
 allí ningún fin alcanza:  
 allí esta del alma el fin,  
 que estremece al Serafín.  
 Dichoso el que sabe amar  
 adonde puede gozar  
 del mayor amor sin fin.

—Arrepentidos estaréis —prosiguió Jorán en el silencio de los pastores— de haberme pedido los versos, ya por ser ellos tan humildes, ya por haberlos cantado con tan poca gracia.

—Entrambas cosas has conseguido felicemente —dijo Aminadab—, y así, te han dado estos pastores las gracias con el silencio. Yo he tenido a buena dicha haber venido a estos campos de Belén y en ocasión como la presente, pues los hallo fertilísimos de pastores tan discretos, estudiosos de la ley, y todos músicos.

—Ya sabes —dijo Pireno— cuán natural es a los hebreos la música entre todas las naciones del mundo, pues aun los babilonios cuando los llevaban cautivos les pedían que cantasen, que es indicio de la fama que por las naciones extranjeras tenían sus voces. En pasando el mar Bermejo, donde quedó sumergido el rey de Egipto que presumió hacer sus carros naves, cantó María, ayudándola todo el pueblo, dulces himnos, y las doncellas de Jerusalén al pastor David, cuando traía por los cabellos sangrientos la robusta cabeza de aquel Gigante, sin otros muchos ejemplos que por prolijidad escuso.

—El mayor de todos —dijo Aminadab— es haber ordenado David que hubiese cuatro mil cantores para decir las divinas alabanzas en el Tabernáculo de nuestro Dios en tanto que se libaban<sup>60</sup> los sacrificios, de quien eran maestros Asaph, Hemán y Herán, eligiendo de los más diestros docientos y ochenta y ocho cantores para enseñar a los ministros del templo.

—Volveréis —dijo Dositea— a divertir nuestro propósito si le tomáis agora de la música, alma del mundo, gobierno y armonía de los cielos. Dejad a Pireno comenzar su historia; que si en algunas ocasiones no os hubiérades detenido ya estuviéramos en las cabañas.

Pireno entonces, por agradarla, después de un breve prologo empezó desta manera:

—Yace la noble ciudad de Babilonia sobre las orillas del Éufrates, que del alto Nifates, monte de Armenia, grande, profundo y arrebatado nace, y después juntado al velocísimo Tigris, divide la Mesopotamia, de quien Nembrot, y no Semíramis, fue su primer fundador, y cuyos muros celebraban las historias por uno de los milagros del mundo. En la cual reinando Astiages, vivía un varón noble, cuyo nombre era Joaquín, casado con una hermosísima señora llamada Susana, con cuya belleza, si bien era única, competía la perfección de sus heroicas virtudes. Su padre Helquías, como era justo y santo, crio a su hija en el temor de Dios, en los preceptos de su ley y en la reverencia de su divino culto, no como

60.— La libación consistía en derramar algún licor en homenaje a alguna deidad.



algunos, que anticipan con los regalos, con las galas, con las visitas y con las licencias, los pensamientos libres a los pocos años. Era Joaquín hombre generoso y rico, y tenía vecino a su palacio un huerto de varios árboles, donde los más eran manzanos, planta que ya trae consigo desgracias a las mujeres; a éste concurrían, para entretenerse, los más honrados del pueblo, porque Joaquín era el más principal de todos. Constituyeron en la dignidad de Jueces aquel año dos hombres viejos, por quien Dios había dicho: «salió la iniquidad de Babilonia de los Jueces y ancianos, a quien tocaba el gobierno del pueblo y el ejemplo de las costumbres». Frecuentaban éstos la casa de Joaquín, y a ellos acudían con sus pleitos los que deseaban tener justicia. Luego, pues, que la gente se volvía y el Sol en la mitad de su curso les obligaba, entraba la hermosa Susana a entretenerse en el jardín y huerto de su esposo, donde todos los días era vista de aquellos ancianos Jueces que habéis oído. Los cuales no templando con la razón el apetito (lo que ya la naturaleza había hecho con los años), pusieron en su belleza los codiciosos ojos, quitándolos del cielo y de la dignidad del magistrado y oficio grave que tenían, y pervertido el seso, comenzaron a desear desenfrenadamente su hermosura, sin atreverse a comunicar el uno al otro su pensamiento, por la fealdad del delito. Un día, pues, que el mismo habían tenido entrambos, dijo el mayor en años, aunque igual en costumbres que ya era hora de ir a comer y que dejasen los estrados de su juicio y la casa de Joaquín, donde como príncipe de todos le tenían. Con las cuales palabras salieron juntos, y despedidos, cuando ya les pareció que ninguno podía ser visto del otro volvieron al palacio de sta Susana (donde se habían quedado, aunque se habían partido), y preguntándose la causa de tan impensada venida, se declararon el pensamiento, hasta entonces por la vergüenza de la cara defendido a la lengua; y haciendo un mismo deseo cómplices en el delito los que lo debieran ser en el consejo, concertaron el tiempo en que tuviese efeto, dando ya por posible a las fuerzas de dos hombres lo que al uno solo causaba desconfianza. Sucedió, pues, que como esperasen el día en que pudiesen hallarla sola, el que mayor calor aquel verano hizo entró Susana al jardín con sus criadas para bañarse a solas. Ellos que entre los árboles estaban ocultos, codiciaban que lo estuviese para poner en ejecución su intento, y haciendo celosías las ramas, la contemplaban cerca. Mandó Susana, inocente de los áspides que entre la yerba estaban, que le trajesen algunos olorosos ungüentos y le cerrasen la puerta. Hiciéronlo así, y dejándola sola y desnuda, entró en la fuente, donde acabó de quitarse del vestido lo que por honestidad de sus propias mujeres había dejado. Los Jueces entonces (que de su oculta belleza lo habían sido mejor que de su causa), saliendo de los árboles la asieron de los brazos y con amorosas palabras la provocaron a su amor lascivo. «Rinde —le dijo el más atrevido—, hermosa Susana, esa rara belleza tuya a nuestros deseos —ya después de sus quejas y sobresaltos—, porque de no ponerlos en la ejecución que pide nuestra enamorada imaginación habemos de decir a voces que el echar las criadas y el cerrar la puerta fue para ofender a tu marido noble con un galán mancebo que del temor del castigo huyó por esas paredes en siendo visto de los dos, que tratando los negocios del pueblo paseábamos estos cuadros. Pues mira si, siendo Jueces, seremos creídos. Gimió Susana entonces, y lo que dijo no puso mal Claridano en éstos versos:

Siendo de amor Susana querida  
estándose lavando en una fuente,

de dos Jueces que lascivamente  
vieron desnuda y de virtud vestida,  
dijo llorando: «¡Ay sola y combatida  
por todas partes del dolor presente!,  
pues morirá mi honor si lo consiente,  
y si lo niega perderé la vida.  
¡Ay muerte vitoriosa, no me asombres,  
pues la vida del alma, que pretendo,  
muriendo gozará más altos nombres!  
Porque será mejor, si me defiendo,  
caer sin culpa en manos de los hombres,  
que, con pecar, en las del Dios que ofendo».

Dio voces la castísima Susana entonces, y viendo los atrevidos viejos que ya no había que acudir a sus deseos, sino a su honra, comenzaron a darlas de la misma suerte, publicando a tres voces ella su inocencia y ellos su malicia. Apresurose un criado y abrió la puerta, y como los demás oyesen las voces en el jardín, acudieron turbados a saber la causa. «Vuestra señora —dijeron ellos—, si ya no os afrentáis de este nombre, con un adúltero mozo que por aquellos jazmines trepó ligero y no pudo nuestra edad decrepita oponerse a su juventud robusta, aunque los dos lo intentamos, honra a Joaquín, vuestro generoso dueño, con tales obras». Avergonzados de la novedad destas palabras los criados, porque jamás las habían oído de su noble señora ni caído en su pensamiento la imaginación de cosa tan indigna de su virtud y sangre, comenzaron unos con otros a culpar su fama: tan fácil entrada tiene la información siniestra en los serviles ánimos. La noche que esta inocente señora pasaría dejó, pastores, al juicio vuestro, aunque bien se deja entender que toda en continuas oraciones y lágrimas. El día trujo al pueblo a su palacio del turbado esposo, y la novedad, más temprano que otros días. Sentáronse los inicuos Jueces llenos de pensamientos viles contra la casta inocente. Traednos—dijeron antes que vieses otro pleito alguno— a Susana, hija de Helquías, mujer de Joaquín». Fueron por ella los ministros y vino acompañada de sus parientes y de las más honestas damas de Babilonia, que todas lloraban con ella lo que dudaban, porque la fuerza de la verdad mueve secretamente los corazones piadosos. Venía, por la honestidad, cubierta de un velo, como si no bastara el de sus lágrimas para mayor testigo de la suya. Mandaron los Jueces que se le quitase, con ánimo de hartar sus ojos de su divina hermosura. Descubriose Susana, y, como había llorado, parecía su rostro sol después de menuda lluvia. No miró persona su rostro que no leyese su castidad en sus ojos y la confirmase con lágrimas de los suyos. ¡Oh verdad divina! ¡Oh virgen resplandeciente y casta! ¡Qué bien dijo la elocuencia de aquel romano que tienes tanto poder que con ninguna máquina, ingenio ni arte puedes ser pervertida, y que aunque en tu causa no tengas defensor, por ti misma te defiendes! ¡Cuán bien se probó en la piedad de esta gente aquella máxima, que la verdad más se percibe de la fe que de la razón, y que la naturaleza es maestra de la verdad! Levantándose, pues, en medio del confuso pueblo aquellos bárbaros, puestas las manos sobre su cabeza, cuyo rostro miraba al cielo, como a lugar de donde esperaba auxilio, dijeron ansí: «Como nos paseásemos solos por el jardín tratando nuestras cosas, vimos entrar a Susana con dos criadas que, dejando-

la sola y cerrando la puerta, dieron lugar a que un hermoso mozo saliese de donde estaba escondido y ofendiese el honor de Joaquín su esposo. Nosotros viendo tan feo caso, corrimos juntos y intentamos asirle; pero vencieron sus valientes brazos los caducos nuestros, y así, pudo fácilmente librarse de nuestras manos. A Susana preguntamos quién era; pero, por diligencias que hicimos, no quiso descubrirle: tal debe ser el amor inmenso que le tiene. De lo dicho somos testigos, y nuestra autoridad, canas y oficio».

Creyó la bárbara multitud del pueblo la deposición infame (más disculpada que otras veces la facilidad del vulgo en dar crédito a las cosas que oye, por ser los testigos los Magistrados de la ciudad y de la edad que digo), y sin discrepar ninguno la condenaron a muerte. Esclamó entonces Susana con una voz grande, y dijo: «¡Dios eterno, que de las cosas ocultas eres juez, tú que las conoces y entiendes todas aun antes que se hagan, tú sabes que lo que éstos dicen es testimonio que me levantan! Yo muero, Señor, y mi honor se acaba con mi vida, no habiendo tenido culpa en la maldad de que la malicia de estos hombres me acusa». Oyó el piadoso Señor su lastimoso llanto, y como ya la llevasen a la muerte, las blancas manos atadas, los cabellos sueltos, descompuestos los vestidos y desamparada de sus deudos y aun de la misma humana misericordia, despertó el espíritu de un mancebo, cuyo nombre era Daniel, y dijo a voces: «¡Pueblo de Babilonia, yo lavo mis manos de la sangre de esta mujer inocente!». Admirado y detenido el pueblo, volvió los ojos a la voz del mozo, y viéndole de tan pocos años, le dijo: «¿Qué es esto que dices? ¿Cómo o por qué causa te limpias de la sangre de una mujer culpada que justamente muere?». El cual en medio de todos, con presencia que obligaba a escuchalle, dijo: «¿Ansí, locos hijos de Israel, sin conocimiento de la verdad y sin juzgar con la equidad que es justo, condenáis a muerte a una hija vuestra, y de las prendas y virtudes de Susana? Volved, volved al juicio. Conoced de nuevo desta causa, porque sabed que es falso testimonio. Mirad que la verdad de ninguna cosa tiene vergüenza sino de estar escondida». El pueblo con deseo de saberla (porque ningún mantenimiento puede haber para el alma como el conocimiento de la verdad), volvió con alegría a los estrados, rogándole los ancianos a Daniel que se sentase en medio, pues Dios en tan verdes años le había dado la honra que a los cabellos canos se concede. «Pues apartad —dijo Daniel entonces— esos dos hombres el uno del otro y juzgarelos». Dividiéronlos con no pequeño espanto suyo y admiración de todos, y llamando al primero, le dijo: «Envejecido en días y en maldades, ¿agora vienen los pecados que has hecho juzgando juicios injustos a oprimir los inocentes? ¿No sabes que dice Dios en el Éxodo que no mates al justo y inculpable? Si dices que viste a Susana con ese mozo adúltero, dime: ¿debajo de qué árbol estaban juntos?». «Debajo —respondió el miserable— de un lentisco». A quien Daniel replicó: «¡Oh, que bien que has hablado en daño de tu cabeza, pues ya el Ángel del Señor por sentencia suya tiene desnuda la espada para cortarte el cuello!». Apartando, finalmente, aquél, hizo venir el otro, a quien con airados ojos dijo: «Descendiente vil de Canaán, que no de Judá, la hermosura te engañó y el lascivo deseo ha pervertido tu corazón. Esto debíades de hacer con las hijas de Israel, y ellas temerosas de perder la vida y la fama, se rendirían a vuestros viles deseos; pero si fue su flaqueza tanta, en Susana no os sucedió de esa manera; que su fortaleza quedó vitoriosa de la flaqueza vuestra». Haciéndole, pues, la misma pregunta, respondió que debajo de una encina. Amenazándole, pues, Daniel con las severas palabras que al otro, y siendo claramente convencidos, el pueblo a grandes voces los condenó a la muerte, y por la ley en

el Deuteronomio escrita fueron apedreados. Helquías y Joaquín dieron a Dios infinitas gracias, y el pueblo, alegre y contento, mil parabienes a entrambos, Quedó Susana en mayor reputación, y Daniel en la estima que merecía, porque quien ejercita la verdad hace una cosa semejante a Dios, el cual no desampara jamás las causas inocentes.

Aquí puso fin Pireno a su historia, celebrada de las pastoras con algunas lágrimas.

—¡Qué mal —dijo Tebandra— puede prevalecer contra la verdad la mentira!

—Tan lejos —respondió Jorán— dijo un filósofo que estaba la verdad de la mentira como los oídos de los ojos.

—Bien dijo —replicó Lesbia—, porque por los oídos nos engaña lo que nos desengaña por los ojos.

—En el Levítico mandó Dios —dijo Aminadab— que no levantásemos falso testimonio al prójimo. Los legisladores Césares han puesto las mismas penas en que a los inocentes condenaba la mentira. No en vano decía aquel cuya elocuencia es hoy honor de Italia, que no por la liviandad de los testigos se había de juzgar la causa de los honestos hombres.

—Ninguna mentira —dijo Lesbia— nos ofende tanto como la que tiene semejanza con la verdad.

—Opinión fue muy recibida de los antiguos —replicó la bella Cloris— que era mejor ser engañado un hombre que mentiroso, con que no poco queda encarecida la honra de la verdad. Diga Pireno algún epigrama, si os parece, a esta cándida virgen, pues los demás no se han escusado de propios o ajenos versos.

Pireno entonces, sin replicar a Cloris, tomando aquella misma palabra, cantó así:

Cándida virgen, soberana Astrea,  
 ley de las artes, de los tiempos hija,  
 santa verdad, eternamente fija  
 de tu Hacedor en la suprema idea.  
 Sol que nuestras tinieblas hermosea  
 y tesoro que, hallado, regocija,  
 pues cuando más oscuridad te aflija,  
 no harán los años que lo que es no sea.  
 Tú más que el rey, que la mujer y el vino,  
 propuesta de los tres en competencia  
 por quién la libertad halló camino,  
 eres el fin y el alma de la ciencia,  
 y un atributo que en el Ser divino  
 tiene con los demás correspondencia.

—Tocaste muy a propósito —dijo Nemoroso— la historia de aquella famosa cena del Rey Darío a los Magistrados de Media y Persia y todos los Pretores, Cónsules y Prefetos que tenía, desde la India a Etiopía, en veinte y siete provincias.

—Graciosa —prosiguió Jorán— fue aquella contienda de los tres mancebos; que el uno dijo que el rey era la cosa más fuerte, probándolo con las fuerzas exteriores de su poderoso imperio; y el otro, que el vino, que tantas veces y en tantas ocasiones con las interiores suyas ha perturbado los juicios de los hombres; mas el discreto Zorobabel satisfizo mejor

al problema pintando la fortaleza de las mujeres con el ejemplo de Apamén, concubina del rey, que le quitaba la corona de la cabeza; y con los estragos y muertes sucedidos por su causa con las peregrinaciones, con los mares, con los peligros, con los incendios, con los tesoros y patrias, y con los tentados imposibles; pero luego dio primero lugar a la verdad vitoriosa, infalible, incontrastable, y sobre todas las cosas digna de estimación y reverencia.

—¡Oh, cuantos —dijo Aminadab entonces— han padecido en el mundo, por decirla, muertes y afrentas!

—Sí —replicó Tebandra—; pero no por eso han callado los escritores los sucesos, pues a su pesar de los tiranos príncipes se saben sus vicios desde el principio del mundo hasta la edad presente, y se sabrán los que hubiere por el discurso de los años hasta su fin; que si el temor no se atreve a los presentes, o la lisonja y el interés los encubren, en el segundo siglo<sup>61</sup> salen con atrevidas palabras las más ocultas cosas, causando poco honor a las cenizas, puesto que colocadas en soberbias urnas. Herodes tiene en esta sazón el cetro de Judea, cuyas crueldades no perdonarán las plumas que agora en vez de tinta baña de silencio el miedo. Ni queráis más ejemplo que lo que agora tan libremente se dice de Abimelec, hijo de Gedeón, fratricida crudelísimo de sesenta hermanos suyos, fuera de aquel a quien los pies sirvieron de alas en tan manifiesto peligro,<sup>62</sup> y hombre que toda la ciudad de los siquimitas pasó a cuchillo en una noche, hasta matar con humo los que se habían valido de la inmunidad de los templos. Pues mirad de qué manera trata la común fama a la fiera Atalía, que pretendió que no quedase de toda la estirpe de David ni vida ni memoria.

Llegaban a esta sazón los entretenidos pastores de Belén con el montañés Aminadab a la cabaña de Palmira, y el sol, como si hubiera vertido por el cielo sangre sobre tapetes de oro al Occidente, dejándose caer en la mar por la cumbre de unos montes. Salió Mahol a recibir a su sobrino (que ya tenía noticia de su venida), y dándole mil abrazos se informó de la salud de sus hermanos y deudos. Al despedirse los pastores y zagalas del extranjero le suplicaron que el siguiente día se hallase en el prado, donde cada uno le prometía algún presente por que prosiguiese el suave sujeto de aquella historia. El se lo prometió así, y de referirles también las fiestas que al nacimiento de Juan se habían hecho en las montañas, a que habían acudido los más dispuestos, valientes y entendidos pastores de aquella tierra. Con esto se fueron alegres, y Mahol regaló a su sobrino, aunque en pobre mesa, de abundante cena aquella noche, tratando después della de la cobranza de las obligaciones que traía, aunque ya el enamorado mozo más deseaba cobrar por mujer a Palmira que llevar los tesoros de Gaza a su padre anciano. No lo conoció mal el discreto viejo, ni ella lo negaba con la lengua de los mudos ojos, que en tales ocasiones con notable eficacia afirman o contradicen lo que sienten.

—Dejemos esa plática —dijo Aminadab a su tío—. Así te den los Cielos un yerno para esa hermosa y agraciada hija como le halló Raguel para la suya<sup>63</sup> en aquellos dorados siglos de Tobías.

Y como el viejo le prometiese despacharle y se quisiese recoger con su familia, Aminadab, deseoso de no perder la vista de su presencia, para entretenerle andaba rodeando

61.— En la otra vida.

62.— Jotam, el menor de los hijos de Jerubaal.

63.— Sara. Sobre ella pesaba el malificio de ver morir a 7 esposos antes de Tobías. Con todo, seguía virgen, pues estaba poseída por un demonio.



cómo le diese ocasión a que el viejo con la dulzura de alguna pasada historia se embebeciese (que se deleitan y entretienen mucho los que lo son en contar a los que vienen o las cosas que en su mocedad pasaron o las que oyeron a sus mayores). Vio en este tiempo una pintura el pastor que cubría buena parte del lienzo del aposento: estaban pintados en ella, no de muy grosera mano, dos pirámides cuyas basas eran dos fortísimas peñas y parecía que tenían su asiento en las entrañas de la tierra. En los lejos que la perspectiva descubría se vía la primera nave del mundo que sujetó y venció la soberbia de las aguas sin jarcias, velas, aguja, marineros y pilotos, porque la conservaba la voluntad de el Cielo, que la defendió y puso después de aquel universal Diluvio sobre los montes de Armenia.

—¿Qué significa —dijo Aminadab a Mahol—, amado tío, este hieroglífico? ¿Qué son estos pirámides, aquel arca sobre aquellas sierras y estas figuras de hombres que parece que trabajan por romper las columnas de estos dos estupendos edificios, a quien jamás los bárbaros túmulos de Egipto parece que se igualaron?

—Tímerio —dijo el viejo—, pintor no inferior a los que por esta tierra han tenido fama, si bien no ha tenido la pintura por ella el nombre que le han dado Italia y Grecia, me dio este lienzo en agradecimiento del hospedaje que yo le hacía en este cortijo las veces que de su tierra pasaba a Jerusalén en las solenes fiestas a que por el discurso del año estamos obligados. Y por que entiendas lo que significa, estame atento. Después de la muerte de Abel y de la huida de Caín, tuvo Adán otros muchos hijos, los cuales asaz multiplicaron su sangre sobre la tierra; mas la Escritura Sacra dejándolos aparte, sólo habla de Set y de sus descendientes. Este Set, finalmente, nació el año ciento y treinta de la edad de Adán, y fue hombre justo y santo, y despreciando los vicios abrazó las virtudes, en las cuales ejercitando sus descendientes de edad en edad, le fueron imitando. Éstos fueron los primeros inventores de la Astrología natural y que observaron los cursos y movimientos de los cielos y de las estrellas del mundo universal, de las esferas y de los orbes en particular, del sitio de las estrellas fijas, de la teoría de los planetas, de los eclipses, de los polos, climas, hemisferios, círculos, ecéntricos, epiciclos, retrogradaciones, acesos y recesos, horóscopos, raptos y otros diversos movimientos; que este parecer es más justo seguir, sin divertirnos a las varias opiniones de tantos, pues unos dan esta invención a los egipcios, otros a los etíopes, algunos a los caldeos, cuáles a los fenicios y cuáles a los babilonios. Lo cierto es que los hebreos la supieron de Adán, como las otras ciencias y artes liberales. El cual sabiendo que se había de arruinar el mundo por dos veces, una por fuego y otra por agua, y dudando cual sería destas la primera, para que no se perdiese el conocimiento de las ciencias fabricó dos torres, una de piedras vivas y otra de ladrillos crudos, y en cada una dellas depositó las artes, lo mejor que fue posible escribir su método, con intento que si primero viniese el fuego se conservase en los ladrillos crudos, y si el agua, en las juntas piedras. Sucedió, pues, que en el general Diluvio se conservó la torre de sillería, de que los futuros hombres fueron sacando las ciencias, que por la brevedad de la vida fuera imposible. Eso significan, pues, aquellas pirámides, aquel arca y aquellos que trabajan por derribar sus altas pesadumbres.

—Según eso —dijo el pastor—, el más científico de los nacidos fue Adán.

—Y el mayor señor y monarca —dijo Mahol— que ha visto ni tenido el mundo, desde que la tierra estaba sola y vacía hasta el postrero que en ella puso la planta. Adán, prime-

ro protoplasto,<sup>64</sup> fue rey y presidente de todas las cosas que el Hacedor del mundo crio hasta que descansó de sus obras maravillosas el séptimo día. Él puso a todas sus nombres conforme a sus naturalezas, y finalmente, fue obedecido de todas hasta que por el pecado de su desobediencia le negaron el feudo; porque a quien desobedece a Dios no habían de obedecer las criaturas, que con respeto obediencial le adoran. La humiliación que hace el elefante a la nueva luna, los cantos de las aves al alba, el no salir la mar soberbia de tan humildes límites, y el sosiego que comúnmente llaman días alcionios,<sup>65</sup> atribuyéndole al parto de aquellas aves, el mirar las águilas los rayos del sol, sin otras señales que por evitar prolijidad no digo, no es otra cosa sino reconocimiento al cielo y a su Criador infinito: debidas gracias que le dan y confusión de la ingratitud de los hombres, que dél han recibido tan altos beneficios, como es el ánima racional, sus potencias y acciones, la prometida gloria viviendo con la observancia de sus preceptos, pues aun muchas flores, que sólo tienen la sensitiva, vuelven su rostro al sol, como se ve en los penseles y girasoles.

—¡Cuánto mayor —dijo Aminadab— será agora el beneficio de haber enviado su unigénito Hijo a la tierra por el inmenso amor que tiene al mundo!

—Ése —dijo el anciano— piérdese de vista a los mayores encarecimientos. Pero ¿qué has oído en tu montaña destos misterios? ¿Cómo se hallan Zacarías y Isabel con el nuevo y no pensado fruto? ¿Es Juan hermoso? ¿Hubo grandes fiestas en su nacimiento? Que por acá no han faltado pastores y serranos que con notables regocijos han mostrado una súbita alegría que ha nacido por este niño en los corazones de todos.

—Muchas cosas te dijera —replicó Aminadab—, si no hubiera prometido a Leví, a Nemoroso y a otros zagales referírselas mañana en el prado, donde, si quieres hallarte, oirás maravillas, así de parte de la grandeza del suceso como de las fiestas, versos, luchas, apuestas, premios, danzas y regocijos.

—No faltaré —dijo el viejo— a tan justo entretenimiento. Y huélgome que por allá se ejerciten los mozos en tan santas recreaciones.

—Muchos saben —dijo Aminadab— la Escritura, y están atentos al esperado fruto desta soberana Virgen con fe infalible de que ha de ser el prometido Mesías a tantos patriarcas, reyes y profetas, para nuestra salud y descanso de aquellos venerandos Padres, que ha tantos centenares de años que le esperan cuantos hasta agora tiene el mundo; que, si no me engaño, corren por tres mil y novecientos y sesenta y dos.

—¿Qué edad dicen por allá que tiene María, esposa de Josef?

—Catorce años y tres meses, poco más a menos; porque nació el año quinto de la monarquía de Otaviano Augusto, de mil y veinte de la promesa de Abrahán, y ciento y cincuenta y tres del reino de David.

—¡Celebre, divino, soberano y nunca bastantemente encarecido nacimiento! ¡Bienaventurados sean los padres que la engendraron!

—No poco —dijo Aminadab— se celebró y celebra todos los años en las aldeas de Nazaret ese día. Si no te cansas, te diré una competencia entre cuatro serranos, dos del Carmelo y dos de nuestra tierra, sobre una glosa, y tú podrás juzgarlos, porque allá, o por no saber o por no determinarse, los igualaron con cuatro premios.

64.— El primero de la especie.

65.— Según la leyenda, Eolo deja de soplar durante unos días para favorecer que los alciones (martín pescador) hagan sus nidos en las rocas.



—Hogaré en extremo —dijo Mahol— de escucharlos, si bien del juicio que me pides mi ignorancia me reserva.

—La glosa dice así —replicó el pastor, poniendo un breve espacio la mano sobre la frente para convidar la memoria en el silencio de sí mismo:

A esta aldea bien venida  
seáis, niña tierna y fuerte,  
pues habéis de dar la muerte  
al que nos quitó la vida.

De la corte celestial  
a Nazaret venís hoy,  
Virgen, con tanto caudal,  
que la bien venida os doy  
por el aldea mortal.  
Nadie como Vós le pida,  
que, como fuistes nacida  
para ser madre de Dios,  
ninguna fue como Vós  
a esta aldea bien venida.

Cuando dijo Salomón  
que mujer fuerte no había,  
no vio vuestra perfección;  
que Vós nacistes, María,  
con diferente blasón.  
La duda agora convierte  
en maravilla, de suerte  
que llama abismo profundo,  
que sola Vós en el mundo  
seáis, Niña, tierna y fuerte.

Justa fue la fortaleza,  
pues la muerte habéis de dalle,  
quebrándole la cabeza,  
al que nos trujo a este valle  
de lágrimas y tristeza.  
Si faltó muerte tan fuerte  
para la sierpe homicida,  
y Dios que sois Vós advierte,  
norabuena tengáis vida,  
pues habéis de dar la muerte.

Palabras de Dios jamás  
retrocedieron el vuelo,  
porque, en echando el compás,  
dejará de ser el cielo

antes que vuelvan atrás.  
De Vós, Niña esclarecida,  
dijo Dios que el pie pondréis  
sobre la frente atrevida,  
luego la muerte daréis  
al que nos quitó la vida.

Ésta hizo Antino Carmelita, no poco ejercitado en este género. Mas oye, por tu vida,  
la de Danteo:

Pastorcilla nazarena  
que tenéis al cielo en vós,  
y de tantas gracias llena,  
que el dorado grano es Dios  
de vuestra limpia azucena;  
pues nacéis, de luz vestida,  
a ser fuerte y a vencer,  
a ser tierna y a dar vida,  
¿quién duda que habéis de ser  
a esta aldea bien venida?  
Parece que fuerte y tierna  
implican contradicción;  
mas la virtud que os gobierna  
hace esta divina unión  
para vuestra gloria eterna.  
Y pues habéis de dar muerte,  
aunque tierna, a la porfía  
de quien trocó nuestra suerte,  
para nuestro bien, María,  
seáis, Niña, tierna y fuerte.  
Pagadnos el parabién  
apresurando el vivir;  
llegue aprisa nuestro bien,  
pues de Vós ha de salir  
el Capitán de Belén.  
De Vós saldrá, para el fuerte  
fiero enemigo homicida,  
la muerte, Virgen; de suerte  
que es bien dar prisa a la vida,  
pues habéis de dar la muerte.  
Ya que vio el mundo la hora  
en que tanto bien alcanza,  
vivid aprisa, Señora,  
y al Sol de nuestra esperanza

no dilatéis el aurora.  
Y pues, al mundo venida,  
su remedio en Vós tenéis,  
vivid, Niña esclarecida;  
que con vivir mataréis  
al que nos quitó la vida.

No pienso que te ha de desagradar la de Ergasto, si no me engaña a mí la voluntad que le debo:

Pasaron por siglos mil,  
mujeres que, honrando el ser,  
mostraron ser varonil,  
como Judic, Jael, Ester,  
Débora y Abigaíl.  
Mas Vós, Niña esclarecida,  
a todas sois preferida,  
pues para hazañas mayores  
dicen que sois, los pastores,  
a esta aldea bien venida.  
Cuando Dios os fabricó,  
la tierra contra el abismo  
de blasón tan alto honró,  
que de Madre de Dios mismo  
título divino os dio.  
Tierna sois, y sois su muerte  
del fiero abismo, de suerte  
que no es enigma escondida,  
que pasa dar muerte y vida  
seáis, Niña, tierna y fuerte.  
Hoy entre el hombre y Luzbel  
queda partido este nombre  
de vida y muerte cruel:  
tierna seréis para el hombre  
y fuerte seréis con él.  
Luego vida y muerte advierte  
de que los dos, tierna y fuerte,  
Virgen, os han de llamar,  
pues la vida habéis de dar,  
pues habéis de dar la muerte.  
Venís tierna, como quien  
ha de dar tan tierno Infante  
como ya espera Belén,  
y fuerte, por que el Gigante

tiemble de David también.  
Honda seréis que despida  
la piedra Dios cuando, asida  
dese intacto y virgen lazo,  
derribe con fuerte brazo  
al que nos quitó la vida.

La última es de Apolonio. Olvídate de las otras y escucha atento:

Eva, primera pastora,  
la vida al mundo quitó;  
mas ya, hermosa labradora,  
si por ella se perdió,  
por Vós se restaura agora.  
La vida, entonces perdida,  
venís, naciendo, a traer;  
pues si nos traéis la vida,  
¿quién como Vós puede ser  
a esta aldea bien venida?

Mató un león animoso  
yendo a Tamnathá Sansón,  
y volviendo cuidadoso,  
halló en el muerto león  
un panal dulce y sabroso.  
¿Qué mucho que el hombre acierte  
este enigma celestial,  
y que si a Vós se convierte,  
como león y panal,  
seáis, Niña, tierna y fuerte?

Pero como del león  
salió a Sansón el panal,  
ya que tan distintos son,  
de Vós, panal celestial,  
saldrá el Cordero a Sion.  
Éste dará muerte al fuerte  
enemigo, y Vós daréis.  
vida al mundo, de tal suerte  
que tierna y fuerte seréis,  
pues habéis de dar la muerte.

Apenas pudo tener  
de que a una mujer burló  
la sierpe antigua placer,  
cuando Dios la amenazó  
con el pie de otra mujer;

si Vós, Reina esclarecida,  
la Luna habéis de pisar,  
Vós seréis, del Sol vestida,  
la planta que ha de matar  
a quien nos quitó la vida.

—Todas me agradan igualmente —dijo el anciano—, porque lo que algunas desdican vencen las otras, y en lo que las unas faltan aquéllas se mejoran conocidamente. No me mandes juzgar aquí, por que no me suceda lo que los poetas escriben de Midas; ni es bien que el cuervo ronco, aunque por años blanco, desate su voz desagradable entre los suaves cisnes.

—A la primera —dijo el pastor—dieron un cayado de acebo cuyo remate era una cabeza de serpiente, que si al dueño se le cayera entre las yerbas, pudiera espantar a quien le hallara.

—La vara de Moisés pareciera —replicó el viejo.

—A la segunda —dijo Aminadab— dieron un cinto de tigre, que por lindos que eran los tachones, pasador y hebilla, eran más lucidas las manchas. A la tercera un vaso de unicornio precioso, aunque pequeño, cuyo pie era una mano que le tenía asido. A la cuarta dieron un carcaj de flechas, las plumas de colores, los cuadrillos de acero, el cuero de becerro argentado de plata, y una cinta de seda de tres colores para llevarle al hombro.

Advirtió a este tiempo Palmira al divertido mozo de que se dormía el cansado viejo, y despidiéndose de entrambos dio lugar al ajeno sueño, no le hallando para su cuidado en la distancia de la noche, con ser de las mayores del año, porque amor en los principios todo es desvelos; en los medios, celos, y en los fines desengaños. Estando, pues, en esta confusión el pastor, salió dos o tres veces a ver nacer el alba (con el conocimiento que tenía de la estrella que la aposenta) mostrándose por la raya del horizonte primero que sus rayos le clarifiquen, una de las cuales oyó cerca de la cabaña dos pastores que con dos instrumentos acordados cantaban de esta suerte:

#### ERGASTO, DELIO, LAURO

LAURO:

A ti siempre, dulcísima María,  
a ti mi voz y mi instrumento cante,  
esforzando su rústica armonía

DELIO:

¿A quién invocaré que me levante  
de la bajeza del estilo mío  
en alabanza del divino Infante?

LAURO:

¿Será Talía, Melpómene o Clío  
para cantar de ti? Mas son humanas,  
y del furor humano me desvíó.

DELIO:

No quiero yo invocar Musas profanas,  
sino a tu Madre, que es divina Musa,  
tesoro de las gracias soberanas.

LAURO:

Tu luz, divino Infante, no se escusa,  
pues canto de la Virgen que te encierra,  
en quien toda la gracia está difusa.

DELIO:

Ya te espera, Señor, la humilde tierra.  
¡Dichoso el día, que del claustro santo  
salgas a ser la paz de nuestra guerra!

LAURO:

Virgen, ¿qué te dirá mi humilde canto?  
Dirá que eres oliva, huerto y fuente,  
del cielo gloria y del Infierno espanto.

DELIO:

Niño que, agora luz indeficiente,  
estás en los cristales de María,  
a la fe de las almas transparente.

LAURO:

Virgen, más clara que la luz del día,  
puerta del cielo, celestial Aurora,  
de los mortales campos alegría.

DELIO:

Niño que imaginado me enamora,  
cifrado en la virgínea esfera breve  
que te merece y te sustenta agora.

LAURO:

Virgen más pura que la blanca nieve  
que de la boca procedió del Austro  
cuando en los montes la condensa y llueve.

DELIO:

Niño que en ese intacto y virgen claustro  
te coronan más luces que a la estrella  
que va delante del luciente plaustro.<sup>66</sup>

LAURO:

Virgen, más que la Luna casta y bella,  
palma sobre los montes idumeos,  
que el Sol corona y que se viste della.

66.- El carro del Sol.

DELIO:

Niño David, que a tantos filisteos  
has de cortar el cuello con su espada  
y consagrar al templo los trofeos.

LAURO:

Perdona si mi lira mal templada,  
¡oh Virgen!, no celebra tu hermosura,  
de los divinos coros celebrada.

DELIO:

Perdona, Niño, tú, por la blandura  
y divina humildad con que has cifrado  
tu Sol en esa Luna blanca y pura.

LAURO:

¡Oh Virgen! Como estoy enamorado,  
no es mucho que me falten las razones;  
que es propio a un grande amor hablar turbado.

DELIO:

Infante robador de corazones,  
allí te llevas, donde estás, el mío:  
mira, mi dulce bien, dónde le pones.

LAURO:

Mis suspiros y lágrimas te envío,  
pastora de la fértil Palestina,  
cándida piel del celestial rocío.

DELIO:

¡Oh quién, cuando pasaba peregrina  
por este prado al monte de Judea,  
viera a tu Madre celestial divina!

LAURO:

Purpúrea Virgen, donde Dios emplea  
su saber y poder, ¡quién tan dichoso  
te viera al paso de su pobre aldea!

DELIO:

Lauro: no dudes que de aquel frondoso  
laurel las ramas y las verdes bacas<sup>67</sup>  
sembrara por el suelo venturoso.

LAURO:

Estáis agora, corderillas, flacas:  
no hay yerba; que los aires del invierno  
arranca a los rediles las estacas.

67.– Bayas del laurel.



DELIO:

Yo le buscara un corderillo tierno,  
que aún retozar no sabe, a quien le cría  
para la Madre del Cordero eterno.

LAURO:

Yo, blanca leche de una oveja mía;  
que en la yerba olorosa la cociera  
que por buena se llama de María.

DELIO:

Yo conservados nísperos trujera  
en paja y heno, que en el heno y paja  
el mundo el fruto de su vientre espera.

LAURO:

Un queso tengo yo, que en mi tinaja  
aceite incorruptible le conserva,  
que en su humedad la sequedad ataja.

DELIO:

Puesta en las flechas ponzoñosa yerba,  
saliera al monte yo; que no muy lejos  
tiene su albergue una pintada cierva.

LAURO:

No faltarán los tímidos conejos,  
o algunos tordos, mirlas y zorzales  
que vuelan por las hayas y los tejos.

DELIO:

¡Oh, qué trujera yo de los servales  
que cercan esta fuente, y de aquel monte  
madroños como cuentas de corales!

LAURO:

No mereció tu luz nuestro horizonte,  
celosía del Sol, hermosa Niña,  
¿qué mucho que a otro cielo se transmonte?

DELIO:

Rosa de Jericó, de Engadí<sup>68</sup> viña,  
produce ya ese bálsamo precioso  
que de olor celestial los prados ciña.

LAURO:

Danos, ¡oh palma!, ese racimo hermoso.  
Danos, ¡oh fuente!, ese cristal divino.  
Danos, abeja, ese panal sabroso.

DELIO:

¡Que la llena de gracia, Lauro, vino  
por nuestro valle! ¡Que camine el cielo  
y que no le saliesen al camino!

LAURO:

¡Qué linda inteligencia el azul velo  
de su Virgen esfera movería,  
llevando a Dios la que le trujo al suelo!

DELIO:

¡Qué notable contento que daría  
a su prima Isabel, y a sus pastores,  
viendo el cielo portátil de María!

LAURO:

¡Ay Delio, qué dulcísimos amores  
debieron de decirle a dulces coros,  
dando a sus plantas lágrimas y flores!

DELIO:

¡Qué tenga aquesta tierra dos tesoros  
como María y este Niño santo,  
y no se rompan sus terrestres poros!

LAURO:

Produzca el lirio, el nardo y el acanto,  
en vez de coloquintidas, el suelo  
que mereció, pastores, favor tanto.

DELIO:

Discurra el tiempo el variar del cielo,  
traya los siglos; que no habrá  
ninguno de tanta dicha y de mayor consuelo.

ERGASTO:

Pastores, ¿no dirá siquiera alguno  
de su esposo Josef alguna cosa  
en tiempo de su loor tan oportuno?

Cuando alabáis de Jericó la rosa,  
¿es mucho que digáis que esta doncella  
es del casto Josef virgen esposa?

Cuando decís que es pura, intacta y bella,  
decid que Dios escoge un hombre puro  
que sirva de Ángel para estar con ella.

Que aunque deste castillo es Dios el muro,  
siendo el casto Josef su barbacana,  
de la vista mortal está seguro.

Si Dios tuvo en su idea soberana  
para Madre del Verbo esta doncella,  
que le vistió de carne y sangre humana,

también tuvo a Josef, que está con ella  
 casado por acuerdo soberano,  
 que desde entonces pudo merecella.  
 Es rama de Jesé, de aquel anciano  
 tronco del árbol deste fruto inmenso  
 que más de un cetro le ocupó la mano.  
 Que haber venido a tal pobreza pienso,  
 porque para nacer Dios en la tierra  
 de aquel claustro santísimo inofenso,  
 no quiso la riqueza vil que encierra  
 el imperio del mundo, sino casa  
 que la adorne un cepillo y una sierra.  
 Mas porque ya la oscura noche pasa  
 huyendo al mar, del alba presurosa  
 que asoma el blanco pie con luz escasa,  
 y de la boca celestial de rosa  
 vierte las perlas que las hojas beben,  
 de verse tan gentil vanagloriosa.  
 Cuando a esos prados las ovejas lleven  
 los de aquestas cabañas, cantaremos  
 lo que a Josef nuestros ingenios deben.  
 Entonces sus grandezas pintaremos,  
 si puede ser; que a tantas alabanzas  
 como merece y tiene, alguna demos  
 conforme a las futuras esperanzas.

No se puede encarecer el alegría que sintió en su alma Aminadab con el amebeo<sup>69</sup> canto de los pastores, oyendo alabar la pura inmaculada Virgen y el Niño santísimo que habitaba sus candidas entrañas. Mucho encareció la devoción de Delio, mucho estimaba el amor de Lauro; mas aunque éstas eran más justas, agradeció a Ergasto sumamente que celebrase al santo Josef, ya tan cerca de tener título de padre de aquel Señor inmenso, unigénito Hijo del Eterno, que eternamente le engendró igual consigo y le comunicó la esencia de su divinidad.

—¡Oh Señor inefable, cuál está la tierra deseando vuestra venida! —decía el pastor enternecido—. ¡Dalde este alegre día de vuestro nacimiento, Emanuel hermoso! Mirad, Niño santísimo, que se deshacen éstos montes, se rompen éstas peñas, éstas fuentes os llaman; que no quiero, soberano Mayoral, encareceros el sentimiento de las entrañas de vuestros pastores. ¿Cuándo, Príncipe de paz, la cantarán los cielos y aparecerá en la tierra vuestro Sol? Mas, ¡ay dulce esperanza mía! ¿Qué os pregunto, faltando tan pocos días para este bien y teniendo ya la posesión nuestra naturaleza de vuestra majestad, puesto que admirada y absorta de cosa tan estupenda? Los Ángeles os bendigan, los cielos, los planetas, la tierra, el mar y los hombres; que yo, pues amanece el alba y faltan tan pocas

69.— Dialogado.

para la vuestra, quiero cantaros el Salmo ciento y cuarenta y ocho con mi grosera voz y rústico instrumento:

Alabad a vuestro Dios,  
altas virtudes escelsas  
que en los cielos habitáis  
sobre la décima esfera.  
Alabalde todos juntos,  
Ángeles, milicia bella,  
con todas las Jerarquías  
que asistís a su presencia.  
Alabalde, Sol y Luna;  
y de su magnificencia  
y hermosura sed testigos,  
resplandecientes estrellas.  
Alabalde, cielo impíreo,  
que tenéis la preeminencia,  
pues cielo de cielos sois  
y corte de su grandeza.  
Vuestra alabanza también,  
cielo cristalino, sea  
con las aguas que su nombre  
siempre alaben y engrandezcan.  
Él mismo lo dijo y quiso,  
y de nada fueron hechas  
todas las cosas criadas,  
de su alabanza materia.  
A todas las hizo firmes,  
que siglos de siglos tengan  
duración en su sustancia,  
aunque calidades truecan.  
Preceto y orden les puso  
que de ningún modo alteran;  
que sus precetos divinos  
ni los mudan ni los quiebran.  
También le alabad vosotras,  
¡oh criaturas de la tierra!,  
fieros dragones y abismos,  
aguas profundas y venas.  
Y tú, fuego elemental,  
y el granizo que se engendra  
de tres regiones que tiene  
el aire claro en la media.

Tú, nieve, y tú, yelo frío,  
que en la ínfima congelas;  
tú fuerza, y tú, viento, causa  
de tempestades soberbias.  
Pues todos obedecéis  
su santa palabra eterna,  
que a su mandamiento humildes  
nadie un átomo discrepa.  
Y vosotros, montes altos,  
collados y plantas llenas  
de frutas, cedros hermosos,  
dalde alabanzas eternas.  
Vosotros, ganados mansos,  
y vosotras, bestias fieras,  
serpientes y aves aladas,  
alabalde en aire y selvas.  
Reyes, príncipes y grandes,  
y los pueblos que gobiernan,  
los jueces que los juzgan,  
los niños y las doncellas,  
los mozos y los ancianos,  
todos a alabarle vengan;  
que su santo nombre solo  
ensalzado<sup>70</sup> se contempla  
su confesión y alabanza,  
porque todos le confiesan.  
Y así, cielo y tierra ensalzan  
su gloria, su fortaleza,  
su dignidad, su virtud,  
y el brazo de su potencia.

## FIN DEL PRIMER LIBRO

70.- En La ed. de Lérida-1612: 'Ensalçando'



## LIBRO SEGUNDO

**N**O bien había corrido el alba las primeras cortinas al nacimiento del Sol, en cuyos velos entre blancos y azules desde lejos reverberaba, cuando el valle de la Torre de Belén estaba tan cubierto de pastores y zagalas como de flores y árboles. Al montañés Aminadab esperaban todos, con el deseo de saber las sabrosas historias comenzadas (que a los que no se habían hallado presentes aquella tarde, los demás por la noche se las habían referido). Corría fresco el aire, ya por los extremos del verano, menos saludable y apacible; pero la vecindad del Sol templaba su malicia clarificando las nubes y esparciendo de la tierra las humidades. Retozaban los corderillos unos con otros al son que la música de las aves les hacía, y a cuadrillas por los prados parece que inventaban diversos juegos; los mastines buscaban el pan por los bagajes de los aperos; los toros se alejaban por las dehesas, y todo junto detuviera la vista del más regalado cortesano que por aquellos valles, de caza o de camino, pasara entonces.

—El cansancio de la jornada y la buena acogida del huésped —dijo Nemoroso— habrá causado, pastores, que no se haya a estas horas levantado el nuestro. Entretengamos su ausencia con alguna cosa de las que saben hacer tan entendidos, tan valientes y tan gallardos mozos, tan dispuestas, tan hermosas y tan gentiles serranas.

Pareció bien a todos, y para principio de su honesto entretenimiento Niseida y Lesbia cantaron así:

Al murmurar sentada  
 Delia yacía de una clara fuente,  
 Delia hermosa cansada,  
 adonde con esmalte diferente  
 de diversas colores  
 la tierra junto al agua daba flores.  
 Una abeja cercando,  
 de hacer licor más dulce deseosa,  
 con el susurro blando  
 los bellos labios, la purpúrea rosa  
 de aljófar guarnecida,  
 cayó en la tierra, de su mano herida.  
 Al tiempo que el postrero  
 aliento respiraba, dijo al prado:

«¡Qué dulcemente muero!  
 ¡Qué fin de tantas vidas envidiado!,  
 pues hurto tan sabroso  
 yo sé que al mismo Amor tiene envidioso».  
 Amor luego compuso  
 un túmulo de flores, y sobre ellas  
 aquestas letras puso:  
 «No son humildes para empresas bellas».  
 Tirsi lo oyó, y de miedo  
 tras un verde arrayán se estuvo quedo.

—Dejad agora las canciones humanas, aunque tan honestas sean, ¡oh pastores destes sagrados valles! —dijo Cloris—. Y pues esperamos relaciones tan divinas, no salga por lo menos de virtudes morales nuestro entretenimiento.

—Si se ha de tratar dellas —dijo Ergasto—, declárame tú un enigma, hermosa Cloris.

—Si supiere —respondió humilde Cloris discreta—. Y si no, perdonarás, Ergasto, mi ignorancia.

El pastor, satisfaciendo a su desconfianza, propuso estos versos:

Decid, pastores, cómo se apellida  
 aquella que entre montes fue nacida,  
 con siete letras entre espinas fieras,  
 de la cual, si quitáis las dos postreras,  
 en mil no hallaréis una:  
 tanto se estima cuando se halla alguna.

Rindiose Cloris, perezosa de afligir su entendimiento, más presto de lo que pensó Ergasto, y él dijo:

—Aquel castaño lleva la declaración de aquesta enigma, entre cuyos erizos lo dice el fruto; de quien si quitas las dos postreras letras, queda la virtud que en la mujer resplandece más, que es el ser casta.

—Pues ¿por qué dices —replicó Niseida— que en mil no se hallará una? Agravio es ése a las mujeres. Mejor hubieras dicho que en mil no hay una que no lo sea.

—Mira, Niseida —dijo Ergasto—, cuando una cosa se quiere encarecer, con hacerla rara al mundo parece que lo queda en todo rigor. Demás de que bien sabéis vosotras el peligro que la hermosura ha corrido en esta parte desde el principio del mundo.

—La fuerza de Tamar —dijo Lesbia—, la de Dina y otras hebreas no ofende la castidad, pues basta decir en su abono que fue violencia. Y si algunas pudieran hacer oposición a esta verdad (de que ya parece que se os vienen a la boca los ejemplos), no se bañó Susana como Bersabé, ni resultó un mismo efeto de aquella causa.

—Pésame —dijo Ergasto—, honestísimas serranas, de haberlo dicho: así aprendí el enigma, así le dije. Mas yo os doy la palabra de quitarle, si se me ofrece otra ocasión, los dos postreros versos.



—Yo pondré paz a vuestra cuestión —dijo Pireno— con el ejemplo de la que ha honrado para siempre la castidad y la naturaleza.

Y al son de una cítara, que mientras ellos hablaban había templado, cantó así:

Zagala divina,  
bella labradora,  
boca de rubíes,  
ojos de paloma,  
santísima Virgen,  
soberana Aurora,  
arco de los cielos  
y del Sol corona:  
tantas cosas cuentan  
sagradas historias  
de vuestra hermosura,  
quél alma me roban;  
que tenéis del cielo,  
morena graciosa,  
la puerta en el pecho,  
la llave en la boca.  
Vuestras gracias me cuentan,  
zagala hermosa;  
mientras más me dicen  
más me enamoran.

Dícenme que sois  
de las tres Personas  
el trono divino  
en que asisten todas;  
que ya el Padre Eterno  
hija suya os nombra,  
el Hijo, su Madre,  
y el Amor, su Esposa;  
que ya el Vellocino,  
de la tierra alfombra,  
lloviendo las nubes  
de perlas se borda;  
que tenéis guardada  
en Vós una joya,  
que de Dios el pecho  
dignamente adorna.  
Vuestras gracias, etc.

Que tenéis la cara  
como cuando llora  
sobre blancos lirios  
la mañana aljófara;  
que sois nieve pura  
sobre quien deshojan  
purpúreos claveles  
o encarnadas rosas.  
Yo no sé quién sirve  
hermosuras locas,  
flores de la tierra  
que la muerte corta,  
y deja de amaros,  
divina Señora,  
a cuya belleza  
la Luna se postra.  
Vuestras gracias, etc.

Cuéntanme que al Templo  
fuistes, Niña hermosa,  
cuyas quince gradas  
las subistes sola;  
que en él ofrecistes  
para tanta gloria  
casta vida y alma,  
palabras y obras;  
que aunque sois casada,  
la misma vitoria  
tendréis hoy que antes  
y después que agora.  
Seréis Madre y Virgen,  
porque os hizo sombra  
el Amor divino,  
de quien sois Esposa.  
Vuestras gracias, etc.

—Por tu dulce canción, Pireno —dijo Tebandra—, me has hecho acordar de otros iguales versos al dichoso nacimiento de esa divina hija de Joaquín y Ana, en una fiesta que los zagales de Nazaret hicieron a sus años a ocho del setiembre pasado, que pienso que dicen así:

Hoy se cumplen años  
que nació la Reina,  
la Reina María

del cielo y la tierra,  
y hoy con justa causa  
todos hacen fiestas  
al dichoso día  
que sus años cuentan  
por su sol el cielo,  
el mar por su estrella,  
y por su Señora  
la tierra contenta.  
Ceñidos de oliva  
los dos labios entra  
al arca del mundo  
el *Ave* que espera.  
Venga norabuena  
la paloma bella,  
norabuena venga.

La zarza divina  
quél fuego respeta,  
vellocino blanco  
sembrado de perlas;  
la Reina vestida  
de tan varias sedas,  
que asiste en su trono  
del Rey a la diestra.  
La vara de almendro  
con sus flores bellas,  
que tiene en su fruto  
tan divina almendra,  
que ha juntado en uno  
su verde cubierta  
de humano y divino  
dos naturalezas.  
Venga norabuena  
la paloma bella,  
norabuena venga.

La serrana hermosa,  
puesto qués morena,  
color para el trigo  
de la buena tierra;  
trigo de Belén,  
que tantos Profetas  
han llamado casa  
de este pan que esperan;  
tierra virgen que ara

del Amor la flecha;  
 que es el mismo Dios,  
 el pan y el que siembra.  
 Hoy viene a poner  
 a la antigua Bestia  
 la planta de nieve  
 sobre la cabeza.  
 Venga norabuena  
 la paloma bella,  
 norabuena venga.

—¡Cuánto mejores son estas canciones —dijo Cloris— que las letras humanas que tantos castos entendimientos pervierten, tantos oídos engañan y tantas imaginaciones desvanecen! Para divertir el entendimiento y, como dice el proverbio, aflojar la cuerda al arco, no suelen tal vez ser nocivos los versos amorosos, siendo honestos; no porque yo diga que tienen en todas ocasiones este lugar. Y confieso que se me enternecen los ojos y el alma se me divide de esta mortal corteza cuando escucho por estos valles los más pequeños pastorcillos ir cantando las alabanzas del gran Dios de nuestros padres, el tránsito de los hijos de Israel, la peregrinación del desierto hasta llegar a la Tierra Prometida, y el sabroso maná que les sirvió de sustento, de quien dicen algunos pastores tan altas profecías.

—Andan las cosas del mundo —dijo Pireno— de tal manera estragadas, que parece que nuestra vida es inmortal, según la prisa y ambición de los hombres por adquirir honras y riquezas. Cuál veréis que para dos años de vida que le faltan comienza suntuosos edificios, y habiendo de caber en siete pies de tierra, apenas le parece que muchas salas, cuadras y retretes pueden aposentarle. Cuál encierra y guarda el metal precioso, que, no le sirviendo, tanto es de su vecino como suyo si está de sus escritorios una pared en medio. Cuál, vestido de lisonja, anda hecho camaleón de las colores de la inconstancia de los dueños de los palacios. Cuál sulca los nunca arados mares y, un dedo de la muerte, camina sobre una tabla a la discreción del viento por donde una punta tocada en una piedra<sup>71</sup> le gobierna. Mas por no cansaros con prolijos discursos, oíd a este propósito lo que compuso Alcino y servirá de canción en esta junta:

Después que, atrevido,  
 Adán codicioso  
 de ser como Dios,  
 tuvo a Dios en poco,  
 pues que por cumplir  
 los necios antojos  
 de su bella esposa  
 perdió tal tesoro,  
 aquella locura  
 nos dejó a nosotros;

71.— La brújula.

qu'el ajeno gusto  
es el nuestro propio.  
Adán fue formado  
de ceniza y polvo;  
qu'el polvo de Adán  
nos puso del lodo;  
no hay quien a su Eva  
no vuelva los ojos,  
y de Dios los quite  
atrevido y loco;  
por comer manzanas,  
veneno con oro,  
dejamos del alma  
el sustento solo.  
Todos somos locos  
los unos de los otros.  
Cuál sigue el palacio  
rico y suntuoso,  
cercado de invidia,  
qu'es terrible mostro,  
y el servir al hombre  
por estraños modos  
prefiere al servicio  
de Dios poderoso.  
Cuál pone al gobierno  
de la tierra el hombro,  
sin ver que a la tierra  
al fin viene todo.  
Cuál anda ocupado  
en dos mil negocios,  
y los de su alma  
encomienda a otro.  
Cuál bebe los vientos  
triste y ambicioso,  
que aun para comer  
tiene mil estorbos.  
Cuál, buscando, pasa  
de la mar los golfos  
los indianos partos  
del metal sonoro.  
Todos somos locos,  
los unos de los otros.  
Cuál sigue el camino  
ancho y deleitoso,

y el de la virtud  
 le parece angosto;  
 sigue las costumbres  
 del amigo mozo,  
 la blasfemia, el juego,  
 y el decir de todos.  
 Cuál por la belleza  
 de un hermoso rostro,  
 que en la sepultura  
 le ha de dar asombro,  
 anda desvelado,  
 ciego, mudo y sordo,  
 comiendo deseos  
 y bebiendo enojos.  
 Cuál por dulce fama  
 entre cuerpos trancos  
 trepa las murallas  
 y ciega los fosos.  
 Cuál pasa la vida  
 en deleite y ocio,  
 sin ver que la muerte  
 dice lo que somos.  
 Todos somos locos  
 los unos de los otros.

—Paréceme —dijo Alfesibeo en acabando Pireno su canción—, pues es al mismo propósito, que jugádeses aquel juego de los locos con que otras veces en iguales ocasiones soléis entreteneros.

—Yo no le sé —dijo Finarda—, y algunos de los pastores que están aquí dicen lo mismo.

—Las leyes son —replicó el Rústico, un labrador de aquellos campos, a quien todos llamaban con este título desde sus tiernos años— tomar cada uno el nombre de una virtud o acción heroica, y en siendo preguntado, decir tres cosas en que puede parecerle que consiste la locura del mundo.

—Moral es ese juego, y no poco entretenido —dijo Finarda—. Pero ¿quién le sabrá jugar de improviso con la gracia y presteza necesaria?

—Al que errare —dijo el Rústico— tomarémosle una prenda, para dalle después el castigo que nos pareciere a propósito.

—Yo he hecho concepto de vuestra intención —replicó Finarda—, y ayudaré por mi parte, aunque sé bien que me pongo a peligro de incurrir en la pena por momentos.

—¿Qué nombre tomas? —prosiguió Llorente, que este era el legítimo del Rústico.

—La Fama seré yo —respondió Finarda.

A quien siguiendo todos los demás por su orden, Elifila tomó la Liberalidad; Damón, la Filosofía; Lesbia, la Discreción, Ergasto, el Silencio; Tebandra, la Paciencia; Alfesibeo el Secreto; Fabio, el Amor; Niseida, la Castidad; Nemoroso, el Respeto; Pireno, la Fortaleza;

Dositea, la Templanza; Bato, la Verdad; Lucela, la Prudencia; Jorán, la Justicia, y el Rústico, la Piedad. Y comenzó así:

—Dime, Filosofía: ¿en qué consiste la locura del mundo?

—En el fingir los hombres que saben —dijo Damón—, y en no saber que no saben y en sustentar que saben. Pero dime, Silencio: ¿en qué consiste?

—En hablar sin tiempo —dijo Ergasto—, y en no conocer el tiempo y en dejar pasar el tiempo. Mas dime, Discreción: ¿en qué consiste?

—En no saber gobernar sus cosas —dijo Lesbia—, y en murmurar de las ajenas y en quererse poner en lugares altos. Pero dime, Secreto: ¿en qué consiste?

—En descubrir los propios —dijo Alfesibeo—, y en no callar los de los amigos y en no hacer sus cosas secretamente. Pero dime, Castidad: ¿en qué consiste?

—En no tenerla en las palabras, aunque falte en las obras —dijo Niseida—, y en no tener cautela donde puede resultar infamia y en querer que no se sepan los vicios, cuando son públicos. Pero dime, Respeto: ¿en qué consiste?

—En no le tener a los mayores —dijo Nemoroso—, a los padres y maestros. Pero dime, Paciencia: ¿en qué consiste?

—En perderla a las faltas domesticas —dijo Tebandra—, y a las de los amigos, y en no saber sufrir los agravios del poderoso, y del que habemos de rogar luego. Pero dime, Liberalidad, ¿en qué consiste la locura del mundo?

—En ser un hombre —dijo Elifila— pródigo con sus vicios, avaro con sus obligaciones y ingrato a los beneficios. Pero dime, Amor: ¿en qué consiste?

—En no le tener muy grande al Autor de la naturaleza —respondió Fabio—, a nuestros bienhechores y a la patria. Pero dime, Fortaleza: ¿en qué consiste?

—En mostrar flaqueza —dijo Pireno— en las adversidades, en las mudanzas de los tiempos y en la forzosa muerte. Pero dime, Prudencia: ¿en qué consiste la locura del mundo?

—En no guardarse el que es bueno de publicarlo —dijo Lucela—, en no medir el gasto con la hacienda y en no prevenir la muerte, siendo tan cierta. Pero dime, Fama: ¿en qué consiste?

—En pretenderla sin meritos —dijo Finarda—, y en solicitarla sin trabajos y adquirir-la de cosas viles. Pero dime, Templanza: ¿en qué consiste?

—En no abstenerse de convites esplendidos —dijo Dositea—, de no refrenarse en las cosas que dañan a la salud y reprimir las que ofenden la autoridad. Pero dime, Justicia: ¿en qué consiste?

—En quererla y no hacerla —respondió Jorán—, en la mala distribución de los bienes, y en no temer la divina. Pero dime, Verdad: ¿en qué consiste?

—En preciarse los hombres de no decirla —replicó Bato—, y en pensar que puede ser encubierta, y en temer el daño cuando el Cielo se sirve de que se diga. Pero dime, Piedad: ¿en qué consiste la locura del mundo?

—En morir un hombre consolado de la piedad celestial, no habiéndola tenido de los pobres.

—Di las demás —prosiguió Bato.

—Yo no tengo más que decir —respondió el Rústico.

—Dos faltan —dijeron todos.



Y de común acuerdo le fue dado por castigo que recitase un romance que otras veces le habían oído, aplicado a la purísima Virgen, del capítulo veinte y cuatro del *Panaretos*<sup>72</sup> de Jesús, hijo de Sirac, y él le comenzó desta suerte:

Oídme, cielos divinos.  
 Ángeles, estadme atentos.  
 Detente, Sol, a escucharme  
 de tu carrera en el medio.  
 Tú, velocísima Luna,  
 para tu curso ligero.  
 Atiende, mar. Tierra, escucha.  
 Calle el aire y oya el fuego.  
 Oíd, mortales, mi voz.  
 Aves, suspended el vuelo;  
 y vosotras, verdes plantas,  
 el vegetativo aumento.  
 Fieras, olvidad el curso.  
 Peces del húmido reino,  
 parad las alas de escama  
 con que vais cortando yelos.  
 Yo soy la que procedí  
 de la boca del Inmenso,  
 su primogénita soy  
 de cuantas cosas ha hecho.  
 Yo la luz infatigable  
 hice nacer, envolviendo  
 como en niebla cuanto vive.  
 Yo puse en alto mi asiento.  
 Yo tengo para mis plantas  
 un trono dorado, puesto  
 sobre columnas de nubes  
 que bordan rayos diversos.  
 Yo sola los tornos altos  
 de todos los cielos cerco,  
 en la tierra y mar estoy  
 y los abismos penetro.  
 Yo tengo de varias gentes  
 el principado supremo,  
 y de todas las naciones  
 bendición, corona y cetro.  
 Los corazones también  
 de los grandes y pequeños

72.- Más conocido como Eclesiástico o Libro de la Sabiduría de Jesús Ben Sirá. A su autor se le conoce como Jesús Ben Sirac o Jesús, hijo de Sirac.

generosamente piso  
con la virtud que profeso.  
Yo busqué en todas las cosas  
mi quietud, descanso y centro,  
que ya he puesto en la heredad  
de aquel Señor sempiterno.  
Entonces el que crio  
todas las cosas que veo,  
y de quien también lo soy,  
mandome escuchar, diciendo  
que descansaría en mí,  
y que tendría en mi pecho  
cifrado aquel acto puro  
que engendra su entendimiento.  
Aquella divina imagen,  
donde como en claro espejo  
eternamente se mira,  
que es su unigénito Verbo.  
Aquella noticia suya,  
aquel que nació sin tiempo,  
para que en la tierra sea  
con tiempo su nacimiento.  
En Jacob y en Israel  
me manda habitar, poniendo  
entre sus más escogidos  
mi sólido fundamento.  
Antes que los siglos soy,  
criada soy *ab eterno*,  
mi ser de principio a fin  
sin principio y fin poseo.  
En su habitación divina  
y en el resplandor inmenso  
de su presencia administro  
la dignidad que le debo.  
Así me fundó en Sion,  
que para que fuese eterno,  
la ciudad santificada  
para mi descanso tengo.  
He puesto, por más firmeza,  
en Jerusalén mi Imperio,  
y en el pueblo más honrado  
mis fundamentos he puesto.  
Cuya herencia puse en Dios,  
porque en el merecimiento

y plenitud de los Santos  
es donde yo me detengo.  
Soy del Líbano oloroso  
levantada como cedro,  
y en el monte de Sion  
ciprés hermoso parezco.  
No tiende en las blancas hojas  
el Sol sus rubios cabellos  
de las palmas de Cadés,  
como son mis pensamientos.  
Los huertos de Jericó,  
de rosas fragantes llenos,  
no tienen color que iguale  
para mi purpúreo velo.  
Soy oliva hermosa en campo,  
y, mis hojas estendiendo,  
plátano junto a las aguas,  
siempre verde y siempre ameno.  
Aromatizando el aire  
espiro olor como incienso,  
cinamomo, y la escogida  
mirra y licores sabeos.  
Como el Líbano exhalé,  
no cortado ni deshecho,  
olor a mi habitación  
de mis obras y deseos.  
Porque a mí no me ha tocado  
de aquel labrador primero  
la segur; que sola yo  
gozo deste privilegio;  
que si el Rey hace una ley  
general con justo acuerdo,  
derogarla puede él mismo  
y dejar alguno ecepto.  
En un pergamino Virgen  
carta de libre me dieron,  
rubricada de Dios mismo  
con una firma y tres sellos.  
Como terebinto, en fin,  
mis verdes ramos estiando,  
ramos de gracia y de honor,  
honor del cielo y del suelo.  
Yo como vid frutifico  
y en suave olor me enciendo;

son de honestidad mis flores,  
y la pureza que precio.  
Soy madre de Amor hermoso,  
temor y conocimiento,  
y de la santa esperanza  
que a todo el mundo prevengo.  
En mí de vida y verdad  
todas las gracias se vieron;  
que la verdad y la vida  
a la tierra daré presto.  
Por mí ha de esperar quien vive  
la virtud que le prometo,  
que soy arca del tesoro  
de las riquezas del cielo.  
Venid los que deseáis  
paz, vida, gloria, consuelo,  
porque de mi fruto sólo  
podéis quedar satisfechos.  
En mi sabrosa dulzura  
a los panales escedo;  
que ha de ser el que he de dar  
de cielo y tierra sustento.

—Muy bien fue que errases —dijo Finarda—, amigo Rústico, por que te diesen tan buena penitencia.

—Nunca yo pensé que, siendo el que declaré el juego —respondió riéndose—, fuera el que solo pagara de vosotros.

—No lo hiciste sin malicia —dijo Lucela—. Y aquello no fue errar, sino detenerte a pensar cómo errarías. ¡Cuán bien has acomodado el capítulo de aquel sabio hebreo a esta santísima Virgen!

—Bien le pudieras dilatar —añadió Pireno—, como en algunas partes lo hiciste, y quedara más declarado y más copioso.

—Eso puedes tú hacer —replicó el Rústico— enmendándole.

—¡Qué bien le vienen a la Virgen —dijo Elifila— todos estos atributos de la Sabiduría!

—Tal la hizo la del Eterno Padre —respondió Niseida.

—Creedme —prosiguió Alfesibeo— que no hay palabra de aquéllas que no tenga mil sentidos.

—Ésos quisiera yo tener —dijo Lesbia— para emplearlos todos en su alabanza. ¡Oh niña benditísima! ¡Oh hermosísima doncella, que tan antigua sois en la casa de Dios, que eternamente habéis estado en su idea!

—A ese propósito —dijo Nemoroso— os quiero decir unos versos de Damón, si él me ayuda a cantarlos y a acordarme dellos.

—Sí haré —respondió Damón.

Y pidiendo a Fabio su instrumento, cantaron los dos la antigüedad de la Virgen de esta manera:

Virgen, la nobleza vuestra  
 hoy vuestra patria averigua,  
 que sois más que el cielo antigua,  
 Reina suya y gloria nuestra.  
 Fuera de Dios, no hay quien sea  
 tan antigua como Vós,  
 pues es sin principio Dios,  
 y os hizo Dios en su idea.  
 Si con Vós por bien del hombre  
 la serpiente amenazó,  
 no sólo el poder mostró,  
 mas la antigüedad del nombre;  
 que, poniéndoos de por medio  
 su misericordia inmensa,  
 antes que fuese la ofensa  
 érades Vós el remedio.  
 ¡Qué más antigua hidalguía  
 que haber, cuando os hizo Dios,  
 uno solo, y ése Dios  
 y que en sí mismo vivía!  
 Pero de tantas coronas,  
 Virgen, como os quiso honrar,  
 tres testigos podéis dar,  
 pues en Dios hay tres Personas;  
 y pues son, Virgen hermosa,  
 verdad sola, ellos dirán  
 que gloria, que gracia os dan  
 por Virgen, Madre y Esposa.

—No hay más que decir, pastores —dijo Bato admirándose—, porque si se hiciese una información en que jurase el príncipe, ¿qué fe podrian hacer los demás testigos? Y así, no era necesario examinarlos.

—No hay quien pueda deponer en la hidalguía de la Virgen de tiempo inmemorial —dijo Pireno—, si no es el mismo que la hizo, pues fue criada antes que los siglos. Porque si pedimos al Cielo que deponga, dirá que no estaba formado; si al Sol que adorna su cabeza, que no tenía oro entonces; si a la Luna que sirve de estrado a sus pies, que no tenía plata; si a las estrellas que bordan su manto, que no tenían díamantes; si a los Ángeles que la sirven, que no tenían ser. De suerte que en la probanza de su antigüedad solo puede jurar el mismo Dios y sus tres divinas Personas. ¡Jurar dije! Pero así es; que David dijo que Dios había jurado de hacer Sacerdote a su Hijo, según la orden de Melquisedec, y que no le había pesado del juramento.

—Ponte en ese camino —dijo Dositea al Rústico—, y mira si viene Aminadab al prado; y por que el aire se esfuerza, desgaja de esos laureles algunas ramas que atravesemos entre estos chopos para hacer defensa.

—¿Yo solo y sin instrumento? —dijo el pastor—. ¡Pues aun que yo tuviera la fuerza de aquel filisteo hermano de Goliat, que traía tan gruesa lanza en la batalla de Gacer como el madero en que envuelven la tela los que tejen, o los veinte y cuatro dedos de aquel de rafaín<sup>73</sup> en Geth,<sup>74</sup> que por cosa notable cuenta el libro primero del *Paralipomenon*! Vengan dos o tres pastores conmigo y traeremos algunas ramas de estos terebintos, enebros y lentiscos.

Levantáronse Alfesibeo y Bato, y acompañando al Rústico desgajaron algunas ramas, de que tejieron entre los árboles una hermosa cabaña y breve,<sup>75</sup> en cuyo agradecimiento Lucela templando su instrumento, a la limpieza de la Concepción de María cantó así:

Por uno y otro bárbaro soldado  
dividiendo el acero belicoso  
(justo respeto de su rostro hermoso,  
en jazmines y púrpura bañado),  
entró Judic al pabellón bordado  
del Capitán de Nínive famoso,  
tan bien calzado el pie pequeño airoso,  
que le llevó los ojos el calzado.  
Calzada de la Luna entró María  
en el mundo tan limpia y tan hermosa,  
que no sólo pisó su tiranía,  
pero llevó los ojos, amorosa,  
del mismo Dios, que la dispone y cría  
con limpieza de Madre y pies de Esposa

Acordándose Fabio de un soneto de Belardo, pidiéndole su instrumento a Lucela, le cantó así:

Todos los atributos que tenía  
Dios soberano, en que hombre Dios se nombre,  
parece que cumplieron con su nombre  
y lo que a cada cual se le debía.  
Satisfizo a su gran sabiduría  
con el saber hacer que Dios fuese hombre,  
y a su justicia, cuando más asombre,  
que Dios a Dios satisfacer podía.  
Al poder, con querer satisficiera;

73.— Los refaim o refaitas eran una tribu de gigantes. Uno de ellos tenía 6 dedos en cada mano y pie.

74.—O 'Gat': valle en que se refugió David huyendo de Saúl.

75.— Pequeña.

y al amor, con amar nuestro provecho,  
y a su piedad, con ver nuestra desgracia;  
pero a su inmensidad ¿cómo pudiera,  
si cupo de una Virgen en el pecho,  
pues no era inmensa, a no lo ser de gracia?

No fue menester rogar a Nemoroso oyendo alabar a la Virgen, y contra la condición de los músicos (que siempre cantan rogados) cantó así:

Pensando estaba María  
en alta contemplación,  
quién había de ser Madre  
del Hijo eterno de Dios.  
De los sagrados Profetas  
la soberana lección  
le había puesto el deseo  
que el alma le suspendió.  
Leyó que una Virgen santa  
y sin obra de varon,  
un Hijo concibiría,  
siendo ella cristal y Él sol.  
«¡Felicísima doncella!  
(le dice llena de amor,  
porque entonces no sabía  
que por ella se escribió).  
¡Quién tan venturosa fuera  
que por serviros a Vós  
mereciera ser esclava  
de las que de Vós lo son!  
Desde aquí, Virgen hermosa,  
adoro y respeto yo  
aquel campo que ha de dar  
fruto de tal bendición».  
Cuando esto dice la Niña,  
niña en los ojos de Dios,  
(que con el niño que espera  
las tendrá para los dos),  
bate las alas un Ángel  
de la esfera superior,  
coronando el aire claro  
de cándido resplandor.  
En la humilde Nazaret  
el alto vuelo paró,



donde ha de pararse el cielo,  
y nueve meses su Autor.  
Tomó forma de un mancebo  
más hermoso que Absalón;  
ni era mucho, pues su Dueño  
verdadera la tomó.  
Las rodillas por el suelo,  
dijo que era embajador  
de la paz de Dios y el hombre,  
con que Dios hombre quedó.  
Más bendita fue María,  
y de más gracias y honor,  
en creer que en concebir  
a Dios en esta ocasión.  
Vós sois, divina Señora,  
hermosa niña, Vós sois  
la que ha de ser de Dios Madre  
y criar al que os crio.  
Vós sois la zarza divina,  
que verde se conservó  
entre las llamas de fuego,  
y Vós la vara de Arón.<sup>76</sup>  
Vós el Arco de las paces  
de más divino color,  
que el cielo abraza esmaltado  
de fe, esperanza y amor.  
Vós el arca del Diluvio,  
Vós la estrella de Jacob,  
Vós la paloma que trujo  
nuevas del Arco y del Sol.  
Vós la Virgen cuya planta  
ha de pisar al Dragon,  
tirano de nuestras vidas  
desde que a Eva engañó.  
Vós propiciatorio santo,  
Vós templo de Salomón,  
adonde golpe de culpa  
en ningún tiempo se oyó.  
Vós limpia, Virgen hermosa,  
desde vuestra Concepción;  
que, como le fue posible,  
quien os hizo os reservó.

76.- Por 'Aarón'.

Al último acento destes versos (de quien solas las cuerdas murmuraban, más por haberle dejado que por ofendidas de la mano que las hería) llegaron Aminadab y Palmira, que recibidos con aplauso de todos y dándoles el mejor lugar, tomaron asiento.

—¿Qué se trataba —dijo el montañés—, pastores y pastoras destas sagradas riberas del Jordán? Y ¿en qué os entreteníades?

—En cantar —dijo Nemoroso—, para pasar con menos fatiga los deseos de tu presencia.

—¿Por qué —dijo Aminadab— habéis echado menos mi rustiqueza? Si ya no debéis esta honra a mi amor y al privilegio de extranjero de vuestro valle.

—Fuera del que tú mereces —dijo Niseida—, para que cumplieses la palabra que ayer diste a estos pastores, a que también nosotros venimos convidados y de su relación sabemos los principios.

—No quiero —dijo él entonces— gastar el tiempo en cumplimientos ni en escusados prólogos, ya que os he gastado la paciencia en esperararme.

Y así, previniéndole todos los oídos, imitando las selvas en el silencio, y las aves a los pastores, comenzó así:

—Habiendo llamado Isabel bendita entre la mujeres a la hermosa Virgen (palabras que el Ángel le había dicho y que se las reveló entonces el divino Espíritu), y confesando su preñez dichosa (que hasta entonces por la vergüenza de su larga edad había encubierto), dando la causa desta bendición al haber creído, y asegurándole que todas las promesas de la celestial embajada se cumplirían, con otras cosas que de la gracia del Hijo redundaban en la Madre como de la luz encerrada vemos que se comunican los rayos a los vidros, la casta Virgen oyéndose llamar bienaventurada, y que Isabel la llamaba madre de su Señor y la predicaba por digna deste singular privilegio, rompió el honesto silencio y con súbita alegría compuso estos versos y dulcísimo canto, diciendo así:

El Señor engrandece  
 mi alma, que se alegra en el Dios santo  
 de mi salud, y crece  
 (porque las vio) mis humildades tanto,  
 que bienaventurada  
 de todos desde hoy más seré llamada.

El que es tan poderoso,  
 y cuyo nombre es santo a quien le tiene  
 temor siempre piadoso,  
 de gente en gente a engrandecerme viene;  
 que al humilde aventaja  
 y al que es soberbio de su asiento baja.

El pobre, lleno vive  
 del bien de quien al rico pobre envía:  
 su Niño Israel recibe,  
 y Él se acordó del prometido día  
 a Abrahán su acendiente,  
 y a su posteridad eternamente.

En esta visita, amigos pastores, estuvo María tres meses, que para regalo y consuelo de la prima y de su hijo serían necesarios. Yo dejo a vuestra consideración los coloquios que los dos benditos niños tendrían entre sí, las reverencias que Juan haría a su primo todas las veces que Isabel y María se encontrasen al salir y entrar en los aposentos; que quien supo regocijarse de seis meses con su vista también sabría respetarle y agradecerle el tiempo que hasta que Él saliese a la luz de el mundo le acompañaba. Y en esta ocasión os quiero decir una canción que un pastor de los más rústicos de casa compuso a tan divino sujeto enseñado de su clarísima luz y guiado de su furor amoroso. Y llevad advertido que tan grandes misterios y sacramentos como en casa de Zacarías se han visto han hecho sabios y profetas a muchos simples y inocentes pastores; pero bien sé que no os espantaréis, sabiendo que lo fueron Moisés, David, Amós y otros a quien Dios comunicó tan altos secretos: Moisés guardaba el ganado de Jetró su suegro; David, el de Isaí su padre, y Amós abrevó sus ovejas en los pastos de Tecué, seis millas de Belén. La letra dice de esta suerte:

¡Qué mucho que dance  
Juan tan alegre,  
si el Maestro más primo  
le toca enfrente!

Danza de alegría,  
Isabel, en vós,  
tocándole Dios  
dentro de María.  
¡Qué dulce armonía  
de un agudo y grave!  
Juan andar no sabe,  
y a danzar aprende:  
tal maestro, y tan primo,  
le toca enfrente.

Altas esperanzas  
instrumentos tocan,  
que hacerle provocan  
divinas mudanzas:  
Como dos balanzas  
se miran los dos:  
cuanto baja Dios,  
Juan sube hasta verle;  
que es primor de su Primo  
tocarle enfrente.

Danza, baila y canta  
con alma tan diestra,  
porque Dios le muestra

ligereza tanta.  
Pasos de garganta,  
que le ha de costar  
ajeno danzar,  
desde agora aprende;  
que el Maestro más primo  
le toca enfrente.

Casi tres meses estuvo María con Isabel honrando aquella casa. Poco he dicho: haciéndola un Real palacio. Y esto también es poco: cielo diré mejor, pues estaba Dios en ella personalmente en aquel relicario divino donde el Padre Eterno había puesto casa al unigénito Príncipe su Hijo. Y aun más había que en el cielo, pues gozaba entonces de la humanidad santísima del Verbo y de la divinidad, que por tan divina unión le acompañaba. Gozaba también de aquella serenísima Princesa que ha de parirle, en quien concurren tan maravillosas partes. Ella es una estrella que trae al Sol, un sarmiento que trae a su cepa, una fuente que trae a su río, una hija que trae a su padre, y una criatura a su mismo Criador. Es una madre de su padre, una hija de su hijo, posterior a lo que ha engendrado y menor que lo que contiene dentro de sí. Es madre y Virgen, y ha tenido por razón de su Hijo este nombre con el mismo Dios. Librese de la maldición de la Ley, que maldecía las vírgenes y casadas: a las vírgenes, porque nunca engendraron, y a las casadas porque parirían con dolor; pero de entrambas cosas se librerá María el dichoso día de su parto, pues virgen ha engendrado, y parirá sin dolor este divinísimo Infante que esperamos, que tiene Padre en el cielo, y Madre en la tierra, pero sin madre en él y sin padre en ella. Este Príncipe que, siendo eterno, se ha hecho temporal; pequeño, siendo inmenso; compuesto, siendo simple, y puéstose en lugar, siendo incomprehensible y incircunscripto. Muchas fiestas hicimos a los dos todo aquel breve tiempo; no había pastor que estuviese con el ganado. Las haciendas de casa deseábamos, y dichoso aquel a quien María le mandaba alguna cosa. De su boca andabamos colgados, elevados en sus ojos, y en sus palabras mudos. Fuese a Nazaret, en efeto, y quedamos todos con la tristeza que los fragosos montes por el ausencia del día, los cuerpos por la del alma, los días por la del sol, los campos por la del verano, y el instrumento por la mano del que le toca. El parto de Isabel fue presto, y la alegría del hermoso niño tan grande, que sólo pudiera consolar la soledad de un Jesús por nacer la fiesta de un Juan nacido. Vinieron a darle el parabién todos sus vecinos y parientes con ricos presentes, dando infinitas gracias al Señor, que había usado con ella de tanta misericordia. Llegado el octavo día de su Circuncisión comenzaron a llamarle todos Zacarías, pero Isabel decía que de ninguna manera, sino Juan. Admirados todos, le respondían: No hay tal nombre, Isabel, en toda tu parentela. Y así, le dijeron a Zacarías por señas que cómo quería que se llamase, y él pidiendo una pluma, escribió: «Juan es su nombre», de que todos quedaron maravillados, y al instante desató el Cielo su lengua y comenzó a hablar bendiciendo a Dios. La fama de este suceso se divulgó de suerte por todas las montañas, que todos se cubrían de temor y decían: «¿Quién será este niño?». Pero Zacarías, lleno de Espíritu Santo, profetizaba diciendo:

Bendito eternamente  
sea el Dios de Israel, Señor divino  
que tan piadosamente  
a visitarle y remediarle vino,  
el saludable reino levantando  
de la familia y casa venturosa  
de su siervo David, que un tiempo hablando  
por sus Profetas prometido había;  
de la mano envidiosa  
de nuestros enemigos  
y de quien nuestra vida aborrecía  
vida y salud sacando,  
para que nuestros padres sus amigos  
puedan gozar misericordia tanta  
en su memoria santa;  
renovando el antiguo Testamento.  
y cumpliendo a Abrahán el juramento  
de dársenos del modo que esperamos,  
para que sin temor, libres del yugo  
de tantos enemigos, le sirvamos,  
y en la justicia santa, que le plugo  
comunicar, en su presencia estemos  
todos los días que vivir tenemos.  
Tú, Niño, tú serás desde este instante  
profeta del Altísimo, y delante  
de su divino rostro previniendo  
sus caminos y haciendo  
que tenga el pueblo ciencia  
de salud en tu voz por la presencia  
del que ha de redimirle los pecados,  
por las tiernas entrañas perdonados  
de su misericordia del Dios santo,  
por las cuales agora nos visita,  
del cielo baja y en el mundo habita.  
Ya, pues que has hecho tanto,  
da luz, Señor, a los que están oscuros  
en la tiniebla y sombra de la muerte,  
para que desta suerte  
libres andemos de sus trances duros  
por el camino de la paz seguros.

Esto dijo el santo viejo llenando de regocijo los presentes, que, como os he referido, estaban admirados del milagro. La primera cosa que escribió Darinto, de las muchas que después hubo a este propósito, fue lo que oiréis ahora para declarar que Juan había de ser

voz de Cristo, como desta y de tantas profecías se conoce. Cantáronla Natandio y Alfesibeo, preguntando el uno y respondiendo el otro desta manera:

- P. ¿Qué dice de Juan la sierra,  
Gil, que yo soy tosco y rudo?
- R. Dice que nació de un mudo  
la mayor voz de la tierra.
- P. ¿Qué dicen los que le han visto?  
Y iremos luego los dos.
- R. Dicen qués ángel de Dios  
y voz de su mismo Cristo.
- P. ¿Y toda junta la sierra,  
pues naciendo honrarla pudo?
- R. Dice que nació de un mudo  
la mayor voz de la tierra.
- P. ¡De un mudo una voz tan bella!  
¿Qué hará cuando crezca y ande?
- R. Darala después tan grande  
que asombre el mundo con ella.
- P. El nombre de Juan encierra  
tal gracia, que no lo dudo.
- R. Bien lo dice el ver que un mudo  
diese tal voz a la tierra.

No se oía por todas las montañas otra cosa sino canciones de alegría a la natividad deste divino Profeta. Los pastores no iban al ganado con otros pensamientos, ni los ecos de los valles respondían otras voces, hasta las aves parece que aprendieron su nombre, y que las aguas en sus blandas corrientes le pronunciaban. Acuérdome que cierto día con varios instrumentos, entoldando las jambas y linteles de las puertas de laureles, palmas y olivas, y el suelo de lirios, mastranzos, poleos y tréboles, cantamos una cuadrilla de pastores esta letra con notable regocijo:

Hoy se viste de alegría  
todo el prado de Isabel,  
porque nace Juan en él,  
el sobrino de María.

Los prados se visten flores  
azules, blancas y rojas;  
los árboles, verdes hojas;  
las aves, nuevas colores,  
El monte viste alegría,  
todo parece un vergel,

porque nace Juan en él,  
el sobrino de María.

Viendo que es primo de Dios  
el sobrino de su Madre,  
vístese de voz el padre  
y son profetas los dos.  
De gloria se viste el día,  
y de contento Isabel,  
porque nace Juan en él,  
el sobrino de María.

Bien pensábamos nosotros que habíamos sido los que de todo aquel valle más habíamos celebrado la fiesta del recién nacido, y a este tiempo vimos seis zagales y seis pastoras, todos con guirnaldas de diversas flores, y al son de bien acordados instrumentos cantando así:

P. Gil: ¿cuál será de los dos,  
Ángel o Sol, el que ves?  
R. Juan será, pues Dios no es  
quien tanto parece a Dios.

P. Dicen los que a verle van,  
que es sol en el resplandor.  
R. Alba dijera mejor,  
pues hoy amanece Juan.  
P. Ángel dicen más de dos,  
y Serafín más de tres.  
R. Juan será, pues Dios no es  
quien tanto parece a Dios.

P. Entre algunos hay porfías  
sobre que es Cristo también.  
R. Como tantas gracias veen,  
presumen que es el Mesías.  
P. Que es su estrella afirman dos,  
y que el Sol vendrá después.  
R. Juan será, pues Dios no es  
quien tanto parece a Dios.

Juntámonos todos de manera que el alegría nos hacia cantar y tañer sin concierto, hasta que rendidos del ejercicio nos sentamos en unas piedras, que ha muchos años que se debieron de traer allí para mayor edificio, y agora sólo sirven de esto.



—Justo será —dijo Alfebeo—, pastores, que para el alegre día que señaláredes a gloria deste santo niño hagamos alguna fiesta que asombre estas aldeas y que la puedan envidiar las más populosas ciudades.

—Es tan justo —dijo Darinto—, que de no lo hacer así quedaremos por ingratos al Cielo, a Zacarías, a Isabel y al niño, y aun a la patria de donde somos naturales. Al Cielo que le ha dado, a Zacarías que le ha engendrado, a Isabel que le ha parido, a Juan que ha de ser tan grande, y a la patria en no estimar la honra ilustre que le ha dado su nacimiento.

—¿Qué os parece que hagamos en demostración de tanto bien? —dijo Natandio.

—Lo que ordenare Glicerio —dijo Fenicio—, a cuyos años y entendimiento es bien que todos rindamos nuestro voto.

Glicerio entonces, pastor de larga edad y maravilloso ingenio, les dijo así:

—Tan gran causa no merece fiesta común. Y pues os determináis a hacerla y os rendís a mi experiencia, aunque por el entendimiento mejor lo hiciera cualquiera de vosotros, soy de parecer que haya todas estas diferencias, y para todos, si es posible, debidos premios.

—Será posible —dijo Silverio—, pastor rico y liberal, el haber premio para todos, y yo no quiero que nadie me ayude a darlos, Ve señalando las pruebas, que yo iré ofreciendo los precios y el día estatuido los pondré juntos en un arco de árboles y flores que sirva de dosel a la mesa de los jueces.

—Siempre fuiste amigo —dijo Glicerio— de alentar la virtud. ¡Bien haya quien tan bien sabe distribuir los bienes de fortuna! Pero ¿qué mucho, si te acompañaron tantos de naturaleza? Opinión fue de sabios que una mediana posesión de bienes es la mejor, porque así es más fácil cosa obedecer a la razón. En ti se puede alabar, que con muchos la obedeces, sin errar en lo que dijo aquel antiguo: que nadie alabase al rico por sus riquezas. De muchos males libran al hombre las temporales riquezas: pero lo más de que aprovechan es de quitar el deseo de conseguirlas. Dándonos tú los premios, como prometes, las fiestas serán éstas: primeramente habrá premio para el que trujere mejor danza de cuatro, o de seis o de más personas; para el que sacare mejor invención; para el que pusiere mejor hieroglífico o preguntare mejor enigmas; para el que mejor glosare estos versos:

Juan y Dios se están mirando,  
y aunque todo lo vee Dios,  
¿cuál mira más de los dos?

Para el que mejor representare una égloga que no pase de trecientos versos; para el que mejor contare una historia; para el que hiciere mejor juego; y si quisiéredes saltar, correr, luchar y otros iguales ejercicios, a la disposición de vuestros votos y a la mano liberal de Silverio me remito.

Mucho satisfizo a todos la proposición de Glicerio, y así, dándole las gracias, y no menores a Silverio de los precios prometidos, se dividieron para acudir a sus haciendas y ejercicios. Todos aquellos días no se habló en otra cosa, dando aviso la Fama a los más remotos pastores de aquellos valles, que con no menor cuidado propusieron hallarse en las fiestas, algunos a pretender los precios y otros a sólo ver los que por sus habilidades los mereciesen. Hubo contienda sobre elegir jueces, pero al fin quedaron nombrados dos: Silverio el rico y Glicerio el viejo, si bien se habían escusado importunamente. Llegado

el día, que serían veinte y cinco de julio, amaneció la casa de Zacarías hecha un monte, porque toda aquella noche Andronio y una cuadrilla de vaqueros la cubrieron de diversos árboles, cuyos troncos arrimados a las paredes, no consentían que sola una piedra del edificio se descubriese. Los más eran sabinas, pinos, cipreses y laureles. Desde la primera vez que los gallos cantan ardieron velas en muchas de las ramas que cercaban la casa, de manera que los que de varias partes caminaban a la fiesta no sentían el camino, pensando que estaban cerca, ni la podían errar con tantas guías. Luego que el alba amaneció en el monte que os refiero (y que ella jamás había visto), colgaron muchas guirnaldas de flores por los ganchos de los troncos, ataron muchas aves a sus ramas, que parecía que voluntariamente se habían puesto en ellas, y aun muchas de ellas, engañadas de la frescura de las hojas, cantaban como si estuvieran libres (aunque más lo debían de hacer con el espíritu que la grandeza y santidad del recién nacido influía en todos), y pusieron los hieroglíficos y enigmas que habían de declararse. De los cuales sólo quiero referir éstos. En un óvalo estaba pintado un cielo de la manera que se rompe con un relámpago, con esta letra latina en lo alto: *Statim*, y debajo ésta:

Poco tardará la luz  
que en cerrada nube está,  
pues suenan los truenos ya.

Quiso decir Darinto en este hieroglífico que poco tardaría de nacer Cristo, pues la voz suya, que era Juan, se había oído en la tierra; que aunque nos parece que es primero el trueno que el relámpago, no es así, sino que los ojos no tienen necesidad para ver más que del objeto presente, y los oídos por la distancia, como la tienen del aire, tardan, y más mientras es mayor.

Otro había de Fenicio en un cuadro desta suerte: un rostro humano en un Sol, delante del cual estaba un niño en una estrella, esta letra en lo alto: *Praeibis faciem Domini*, y en lo bajo:

Tú, del Sol divina estrella,  
sacro niño, irás delante  
por que nadie te adelante.

Dafilo puso dos ramos de encina y roble secos y abrazados, de los cuales salía una vara llena de hojas y flores, en lo alto esta letra: *Nichil impossibile Deo*, y en lo bajo:

Verde y florido, aunque secos,  
producen a Juan los dos;  
que todo es posible a Dios.

Aludía a las palabras del Ángel a la Virgen cuando le dijo que Isabel había concebido nuestro Profeta, aunque anciana y estéril.

Puso en un ciprés funesto Eliud, en un festón pintado, un corderillo con un cuchillo atado al cuello. La letra en lo alto: *Ex nunc*, y la de los pies:

Desde agora estoy sujeto  
a mi Pastor,  
por su verdad y mi amor.

Parece que hablaba Eliud en profecía en este y el siguiente hieroglífico, que también era suyo: estaba pintado un pajarillo en una jaula, y ella colgada en un ramo. La letra de lo alto decía: *Gratia natura potentior*, y en lo bajo:

A costa de la garganta  
cantaréis,  
aunque en la prisión estéis.

Encontróse Laureno en este pensamiento con Eliud, porque había pintado un cisne en la orilla de un río, que parecía el Jordán, y la letra de lo alto decía: *In finem*, y la de lo bajo:

Para vuestro fin cantáis,  
cisne divino,  
pero en vuestro fin más fino.

En un triángulo puso Melancio dos casas pintadas, la una con la puerta abierta, y la otra cerrada. En la abierta había un rótulo que decía: *Sterilatis*, y en la cerrada otro, que decía: *Ezechielis*. Estas dos casas tenían dos ventanas con unos cristales por marcos, detrás de los cuales se veían dos niños. Del que estaba en la casa cerrada salía un rayo de luz que daba en la ventana del otro, y la letra de lo alto decía: *Cum ipsa ipsum*. La de abajo:

Con la misma al mismo veo  
que la da,  
aunque no he salido allá.

—Ésa me agrada —dijo Nemoroso— más que las otras, porque tiene vista y alma, que son todo el arte de los hieroglíficos, pues significó bien por la casa cerrada y la puerta de Ezequiel a la Virgen, y por la abierta la de Isabel, con el rótulo que declaraba su esterilidad; y por las ventanas, cristales y niños; luz y letra, la visitación de las dos primas. Mas prosigue, por tu vida, si queda alguna.

—Sí queda —dijo Aminadab—; que Fineldo en un cartón de relevado anaglifo<sup>77</sup> puso una linterna de muy hermosa hechura, toda de vidros exágonos, con una vela dentro, y esta letra: *Ex centro totam*, y en nuestra lengua:

Del centro se estiende a toda,  
y a Isabel de Juan; que es centro  
la gracia que tiene dentro.

77.— En relieve.

Era alusión a la gracia espiritual con que Isabel había dicho aquellas palabras a la Virgen de la redundancia de la luz del niño Juan que tenía en sus entrañas, como de la vela que está en medio de la linterna como punto, se comunica la luz a toda la circunferencia.

Carmelino con unas cintas de nácar había atado a unos laureles en una tabla un almendro pintado cubierto de blancas y encarnadas flores, con esta letra en lo alto: *Spes Fida*, y en lo bajo de la tabla:

Si son señales del fruto  
ver las flores,  
tú, niño, las das mayores.

Puso Eleazar (que entre los forasteros había venido a las fiestas) un cristalino arroyuelo entre unas flores, y no lejos dél una perene fuente de agua purísima, con una *M* sobre la pirámide de su basa, que debía de significar el nombre de nuestro esperado Mesías. La primera letra decía: *Ut eam praedicet*, y la otra:

A decir que cerca está  
va delante el arroyuelo  
la mayor fuente del Cielo.

Everardo puso una caña pintada entre unos montes, el rostro de un enojado viento que la combatía y una guirnalda de laurel que desde el cielo la coronaba. La letra de lo alto decía: *Humilia respicit*. La de abajo:<sup>78</sup>

Con este laurel el Cielo  
corona el humilde celo.

Amón, natural de Sicar<sup>79</sup> en Samaria, junto al campo que dio Jacob a su hijo Josef, puso en un cartón ochavado unos cardos secos, pintados con unas flores grandes amarillas que suelen ser muy comunes en los campos; un cielo sobre ellas, que llovía, y la letra por lo alto: *Ex rore Coeli*, y la que por lo bajo se revolvía a las raíces, en un blanco rótulo:

Con el agua que ha llovido,  
los más estériles dan  
por fruto la flor de Juan.

No quiero cansaros más ni deciros las enigmas, pues las oiréis mejor cuando luego os refiera sus declaraciones. Es enigma una oscura alegoría que se entiende difícilmente. Ya habréis oído la historia de Sansón cuando, yéndose a casar a Tamnatá, mató el león, y, volviendo por el mismo camino, halló el panal de miel que las abejas habían criado en su

78.- Suplo 'la de abajo' (112r).

79.- Siquem.

boca, de que tomó argumento para preguntar a los filisteos aquel problema,<sup>80</sup> que, vencido de las lágrimas de su incasta esposa, le declaró, y ella a ellos. Pues sabed que a esta traza son estas preguntas; como también lo sabréis de la venida de la reina Sabá a visitar al rey Salomón. Ésta, cuyo nombre era Nicaula, le propuso muchas enigmas, que el habérselas todas declarado la movió a justa admiración y a decir que era menor su fama que su sabiduría. Costumbre debía de ser de los antiguos este género de problemas: así he leído que declaró Edipo la de aquella Sfinge que tenía el rostro de doncella y las alas de ave, que por habérsela entendido se precipitó desesperada de las montañas de Tebas.

—No sucedería eso a los pescadores de Homero —dijo Ergasto—, pues él murió de pena de no les haber entendido la suya.

—De éstas os diré algunas a su tiempo —dijo Aminadab—. Mas, volviendo a atar el hilo de nuestra narración, sabed que nos juntamos temprano por lo mucho que había que hacer aquel celebrado día. Nuestros dueños ocuparon un rico lugar; los jueces, dos sillas que debajo del arco estaban, cuya compostura, puesto que rústica, bien podía competir con los más suntuosos que edificaba Roma a los triunfos de sus dictadores y césares. Acomodáronse los forasteros; que de los propios pocos quedamos que no entrásemos en las fiestas. Lo primero vinieron algunas danzas curiosamente vestidas, lo que la pobreza de labradores permite. Premiaron una de Alcidoro, porque traía doce personas en figura de los doce Tribus de Israel, con un árbol en que estaban muchos de los reyes de quien deciendo el santo Josef, y en cuyo extremo venía la Virgen con una rosa cerrada en las manos, que ya mostraba quererse abrir para dar el fruto que estamos esperando. Y otra de Amón, que traía sobre ocho elefantes otros tantos castillos, donde los que danzaban peleaban al son de las cajas de la guerra unos con otros. Contenía en sustancia la muerte de aquel famoso macabeo que mató el elefante. A Alcidoro dieron una camisa labrada de sedas de diferentes colores, y a Amón un pellico de paño fino con guarniciones de terciopelo. Muchas fueron las invenciones que entraron, de las cuales la que pareció mejor fue un gigante de proporción y estatura increíble, con un monte en los hombros, como pintan al Atlante de Mauritania los poetas. Éste puesto en medio de la plaza, comenzó a descubrir los cuatro vientos por entre las ramas de aquel globo, de cuyas bocas salió tan fuerte que barría la tierra que pisaba. Luego se le cayeron en cuatro partes divididas las cubiertas, que lo venían de yerbas, flores y árboles, y comenzaron a correr muchas hermosas fuentes que regaban lo que el viento había barrido. Las cuales abriéndose por medio, descubrieron una bola de fuego, de que salió tanto que hizo estremecer a los presentes. Alabaron todos el ingenio con que en aquel globo había recogido su inventor los cuatro elementos, por quien todas las cosas viven en continua guerra. Diéronle por premio una caja de cuchillos, de marfil y ébano labrada; los aceros, finísimos, y los cabos de coral con unos remates de oro de filigrana. De los hieroglíficos, premiaron a Fineldo por el que trujo de la linterna; aunque, como esto ya se estendía a cosas del ingenio, tuvo algunas réplicas de parte de los que se tenían por agraviados. Trujeron las enigmas, y la primera decía así:

Tengo en el cielo lugar,  
aunque imaginario soy;

80.— El acertijo propuesto fue: 'Del comedor salió comida, y del fuerte salió dulzor.'

bien o mal dicen que doy,  
 o que le puedo causar.  
 Soy hombre, león, cordero.  
 agua, toro y virgen soy.  
 flechas tiro, y, en fin, doy  
 por peso el tiempo que quiero.  
 Es mi nombre y calidad  
 de suerte que decir puedo  
 que con la mitad concedo  
 y niego con la mitad.

No tardó mucho este enigma en declararse, porque Darinto dijo luego qué era el *Sino*, tomando este nombre por cualquiera de los del Cielo, en que está imaginado, causando buenas o malas influencias: es hombre siendo el Sagitario y los demás animales que dice, y agua cuando es Acuario, con las urnas que la vierten. La Libra iguala los días con las noches, y así, dice que da el tiempo por peso. Y como se llama *Sino*, dividido el nombre: con el *si* concede y con el *no* niega. A esta declaración dieron los jueces una carlanca<sup>81</sup> con los clavos de acero y la hebilla y pasador de alquimia, que como el cuero era colorado, parecía estremadamente. La segunda que sacaron decía así:

¿Quién es aquel que contiene  
 la más perfeta figura,  
 fue prisión y es hermosura  
 que varias colores tiene?  
 Encierra dentro de sí  
 al mismo que le sustenta,  
 y aunque es precioso, aposenta  
 otro más precioso en sí.  
 Es señor de diez lugares,  
 y aunque se mueve y escribe,  
 impares números vive,  
 porque nunca vive en pares.  
 Es varón, y hembra tan vana,  
 aunque parto de la tierra,  
 que si su dueño le encierra  
 se sale por la ventana.

Varias cosas decían los pastores para definir por las partes el todo deste enigma, pero sólo Laureno dando en el blanco, dijo que era el anillo, que por ser círculo es la figura más perfeta. Fue señal de prisión antiguamente, y después hermosura de la mano con las varias colores de los esmaltes o piedras. Encierra y ciñe dentro de sí al dedo, que es el que le sustenta y trae; y aunque es precioso por ser de oro, aposenta otro más precioso, que es el

81.- Collar para perros.



rubí o el diamante que engasta. Es señor de diez lugares porque en cualquiera de los diez dedos tiene señorío. Muévase y escribe porque va con los dedos que tienen la pluma cuando está en ellos. Vive en los cinco, que es número impar, porque a un mismo tiempo no puede estar en las dos manos. Es varón por el oro, hembra por la piedra; parto de la tierra porque nace en sus minas. Si su dueño le encierra con el guante, es muy ordinario salir la piedra, por lo que con cuidado rompen dél para que se vea. Dieron a Laureno por premio un libro de pergamino en que estaba escrito el *Pentateuco* de curiosa letra: Las cubiertas eran de tablas de cedro, y las manillas, de plata. El tercero enigma decía así:

Sin cesar, porque me fundo,  
 cual nave, en madera y lino,  
 al modo del Sol camino  
 todo lo que alcanza el mundo.  
 Y como metida estoy  
 siempre entre tantas marañas,  
 voy dejando las entrañas  
 por dondequiera que voy.  
 Como una caña delgada  
 es débil mi corazón,  
 hilos mis entrañas son;  
 que hasta el alma tengo hilada.  
 Mi música es canto llano.  
 Sé contar, pintar, vestir.  
 Finalmente, hasta morir  
 voy siempre de mano en mano.

Hubo sobre este enigma tantas voces entre Eliud y Carmelino, que fue menester que la autoridad de Glicerio se descompusiese, porque Carmelino quería que fuese la moneda, porque decía que sin cesar andaba el mundo y que siempre estaba metida entre marañas de pleitos; y que con ella se vestían los hombres y que se contaba por números; y su música era el sonido del dinero; que pintaba las medallas, armas y impresas de los príncipes, y que, últimamente, hasta que se deshacía andaba de mano en mano. Pero Eliud, que había dado en lo más cierto, dijo que era la lanzadera de los tejedores, porque era como nave de madera y lino, que es de lo que va compuesta, a la traza de un barco o galera; y que anda sin cesar todo lo que alcanza el mundo, porque el hombre es llamado *pequeño mundo* y la lanzadera anda todo lo que un hombre alcanza de brazo a brazo; y que estaba metida entre las marañas siempre de la tela, por donde iba dejando las entrañas, que era el hilo que en todos aquellos caminos va gastando; que tenía el corazón como una caña, por la canilla que lleva en medio; que eran hilo sus entrañas y que tenía hilada el alma, por el lino o seda que se devana en ella; que su música es canto llano, porque siempre hace un mismo son; que cuenta, porque toda es cuenta; que pinta por las labores que hace; que viste, porque la seda y el lienzo nos viste, y que hasta morir anda de mano en mano, porque hasta que se acaban los hilos o la tela siempre anda de la una a la otra en los telares. Esto pareció lo cierto desta alegoría, y así, mandaron callar a Carmelino y dieron a Eliud



un sombrero de paja, tan curiosamente labrado, que parecía de oro rizo; el aforro era de seda, y el cordón, de seda y oro, con dos borlas de aljófar. Con esto se propuso el cuarto enigma, que decía así:

¿Quién es aquel liberal,  
 que es pródigo y no lo siente,  
 porque sabe claramente  
 que le ha de sobrar caudal?  
 Promete indicios tan ciertos,  
 que todos los cumple bien,  
 sino es que ocasión le den  
 para decir desconciertos.  
 Es descubridor de engaños  
 y quien más llama y advierte,  
 embajador de la muerte  
 y medida de los años.  
 Es necio en sus condiciones,  
 con ser harto bachiller,  
 porque habla sin saber  
 en todas las ocasiones.  
 Y aunque callando ni hablando  
 no peca, es muy de notar  
 que mientras no puede hablar  
 está siempre murmurando.

Vieron los pastores que se levantaba a declarar este enigma Griselda, pastora celebrada en aquellos valles por su hermosura y entendimiento, y en quien no había otra falta que su misma confianza (que en mujeres no suele ser pequeña), y así, le dieron aplauso. Y ella acertó en su pensamiento, porque dijo que era el reloj, que es tan liberal y pródigo, que siempre está dando, sin sentir lo que da ni tener miedo que el caudal pueda acabársele. Las señales que promete por la saeta o índice que muestra las horas, cumple con darlas a su tiempo, si no es que por desconcierto de las ruedas no sea posible. Dice que es descubridor de engaños y que llama y avisa: efetos todos de las horas que pasan por nuestra vida tan apriesa. Llámale embajador de la muerte con razón, porque siempre está tratando su venida. Que sea medida del tiempo es cosa clara, pues le divide. Habla como necio porque es mucho y siempre, y sin saber lo que dice; y que cuando deja de hablar murmura,<sup>82</sup> porque mientras no da siempre está haciendo ruido con el movimiento de las ruedas. Dieron a Griselda un rebocino de palmilla verde con unos vivos de raso encarnado, y un aforro de pieles blancas y pardas a labores.

De otras enigmas pudiera hacer memoria, pero no es justo cansaros tanto tiempo con un manjar mismo. Oíd las glosas; que pienso que os darán gusto por ser tan gracioso el texto. La primera fue de Paladio, tan extranjero, que desde el monte Tabor había venido a la fama destas fiestas:

82.- Orig.: 'murmura' (118r).

Juan y Dios se están mirando,  
y aunque todo lo ve Dios,  
¿cuál mira más de los dos?

Puesto un espejo luciente  
al sol, cada cual se mira,  
mas con vista diferente,  
porque si el cristal admira,  
es de la que tiene enfrente.  
La luz que el Sol está dando,  
está el espejo imitando:  
Dios es luz, Juan su reflejo,  
porque como sol y espejo  
Juan y Dios se están mirando.

Grande es la vista que tiene  
el sol Dios, pues que también  
a ver pensamientos viene;  
ojos es todo, que ven  
cuanto el mundo en sí contiene  
Oculto, Juan, os ve a vós;  
que cuanto hay entre los dos  
mundos, deste propio modo  
junto se le ofrece todo,  
y aunque todo lo ve Dios,

Mas, con ser su vista tanta,  
si Juan mira a Dios, yo pienso  
que más su vista adelanta,  
pues al Sol de Cristo inmenso  
su espejo mortal levanta.  
Mira un hombre humano Dios;;  
pero, Juan, si miráis vós,  
miráis a Dios humanado,  
con que queda averiguado  
cuál mira más de los dos.

La glosa que tras ésta se me ofrece, pastores de Belén, era, si bien me acuerdo, de Eliud, y decía así:

Dos almas enamoradas  
en dos casas diferentes  
suelen ser comunicadas  
por los vidros transparentes  
de las ventanas cerradas.

Y desta suerte habitando  
sus casas divinas, cuando  
a ver a Isabel venia  
la Cristífera María,  
Juan y Dios se están mirando.

Como detrás del papel  
tal vez la tinta penetra,  
en el pecho de Isabel  
escribe Dios, y su letra  
ve Juan desde adentro en él.

Correspóndense los dos,  
puesto que es en cifra todo,  
y todo cuanto hay en vós  
le mostráis, Juan, deste modo  
y aunque todo lo ve Dios.

No hay lugar donde no asista,  
y así, mira cuanto quiere  
sin que nadie le resista.  
Pregúntase ¿quién prefiere  
por el objeto en la vista?  
Verdad es que luego a vós,  
Juan, está ventaja os dan,  
porque si Juan mira a Dios,  
claro está que será Juan  
quien mira más de los dos.

Esta que habéis de oír hizo Melibeo. No decían que este pastor sabia hacer versos; pero muchos los llevan ajenos a semejantes fiestas y certámenes porque los dueños verdaderos no quieren aventurar su opinión, y los que no los han hecho llévanlos de buena gana porque no tienen qué perder. Finalmente, decía así:

Cuando ya de la desierta  
montaña vio que subía,  
sale Isabel a la puerta  
para abrazar a María  
viendo la del cielo abierta.

Como se van acercando  
también se van alegrando,  
Juan en Dios y Dios en Juan;  
que, aunque cerrados están,  
Juan y Dios se están mirando.

«¿De dónde me viene a mí,  
(dice Isabel) tanto bien?»  
turbada y humilde allí;  
mas no es mucho, viendo a quien  
a Dios encerraba en sí.  
No os turbéis, Isabel, vós:  
Juan hablará por los dos;  
que por milagroso modo  
salta y baila y anda en todo,  
y aunque todo lo ve Dios.

Pero no se duda bien,  
aunque a Juan, que ver pretende,  
por objeto a Dios le den;  
que más ve Dios, si se entiende  
que se mira a sí también.  
Perdonad en esto vós,  
Juan, porque viéndose Dios,  
y en el traje que se muda,  
no puede quedar en duda  
cuál mira más de los dos.

No pienso deciros más de ésta que fue de Amarinto. Oílda y pasaremos a la égloga:

Quien entró sin ofender  
el cristal por donde entró,  
ver puede y dejarse ver,  
y ver Juan a quien le vio,  
pues santo le pudo hacer.  
Que estar María cantando,  
Isabel profetizando,  
y él saltando, efetos son  
de que en aquella ocasión  
Juan y Dios se están mirando.

Danzad, Juan, y celebrad  
la visita deste día,  
y pues ya sois voz, cantad;  
que en el dosel de María  
os habla su Majestad.

Cantad, Juan, que os veis los dos,  
decid a Dios que sois vós  
y avisalde por que os vea,

supuesto que quien es sea,  
y aunque todo lo ve Dios.

Cuanto a Dios sois inferior,  
cuanta distancia ha de haber  
desde criatura a Criador;  
cuanto al objeto del ver,  
el vuestro en Dios es mejor.

Dios os mira, y vós a Dios;  
pero, Juan, sin declararme  
que Dios se ve como Dios,  
no sabré determinarme  
cuál mira más de los dos.

Otras muchas hubo sin éstas, pero de solas las referidas tengo memoria. Premiaron la de Amarinto; vosotros habréis juzgado si lo merecía. Diéronle el mejor lebrél que hasta agora se había visto en nuestras montañas (joya que entre nosotros se estima en más que las de oro, perlas y piedras): el pellejo era blanco con unas manchas doradas, como si se las hubieran hecho cuidadosamente; los ojos tenía vivos; las narices, abiertas; los hocicos, más negros que la tinta que sale de las jibias; las cañas de las piernas, gruesas y fuertes; las manos y los pies, anchos; la barriga, pequeña; el cuello, levantado, y en él un collar de cuero con unas letras de metal y aforrado en lobo; la cadena que le ataba era jacerana,<sup>83</sup> como se suelen trabar las mallas de las cotas. Muchos se le envidiaron, y comprábansele muchos; mas él no despreció el precio ni se osó deshacer dél, por ser ganado con el sudor del ingenio. Y como conviene que el arte imite a la naturaleza en que todas las cosas que haga sean por el fin, lo que por la fama se hizo, cuando deshaciendo el premio no dejara testigos para tenella, al arte y a la naturaleza contradice, pues no la estima ni pretende.

Pero, por proseguir mi relación, sabed que después del juicio destes versos (que después me diréis si fue acertado) salieron de una cabaña que al lado de la casa de Zacarías estaba fabricada y cubierta de frágiles tarayes,<sup>84</sup> pinos de menudas hojas y olorosos lentiscos, dos pastores gallardamente aderezados, que, sin verse el uno al otro, comenzaron así:

#### LISEO, FENISO

LISEO:

¿Adónde bueno vas con el ganado  
tan cuidadoso, cabrerizo amigo,  
como otro tiempo libre y descuidado?

FENISO:

Por estos montes mis desdichas sigo.  
Mis cabras digo; pero estoy de suerte,  
que, de sentir, no siento lo que digo.

83.- O 'jacerina'

84.- O 'tarays', 'tarajes': arbustos de ramas flexibles.

LISEO:

Pues ¿no eras tú, Feniso, aquel tan fuerte  
y robusto serrano que en los brazos  
al lobo más feroz daba la muerte,  
y que, viniendo con un tigre a brazos,  
estrechándole el ánimo sangrienta,  
era ponelle a la garganta lazos?  
¿No eras tú aquel que con la vista esenta  
te burlabas de Amor y de su llama?

FENISO:

Hablé fuera del mar de su tormenta:  
Amor en estas selvas por la fama,  
apenas era entonces conocido.  
Ya es otro tiempo: cuanto miras ama.  
Aman las aves, y tejiendo el nido,  
solícitas los picos llenos llevan  
del heno seco al pie del buey perdido.  
Aman los peces, y a quejarse prueban,  
siendo tan mudos, y en los hondos ríos,  
no de sus ovas, de su amor se ceban  
Quejosos van por estos valles fríos  
los fugitivos ciervos, y los gamos  
atruenan estos cóncavos sombríos.  
Si la vista a los cielos levantamos,  
dirás, Liseo, que los aires aman  
y que de amor se quejan en los ramos.  
Pintados tigres blandamente llaman  
su semejante a dulce compañía,  
las sierpes silban y los toros braman.  
Esta ponzoña se sembró aquel día  
que el gran hijo de Isaac, Jacob valiente,  
pisó esta tierra: muerte suya y mía.  
Aquí llegué, Liseo,<sup>85</sup> con la gente  
de Labán, nuestro dueño generoso,  
a la inclemencia de una siesta ardiente.  
Balaba mi ganado, caluroso,  
alrededor del pozo, que cubierto  
estaba de aquel mármol poderoso.  
Aguardábamos todos el concierto  
ya por costumbre nuestra recibido,  
que juntos ha de ser el pozo abierto.

85.- Orig.: 'Feniso' (123r).

Llegó Jacob a la sazón, vestido  
de una camisa blanca y su antipara,  
verde calzón a la rodilla asido,  
zurrón al hombro, y una verde vara  
de grueso acebo, su sandalia y media,  
ensortijado pelo, honesta cara.  
No fuera más galán en Persia y Media.  
Holgueme en verle; pero aqueste gozo  
volvióse, como todos, en tragedia.  
La boca, alegre, que adornaba el bozo  
rubio primero, y preguntó de adónde  
los ganados bajábamos al pozo.  
«De Harán» (le dije yo). Jacob responde:  
«¿Conocéis a Labán?, que yo sospecho  
que no es persona que en Harán se asconde».  
«Conocémosle» (dije), y él al pecho  
puso la mano en muestra de alegría,  
y dijo: «¡Oh Cielo, gran merced me has hecho!  
¿Tiene salud Labán?». Yo que decía  
«Tiene salud Labán», cuando el ganado  
Raquel hermosa al pozo conducía.  
En unas cintas de color rosado  
preso el cabello, y al ligero viento  
un velo verde y blanco encomendado;  
un sayuelo de nácar qu'el esento  
cuello le descubría, y en la mano  
un torcido bastón, herrado el cuento;  
una faldilla del color del grano,  
que al oro imita al madurar la espiga  
en medio de la furia del verano.  
Se descuidaba de ocultar la liga  
traje de Siria, y la sandalia abierta  
(para mover el pie menor fatiga),  
con argentados lazos descubierta,  
y en medio una lazada de una rosa  
que juntaba los brazos de la puerta.  
«El ganado ya veis que no reposa  
(Jacob entonces dijo), y que del día  
falta gran parte: abrir es justa cosa  
el pozo agora, y en el agua fría  
templar la sed y recogerle luego».  
Esto era que a Raquel su prima vía,  
y desde lejos le tocaba el fuego.  
«Hasta juntarnos (dije) no es posible»,  
(que por los otros no admití su ruego).



Llegó Raquel. A Amor no hay imposible:  
apenas supo el gran Jacob quién era,  
cuando la piedra levantó terrible.  
Bebió el ganado en la canal primera,  
hecha de un hueco tronco de un anciano  
olmo que ya dio sombra en la ribera.  
Llegó el pastor, y asiéndole la mano,  
diole el beso de paz, y tiernamente  
lloró con más que amor de primo hermano.  
¿Quién vio llorar tan presto, y un valiente  
mozo como Jacob? Presagio extraño  
de amor que ha de durar eternamente.  
Lo demás ya lo sabes, y el engaño  
con que el cruel Labán le ha dado a Lía.

LISEO:

Pues ¿cómo de su amor nació tu daño?

FENISO:

Porque esta natural Filosofía  
de amor, hasta que vino a nuestro prado  
ninguno de nosotros la sabía.  
Siete años ha servido y siete amado,  
y siete vuelve a amar y a servir vuelve;  
que ya tiene el seteno comenzado.  
Y aun a amar otros muchos se resuelve;  
mas a tan largo amor la vida es corta,  
pues en fin con la muerte se disuelve.  
Mas ya Labán su proceder reporta  
y se la quiere dar. Bien la merece.

LISEO:

Que ame Jacob, para tu amor ¿qué importa?

FENISO:

Que Celfa, que me abrasa y enloquece,  
criada de Raquel, a ejemplo suyo,  
con largas esperanzas me entristece.

LISEO:

Pues ¿quieres tú decir que el amor tuyo  
nació de ver amar? ¿Amor se aprende?

FENISO:

A Jacob mis desdichas atribuyo.  
Fuera desto, el desdén que así me enciende  
a procurar remedios me ha forzado,  
y Amor el procurallos me defiende.  
Yace debajo de un peñasco helado,  
sobre aquel monte de sombrosos tejos  
y de frondosas hayas coronado,

una cueva que mira desde lejos  
el Sol, porque a su centro eternamente  
llegaron de sus rayos los reflejos.  
Vívela un viejo, en opinión de gente,  
que trata de saber futuros casos,  
infalible présago y eminente.  
A verle fui con temerosos pasos,  
llevé con un cabrito el lomo escrito,  
cándida leche congelada en vasos.  
Salió por los balidos del cabrito  
(que para negociar con retirados  
tales señas importan infinito);  
pero, mis pobres dones acetados,  
me dijo que de Celfa (jestraña cosa!),  
si pudiese, apartase los cuidados.  
porque a Jacob se la daría su esposa  
y dél tendría un hijo. No me mandes  
historia proseguir tan lastimosa.

## LISEO:

De ti me admiro que en consultas andes  
destos vanos astrólogos inciertos,  
de aciertos cortos y de errores grandes.  
De las cosas pasadas son muy ciertos,  
pronostican las suertes a los hombres,  
y que se morirán después de muertos.  
Sabios antiguos (por que no te asombres  
de sus cosas jamás), aborreciendo  
de aquesta gente bárbara los nombres,  
dejaron una fábula que, oyendo  
la verdad que nos muestra declarada,  
te burlarás de lo que estás temiendo.  
Dicen que, viendo Júpiter cifrada  
en un globo la máquina celeste  
del famoso Arquímedes fabricada,  
cuanto hay de Norte a Sur, y de Este a Oeste,  
riose, y dijo: «Dioses inmortales,  
¿qué atrevimiento, qué delito es éste?  
¿No veis los paralelos celestiales,  
reglas que Apolo escribe, y la pretina  
que esmaltan estrellados animales?  
¿No veis la ardiente eclíptica divina?  
¿No veis el arco hermoso que conforma  
a la litera donde el Sol camina?

¿No veis los meses que divide y forma,  
dando al tiempo medida presurosa,  
por quien los signos de su lumbre informa?

¿No veis su cara, esplendida y hermosa,  
huir de Scitia y abrasar a Libia,  
y en sus eclipses la color de rosa?

¿No veis los rayos de la blanca Trivia,  
crecientes y menguantes, y que Apolo  
de los trabajos de la noche alivia?

¿Las climas, zonas, uno y otro polo,  
la equinocial, los trópicos y estrellas,  
que yo pensé que las contaba solo?

¿Blancas no veis a las mayores dellas,  
y que están las segundas medio oscuras,  
las demás negras y menores que ellas?

¿No veis las estelíferas figuras,  
las frías Osas y el dragón Lerneio,  
tercera imagen de las luces puras?

¿No veis con once estrellas a Cefeo?  
¿No veis a Arturo y la corona hermosa  
de la dama engañada de Teseo?

¿El Tebano feroz, la sonora  
Lira, el cándido Cisne, Casiopea,  
y el hijo de la lluvia cautelosa?

¿El Auriga veloz, la Sierpe fea,  
Esculapio y la flecha penetrante,  
y el águila rapaz Ganimedeo?

¿El delfín, los caballos y la amante  
Andrómeda, el triángulo que encima  
del Aries le corona de diamante?

¿El Tauro y los que el mar en tanto estima,  
el Cancro mordedor, el León, y aquella  
dudosa más que la materia prima?

¿La Libra igual, y el Escorpión tras ella,  
el Sagitario Croto, el Capricorno,  
Acuario, el Pez y la Ballena bella?

¿El Nilo, el Orión y Liebre en torno  
de los Canes ardientes, y la Nave,  
la Hidra, el vaso y cuervo por adorno?

¿Centauero, Lobo, Altar y aquella grave  
corona y pez Austral con doce lumbres,  
y las demás, de que tenéis la llave?

Mirad por orden las celestes cumbres  
de los planetas y ligero cielo  
que arrebatara sus claras pesadumbres.

Esto, dioses, ¿sufrió que pueda el suelo?  
¿A mi poder se atreve ingenio humano  
y a mi divina ciencia corre el velo?  
¿Del trabajo se burla de mi mano?  
¿La ley de cielo y tierra muda un viejo,  
un astrólogo vil siracusano?  
En este cielo, en este breve espejo  
de movimiento, espíritus incluso  
sirven por todo cóncavo y convejo.  
Discurre el año, y en su cerco infusos  
los meses, un Zodíaco fingido  
que los distingue sin quedar confusos.  
La Luna crece y mengua, y atrevido  
gobierna el cielo el artificio humano,  
de loca industria y ambición vestido.  
Pues ¿qué me espanto ya que el Rey tirano,  
el fiero Salmoneo loco intente  
formar los rayos de mi fuerte mano,  
Y fabricada de metal la puente,  
parezcan truenos las erradas plantas,  
y que se llame Dios omnipotente,  
Si hay mano humana que las luces santas  
emula del poder de quien las hizo,  
reduzca a líneas y a medidas tantas?». Los dioses, aunque a alguno satisfizo  
este vano mortal atrevimiento  
(que yo ni le condeno ni autorizo),  
riyéndose del loco pensamiento,  
mandaron que la falsa Astrología  
su vergüenza tuviese por tormento.  
Y la cierta el lugar que merecía  
por la demostración, cuyo decreto  
escrito vive en su diamante hoy día.  
A cuya voluntad está sujeto  
cuanto puede alcanzar límite humano,  
porque es locura hablar en lo secreto  
del pecho inescrutable soberano,  
que no quiere que el hombre en sus secretas  
obras ponga el ingenio ni la mano.  
Esta fábula cuentan los poetas  
de la esfera ingeniosa de Arquímedes,  
de líneas y medidas tan perfectas.  
De donde fácilmente sacar puedes  
qué dijeran del bárbaro que emprende  
que él estimado y tú engañado quedas.

Pero aquí te retira, que deciende  
Jacob al verde valle. No te vea.

FENISO:

Más que me yela, tu consejo enciende  
el alma, que morir y amar desea.

Entró a este tiempo Jacob con un gallardo vestido y un instrumento en la mano, cantando la glosa de este villancico:

Ni merecer ni alcanzar  
puedo, amando, lo que quiero;  
mas cuanto más desespéro  
menos me puedo mudar.

Es tan alto el bien que veo,  
aunque su luz me resista  
de su gloria el alto empleo,  
que ni le alcanza la vista  
ni le merece el deseo.

¿Dónde, Amor, ha de parar  
este imposible querer?,  
pues tras tanto desear,  
tanto amor no ha de poder  
ni merecer ni alcanzar.

Suele ser el fundamento  
de todo amor la esperanza.  
¿Qué amor es este que siento,  
si no merece ni alcanza  
el fin de su pensamiento?  
Cuando a Labán considero,  
no espero el bien alcanzar:  
sólo desear espero,  
porque sólo desear  
puedo, amando, lo que quiero.

El principio que he tomado,  
por no hallar medio mejor,  
quiere del bien engañado  
que se funde un loco amor  
en un fin desesperado.

Desespéro lo que espero,  
que para que pueda ser,  
lo que no merezco quiero,

de donde vengo a querer  
más cuanto más desespero.

En esto se ve el valor,  
que este bien que adoro alcanza,  
pues no habiendo en mí temor,  
ni méritos ni esperanza,  
deseo y muero de amor.  
¡Oh, qué extraño imaginar  
en un bien que no ha de ser!  
Pues en tanto porfiar,  
cuanto más puedo querer  
menos me puedo mudar.

Por la otra parte venía la hermosa Raquel, con tal hermosura y gracia, que os aseguro que pudiera poner la imitación a la verdad en duda, porque la representaba Rosarda, bellísima pastora de la cabaña de Eliud, gallarda como hermosa, y no menos honesta que hermosa y gallarda. Venía cantando así:

¡Oh larga esperanza vana,  
cuántos días ha que voy  
engañando el día de hoy  
y esperando el de mañana!

Por sucesos tan extraños,  
los años de tantos días,  
los días de tantos años,  
van las esperanzas mías  
haciendo a mi vida engaños.  
Amor lo imposible allana,  
y aunque lo posible espero,  
nunca es hoy, todo es mañana:  
el bien no llega, yo muero.  
¡Oh larga esperanza vana!

La griega Fama solía  
de Penélope contar  
que de noche deshacía  
lo mismo que en el telar  
iba tejiendo de día.  
Si me veo cerca hoy  
del blanco a que voy a dar,  
más lejos mañana estoy,  
pues no acabo de llegar  
cuantos días ha que voy.

Entre la fruta y la fuente  
la pena de quien la vía,  
pintaron antiguamente:  
tal es la esperanza mía,  
por más que llegar intente.  
Amor, licencia te doy  
para cualquiera mudanza,  
porque ya cansada estoy  
de andar con vana esperanza  
engañando el día de hoy.

Trae este día que quiero  
tantas mañanas consigo,  
que nunca llega el postrero,  
pues cuando tengo el que sigo  
vuelvo a esperar el primero.  
Dime, esperanza liviana,  
¿cómo viviré, si voy,  
tantos días que eres vana,  
desengañando el de hoy  
y esperando el de mañana?

Suspendió con estos últimos versos la hermosa Raquel fingida el instrumento y la voz.  
Y mirándose los dos apaciblemente, le dijo desta suerte Jacob:

A tus divinos ojos,  
que si los viera el Sol quedara ciego,  
rindieron sus despojos  
su fuerza el tiempo, y el amor su fuego,  
y la naturaleza  
se admira de sí misma en tu belleza.  
De envidia se deshace  
la blanca nieve que esa mano toca,  
y la rosa que nace  
se mira en el espejo de tu boca,  
que en ella se traslada  
por no verse marchita ni cortada.  
A la voz y alegría  
de tu lengua amorosa el cielo atento,  
detiene su armonía  
y está consigo en paz todo elemento,  
y a morir atrevido  
el áspid más feroz abre el oído.



Yo que a tus bellas manos  
vine, Raquel, por fuerza de mi estrella,  
mis pensamientos vanos  
esfuerzo, y digo que quien es tan bella,  
cada vez que se mire  
dirá que es bien que quien la ve suspire.  
Siete años te he servido  
por el primero engaño, y otros siete  
cumpliendo voy, que ha sido  
el segundo concierto en que promete  
Labán que serás mía.  
¡Ay, cuántos años que me cuesta un día!  
Mas si las vidas fueran  
como el alma inmortal, todos sus años  
por ti, Raquel sirvieran,  
mis deseos venciendo sus engaños;  
que amor bien empleado  
juzga lo por venir por ya pasado.  
¡Qué yelos no he sufrido  
el invierno insufrible, helado y fiero,  
por los montes vestido  
de las rígidas nieves del enero!  
¡Qué calor el verano.  
por estos campos el agosto cano!  
¡Ay Raquel, si supieses  
cómo engañé los tiempos y los años,  
días, semanas, meses,  
venciendo sus discursos mis engaños,  
qué lástima tendrías  
que a tantos años añadiesen días!  
Pregunta a aquellas fuentes,  
a aquellos olmos; que dirán sus hojas,  
que dirán sus corrientes,  
cuáles fueron mis ansias y congojas.  
Mas no preguntes nada,  
que no merezco yo verte obligada.

RAQUEL:

Bien sabes, ¡oh Jacob!, que mi desvío  
no ha sido causa de tu larga pena,  
sino la voluntad del padre mío  
El amor, que no vive por la ajena,  
no ha faltado a la deuda a que le obliga  
tu fe constante, de firmezas llena.

Si tan larga esperanza te fatiga,  
no han sido para mí los años breves,  
el mismo tiempo, el mismo amor lo diga.  
Bien saben estas fuentes si me debes  
amorosas congojas y temores,  
aunque por tu valor me fueron leves.  
Díganlo aquestos árboles y flores;  
mas dirás que el servicio que no medra  
no estima por verdades los favores.  
Aquí está el pozo y la pesada piedra  
que revolviste a mi ganado un día,  
aunque le cubre ya perpetua yedra.  
Siempre ha llorado la memoria mía  
aquel beso de paz, siempre mis ojos  
la falta de tu dulce compañía.  
Vencísteme, Jacob, y los despojos  
de tu vitoria diferentes fueron,  
para mis celos, lágrimas y enojos.  
Los brazos de mi hermana merecieron,  
sin haberte querido, tus abrazos:  
en tus brazos, en fin, amanecieron.  
Burlome Amor, burláronme tus brazos,  
burlome la esperanza, que, cumplida,  
apela como pleito a nuevos plazos.  
Si fue para tu amor corta la vida,  
yo te prometo que lo mismo sienta,  
si falta la palabra prometida.  
Mas no será tan falso quien intenta  
hacerte esclavo suyo con engaños,  
que ya corren del cielo por su cuenta.  
Por mí pasan, Jacob, los mismos años;  
ama, espera, confía; que ya llegan,  
cuando las bodas no, los desengaños.  
Y porque ya mis corderillos juegan,  
satisfechos de yerba, y del ocaso  
las bordadas cortinas se despliegan,  
perdona, que al aldea alargó el paso,  
o, si quieres seguirme, vamos juntos;  
que alivia el pretender tratar del caso.  
JACOB:  
Los siglos horas, y los años puntos  
se me hicieran aquí; que estas montañas  
de mi firmeza pueden ser trasuntos.  
Porque con la verdad de mis entrañas,

es comparar cuantos amando viven  
a las palmas que ves, débiles cañas.  
Los tiempos en diamantes los escriben.

Con esto se fueron juntos, dando fin a la égloga; pero mientras premiaban al dueño de aquellos versos con una jabalina para los osos y espines, cuya cuchilla parecía un diamante, con borlas de seda y oro y tachonada a nudos el asta, se previno para la historia Dafilo, el pastor que arriba os dije, y estando todos atentos, comenzó así:

—No me ha parecido, mayores discretos, pastores entendidos, traeros en esta ocasión alguna de las historias del principio del mundo, de nuestros antiguos padres, Jueces del pueblo de Israel, Reyes, Patriarcas y Profetas, de Judic, Ester, Rut o los valientes macabeos, sino de nuestros tiempos; porque cuanto más cerca tendréis menos noticia, por ser menos escritas las que poco ha sucedieron que las que ha muchos años que pasaron. Porque en el discurso de ellos varios ingenios, varios coronistas las averiguan, y con mayor libertad, sin temor de los poderosos, sin lisonja de los ricos, las escriben. Con esta prevención, digo, pastores, que Pompeyo Magno, después de haber vencido a Tigranes, rey de Armenia, y héchole tributario a los romanos, acabada de todo punto aquella guerra se vino con su ejército a Suria, donde, en la ciudad de Damasco le hallaron todos los embajadores de las repúblicas y reyes, así de la Suria como de la Arabia y Egipto. Entre los otros, Aristóbolo nuestro rey envió el suyo, con el cual le presentó una vid de oro hecha con maravilloso artificio, de valor de trescientos mil escudos. Hircano, por no faltar a sí mismo y al derecho que tenía al reino, envió también quien tratase su causa en la presencia el gran Pompeyo. El cual habiendo entendido del uno y otro embajador la acción y justicia de los dos hermanos, quiso que en persona fuesen a verle, y después de haberles oído, con buenas palabras les dio licencia y esperanzas de que presto iría a Judea, donde mejor podría informarse, prometiendo favorecer al que lo mereciese y advirtiéndoles que viviesen quietamente en tanto que él llegase. Mas, no pudiendo sufrir Aristóbolo que la dignidad se le pusiese en duda, luego que se partió de Pompeyo hizo gente de guerra para defenderse de cualquiera que intentase quitarle el reino con tanta sangre, industria y trabajos adquirido. Hircano y Antípatro, y todos sus parciales, tomando desto esperanza de tener en su causa más favorable a Pompeyo, le escribieron estos atrevimientos de Aristóbolo, que airado de que le hubiese<sup>86</sup> perdido el respeto, partió de Damasco a Jerusalén con su ejército y le cercó en ella. Mientras Pompeyo se apercebía para combatir la ciudad, arrepentido Aristóbolo y no hallándose con bastantes fuerzas para defenderla, salió de la ciudad y sin otra seguridad se puso en las manos de Pompeyo pidiéndole perdón y prometiéndole gran suma y cantidad de dinero. Perdonole Pompeyo, y envió a Gabinio,<sup>87</sup> uno de sus capitanes, a la ciudad por la promesa, donde no sólo no<sup>88</sup> hallaron lo que dijo, pero ni les dejaron entrar los soldados. Pompeyo entonces puso en prisión a Aristóbolo y comenzó a combatir el muro de Jerusalén con valeroso esfuerzo; mas, habiendo, alguna disensión entre los que la defendían, muchos, desamparando el muro, se metieron en el santo

86.— Orig.: 'huuisse' (133v).

87.— En otros pasajes: 'Gabino'

88.— Hoy diríamos 'no sólo no'

Templo y allí se fortificaron, y los otros, abriendo las puertas de Jerusalén a los romanos, se la entregaron. Tres meses tardaron los soldados<sup>89</sup> vitoriosos en conquistar el Templo, que con diversas faciones y sucesos vinieron finalmente a rendirle, y degollando la gente quedaron pacíficos señores de toda la Judea, patria nuestra. Quiso Pompeyo ver todo el Templo, entrando también donde sólo al Príncipe de los Sacerdotes era lícito, y hallando en él muchos y varios vasos de oro y no poca suma de dinero, no permitió, mirándolos con ojos religiosos, que de alguno de los suyos fuesen tocados, antes el siguiente día hizo un edicto que, según los institutos de la patria, los Sacerdotes purificasen el Templo y que se continuasen en él los acostumbrados ritos y sacrificios. Y declarando a Hircano por Príncipe de los Sacerdotes, sosegadas las cosas de Suria se volvió a Roma llevando en prisión consigo al rey Aristóbolo con dos hijos y dos hijas. De los cuales el uno, llamado Alejandro, se huyó de Pompeyo en el camino, y el otro, llamado Antígono, fue con el padre y las hermanas llevado a Roma. Desta suerte, por la discordia de los dos hermanos vino esta tierra al imperio y sujeción de Italia, a la cual fueron desde aquel tiempo tributarios los hebreos, fuera de que Pompeyo les había quitado el reino de Suria que sus padres tan valerosamente habían conquistado con las armas; porque como las cosas pequeñas con la concordia crecen, las grandes con la discordia se disminuyen. Alejandro, como os dije, fugitivo de Pompeyo, volvió a Judea, y recibido bien de los pueblos, que no podían tolerar el imperio de los extranjeros, formó ejército y vino a las manos con los romanos, de quien fue roto y cercado en un castillo, donde, habiéndose dado a partido, se huyó otra vez, y ellos le saquearon y pusieron por tierra. Casi lo mismo sucedió a Aristóbolo su padre, y a su hermano Antígono, huidos también de Roma; pero, vencidos en batalla del capitán Gabino, los prendió y a mejor recaudo los volvió a Roma. Mientras Gabino fue a Egipto, Alejandro juntó treinta mil soldados, y corriendo toda la Judea, mató cuantos romanos hallaba. Gabino le buscó y, habiendo venido a las manos, volvió a vencerle, valiéndole a Alejandro la misma fuga. Después desto Gabino volvió a Roma y le sucedió en el gobierno de la Suria Marco Craso, uno de los principales caballeros de Roma, el cual le había procurado con ánimo de hacer guerra a los partos, nación belicosa y de gran nombre en el Oriente. Yendo, pues, Craso a esta empresa, pasó por la ciudad de Jerusalén, y entrando en el Templo, le despojó de todos los ornamentos de oro y de todo el dinero que el Magno Pompeyo no quiso tocar con religioso ánimo. De allí pasó a los partos, de los cuales fue roto y muerto. Y porque los bárbaros entendieron que la codicia del oro le había movido a su conquista, Surina su General, habiendo derretido gran cantidad de oro, hizo que se lo echasen por la boca, diciendo que se hartase muerto de lo que vivo no había podido. Tal fue el fin que tuvo la codicia de Craso: justo castigo del Cielo, como del Rey Baltasar, Heliodoro y otros que profanaron los vasos del Templo perdiendo el debido respeto a su divino culto. Sucedió a Craso en el gobierno Casio, con el cual habiendo hecho estrecha amistad Antipatro, aquel grande amigo del Sacerdote Hircano, crecía cada día más su poder y autoridad entre los hebreos. En estos medios habiéndose casado con una gran señora idumea, Antipatro, tuvo cuatro hijos: Faselo, Herodes, que agora es Rey, Josipo y Ferora, y una hija llamada Salomé. Nació a esta sazón una cruel guerra civil entre los romanos, siendo cabeza de la una parte el Magno Pompeyo y de la otra Julio César, el cual

89.- Orig.: 'saldados' (134r).

hecho señor de Roma, libró a Aristóbolo de la prisión y le envió a Judea por tener aquel reino a devoción suya contra Pompeyo. Mas no pudo Aristóbolo gozar mucho el beneficio del César, porque fue en el camino de la parte pompeyana muerto con veneno, y casi al mismo tiempo Alejandro su hijo degollado en Antioquía por orden de Scipión, suegro del gran Pompeyo. Antígono, el otro hijo, vino a poder de Tolomeo, tirano de Calcidia, con dos hermanas suyas, con una de las cuales se casó luego. Habiendo, pues, Julio César vencido en batalla a Pompeyo, y siendo muerto a traición de Tolomeo, rey de Egipto, por Focino y Aquila en una barca (de donde le sacó a tierra Codro y le dio entre aquellas arenas tan humilde sepultura), fue César con poca gente a Egipto, donde, siendo combatido de Tolomeo con gran peligro de su vida, fue de Antípatro grandemente socorrido con una gruesa banda de judíos, y haciendo por su propia persona valerosas hazañas en su defensa, hasta ser en esta facción muchas veces herido. Mas, habiendo finalmente el César sojuzgado a Egipto con la muerte del rey Tolomeo, pasó por Suria y confirmó en el sacerdocio a Hircano, dando la administración de toda la Judea a Antípatro y haciéndole caballero romano, y concedió que se pudiesen reedificar los muros de Jerusalén que Pompeyo había echado por tierra, los cuales al mismo punto fueron reedificados de Antípatro. El cual viendo que Hircano no era para el gobierno de tan gran reino, dio el de Jerusalén a Faseo su hijo mayor, y a Herodes, que entonces sólo tenía quince años, dio el cargo del gobierno de Galilea, patria de la Virgen santísima de quien estamos esperando nuestro remedio y prima de Isabel, madre de Juan, por quien celebráis, pastores, tan justas fiestas. Herodes, aunque muchacho, mostró ánimo invicto y suma prudencia contra un cierto Ezequías, poderosísima cabeza de tanta cantidad de ladrones y hombres de pernicioso vida que tenían puesto en asombro toda la Galilea. Éste fue de Herodes perseguido, roto, preso y hecho matar con todos sus complices, de que quedó la tierra tan limpia que se podía seguramente, así de noche como de día, caminar por ella. Por esto no sólo ganó Herodes la benevolencia de los galileos, pero de todas las provincias circunvecinas molestadas de aquellos ladrones, y su fama se estendió por toda la Suria, donde, así por esto como por otros hechos, se aumentaba la autoridad de Antípatro y la esperanza de sus hijos, habiendo también él mismo ganado con otra astucia la gracia de los príncipes romanos, porque, aconsejando él a Hircano que agravase los pueblos con subsidios, todo aquel dinero que les sacaban enviaba a diversos caballeros a Roma en su nombre; con lo cual Hircano era aborrecido de los judíos y Antípatro amado de los romanos, creyendo que Antípatro lo enviaba, cuyo nombre era tan claro a todos cuanto oscuro el de Hircano. Pero no faltaron algunos amigos de Hircano que le avisaron, pronosticándole también que el proceder de Antípatro y de sus hijos caminaba a privarle del principado y hacerse universal señor de la Judea; mas era Hircano de tan grosero ingenio y tan olvidado de sus mismas cosas, que ni tuvo providencia para guardarse ni puso cuidado en impedirle. En esta sazón Julio César, hecho absoluto señor del Imperio Romano, se prevenía para hacer guerra a los partos; mas, siendo muerto por Bruto y Casio y otros caballeros romanos que no podían sufrir (aunque los había honrado y puesto en altos lugares) que él por fuerza y tiránicamente hubiese privado la patria de la libertad, por su muerte hubo crueles guerras, y venido Casio a Suria para prevenir las cosas necesarias a la guerra, y principalmente para recoger dineros, fue en la Judea de Antípatro y de su hijo Herodes diligentemente servido y acariciado, como aquellos que, siendo extranjeros, no respetaban la pobreza de los pueblos,



pero querían que de cualquiera manera le sacasen. Casio bien servido dellos, hizo a Herodes gobernador de toda la Suria, prometiéndole también hacer rey de Judea si quedase vitorioso de la guerra que con Marco Antonio y Octaviano, hijo adoptivo y heredero de César, tenía. Había entre los amigos de Hircano uno a quien llamaban Malaco, el cual envidiando la felicidad de Antípatro, convidándole a comer, le mató con veneno; y considerando que Hircano era tan para poco, intentó de ocupar el reino de Judea; pero mientras se apercebía fue hecho matar de Herodes en venganza de la muerte de su padre. Casi en estos mismos días Antígono, hijo del rey Aristóbolo, reforzado de gente y de dineros por Tolomeo su cuñado, se movió a conquistar el paterno reino, por cuya venida levantándose muchos de los judíos en su favor, ganó algunos lugares; mas, siendo improvisamente buscado de Herodes con mayores fuerzas, le echó de la Judea, recobrando fácilmente lo que había usurpado. De donde volviendo vitorioso a Jerusalén, fue con grande honor de Hircano y de todo el pueblo recibido, y en premio de su virtud y del valor tantas veces mostrado, le hizo su pariente dándole por mujer a Marianne hija de Alejandra su hija, doncella, dotada de rarísima belleza y de honestas costumbres, con cuyo parentesco creció sumamente su autoridad entre los judíos. Grandísimas fueron en este tiempo las revoluciones de los romanos, y habiendo últimamente tenido dos batallas sangrientas en Macedonia, fue de todo punto deshecha la parcialidad de Bruto y Casio, quedando muertos, y Marco Antonio y Octaviano<sup>90</sup> señores libres de todo el Romano Imperio. Volviendo Octaviano a Roma a asentar las cosas del Poniente, pasó Marco Antonio al Asia a pacificar las del Levante, y habiendo llegado a Suria, se le puso delante gran número de judíos exclamando contra Herodes; pero no sólo no fueron dél oídos, mas en el instante muertos y él confirmado en el gobierno de nuestra patria. Partido Marco Antonio a Roma, vino otra vez Antígono a Judea con ejército grueso de los partos, y habiendo en su poder con fraude al Pontífice Hircano y a Faseló, hermano de Herodes, a Hircano hizo cortar las orejas por que no pudiese ser más Sacerdote; Faseló, desesperado, se mató a sí mismo dándose con la cabeza en una piedra (por tener atadas las manos) tantos golpes, que la dejó bañada de su sangre y sesos. Hircano así herido, fue de los soldados partos conducido a Babilonia. Solicitó Antígono haber a las manos a Herodes para matarle, pero no pudo, porque él se puso en salvo con toda su familia en el castillo fortísimo de Masada, el cual prevenido de cuanto era necesario para esperar un largo cerco, le dejó en guarda a Josipo su hermano. Y aunque era tan peligrosa la navegación, por el tempestuoso tiempo del invierno, se fue a Roma para quejarse a Marco Antonio de las injurias de Antígono y de los partos, y para pedirle ayuda contra ellos, significándole también cómo era ofensa de la majestad del nombre romano. Pareció mal notablemente a Marco Antonio y al Senado el caso de Herodes, por haber sido él y Antípatro su padre tan leales amigos de los romanos, como por el odio que tenían a Antígono por haber ocupado a viva fuerza de armas la Judea y por ser los partos capitalísimos enemigos del nombre romano. Determinaron, pues, no sólo poner a Herodes en el gobierno de la Judea (que ya le habían dado, como él pedía), mas por mostrar mayor agradecimiento a su lealtad y buenos servicios le hicieron rey, y ordenaron que el ejército que entonces tenían en Levante volviese las armas contra Judea y, derribando a Antígono de la silla, diesen la posesión a Herodes. Hecha esta deter-

90.- Orig.: 'Octauio' (138v), y lo mismo más abajo.

minación del Senado, volvió Herodes a Judea, y después de muchos sucesos, fue del ejército de Marco Antonio debelado Antígono, que por algún tiempo se defendió valerosamente; pero últimamente prevaleciendo las fuerzas romanas, perdió el reino y la vida, porque viniendo vivo a poder de Sofía, General de Marco Antonio, que a la sazón se hallaba en Antioquía, se le envió, y él le hizo matar por establecer con la muerte de Antígono el reino de Herodes, que, confirmado en el de los judíos y no pareciéndole que lo era en tanto que restaba alguno de la sangre Real, con engaños y grandes promesas solicitó a Hircano, ya Sumo Sacerdote y entonces prisionero de los partos, para que se huyese de Babilonia, donde de todos era honrado y servido, y se viniese a Jerusalén. Lo cual hecho de Hircano, después de haberle acariciado algunos días, hasta llamarle padre, con levantarle una calumnia le quitó la vida. Quedaba sólo un mancebo, hermano de Marianne su mujer, llamado Aristóbolo, a quien él mismo había hecho Sumo Sacerdote, y de envidia de verle amado del pueblo, le hizo ahogar en un lago (donde por su recreación había ido a bañarse) fingiendo haber acontecido acaso y no por orden suyo. Cesó en este mancebo la familia de los valientes macabeos, los cuales habiéndose hecho con el favor divino y con su gloriosa virtud señores del reino con echar dél los estranjeros que le tiranizaban y oprimían, por espacio de ciento y veinte y seis años le poseyeron. Pasó últimamente el reino a un estraño; porque, aunque es verdad que Herodes judaiza, al fin es hijo de padre idumeo y de madre árabe. Ha sido felicísimo, como veis, en conquistar y conservar el reino en tantas revoluciones del Imperio Romano; porque, como sabéis, en este tiempo nuestro y suyo ha pasado la guerra entre Octaviano Augusto, que agora es Emperador de Roma, y Marco Antonio, en la cual ha sido vencido y muerto; y ansimismo Cleopatra, que por no honrar el triunfo de Octaviano se puso un áspid al pecho (que un villano le trujo en una cestilla de flores). Ansimismo ha tenido buena fortuna Herodes en las demás guerras; sólo en su casa ha sido infelicísimo, pues por rabiosos celos ha hecho cortar la cabeza a su hermosísima y amada mujer Marianne: sentencia que él ya tenía dada cuando fue a Roma, pues para que ninguno en el mundo la gozase dejó a Josipo ordenado que si el Senado le prendía o mataba, a ella la matase luego que llegase la nueva. Por sospechas y calumnias falsas ha hecho también matar a sus dos hijos y de Marianne, Alejandro y Aristóbolo, en la flor de su edad. Ha usado grandes crueldades con su sangre y con sus más intrínsecos amigos. Vive aborrecido como tirano, por ser tan sangriento, sin que el haber reedificado el santo Templo de Salomón y otras ruinas de Jerusalén haya sido parte a encubrir tan feas y estupidas muertes.

Cuando llegaba Aminadab con esta relación de Dafilo a este punto, el Sol distaba igualmente de los del cielo, y así, pareció a los pastores volverse juntos acompañándole por un arroyo arriba, cuyos árboles defendían el que ya hacia, por haberse esforzado sus rayos con su apacible sombra. Por pasarle, finalmente, con menos sentimiento, y siendo como era el camino tan largo, resolvieron los pastores que Elisio y Nectalvo (a quien habían hallado en un prado que ya volvían sus cabras a las cabañas de Eliseno, de quien eran pastores) cantasen alguna cosa entre los dos, por la noticia que tenían de sus ingenios. Ellos, por no mostrarse ingratos a su misma fama, pidiendo a Damón que si se ofreciese los ayudase, comenzaron así:



ELISIO, NECTALVO, DAMÓN

DAMÓN:

Para cantar de tus agüelos santos  
la Real ascendencia, dulce esposo  
de aquella a quien con celestiales cantos  
del Querubín alaba el coro hermoso,  
dame favor entre favores tantos,  
y llegará con plectro sonoro  
mi voz a los extremos de la tierra  
y a cuanto el mar con muros de agua encierra.

NECTALVO:

Ayuda, ¡oh tú, purísima María!,  
el canto desigual de tus pastores,  
pues entre la corona y monarquía  
cayados hallarás en tus mayores.  
Escucha tu Real genealogía,  
aunque distintas glorias atesores.  
Ésta es la parte humana; a la divina  
el Sol, el Ángel a tus pies se inclina.

ELISIO:

¡Oh gran padre Abrahán, por quien impetra  
nuestro linaje bendición tan alta,  
añadiendo a tu nombre aquella letra  
que la mortal generación esalta!  
Cuya grandeza el límite penetra  
de aquellas luces con que el cielo esmalta  
su manto azul, pues hasta ser Dios hombre,  
tu bendición estenderá tu nombre.

NECTALVO:

Isaac divino, que a la parda peña  
del monte Moria, humilde y obediente,  
llevaste en hombros la cortada leña  
adonde fueras víctima inocente;  
aquel cordero, que la zarza enseña  
de sus espinas coronar la frente,  
quiere trocar la sombra, y verse luego  
en otra virgen zarza intacta al fuego.

ELISIO:

Cuando de Bersabé Jacob venia,  
durmió en Harán, y vio que, abierto el cielo,  
una escala que el aire dividía  
tocaba en él, estando asida al suelo.  
¡Oh escala celestial, pura María!

No con Ángeles ya; que mayor vuelo  
hace Dios a tu pecho, cuya punta  
de Dios y el hombre los extremos junta.

NECTALVO:

Iba Judas<sup>91</sup> a ver con su ministro  
Hiras de su ganado, odolamita,<sup>92</sup>  
la esquila alegre, el número y registro,  
cuando Tamar le engaña y solicita:  
cubierto el rostro de un sutil teristro<sup>93</sup>  
a requerirla de su amor le incita,  
conociendo después de mil contiendas  
las de su sangre por sus dadas prendas.

ELISIO:

Salió Zarán, atándole la mano  
la roja cinta sin salir al mundo,  
y aunque salió después Farés su hermano,  
con salir el primero fue el segundo.  
Dicen que algún misterio soberano  
está en aquesta púrpura profundo,  
porque el pueblo gentílico y hebreo  
en Zarán y Farés distintos veo.

NECTALVO:

Ésos, Elisio, fueron engendrados  
antes que los hermanos envidiosos,  
vendido ya Josef, viesen turbados  
de Egipto los pirámides famosos;  
pero, quedando en él asegurados,  
con la familia de Jacob gozosos,  
a Esrón tuvo Farés, y éste a Harán tuvo,  
en aquel tiempo que en Egipto estuvo.

ELISIO:

Durando el cautiverio miserable,  
nació de Harán Aminadab sujeto  
al bárbaro Gitano que, implacable,  
perdió a la gloria de Josef respeto.  
Naasón valiente, en armas admirable,  
vio del santo Moisés puesta en efeto  
la libertad del pueblo que oprimía  
del duro Faraón la tiranía.

91.– Por 'Judá, hijo de Jacob y suegro de Tamar.

92.– De Odolán.

93.– Velo.

NECTALVO:

Digno es Aminadab de eterna historia,  
 pues cuando el pueblo de Israel dudoso  
 (aunque Moisés le daba la vitoria),  
 retiraba del mar el pie medroso,  
 él fue el primero que con justa gloria  
 se arrojó por las aguas animoso,  
 quedando en los ejércitos sagrados  
 de Aminadab los carros celebrados.

ELISIO:

Merécelo también porque fue suyo  
 aquel en que llevada el Arca santa,  
 fue de Cariatarín, y lo atribuyo  
 a que, intrépido, al mar puso la planta.  
 También su sangre y santidad arguyo  
 de que en su casa con riqueza tanta  
 hasta aquel tiempo la depositaron  
 en que a Jerusalén la trasladaron.

NECTALVO:

Pasó Moisés, después de haber obrado  
 maravillas tan altas y estupendas,  
 el Rojo Mar que de uno y otro lado  
 abrió, suspensa el agua, enjutas sendas;  
 y luego, el paso al Bárbaro cerrado,  
 los pabellones y las ricas tiendas  
 como de encinas, robles y altas hayas,  
 hicieron montes las vecinas playas.

ELISIO:

¡Quién viera entre las aguas volteando  
 los caballos, las bárbaras carrozas,  
 como en la tempestad vemos nadando  
 tal vez las ovejuelas y las chotas!<sup>94</sup>  
 ¡Quién viera por las márgenes cantando  
 (oh dulce libertad, el bien que gozas)  
 a las hebreas libres y vengadas,  
 de las gitanas joyas adornadas!

NECTALVO:

Por el desierto Naasón guiando  
 el tribu de Judá, capitán fuerte,  
 los pasos de Moisés acompañando  
 la descendencia de Jacob advierte;  
 porque, Salmón por Príncipe quedando

94.- Cabritillas. En el Orig.: 'choças' (144r).

del generoso tribu por su muerte,  
pasó el Jordán y vio la Prometida  
Tierra, de pura leche y miel vestida.

ELISIO:

Cuando de Jericó los altos muros  
siete días cercó Jesús valiente,  
por los exploradores que seguros  
tuvo Raab<sup>95</sup> discreta ocultamente,  
cayendo a tierra los cimientos duros  
al aire del metal resplandeciente,  
salvó su casa aquella cinta roja  
que nunca de misterios se despoja.

NECTALVO:

Fue su salud ponella a la ventana,  
Elisio amigo, y fue su casamiento  
dichoso, pues que dél la estirpe emana  
del gran David heroico fundamento.  
Booz nació de Raab, que el ser humana  
a tanto bien le dio merecimiento.  
Booz vecino de Belén, que hoy día  
vemos los campos que sembrar solía.

ELISIO:

Allí se ve, que aun el pensarlo alegre,  
adonde Rut bellísima espigaba  
cuando viviendo con Noemí su suegra,  
su ancianidad piadosa sustentaba.  
Allí en el manto de la noche negra  
del suyo entre sus plantas se amparaba;  
allí, que bien lo saben los pastores,  
cogía espigas y dejaba flores.

NECTALVO:

De Rut Obed nació; de Obed, el santo  
padre del gran pastor de Belén nuestro  
Jesé, que con David le ha honrado tanto.  
David, en el cantar a Dios tan diestro:  
préstame tú para tu mismo canto,  
aunque también de lágrimas maestro,  
aquel arpa divina, y haré solo  
que resuene mi voz de polo a polo.

ELISIO:

Si David los espíritus, tañendo,  
del pecho de Saúl huir hacía,

95.– Ejercía de ramera en Jericó. Escondió en su casa a los espías de Josué.

Nectalvo, tú verás cómo en naciendo  
un niño, de quien ya se acerca el día,  
al centro de la tierra van huyendo  
del acento del arpa de María;  
porque tiene unas cuerdas de culebra  
con que mata de amor cuando requiebra.

NECTALVO:

Si fue la de Moisés, ¿de qué te espantas,  
pues que daba salud en alto puesta?,  
que en el de aquella, y de otras sombras tantas,  
la verdad y la luz se manifiesta?  
Si de nuestro Pastor las gracias cantas,  
y no las guardas a su misma fiesta,  
bien puedes, sin pasar de sus agüelos,  
parar el Sol y enamorar los cielos.

ELISIO:

Proseguiré del betlehemita infante  
(por que al primero intento corresponda)  
que pudo ennoblecer contra el gigante  
las pastoriles armas de la honda;  
no por que, indigno, sus vitorias cante  
ni el eco destes valles me responda,  
mas por la sucesión del rey más sabio  
y más dichoso, aunque nació de agravio.

NECTALVO:

Bien haces; que ninguno alabar puede  
bastantemente un hombre a cuya vida  
Dios tan grande alabanza le concede,  
que dice que halló un hombre a su medida.  
Hoy Jeremías declarado quede,  
pues llega el día y hora prometida,  
no para que David su Dios levante,  
sino a este tierno y esperado Infante.

ELISIO:

Si salvarse Israel y Judá tiene  
tan alta, tan divina profecía,  
ya no a David nuestro pastor conviene,  
sino al Hijo divino de María;  
ya el sabio, el santo Rey, el Justo viene,  
y aquel Señor que Ezequiel decía,  
por quien el Ángel anunció a su Madre  
el rico asiento de David su padre.

NECTALVO:

Aquí del magno Salomón se ofrece  
la ciencia que una noche le fue dada;  
el Templo que en el mundo le engrandece,  
maravilla a ninguna comparada,  
por quien Nicaula de Sabá le ofrece  
gloria de tantos reyes envidiada;  
si bien en la vejez las idumeas  
le obligaron a hacer cosas tan feas.<sup>96</sup>

ELISIO:

Salomón de años once (¡caso extraño!)  
engendró a Roboán, soberbio y loco,  
que por consejo de un privado engaño<sup>97</sup>  
tuvo el gobierno de su padre en poco;  
dividiose Israel para su daño  
(que de partirse no resulta poco),  
y aun no quedara en él, si el santo celo  
Dios no mirara de David su agüelo.

NECTALVO:

Puso en Dan y en Betel becerros de oro,  
y de Jerusalén al Templo santo  
quitó la reverencia y el decoro  
de su predecesor tenido en tanto.  
Sesac,<sup>98</sup> de Egipto rey, robó el tesoro  
y la santa ciudad cubrió de espanto,  
Abías le heredó; tan malo Abías,  
que fue bueno en reinar tan pocos días.

ELISIO:

Asá tuvo principios favorables,  
mas el mortal poder le desvanece,  
hasta tener los fines miserables  
que quien se aparta de su Dios merece.  
Pero tras estos reyes detestables  
ya Josafat, pacífico, se ofrece,  
donde el valor de la oración se muestra  
más que en las armas de la fuerte diestra.

NECTALVO:

Por casarse Jorán<sup>99</sup> con Atalía,  
hija de Jezabel y Acab tirano,

96.- Influenciado por sus numerosas esposas y concubinas extranjeras, Salomón cayó en la idolatría.

97.- Desoyó las quejas de las tribus del norte. Éstas se sublevaron y se dieron por rey a Jeroboán.

98.- Sheshonq I.

99.- Hijo de Josafat.

perdió los idumeos, monarquía  
 que ya del gran David venció la mano.  
 Ésta su estirpe oscurecer quería,  
 pero salió su pensamiento vano;  
 Ozías<sup>100</sup> fue rey, pero atrevido tanto,  
 que usurpar quiso el Sacerdocio santo.

ELISIO:

Edificó Joatán su hijo al templo  
 la puerta que de *Hermosa* el nombre alcanza,  
 aunque del impío rey Acaz contemplo  
 del verdadero culto la mudanza;  
 mas de Ezequías la virtud y ejemplo,  
 la prudencia, justicia y la templanza,  
 la religión, el celo y el decoro,  
 los siglos de metal convierte en oro.

NECTALVO:

Más que a su padre, a su distinto agüelo  
 imitó Manasés en la consulta  
 de agüeros falsos, obligando el Cielo  
 al castigo que a idólatras resulta:  
 el rey de Asiria al babilonio suelo  
 cautivo le llevó, donde en la inculta  
 margen del río Éufrates sentado  
 lloró, preso Israel, su bien pasado.

ELISIO:

¡Oh lágrimas de un pecho arrepentido,  
 cuánto podéis con la Piedad inmensa,  
 pues, a Jerusalén restituido,  
 gozó la libertad, borró la ofensa!  
 Después de Amón fue Rey constituido  
 Josías santo, protector, defensa  
 y gloria de Israel, porque a Josías  
 sólo David le escede, y Ezequías.

NECTALVO:

Cuando la flecha le quitó la vida  
 (¡oh egipcios brazos, de piedad ajenos!),  
 lloró Israel su mísera caída  
 y Jeremías lamentó sus *Trenos*.<sup>101</sup>  
 Faraón, de Joaquín fiero homicida,  
 por varios casos de desdichas llenos  
 puso en el reino a Jeconías su hermano,  
 con éste justo y con aquél tirano.

100.– Ocozías.

101.– Profecías funestas, lamentaciones.



ELISIO:

Cuando Evilmerodac<sup>102</sup> a Jeconías  
sacó de la prisión y le honró tanto,  
por las de aquella edad Cronologías  
nos da Salatiel<sup>103</sup> materia al canto;  
pero Zorobabel, o Baraquías,<sup>104</sup>  
que el babilonio cautiverio y llanto  
al fin de setenta años trueca en gloria,  
más nombre tiene en la sagrada historia.

NECTALVO:

Ya con nombre de duques, y no reyes,  
desde este rey comienzan los hebreos  
a restaurar las ofendidas leyes,  
y coronar el templo de trofeos.  
Mira desde las cabras y los bueyes  
del pastor de Isaí, cuántos rodeos  
ha dado el tiempo a sucesores tantos,  
y entre idolatras reyes, reyes santos.

ELISIO:

Ya de Abiud a la progenie llama  
el nacimiento nuestro canto, siendo  
del tronco de Abrahán florida rama,  
que vienen Eliaquín y Azor siguiendo.  
Luego Sadoc y Aquín merecen fama,  
a Eliud y Eleazaro produciendo;  
que éste engendró a Matán esclarecido  
padre de aquel que de Jacob lo ha sido.

NECTALVO:

¡Oh Musas que habitáis no por las fuentes  
fingidas en los montes fabulosos,  
haciendo en vuestras liquidas corrientes  
al canto los ingenios animosos,  
sino sobre los orbes transparentes  
y pisando los astros luminosos,  
dadme para cantar favor, que pueda  
decir lo más, aunque en lo menos queda!

ELISIO:

¡Oh vosotras deidades celestiales,  
inteligencias de los cielos bellas,  
pues fuentes de purísimos cristales

102.- Sucesor de Nabucodonosor II.

103.- Hijo de Jeconías y padre de Zorobabel.

104.- Hijo de Zorobabel.

en vez de flores van regando estrellas,  
bañad mis labios, aunque son mortales  
y indignos de tal bien, en una dellas  
para cantar en alta melodía  
el dulcísimo Esposo de María!

NECTALVO:

Jacob fue padre de Josef, esposo  
de la mejor Señora que honra el suelo,  
y el coro de los Ángeles hermoso  
después que suba a coronarse al cielo  
en Hijo tan sublime venturoso;  
que su virginidad, su limpio celo  
(honra no vista en dignidad alguna),  
le harán guarda del Sol y de la Luna.

ELISIO:

Santísimo Josef, para loaros  
en vano se desvela el pensamiento,  
porque intenta, quien piensa celebraros,  
cifrar el mar y encarcelar el viento.  
Por conceptos no vistos levantaros  
en el más levantado entendimiento,  
no ha de igualar al punto que podría  
con llamaros Esposo de María.

NECTALVO:

Con llamaros Esposo de María,  
no han de saber los Ángeles del cielo  
escelencia más alta y energía  
que más levante vuestro virgen celo.  
Toda aquesta Real genealogía,  
que al cielo ha de dar gloria y honra al suelo,  
viene a parar en vos, Josef dichoso,  
de la madre de Dios divino Esposo.

DAMÓN:

Pastores, si habéis dicho comenzando  
lo más, que es a los Ángeles posible,  
cuanto más a la voz mortal cantando,  
mirad que proseguir será imposible.  
Desde lo menos a lo más pasando  
es cosa en los discursos conveniente  
subir por grados al mayor que alcanza,  
no el sujeto infinito, el alabanza.  
Mas comenzar por la mayor, diciendo,  
que Josef es Esposo de María,  
ya ¿qué podéis cantar, puesto que oyendo

sus alabanzas se parase el día?  
Ya no hay más que decir, ni comprendo  
que toda la celeste Jerarquía  
sepan mayor concepto, bien que os quedan  
muchas grandezas que alabarle puedan.  
En este valle han dicho mil pastores  
cosas que espantan al ingenio humano  
de esta divina vara, cuyas flores  
su frente mereció desde su mano.  
Y aunque sutiles son, no son mayores,  
pues del Hijo del Padre soberano  
en la tierra tendrá nombre de padre,  
con ser Esposo de su virgen Madre.  
Ingenios hemos visto que se atreven  
a decir que la sangre del Mesías,  
que ya esperamos, a sus manos deben,  
pues ha de alimentarle tantos días,  
y quieren que sus méritos se prueben,  
aunque Dios tiene tantas Jerarquías,  
con que ha buscado un hombre que defienda  
en la tierra que está, su mayor prenda.  
Sustenta Dios los cielos y la tierra,  
y Josepa María, que en sí tiene,  
guarda, alimenta, cría, cubre, encierra  
el Verbo Eterno que a la tierra viene.  
Luego Josef con el cepillo y sierra  
sustenta a Dios, y sustentar previene  
la sangre que ha tomado de María,  
que ha de verter por vuestra culpa y mía.  
Báculo de la Virgen, Josef santo,  
que del carro del Sol divina estrella,  
guiais los pasos, ya del cielo espanto;  
que Dios es Sol y viene al mundo en ella,  
de Belén perdonad el rudo canto,  
que cuando el Capitán que esperan della  
honre aquel suelo, oiréis cosas mayores  
de vuestros betlemíticos pastores.  
Agora tú, Nectalvo, que de Elisio  
pensabas con recíproco amebeo  
vencer el canto, si el licor dionisio  
en rico vaso puede dar deseo,  
en éste beberás que trujo un frisio  
y le compré en la mar para trofeo,  
no de vitoria, mas de ilustre verso,  
quél vaso es premio igual, cándido y terso.

Labradas en el pie tres gracias tiene.  
 Muchas fueran, Nectalvo, a serlo tuyas;  
 pero ya por el nombre te conviene,  
 y a mí de Elisio coronar las tuyas.  
 Esta lira te doy, pues ya previene  
 canto que felicísimo concluyas  
 tu voz tu ingenio, aunque con años tiernos,  
 que se ha de celebrar siglos eternos.  
 Canta la pura Concepción divina  
 de aquella inmaculada Virgen santa,  
 más limpia que el Aurora cristalina  
 cuando con cercos de oro se levanta.  
 Mas, pues el Sol se acerca y avecina  
 para santificar su tierna planta  
 al suelo de Belén con mayor gloria,  
 templad las liras a su dulce historia.

—Justamente —dijo Aminadab a Damón— premiaste a Elisio y a Nectalvo el estudioso canto de la genealogía del santísimo Esposo de esta soberana Virgen de quien estamos esperando el dichoso nacimiento de nuestro remedio. Ellos han discurrido, a mi corto juicio, acertadamente en estas generaciones, que nuestra hebrea lengua llama *Tholdoth*, voz que de seis notas o elementos se escribe. Las cuales hallaréis, pastores, pues sois estudiosos de las divinas letras, en el capítulo segundo del *Génesis*, en las cuales el mundo nuevamente criado y el hombre, hasta entonces perfeto, se halla escrito. Pero después de la caída del protoplasto (tan miserable y costosa para nosotros) quitose la una de aquellas letras que en el segundo y quinto lugar se ponía. De suerte que en cualquiera de los que hay en las divinas letras que se hallare esta voz *Tholdoth* hallaréis quitada la letra que llamamos *vau* (que tiene, como sabéis todos, fuerza de conjunción copulativa); ni de allí adelante se restituye si no es en Rut, en el capítulo cuarto, donde la genealogía de David, no ya solamente de la posteridad de Abrahán, mas también de los Gentiles se constituye, para que el haber quitado esta letra (en la cual no pocos Sacramentos tienen las antiguas letras escondidos) abiertamente mostrase Dios el mundo perfeto con tales números ser acabado y hecho, y que Adán, por su inobediencia perdido, por Cristo hijo de David había de ser reparado y a su antigua dignidad restituido, cuya ilustrísima prosapia y catálogo de su generosa stirpe habéis los dos cantado cifrando las historias, de que se pudieran hacer tan largas si lo permitiera el tiempo. El nombre de Jesús solamente a los Capitanes y Duques se permitía, a cuyo cargo estaba conducir el pueblo, su salud, defensa y custodia, como en Josué se manifiesta (que Oseas Profeta por otro nombre llama Auscé). Verdad es que todos han sido sombras desta verdad que esperamos, y deste Jesús divino figurado en aquellos nobilísimos héroes, a quien se daba este nombre como a libertadores de la patria; y así, veréis que cuando *Jesús* en las sagradas letras se ponía por *Cristo* de otra manera se escribía que cuando por algún capitán de aquellos famosos a cuyo cargo estaba la defensa de Israel. Finalmente, siempre que Jesús se escribía, en las letras, en las sílabas o en los puntos se diferenciaba de los otros, para que desto constase que de otra manera se había

de llamar Jesús, autor: de la salud del mundo, que los capitanes que por la temporal de su pueblo tenían este nombre.

—Sabemos —dijo Damón—, Aminadab doctísimo, precetor nuestro, lo que el nombre de Jesús significa, y el de Cristo que esperamos, y que como Jesús es nombre de propia persona, Cristo lo es de dignidad y gracia. Y no hablo de los que le han tenido por ungirse, como los reyes, profetas y sacerdotes, sino por el que el mundo con tanto deseo aguarda para que, ungido con su misma sangre, sea el verdadero universal Rey, Profeta y Sacerdote; porque aquéllos, como mortales hombres, ungián sus cabezas con olio de mortal materia, mas nuestro Mesías, con la unción inmortal y incorruptible de aquel divino Espíritu. Sólo me parece a mí que deben de desear estos pastores saber si en su canto, por ser, como tú dices, *Tholdoth*, y generaciones de estos santos varones antecesores de Josef y deudos suyos, hay alguna cosa de que advertirnos.

—Ninguna —dijo Aminadab—. Antes pienso que han seguido la más derecha línea que pudo dárseles. Parece que estos pastores habían leído los libros de las familias ilustres, que con tanto cuidado escribieron y guardaron en sus archivos los hebreos, y ansí, hallaréis en Ezequiel que una de las penas que se daban a los Profetas falsos era que no los escribían en el libro de las generaciones. Eran, pues, estos libros tan auténticos que era prohibido poder negar alguna de las cosas que en ellos se hallaban escritas, y por que ninguno tentase borrarlas o interponer las que no lo fuesen verdaderas, se guardaban con vigilancia en los archivos del Templo y en el mismo santuario.

—Importantísimos —dijo Elisio— fueron estos catálogos de las generaciones antiguas por que los tribus no se confundiesen y las distribuciones de los oficios fuesen legítimas, como se ve en los levitas y sacerdotes y otros ministerios concernientes al culto del Templo.

—De tal manera es eso verdad —prosiguió Nectalvo—, que si acaso intentaban algunos de extraño género ocupar semejantes dignidades, eran castigados de Dios severamente, como se ve en los Números, cuando a los hijos de Coré tragó la tierra vivos.

—También —dijo Damón— se escribían para los casamientos, porque tenía Dios mandado que los varones de una tribu no se pudiesen casar con las mujeres de otra, sino de su propia familia; y también<sup>105</sup> para las heredades que los israelitas poseían; que bien sabéis que toda esta tierra se dividió en doce partes y cómo el año de Jubileo volvían a sus primeros dueños.

—Herodes me dicen —dijo Elisio— que ha hecho quemar esos libros de las Genealogías de los mayores; porque como por ellos parecía la claridad de su sangre, y la deste cruelísimo Rey es tan oscura, no quiso que se pudiesen alabar los hebreos, a quien gobierna, de su nobleza antigua, y de la bajeza y novedad de la suya vituperarle; pero algunos varones doctos y piadosos libraron de las manos deste bárbaro y de las voraces llamas del injusto fuego algunos importantes papeles, entre los cuales fue el de David que pertenece a Josef, de quien procede, como David de Abrahán, conforme al orden guardado en este canto.

—Ofrécese —dijo Pireno— una duda forzosa, y es decender el Mesías que esperamos de la familia y casa de David no siendo su padre Josef, pues lo es Dios, y haber estos pastores cantado la genealogía suya por la parte humana, desde Abrahán a David, desde David a Manasés, y desde Manasés a Jacob, padre de Josef.

105.— Orig.: 'Yc ambien' (152v).

Riose Aminadab entonces, y dijo:

—Si tú sabes que es ley y preceto de Dios dado a nuestros padres que los de una tribu no se casen en otra, sino dentro de su misma casa y familia, claro está que siendo Josef esposo de María, en contando la ascendencia suya se cuenta la de la Virgen, de quien el santo Niño que esperamos ha tomado la humana carne de que ha vestido su divina naturaleza. De forma que con esto queda sabido que contando los ascendientes de Josef se cuentan los de la Virgen, y que Jesús santísimo deciendo de David y de Abrahán, de quien tomaron principio estos pastores para su canto.

—Pues ¿por qué —replicó Pireno— contaron más la ascendencia de Josef que la de María?

—Porque es costumbre —respondió Aminadab—, y lo ha sido en los hebreos, escribir las genealogías por los varones, y no por las mujeres.

—Dejad esas digresiones —dijo Elisio—, así los Cielos os dejen ver este santo Niño, y díganos Aminadab alguna cosa, si se le ofrece, en lo que de los patriarcas, reyes y duques habemos cantado.

—Ya os he dicho —respondió el pastor— que no tengo duda que se me ofrezca. A algunos de vosotros sería posible, por la variedad de las historias, que en esta descendencia son tantas que parece que se confunden unas a otras.

—Noté cuán bien<sup>106</sup> —dijo Elisio— que las cuerdas del arpa de María se habían hecho de culebra, que entre los pastores vulgarmente se dice que enamoran a quien de noche su dulcísimo sonido y acento escucha, y que Nectalvo declaró luego todo el pensamiento con la de Moisés, que, puesta en alto, daba salud al pueblo. Noté, pues, esto, y de camino el fin que tuvo esta serpiente de metal que digo.

—No nos acordamos —dijo Damón— de haber leído tal historia. Prosíguela, por tu vida, que es digna de saberse.

—No hay más historia —dijo Aminadab— de que, deseando el santo Rey Ezequías corregir las idolatrías y errores de Acaz su padre, abrió el sagrado Templo, que por él había sido cerrado, y le limpió de las fealdades cometidas, despedazando los ídolos que a los ojos del Propiciatorio santo<sup>107</sup> habían sido venerados. Restituido, pues, el santo Templo y el culto del verdadero Dios y Señor, hizo que los sacerdotes y levitas le consagrasen, los cuales ejercitando los sagrados sacrificios y convocado el pueblo de todo su corazón, a su Dios adorasen y ofreciesen víctimas y holocaustos de alabanza. Celebró, finalmente, un solene Fásé, y con ricos dones se mostró religioso príncipe y restaurador de las paternas leyes y observaciones sacras. Con no menor estudio de piedad, entonces rompió aquel simulacro venerable de la serpiente de metal que Moisés había levantado para la salud del pueblo. Esto con celo del divino servicio, porque viéndole inclinado a la idolatría y tan enseñado a aquellos dioses de plata y oro, no le diese, como a los demás, honor, incienso y víctimas.

—Mucho —dijo Ergasto— se han holgado estos pastores de saber el fin de esa prodigiosa figura, que tan altos misterios tiene encerrados.

—Lo material le ha tenido —dijo Aminadab—; que lo esencial y verdadero espera otro tiempo, en que tendrán fin aquellas sombras cuando el divino Sol de justicia pade-

106.— Cuán apropiadamente.

107.— La cubierta dorada del Arca. En los extremos había dos querubines con sus alas extendidas hacia delante.



ciendo eclipse las clarifique y manifieste al mundo. Las alabanzas de Josef fueron justísimas, y el seguir sus ascendientes por línea de varón antes es alabanza de la Virgen; que como de Dios lo son las de su Madre, ¿quién duda que las de Josef lo serán de la Virgen, pues es su esposo?

—Del nombre dulcísimo de Jesús que ha de tener este Niño bendito comenzaste a decir la distinción que tenía al de los demás —dijo Damón— que honraba Israel por capitanes, duques y defensores suyos. Bien quisieran estas pastoras que te hubieras dilatado en esto.

—No da lugar el tiempo ni el camino —respondió Aminadab— a discursos largos; baste para cumplir con su deseo deciros que este nombre de Jesús es aquel Jehovah, que con cuatro místicas letras escribían nuestros antiguos padres: *joth, he, vau, he*. Las cuales voces compuestas con sus puntos, suenan *Johesua*. Dondequiera, en efeto, que le hallaban (y aún hoy día les dura esta reverencia) no osan pronunciarle, antes bien en su lugar dicen Adonay, nombre no vocal, ni escrito ni jamás borrado, sino Real, eterno y permanente; porque pensar en la divina esencia según es, a ninguno se consentía, de donde nació no atreverse a tomar en la boca aquel inefable nombre con que la significaban. Mas ya nosotros que merecemos ver tan dichosos días con una cierta hermosa armonía de la voz lo que ellos con oscuro sentido y apenas inteligible en Tetragrammaton pronuncian, diremos en este nombre dulcísimo de Jesús, de aquellas mismas cuatro letras compuesto, nombre Real y verdadero de Dios, nunca del mundo conocido hasta que su Hijo santísimo vino a él, y ya de muchos sabido y esperado después que el Ángel dijo a esta divinísima Niña que le llamaría Jesús, nombre, a quien se humilla el cielo, la tierra y el Infierno.

—Ocasión se ha ofrecido —dijo el Rústico— para que de aquí a las cabañas os entretengáis con un apacible juego que del respeto deste mismo nombre se me ha ofrecido.

—¿De qué manera? —dijo Palmira—. Que ya desean hablar estas zagalas, quien con vuestras historias, si bien sacras, habéis tenido tanto tiempo suspensas.

—¿No dice Aminadab —replicó el Rústico— que al nombre de Jesús se inclina el cielo, la tierra y el Infierno? Pues sea obligado en este juego mío cada uno de nosotros a decir una cosa que en cada uno de esos tres lugares se le humilla, y al que errare o se detuviere, penalde, como a mí, en alguna canción o prenda de su persona.

Agradó a todos la devoción de Llorente, y, concertados, Fabio le dijo desta suerte:

—Rústico, ¿qué se le humilla al nombre dulcísimo de Jesús?

—En el cielo —dijo el Rústico—, el ángel; en la tierra, el hombre, y en el Infierno, el Demonio. Mas dime Niseida, ¿qué se le humilla a este regalado nombre de Jesús?

—En el cielo —dijo Niseida—, los arcángeles; en la tierra, los reyes, y en el Infierno, los tiranos. Mas dime Pireno, ¿qué se le humilla a este benditísimo nombre de Jesús?

—En el cielo —dijo Pireno—, los tronos; en la tierra, los sacerdotes, y en el Infierno, los heresiarcas. Mas dime, hermosa Palmira, ¿qué se le humilla a este suavísimo nombre de Jesús?

—En el cielo —respondió Palmira—, las dominaciones; en la tierra, los profetas, y en el Infierno, los ateos. Mas dime, Damón, ¿qué se le humilla a este nombre espléndido de Jesús?

—En el cielo —dijo Damón—, las potestades, que le tiemblan; en la tierra, los capitanes que vencen, y en el Infierno, los homicidas que blasfeman. Mas dime, Cloris bella, ¿quién se le humilla a este fortísimo nombre de Jesús?



—En el cielo —dijo Cloris—, las virtudes; en la tierra las ciudades, y en el Infierno, las envidias. Mas dime, Ergasto, ¿qué se le humilla a este sacrosanto nombre de Jesús?

—En el cielo —dijo Ergasto—, los principados; en la tierra los príncipes, y en el Infierno, los precipitados.

—Ya está dicho —dijo Fabio— *príncipes*.

—Diferencia hay dellos a los reyes —replicó Ergasto.

—Ninguna —dijo el Rústico—, porque es nombre universal y no específico. Lo seguro es pagar la pena y no encubrir la culpa.

—¿Qué mandas? —dijo entonces humilde Ergasto.

—Que digas en verso, o que fabriques una caja, lo mejor que alcanzare tu entendimiento, para esta joya que esperamos.

—Admirable sujeto —replicó el pastor—, si yo tuviera el de uno de los Príncipes que asisten a la presencia de ese divino Jehová que Aminadab decía; pero porque con vuestras gracias me tenéis tan obligado que fuera ingratitud valerme de excusas, y porque a las que son de improviso vale el sagrado de la disculpa, digo así:

Del árbol angelín<sup>108</sup> incorruptible,  
de tersa plata y de cristal lustroso,  
de oliva de Setín y de oloroso  
cedro del monte Libano apacible,  
de las piedras de luz inaccesible,  
del parto de la tierra más hermoso,  
del mismo Sol, en guarnecer dichoso  
al que hasta agora se mostró invisible,  
caja hiciera a Jesús mi humilde celo;  
mas ¿cómo busca la ignorancia mía  
árboles aromáticos del suelo,  
oro, plata, cristal, piedras, sol, día,  
si la tiene mejor que el mismo cielo  
en las puras entrañas de María?

—¡Cuán bien —dijeron todos— ha dicho Ergasto! —y que si no fuera satisfacción de la pena en que había incurrido, merecía premio.

Pero, malcontento el Rústico, le dijo que no había obedecido a lo que le había mandado como juez de aquel delito. Replicaba Ergasto que lo fuesen los pastores, y el Rústico decía que la caja que él había pedido no era para el benditísimo Niño, en tanto que la tenía en las santísimas y virginales entrañas de su Madre, sino después que el dichoso mundo le mereciese ver con sus ojos. Aunque esto ¿cómo lo podrá merecer? Pero que Dios le amaba tanto que, en fin, le había dado su unigénito Hijo.

Ergasto entonces pensativo un poco y pidiendo a los pastores silencio, satisfizo la objeción del Rústico con estos versos:

108.- Pangelín.

Bien sé yo que angelín incorruptible,  
 ni el Arca de Setín es generoso  
 lugar a un Niño que es maná sabroso,  
 Dios hombre y hombre Dios incomprehensible.  
 Bien sé que al sol más claro y apacible  
 (que no digo que al oro poderoso,  
 al marfil blanco y al cristal lustroso)  
 se mostrará su luz inaccesible.  
 Bien sé que no son piedras de provecho,  
 ni cuantas perlas el Oriente cría;  
 pero puedo deciros, satisfecho,  
 que, en saliendo del claustro de María,  
 le hiciera caja de su virgen pecho,  
 donde ha de trasladarle el mismo día.

—Venciste —dijo el Rústico—, ingenioso Ergasto, mi malicia con tu ciencia. Pero no creas que lo ha sido, sino invención para obligarte a este bellissimo epigrama de que todos están suspensos. Tú has dicho, a mi parecer, lo que es posible y lo más a propósito del sujeto propuesto, porque, después de haber esta clarísima Reina, esta puerta de Ezequiel parido al Sol quedando tan sellada como primero, ¿qué caja se le podía haber dado a Jesús, ni qué guarnición como sus castos pechos, donde, como dices, aquella arca se trasladará de mejor Cariatarín a tan divina Jerusalén en el carro de aquellos hermosos brazos, más nuevos, más gloriosos que el de Aminadab que decía en su canto Elisio, en que llevaron nuestros pasados a la sagrada ciudad la que tantos años trujeron por el desierto. Perdona el oro, la plata, las piedras, las perlas, el Sol, el cielo y todas las intelectuales criaturas; que bien saben todas que no pueden hacer comparación con estos divinos brazos torneados de marfil cándido, para guarnecer la caja de esta joya. ¡Qué celestial camino hará este soberano plaustro desde su virgíneo vientre a su honestísimo pecho, cuando traslade esta joya! ¡Qué admirados estarán los cielos, qué arrebatadas sus inteligencias, qué suspenso el Sol, qué en éstasis sus Ángeles! Mas no me mandéis pasar de aquí; que se me ofrecen más lágrimas que razones, y quiero aprovecharme dellas, pues hablan mudas.

—Mientras has hecho —dijo Ergasto— ese tierno discurso, Rústico amigo, he pensado yo al sujeto que nos dio materia a los dos epigramas dichos, otro que los acompañe. Oídle, ansí Dios os haga dichosos; que los poetas y los músicos son contrarios a la condición del amor, que tiene la entrada fácil y la salida difícil:

No hay oro con esmaltes diferentes,  
 rubíes rojos, cándidos diamantes,  
 ni de los orientales elefantes  
 para terso marfil tan blancos dientes;  
 no hay tan puros cristales transparentes,  
 ni crisolitos hay tan rutilantes,  
 ni perlas en los nácares cambiantes,  
 ni rayos en el Sol resplandecientes,

pues todo para Dios es cosa baja,  
 incircunscripto, grande y no medido,  
 porque es en lo infinito la ventaja.  
 Pero si ya después de haber nacido  
 la grandeza de Dios admite caja,  
 darele un corazón arrepentido.

—No digas más en tu vida —le dijo Pireno—, Ergasto sabio, y hazme placer de darme esos tres epigramas, si aciertas a repetirlos, y te daré mi manso el blanco, que no ha dos días que le adorné el ensortijado cuello de una esquila de alquimia en un collar de cuero de venado, que no la trae mejor otro alguno de cuantos en los campos de Belén repastan.

—Yo lo haré —le respondió Ergasto— luego que lleguemos a nuestros cortijos. Y los procuraré corregir y embellecer de algunas mejores locuciones; aunque esto mejor lo harás tú, después que allá los tengas.

—Prosigamos el juego —dijo Finarda—, y dejad humildades para las obras; que ya sabemos todos cuán fáciles son en las palabras, y que no hay hombre tan humilde haciendo versos que sufra que se los enmiende el mismo Apolo.

—Los ignorantes —replicó Ergasto— son incorregibles; que los sabios nunca desprecian la corrección del desapasionado juicio. La lástima es que por la mayor parte los ignorantes corrigen a los que saben, y hablan en lo que ellos no entienden.

—Hacen muy bien —dijo el Rústico—, porque nadie puede hablar más seguro en las ciencias que el que no sabe ninguna, respeto de la seguridad que tiene de que no hallarán los ofendidos papel escrito suyo en que puedan satisfacerse.

—No pienso yo —dijo Aminadab— que es esa la menor confianza que anima a quien ignora. Mas ¿para qué hacéis esos discursos en cosas sin remedio y en tiempo que podrían impedirlos la ternura con que vais alabando este santísimo y deseado Niño?

—Pues ¿quién se humilla a su perfectísimo nombre? —dijo Palmira a Aminadab entonces, prosiguiendo el juego:

—En el cielo —respondió él—, los querubines altos; en la tierra, los empinados montes, y en el Infierno, los profundos valles. Mas dime, Finarda, ¿quién se le humilla al mellifluido nombre de Jesús?

—En el cielo —dijo Finarda—, los serafines abrasados; en la tierra, los árboles frondosos, y en el Infierno, los testigos falsos.

Rieronse los pastores del donaire de Finarda, y ella bañando las mejillas en pura rosa, prosiguió diciendo:

—Dime, Nemoroso amigo, ¿quien se humilla a este sabroso nombre de Jesús?

—En el cielo —dijo Nemoroso—, las sillas para los futuros santos; en la tierra, los cedros, y en el Infierno, los traidores. Mas dime, Lesbia, ¿quién se humilla a este nombre animoso de Jesús?

—En el cielo —dijo Lesbia—, las inteligencias que los mueven; en la tierra, las flores de las plantas, y en el Infierno, los enemigos del alma. Mas dime, Tebandra gentil, ¿quién se humilla al ilustrísimo nombre de Jesús?

—En el cielo —dijo Tebandra—, la hermosura; en la tierra, la fortaleza, y en el Infierno, la temeridad. Mas dime, Alfesibeo, ¿quién se humilla al esclarecido nombre de Jesús?

—En el cielo —dijo Alfesibeo—, el Sol; en la tierra, el mar, y en el Infierno, el furor. Mas dime, Dositea, ¿quién se humilla al único nombre de Jesús?

—En el cielo —dijo Dositea—, la Luna; en la tierra, la paz, y en el Infierno, la discordia. Mas dime, Bato amigo, ¿quién se humilla al incomparable nombre de Jesús?

—En el cielo —dijo Bato—, los dos polos; en la tierra, las cuatro partes, y en el Infierno, las infinitas penas. Mas dime, Lucela, ¿quién se humilla al cristífero nombre de Jesús?

—En el cielo —dijo Lucela—, las estrellas; en la tierra, las fuentes, y en el Infierno, las mentiras. Mas dime, Jorán, ¿quién se humilla al nombre soberano de Jesús?

—En el cielo —dijo Jorán—, los planetas; en la tierra, las fieras, y en el Infierno, las murmuraciones.

—¡Qué bien has dicho —prosiguió el Rústico—, Jorán discreto! Y pluguiera a Dios que a todos los que las ejercitasen se les pusiera en la lengua este dulcísimo nombre de Jesús; que él fuera con su virtud divina bastante a refrenarla.

—En pena —dijo Cloris— de que el Rústico ha interrumpido nuestro juego, diga en este mismo propósito alguna cosa.

Consintieron todos en este advertimiento, y aunque el Rústico porfiaba que el paréntesis había sido breve y piadoso, no le admitiendo excusas, comenzó así:

Si cada vez que un hombre murmurase  
del amigo, del prójimo y ausente,  
*Jesús* dijese, es nombre suficiente  
a que la voz y el ánimo templase.  
Si cada vez que del honor tratase  
del que infama y corrige vanamente,  
*Jesús* dijese, y con humilde frente  
a las divinas letras se humillase,  
es imposible qu'el furor más ciego  
y la venganza más soberbia y loca  
con tal rocío no templase el fuego;  
qu'el nombre de Jesús tanto provoca  
a amar a Dios y al prójimo, que luego  
penetra el corazón desde la boca.

—Tengo por infalible —dijo entonces Aminadab— lo que dices: tal es la fuerza de este divino Jehová, que en nuestros pasados era inefable y que ya nosotros (como os tengo referido) con el de *Jesús* pronunciamos. Porque este nombre que de aquellas cuatro letras se compone contiene en sí las condiciones de la divina naturaleza. ¡Mirad qué efeto no le será posible cuando con debida reverencia se pronunciase!

—Por el mismo nombre te ruego —dijo Nectalvo—, pues se ha ofrecido ocasión, nos digas, Aminadab, por qué se duplica en esta dulcísima voz la letra *he*, que, como dices, está en el segundo y cuarto lugar.

—Nectalvo —respondió Aminadab—: es tan curiosa tu pregunta, que sólo tu ingenio deseara satisfacerse de cosa tan altamente considerada. Incluye este nombre divino de Jesús, o Jehovah, no sólo la segunda persona del Verbo, mas todas tres divinas Personas.

La primera letra, que es *jod*, entre nosotros significa *principio*, en que se entiende el Padre: principio sin principio. La segunda deste inefable nombre es *he*, y por ella se significa el Hijo, por quien todas las cosas tienen ser. La tercera letra es *vau*, que significa caridad y amor, y entre nuestros hebreos, como arriba os dije, es conjunción copulativa, por la cual se entiende el divino Espíritu que los enlaza. La cuarta letra es *he*, que, como tú dices, se duplica, por ser también la segunda; pero la razón es que como por ella se entiende el Hijo, y Él había de tomar la humana naturaleza (como ya lo sabéis, y tiene) de las entrañas desta purísima Virgen y siempre Virgen, duplicase la *he* para significar en Cristo las dos naturalezas, humana y divina. Mas siempre, finalmente, es una letra, porque este Señor es un supuesto solo y una sola persona, que contiene en sí la humana y divina naturaleza. Pónese pues esta letra *he* en el fin de su santísimo nombre para significar la humanidad que por maravilloso modo juntó a sí. De donde entenderéis, pastores, la causa por que le fue añadida por Dios aquella letra a nuestro padre Abrahán en su primero nombre, significando por aquel oculto misterio que su unigénito Hijo había de tomar carne en la tierra de su dichosa descendencia, como es de María, esposa de Josef, del tribu y casa de David. Esto creyó Abrahán, esto esperó, y entonces conoció la Encarnación deste santísimo Príncipe, bendición tan liberal prometida a su posteridad, y desde entonces se llamó padre de escelsas generaciones; que esto significa la dición *ab*, que quiere decir *padre*, y *ram*, que quiere decir *escelsas*, y *hamón*, que quiere decir *naciones*. Pero prosiga el Rústico su juego: no se quejen estas zagalas de nuestras digresiones.

—Por vengarme —dijo el Rústico—, y por que no escuches las alabanzas destes pastores, que tanto desagradan al verdadero humilde, tengo de preguntarte, Cloris. Por eso dime, ¿quién se humilla a este poderoso nombre de Jesús?

—En el cielo —dijo Cloris—, el fuego elemental; en la tierra, los delfines y focas, y en el Infierno, los atrevimientos y libertades.

—Penalda —dijo el Rústico—, pastores. Dalde una grave pena. Mirad cómo dijo que se humillaban en la tierra los delfines, estando en la mar.

Volvió por ella Nectalvo, y dijo:

—No es justo que penéis a Cloris sin culpa porque ella quiso decir que los delfines de la mar le alabasen en la tierra; que bien sabéis que estos elementos son descritos de los astrólogos tan juntos como si de dos ceras de diferentes colores se hiciese una bola en que lo blanco y colorado se mostrasen a manchas; que eso es la mar y la tierra, y esas partes descubren enlazándose.

No le aprovechó a Nectalvo haber vuelto por Cloris (que por oírla no se oyó su disculpa) y al fin, importunada, dijo así, ayudándola Elifila y Dositea sus amigas con los instrumentos, a cuyo acento apenas se osaba mover el aire:

Una Virgen por mi bien,  
 con un *sí* que dio a su Padre,  
 será de su Esposo Madre  
 y será Virgen también  
 Una Virgen celestial  
 ha dado a su Padre un *sí*  
 con que ha remediado aquí  
 todo nuestro antiguo mal.

Casada para mi bien  
con el Hijo de su Padre,  
será de su Esposo Madre,  
y será Virgen también.  
Dijo un *sí* que remedió  
un *no* de cuatro mil años,  
con que todos nuestros daños  
para siempre reparó.  
En él estuvo mi bien,  
que, obedeciendo a su Padre,  
será de su Esposo Madre,  
y será Virgen también

—Yo no soy —prosiguió Cloris— amiga de venganzas, porque aun en las cosas de entretenimiento honesto me guardo de procurarla. Diga Elifila, ¿quién se humilla al salutarífico nombre de Jesús?

—En el cielo —dijo Elifila—, las colunas que estremece su Dueño soberano; en la tierra, los jueces, y en el Infierno, los injustos. Mas diga Nectalvo, ¿quién se humilla al florido nombre de Jesús?

—En el cielo —dijo Nectalvo—, la luz; en la tierra, el día, y en el Infierno, la noche. Mas dime, Elisio, ¿quién se humilla al misericordioso nombre de Jesús?

—En el Cielo —dijo Elisio—, todo el cielo; en la tierra, toda la tierra, y en el Infierno, todo el infierno.

Cerró con esto el pastor la conversación y el juego, porque habían llegado a las cabañas, donde, despidiéndose los unos de los otros amorosamente, se recogieron.

## FIN DEL SEGUNDO LIBRO





## LIBRO TERCERO

TANTA opinión había cobrado Aminadab de estudioso y entendido desde el día de la precedente junta de los pastores, que por todos los valles de la Torre de Belén era mirado por la cosa más rara y prodigiosa que en ellos se había visto. A cuya fama el viejo rabadán<sup>109</sup> Mahol quedó tan advertido y aficionado, que, conociendo la voluntad de los dos, le casó con la bella Palmira, que fue causa de que se quedase en aquellas aldeas, sin volver a las montañas de Judea más que a despedirse de Zacarías, la parida Isabel y Juan su hermoso hijo. Trujo Aminadab su hato, con sentimiento de los amigos, y aderezando una vieja cabaña vecina a la de su suegro (por la aspereza con que el invierno entraba), se quedó por morador de los betlemíticos campos, donde, habiendo el Sol dejado atrás el Sagitario y entrando en la bella Amaltea (que por la crianza de Júpiter hoy es imagen de las que pinta la curiosa Astrología en el cielo), comenzó el riguroso diciembre a serlo tanto, que los pastores de Belén se juntaban las noches a hacer grandes hogueras en los campos, y, hincando algunos troncos, cercándolos de mimbres y otras ramas de robles y tarayes, hacían resistencia al viento como en las salas de las ciudades los aforrados cancelos<sup>110</sup> a los señores. Las ovejuelas alrededor del fuego balaban ateridas, y juntándose unas con otras en los rediles, pasaban las frías noches, amaneciendo la escarcha sobre sus lanas como en las copas de los inmuebles árboles tal vez los cándidos copos de la blanca nieve dejaban vestidos de una misma librea los cielos y los campos. Los pastores envueltos en sus gabanes toscos, deseaban la venida del sol, cuyos rayos la deshiciesen para descubrir las sendas. Caíanse las aves muertas por la falta del grano y hojas de los árboles, que ya por estar caídas, ya por estar cubiertas, no las hallaban. Los osos se sustentaban en las cuevas del humor de sus manos, y los demás animales venían hambrientos hasta las mismas cabañas de los pastores, cuyos perros con ladridos fuertes que por todos aquellos valles rimbombaban, despertaban los pastores, que con los estallidos de las hondas los ahuyentaban.

Este año setecientos y cincuenta y dos de la fundación de Roma, y del principio del mundo tres mil y novecientos y setenta, y cuarenta y dos del imperio de Octaviano César (que fue el primero que mereció del pueblo romano nombre de Augusto después que vino de vencer a Marco Antonio y triunfó del Egipto, poniendo de tal suerte en paz el mundo que en todo él no había un pequeño movimiento de guerra), cerró Augusto la tercera vez el templo de Jano, que por espacio de doce años no se vio abierto. Y para saber cuánto se

109.- Mayoral.

110.- Contrapuertas.



dilataba el Romano Imperio, promulgó un decreto que todos los que fuesen súbditos suyos se escribiesen y manifestasen. Esta descripción se hacía de dos maneras: o para saber el número de los vasallos o para que, juntamente con el nombre, cada uno declarase su facultad y hacienda, para que conforme a ella pagase al romano Príncipe tributo (y de aquí se llamaron censores los que apreciaban estas facultades y haciendas). Acudían a la ciudad que era metrópoli de la provincia de donde eran naturales, como era costumbre de los hebreos cuando se numeraban describirse en su familia y tribu. Tan grande era en aquella sazón el Imperio de los romanos, que, de las partes del mundo descubiertas, solos los godos, armenios y<sup>111</sup> indios no les eran tributarios. Esta descripción, en fin, más parecía pertenecer al nuevo y soberano Príncipe que ya nacía, que al referido Octaviano (lo que parece que él mismo daba a entender no habiendo consentido a la lisonja del Senado y pueblo de Roma, que le quiso al mismo tiempo adorar por señor supremo y poner en el fingido número de sus dioses). Hízola el presidente de Siria, llamado Cirino, a quien también para esto estaba sujeta la Judea, porque por ser su rey Herodes no le tenía.

En paz está el orbe y en calma las tormentas de la ambición de los cetros y coronas, de las venganzas de la sangre y de las codicias del oro, para que se cumpliesen las profecías que nacería en aquellos tiempos la justicia y la abundancia de la paz, y que ninguno contra otro levantara la espada ni ejercitaría la guerra; que si bien esto se entendía de la paz temporal materialmente, era una sombra de la paz espiritual que la venida de nuestro Rey y Príncipe de la paz prometía al mundo, y para que con esta ocasión la santísima Virgen fuese desde Nazaret a Belén, cumpliéndose lo que Miqueas había dicho, y se manifestase mejor que era de la familia y casa de David, y por que pariendo en este tránsito su divino Hijo, fuese más oculto el lugar de su santísimo parto a los infieles y impíos, y con más seguridad pudiese huir la furia del cruel Herodes y de Arquelao su hijo, y para que se mostrase cuán peregrino había de vivir en la tierra quien como peregrino nacía. A esta descripción fueron María y Josef su esposo desde Nazaret de Galilea, donde vivían, a la ciudad de Belén, ciudad de David (porque en ella había nacido, a diferencia del alcázar de Sion, que se llama con este mismo título). Era ley del decreto ir las mujeres con sus maridos, como se prueba desta jornada que hizo la divina esposa de el casto Josef, pues, no siendo forzoso, no se pusiera la Virgen a hacerla tan vecina a su glorioso parto.

Llegado este dichoso punto y hallándose los dos en la ciudad referida la más rigurosa noche de aquel invierno sin posada por su pobreza, y por la multitud de la gente que con el mismo intento de pagar el tributo había venido, retirados a un diversorio<sup>112</sup> o portal que a los últimos barrios de la ciudad estaba debajo de una peña, y donde los que venían a negocios de la ciudad acostumbraban atar y dar de comer a sus animales, hizo Josef un pesebre para los que él traía (si acaso no estaban allí en aquella sazón dejados por otros dueños). Conociendo, pues, la honestísima Virgen la hora de su parto, Josef salió fuera (que no le pareció justo asistir personalmente a tan divino Sacramento), María descalzándose las sandalias de los benditos pies y quitándose un manto blanco que la cubría, y el velo de su hermosa cabeza, quedando con la túnica y los cabellos hermosísimos tendidos por las espaldas, sacó dos paños de lino y dos de lana limpiísimos y sutiles (que para aquella ocasión

111.- Suplo 'y' (167r).

112.- Alojamiento para caminantes.

traía), y otros dos pequeñitos para atar la divina cabeza de su Hijo, y púsolos cerca de sí para la ocasión dichosa en que le fuesen necesarios.

Pues como tuviese todas estas cosas prevenidas, hincándose de rodillas hizo oración; las espaldas al pesebre y el rostro levantado al cielo hacia la parte del Oriente, altas las divinas manos y los honestísimos ojos al cielo atentos, estaba como en éstasis, suspenso y transformada en aquella altísima contemplación, bañando su alma de divina y celestial dulzura. Estando en esta oración sintió mover en sus virginales entrañas su soberano Hijo, y en un instante le parió y vio delante de sus castos ojos, quedando aquella pura estrella de Jacob tan entera y intacta como antes, y los cristales purísimos de su claustro inofensos del suave paso del claro Sol de justicia Cristo nuestro bien. Del cual salió luego luz tan inefable y resplandor tan divino, que todas las celestiales esferas parecían en su presencia oscuras. Estaba el glorioso Infante desnudo en la tierra, tan hermoso, limpio y blanco como los copos de la nieve sobre las alturas de los montes, o las cándidas azucenas en los cogollos de sus verdes hojas. Luego que le vio la Virgen, juntó sus manos, inclinó su cabeza, y con grande honestidad y reverencia le adoró y dijo: «Bien seáis venido, Dios mío, Señor mío y Hijo mío».

El Niño entonces llorando y como estremeciéndose por el rigor del frío y la dureza del suelo, estendía los pies y las manos buscando algún refrigerio y el favor y amparo de su madre, que, tomándole entonces en sus brazos, le llegó a su pecho y, poniendo su rostro con el suyo, le calentó y abrigó con indecible alegría y compasión materna. Púsole después desto en su virginal regazo y comenzole a envolver con alegre diligencia, primero en los dos paños de lino, después en los dos de lana, y con una faja le ligó dulcemente el pequeño cuerpo, cogiéndole con ella los brazos poderosos a redimir el mundo. Atole también la soberana cabeza, por más abrigo, y hechas tan piadosas muestras de su amor materno, entró el venerable Josef y, arrojándose por la tierra, humildemente le adoró, bañando su honesto rostro de alegres lágrimas. Entonces la Virgen y Josef, levantándose, pusieron con grande reverencia el Niño benditísimo sobre las pajas del pesebre entre aquellos dos animales, y de rodillas comenzaron a contemplarle, hablarle y darle mil amorosos parabienes de su venida al mundo. Las fiestas, músicas, regocijos y alegrías de los ejércitos celestiales (que a esta sazón más que los átomos del Sol adornaban los arruinados techos de aquel palacio) no pueden ser referidas de las humanas lenguas ni de los cortos ingenios de los hombres; de la manera que de las altas palmas vemos pendientes los dorados racimos de los dátiles, así de aquellos antiguos y derribados techos, por las columnas rotas y envejecidos pinos colgaban a escuadrones Serafines, Querubines, Potestades y Principados, celebrando los tres misteriosos nacimientos de este Señor, divino, humano y de gracia: de su increado Padre, eternamente; de su Madre, temporalmente, y en nuestras almas y corazones, por gracia.

Velaban a esta sazón los pastores de la Torre de los ganados ya referida, (que entre Belén y Jerusalén yace señora de aquellos valles y igualando su frente con las verdes cabezas de los montes, sitio donde el Patriarca Jacob moraba cuando a la tierra de Harán, abundante de pastos, vino de Mesopotamia, y donde el sepulcro de la hermosa Raquel tendrá memoria eterna) las vigiliadas de la noche, que tenían dividida en cuatro partes para librar el ganado del incurso de los lobos y de las otras fieras, cuando un hermoso Para-

ninfo<sup>113</sup> cercado de resplandor (que súbitamente doró las vecinas nubes y distinguió las cosas que la tiniebla de la noche tenía confusas) tendió sobre sus cabezas las fenicias<sup>114</sup> alas, y abriendo la suave boca, les dijo: «No temáis; alegraos de las nuevas dichosas que os doy: ya es nacido para vosotros el Salvador del mundo —mostrando, en decir que *para los hombres*, la distinción del divino y temporal nacimiento—. Nació en la ciudad de David —prosiguió el Ángel—, y tened por señal que hallaréis al tierno Infante envuelto en pobres paños y puesto en un pesebre». Al fin de la publicación deste pregón divino las cajas y trompetas del cielo resonaron de polo a polo, y la celestial multitud de la milicia Angélica se agregó al hermoso nuncio, y aprobando la embajada, dieron alabanzas a Dios y mil parabienes a los hombres, diciendo así:

Dese la Gloria a Dios, dese en el cielo,  
y la paz los hombres en el suelo.

Dese la gloria a Dios en las alturas,  
pues ha dado su Hijo al hombre humano,  
decendiendo el Criador por las criaturas  
del pecho de su Padre soberano.  
Desde las inferiores a las puras  
se den las gracias a su eterna mano;  
pero primero que comience el suelo,  
dese la gloria a Dios, dese en el cielo.

Alégrese la tierra venturosa,  
pues las nubes llovieron el rocío  
que la dejó fecunda y abundosa  
dándole el trigo en el diciembre frío.  
Ya para darse a su querida esposa  
salió de madre aquel eterno río:  
nació en la tierra el que nació en el cielo,  
y la paz a los hombres en el suelo.

Alégrate, Belén, casa divina  
del soberano Pan, Maná suave,  
que detrás de la cándida Cortina  
sustentara la popa de su nave;  
ya la sagrada Puerta palestina  
(y de quien solo Dios tuvo la llave)  
le ha dado al hombre, y por tan gran consuelo  
dese la gloria a Dios, dese en el cielo.  
La estrella de Jacob al Sol hermoso  
de justicia nos dio, de Aarón la vara,

113.- Anunciador.

114.- Brillantes.

coronado el extremo vitorioso  
de la encarnada flor, el fruto ampara  
Niño, aunque anciano; el gran David reposo  
tiene, y calor en Abisac más rara;  
ya vino el Sol a deshacer el yelo,  
y la paz a los hombres en el suelo.

Pastores de Belén, vuestros ganados  
dejad en las cabañas bien seguras  
(de los sangrientos lobos, enseñados)  
las frías noches del invierno oscuras;  
ya tienen guarda los humildes prados  
que los ha de romper las presas<sup>115</sup> duras.  
Venid: cantemos con humilde celo,  
dese la gloria a Dios, dese en el cielo.  
Ya el Arca santa del Diluvio ha sido  
restauración del orbe, y en más viva  
piedra paro,<sup>116</sup> del Ave santa nido,  
en quien agora el nuevo mundo estriba;  
ya vino la Paloma, y guarnecido  
el pico de coral de verde oliva,  
las nuevas trujo del sereno cielo  
y paz a los hombres en el suelo.

Admirados los pastores, y alegres de tan deseadas nuevas, comenzaron a hablar entre sí de la grandeza de aquel misterio, trayendo a la memoria lo que a sus mayores y al pastor Aminadab habían oído. Volvían los ojos a la claridad del cielo y quedaban absortos en la divina música de los Ángeles, que a coros se preguntaban y respondían los altísimos sacramentos de aquella fiesta. Si los bajaban a la tierra, la variedad de las flores los admiraba, que a la medianoche de veinte y cinco de diciembre a pesar de la escarcha habían salido y en las manchas de la nieve que se estendían por los campos parecían una tela de plata blanca con artificiosas labores. Si los estendían a las viñas, que con los desnudos sarmientos parecían la anatomía del verano, quedaban atónitos de verlas tan floridas y cubiertas de amenas hojas, retorciendo aquellos verdes hilos entre los tiernos pámpanos. Si a los montes los volvían, con súbita alegría se transformaban de ver los altos árboles descubiertos, a quien la nieve había igualado y hecho una cosa misma con las peladas peñas. Si a los arroyos de las fuentes, que aprisionados del riguroso yelo no corrían, suspendíales el agradable son con que de jaspe en jaspe y de una pizarra en otra iban cantando. No ponían, finalmente, la vista en cielo, tierra, montes, aguas y todo lo que podían terminar en su horizonte, que no estuviese lleno de alegría, novedad, hermosura y admiración. Los más entendidos dellos dieron prisa a los rústicos, y todos juntos cortando flores, de que tejieron

115.– Colmillos.

116.– De Paros, isla del Mar Egeo de la que se extraía mármol muy blanco.

olorosas guirnaldas, y derribando ramos (que los unos y los otros a las manos humillando sus copas se les ofrecían), dejaron las ovejas y cabañas, diciendo: «Vamos a ver la inmensa maravilla que Dios ha usado con nosotros: pasemos hasta Belén y gocemos desta gloria que por tan altos y fidedinos embajadores nos ha sido prometida». No se les olvidaron algunos dones y presentes, aunque humildes (puesto que de los corazones y voluntades es el mejor para quien hizo todas las cosas criadas que estima el hombre), y con varios y dulces instrumentos comenzaron a regocijar la divina mañana de aquel venturoso día, de tal suerte que los demás vaqueros y pastores de aquellas cabañas se les iban juntando por el camino, y todos cantando así:

Campanitas de Belén,  
 tocad al Alba que sale  
 vertiendo divino aljófara  
 sobre el Sol que della nace;  
 que los Ángeles tocan,  
 tocan y tañen,  
 que es Dios hombre el Sol,  
 y el Alba su Madre:  
 din, din, din, que vino en fin,  
 don, don, don, San Salvador,  
 dan, dan, dan, que hoy nos le dan,  
 tocan y tañen a gloria en el cielo,  
 y en la tierra tocan a paz.  
 En Belén tocan al Alba  
 casi al primer arrebol,  
 porque della sale el Sol  
 que de la noche nos salva.  
 Si las aves hacen salva  
 al Alba del Sol que ven,  
 campanitas de Belén  
 tocad, etc.

Este Sol se yela y arde  
 de amor y frío en su Oriente,  
 para que la humana gente  
 el cielo sereno aguarde,  
 y aunque dicen que una tarde  
 se pondrá en Jerusalén,  
 campanitas de Belén  
 tocad, etc.

Aquí respondían alegres todos los pastores, y el valle con doblados ecos repetía lo más que podía hurtarles de los finales acentos de sus palabras. Entre ellos iban algunos sumamente rústicos y pobres, pero de aquellos a quien Dios revela sus secretos escondidos a los

sabios que desvanece el mundo. Llorente con alma piadosa, aunque con ingenio rústico, tocándole una flauta Pascual su primo, comenzó a cantar así, y los demás con las voces, con las manos, y con alegres saltos a responderle:

Vamos a Belén, Pascual,  
y cantemos y dancemos,  
y saltemos y bailemos  
a la gala del Zagal.

Vamos, Pascual, a Belén;  
no la menor de Judá,  
pues, llena de pan, está  
de cielo y gloria también.  
La Madre, el Niño, el portal  
y el Viejo regocijemos,  
y saltemos y bailemos  
a la gala del Zagal.

Ya me muero de deseo  
de ver este blanco pan,  
desde la fruta de Adán  
con estas ansias peleo.  
Al escuadrón celestial  
en regocijo imitemos,  
y saltemos y bailemos  
a la gala del Zagal.

En este pan de ventajas  
que trujo al suelo su amor  
no fue Dios mal pagador,  
aunque le ha pagado en pajas.  
Para su divino umbral  
laurel y palma cortemos,  
y saltemos y bailemos  
a la gala del Zagal.

Fabio advertido de lo que iban a ver con mortales ojos (que era el mismo Dios ya hombre en la tierra), y de la prisa que llevaba su compañero por verle, le quiso advertir con esta canción:

No corras, Gil, tan ufano  
a ver el Niño divino;  
piensa despacio el camino  
y lleva el alma en la mano.

El ver a su Majestad  
que ya nuestra tierra pisa,  
no topa, Gil, en la prisa,  
que topa en la voluntad;  
lleva amor, lleva humildad,  
que con la fe y estos dos  
llegarás a ver a Dios  
a cualquiera hora temprano.  
No corras, etc.

Aunque te espera llorando,  
has de correr, advirtiéndolo,  
que no se alcanza corriendo,  
sino amando y deseando.  
Llega tú considerando  
que llegas a ver a Dios,  
que aunque sois hombres los dos,  
Él es divino y tú humano.  
No corras, etc.

No te digo que no sea  
muy aprisa el irle a ver,  
pero es menester saber  
si llevas lo que Él desea;  
que no importa que le vea  
quien del alma no hace empleo.  
Corre tú con el deseo,  
que tú llegarás temprano.  
No corras, etc.

Come este divino Halcón  
corazones solamente.  
¡Dichoso el que le sustente  
de su mismo corazón!  
Tú llegas en ocasión  
que apenas puede volar;  
mira que le has de llevar<sup>117</sup>  
el corazón en la mano,  
No corras, etc.

117.- Orig.: 'llamar' (175v). La enmienda atiende a 'lleva el alma en la mano' de la primera estrofa.



Ya Ginés y el discreto Nemoroso (que a la sazón se había hallado en el campo) concertaban entre los dos una canción. Alegre Ginés, tocó su gaita, y Nemoroso, dándole los demás debido aplauso, cantó así:

Tenga yo salud,  
niño Dios, en tu virtud,  
pues me vienes a salvar,  
y ándese la gaita por el lugar.

Para cuando haga el son  
la gaita de Lucifer,  
pensando que ha de tener  
del alma la perdición,  
aunque en más dulce canción  
sus vanaglorias celebre,  
de tu cruz a tu pesebre  
mi alma se piensa andar,  
y ándese la gaita por el lugar.

No haga yo al mundo el buz<sup>118</sup>  
por sus gustos, ni por él;  
después que naciste en él  
tienen mis tinieblas luz.  
Toma tú por mí la cruz  
y tomela yo por ti;  
anda, niño, para mí  
desde la cuna al altar,  
y ándese la gaita por el lugar.

No me coja sepan cuántos,  
si son los cuántos quimeras,  
sino tus santas banderas,  
como van todos los santos.  
Sea yo el uno de tantos  
que hizo hidalgos tu sala,  
pues, en vez del alcabala,  
tu pecho viene a pechar,<sup>119</sup>  
y ándese la gaita por el lugar.

Vaya el alma a conocer  
en el portal desa aldea  
la vida y bien que desea,  
pues tanto sabes hacer.  
Vayan mis ojos a ver

118.- Reverencia.

119.- Tributar.

a Dios llorando de frío,  
 y todo el contento mío  
 consista en verle llorar,  
 y ándese la gaita por el lugar.  
 El médico y cirujano  
 que cure mi mal gobierno  
 sea un Niño que en invierno  
 hace los campos verano.  
 Obedezca yo temprano,  
 a sus mandamientos diez.  
 Dígame Dios una vez  
 «Vente conmigo a reinar»,  
 y ándese la gaita por el lugar.

Causó risa a los pastores la canción de Nemoroso y el donaire con que Ginés iba danzando con la gaita delante. Luego otros dos rústicos vaqueros, que ya con bailes y relinchos habían sacudido el perezoso frío de sus hombros, comenzaron así:

Antón, si el muchacho ves,  
 baila y hagámonos rajás.  
 Aquí llevo las sonajas  
 con ruedas de tres en tres.  
 Toca el tamboril, Andrés,  
 con saltos de dos en dos;  
 que quien ha de ver a Dios  
 no se le han de ver los pies.  
 Pues Dios se cifra en espacio,  
 y cabe en lugar tan breve,  
 pues más alma se le debe  
 que instrumentos de palacio.  
 Si por ventura le ves,  
 toca y hagámonos rajás.  
 Aquí llevo, etc.

Que mal las entrañas frías,  
 Antón, a Dios entretienen,  
 y aunque a los Reyes convienen  
 trompetas y chirimías,  
 toca y entra, pues que ves  
 Dios en carne y Rey en pajas.  
 Aquí llevo, etc.

Con esta y otras canciones, dejando un ancho rastro de sus estampas por la cuajada nieve, cargados de verdes ramos, de presentes humildes y de ricos deseos, llegaron al

portal santo llevando por encima de sus cabezas, no una sola columna de fuego, como los hijos de Israel por el desierto, sino infinitas de aquellas que en presencia del Dios de los ejércitos están temblando. Así como vieron el venturoso aposento y al Sol divino entre la pura estrella de Jacob, el casto esposo (que también lo era de la esplendida reverberación de sus rayos), arrimando los árboles a las paredes y quitándose las guirnaldas de las cabezas se arrojaron al suelo. Todo lo hallaron como se les había dicho, recibiendo tan súbita alegría de ver a Dios hecho hombre, que si no estuvieran mirando la vida, no fuera mucho que a todos se la quitara tan dichosa muerte. Las lágrimas fueron muchas, y los pastoriles requiebros, sacando los unos las melenudas cabezas por los otros para mirar admirados el bello Niño. Dieron todos sus presentes a la Virgen, osando llegar las groseras bocas a las pajas donde estaban los pies benditos, que como imán las atraían a su virtud divina. Parecíales que el soberano Niño se reía en agradecimiento de sus deseos, y habiendo cobrado más aliento con mayor trato, uno de ellos dijo rústicamente, aunque con espíritu profético deste modo:

Recién nacido Pastor,  
hijo del divino Alcalde  
que con vara eterna rige  
la Jerusalén triunfante,  
las aldeas de Belén,  
porque se lo dijo un Ave  
(que por dicha fue la misma  
que lo dijo a vuestra Madre),  
vienen a veros, Señor,  
coronados de arrayanes,  
sembrando ramas de oliva  
al que tanta paz nos trae.  
A dar vienen a la Virgen  
parabienes celestiales,  
pues del fruto de su vientre  
tanto bien y gloria nace.  
Parabién le deis al mundo,  
Virgen divina admirable,  
que aunque el bien es para él,  
os alcanza la más parte.  
Plega a Dios que le veáis  
en el trono de su Padre,  
aunque agora tan pequeño  
en pajas humildes yace,  
y que vos estéis con Él  
(que sí estaréis, como madre  
de otro mejor Salomón)  
cuando a su diestra os ensalce.

Todos dicen que ha de ser  
un Pontífice tan grande,  
que del orden del Rey santo  
Melquisedec se consagre.  
Que ha de ser Emperador,  
con unos hombros bastantes  
a llevar su imperio en ellos,  
puesto que pesado y grave.  
Porque no ha de haber Sansón,  
Virgen, que entonces le iguale  
en llevar mayores puertas,  
pues las del cielo nos abre.  
Y que ha de ser un Cordero  
que caliente con su sangre  
el Ara del sacrificio,  
aunque a Isaac defienda el Ángel.  
Y vos, divino Josef,  
viejo santo venerable,  
padre de Dios putativo,  
ayo deste tierno Infante,  
virgen, cuya gran pureza  
fue digna de que la Madre  
del mismo Dios se le fie,  
y que la regale y guarde,  
plega a Dios que le veáis  
gran letrado y estudiante,  
maestro y legislador  
de una ley que todos guarden,  
supuesto que ya lo es  
el Niño desde el instante  
de su pura Concepción,  
y lo mismo que Dios sabe;  
que podrá ser que algún día,  
buscándole por las calles,  
le halléis entre los Doctores  
Maestro en las sacras artes.  
Presentes pobres traemos,  
Niño Dios, en pobre traje;  
mas bien sabemos de Dios  
lo que estima voluntades.  
Bartola, Niño, os ofrece  
este enjugador de salce,  
para que la madre vuestra  
os enjague los pañales.

Crespín os trae, Señor,  
seis varas de lienzo tales,  
que, a no ser crudo, mi bien,  
eran para un rey bastantes.  
Pero vos las curaréis.  
no tuvo más, perdonalde;  
que si al sol se cura el lienzo,  
¿qué sol como vuestras carnes?  
Benita os trae un cordero,  
de vuestra inocencia imagen,  
pues lo seréis, cuando amor  
en la cruz os tueste y ase.  
Aquí os ofrece Llorente  
tres docenas de cucharas  
para la manteca y miel  
dicha tantos años antes.  
Este vaso os da Ginés  
que tiene forma de cáliz,  
como el que habéis de tener,  
que la víctima levante.  
Y yo os traigo, Niño mío,  
no de las Indias del Gange  
el oro precioso en joyas,  
lleno de piedras y esmaltes;  
no de Ceilán los rubíes,  
crisolitos y balajes;  
no las esmeraldas castas  
ni las perlas orientales;  
no amatistes, no jacintos  
alegres y saludables,  
las cornerinas ardientes,  
los siempre firmes diamantes;  
no ramos de coral rojo  
(blanco y verde cuando nace),  
ni contra el ojo nocivo  
el fino y negro azabache,  
puesto que habéis de morir  
(perdonad que de esto os trate)  
de envidia que han de tener  
de vuestra vida admirable,  
sino esta sola tablilla  
para que vais, cuando grande,  
a la escuela y aprendáis  
el *Christus* que al mundo salve.

Este A.B.C. son tres letras  
 que no habrá quien las alcance,  
 que de las cifras de Dios  
 sólo Vós tenéis las llaves.  
 Y aunque de humano y divino  
 ya sabéis juntar las partes,  
 pienso que antes de ocho días  
 entre la letra con sangre.  
 ¡Ea, pues, Niño bendito,  
 puro hombre y Dios inefable!  
 Estudiad, sed sacerdote  
 por todo el mortal linaje,  
 para que saquéis después  
 las almas de nuestros padres

Pareciole a Llorente que el tierno corderillo Jesús se quejaba a la traza que los recién nacidos de su ganado, y concertado con Bras, tañéndoles su lira Nemoroso, cantaron así:

P. Bras, si llora Dios, ¿por qué  
 dice B, pues Dios es A?  
 R. Porque es corderillo ya,  
 y dice a su Madre B.  
 P. Bras, si en estas letras dos,  
*alfa y omega*, se encierra el principio  
 y fin que cierra toda  
 la cuenta de Dios,  
 ¿por qué cuando hombre se ve,  
 dice B, pues siempre es A?  
 R. Porque es corderillo ya,  
 y dice a su Madre B.  
 P. Bien pudiera decir O  
 por su Madre, tan entera  
 que, entrando Dios en su esfera,  
 como se estaba quedó.  
 O ¿por qué no dice T,  
 pues cruz esperando está?  
 R. Porque es corderillo ya,  
 y dice a su madre B.

Luego Elifila<sup>120</sup> y Dositea, que se acordaban maravillosamente, comenzaron así:

El Niño que tiembla agora,  
 a fe, Virgen, que Él se críe,

120.– Orig: 'Erifila' (181r).

porque de manera llora  
que parece que se ríe.

Tiene este Niño sagrado  
tanta gracia en el llorar,  
que a fe que se ha de criar  
para valiente soldado.  
Yo os juro que Él desafíe  
a más de cuatro, Señora,  
porque de manera llora  
que parece que se ríe.

Quien tiene gracia en llorar  
bien muestra que hacerla viene  
de las muchas que en sí tiene,  
pues la comienza a mostrar.  
No hay hombre que dél no fie  
lo que ha de ser desde agora,  
porque de manera llora  
que parece que se ríe.

Discurrían los pastores, echados por aquel bendito suelo, ya los ojos en el Niño, ya en la purísima Señora su dulce Madre; en la humildad con que la soberana grandeza de Dios había venido al mundo, no con aparato y majestad, sino en la mayor pobreza que pudiera imaginarse; no naciendo en las bordadas camas de los príncipes, sino en un pesebrito de un diversorio, entre dos animales rudos que piadosamente le calentaban por lo menos alguna parte del aire que entraba por las ruinas de las paredes le defendían. Y de este propósito Ergasto y Pireno, uno diestro en la lira y otro en el psalterio, cantaron ansí:

El fenis blanco y dorado  
que nace temblando al yelo  
unas pajas vuelve cielo  
y las enciende abrasado.

El engendrado del Padre,  
fenis inmortal divino,  
que al nido amoroso vino  
de aquel Ave y Virgen Madre  
todo blanco y encarnado  
(color de su amor y celo),  
unas pajas vuelve cielo  
y las enciende abrasado.

El hombre mal pagador  
pagó, como pobre, en pajas,  
y este fenis con ventajas



les dio tan alto valor,  
 que hasta la tierra humillado,  
 donde está temblando al yelo,  
 unas pajas vuelve cielo  
 y las enciende abrasado.  
 Tanto en amarnos se estrema,  
 que vuelve en pajas iguales  
 los aromas orientales  
 a donde el fenis se quema.  
 Como pan se nos ha dado,  
 pues limpio trigo en el suelo,  
 unas pajas vuelve cielo  
 y las enciende abrasado.

No quisieron Lesbia y Tebandra que se les pasase a ellas esta ocasión, y tocando los adufes,<sup>121</sup> y Licido y Melibeo las flautas, cantaron así:

Hacen salva trompetas y cajas  
 cuando el Alba relumbra en los yelos  
 al Sol que ha nacido cubierto de pajas.  
 Él llora a su Madre y cantan los cielos.

Es la salva deste día  
 justamente al que nos salva,  
 al tiempo que sale el Alba  
 blanca y pura de María,  
 la tierra muestra alegría,  
 y por mayores ventajas  
 tocan alegres trompetas y cajas,  
 retumban y suenan, y rompen los yelos  
 al Sol que ha nacido cubierto de pajas:  
 Él llora a su Madre y cantan los cielos.

Hacen hoy salva Real  
 a un Sol tan muerto de amor,  
 que está pidiendo calor  
 a las pajas de un portal.  
 Viendo el poder celestial  
 entre mantillas y fajas,  
 tocan y suenan trompetas y cajas,  
 en flores el Alba convierte los yelos  
 al Sol que ha nacido cubierto de pajas.  
 Él llora a su Madre y cantan los cielos.

121.- Panderos.

No fue menester rogar a los demás pastores que cantasen, que, previniéndose todos, alegremente comenzaron así:

DAMÓN:

Desnudito parece mi Niño  
Dios de amor que con flechas está,  
pues a fe que si me las tira,  
que le tengo de hacer llorar.

Estale tirando el cielo  
flechas de nieve y rigor,  
y Él que se abrasa de amor,  
las tira de fuego al suelo.  
Desnudo se queja al yelo,  
pues más desnudo ha de estar.  
Flechas me quiere tirar  
cuando se queja y suspira,  
pues a fe que si me las tira,  
que le tengo de hacer llorar.

Como pintan al Amor,  
desnudo a un pesebre viene.  
Flechas en los ojos tiene  
y es fuego y pide calor.  
Yo le miro con temor  
de que me quiere tirar,  
Él me viene a enamorar  
y con las flechas me mira;  
pues a fe que si me las tira,  
que le tengo de hacer llorar.

Yo le dijera a qué viene  
(si acaso no lo supiera),  
para que el yelo sufriera  
cuando tanto fuego tiene.  
Que se yele me conviene,  
ya que me viene a buscar;  
con flechas le han de matar  
y Él pone al arco la mira,  
pues a fe que si me las tira,  
que le tengo de hacer llorar.

NISEIDA:

Norabuena vengáis al mundo,  
Niño de perlas,  
que sin vuestra vista  
no hay hora buena.

Niño de jazmines,  
rosas y azucenas,  
Niño de la Niña  
después dél más bella,  
que tan buenos años,  
que tan buenas nuevas,  
que tan buenos días  
ha dado a la tierra,  
parabién merece:  
parabienes tenga,  
aunque tantos bienes  
como Dios posea.  
Mientras os tardastes,  
dulce Gloria nuestra,  
estábamos todos  
llenos de mil penas;  
mas ya que venistes  
y a la tierra alegre  
ver que su esperanza  
cumplida en Vós sea,  
digan los pastores,  
respondan las sierras,  
pues hombre os adoran  
y Dios os contemplan.  
Norabuena, etc.

Que os den parabienes  
y que os hagan fiestas  
a voces lo cantan  
el cielo y la tierra.  
En el Limbo dicen  
reyes y profetas  
que ha venido el bien  
que su mal remedia.  
Aves celestiales  
los aires alegran;  
pacífica oliva  
vuelven las adelfas.  
Las montañas altas,  
las nevadas sierras,  
aguas en cristales  
nieve en flores truecan.  
Los ecos del valle  
«Cristo nace» suenan;

las fieras se amansan,  
los corderos juegan;  
bajan los pastores  
y serranas bellas,  
y cantando a coros  
dicen a las selvas:  
Norabuena, etc.

NECTALVO:

Pide al cielo la tierra  
la paz que adora,  
y a la tierra el cielo  
le pide gloria.

Pide al cielo que decienda  
aquel Justo a nuestros ojos  
que quite a Dios los enojos  
y nuestro remedio emprenda.  
Dale Dios la mejor prenda,  
pues es Dios y a Dios igual;  
nace a remediar mi mal  
y por mi bien tiembla y llora  
y a la tierra el cielo  
le pide gloria.

Pide la paz de su guerra  
por los enojos de Dios,  
pacificando a los dos  
para gloria de la tierra.  
Dale cuanto bien encierra,  
que es su Verbo soberano;  
quájase el linaje humano  
pidiendo al cielo memoria,  
y a la tierra el cielo  
le pide gloria.

Pide, como el que ha perdido,  
partido por su remedio,  
y puesta la paz en medio,  
concede Dios el partido.  
Pártese el Verbo, y nacido  
de una Madre y Virgen santa,  
el hombre sus glorias canta,  
el niño sus penas llora,  
y a la tierra el cielo  
le pide gloria.

## ELISIO Y FRONDOSO:

- P. Despierta, Gil. R. ¿Quién me llama?  
 P. Un Sol que el yelo desvela.  
 R. Pascual, cuando el Sol se yela  
 desdenes son de quien ama.  
 P. Gil, mira en el arrebol  
 del cielo que el Sol se muestra.  
 R. Y ¿podrá la vista nuestra  
 ver recién nacido al Sol?  
 P. Bien podrá, pues que te llama  
 y entre yelos se desvela.  
 R. Pascual, cuando el sol se yela  
 desdenes son de quien ama.  
 P. ¿Por lo que toca a ser hombre,  
 siente el frío, el aire y yelo?  
 R. Sol entre nieve del suelo,  
 que se yele no te asombre.  
 P. ¿Al hombre llorando llama,  
 y el hombre no le consuela?  
 R. Pascual, cuando el Sol se yela  
 desdenes son de quien ama.

## ROSARDA:

- Dejando: Dios la grandeza  
 donde solía morar,  
 al hombre viene a buscar  
 en medio de su bajeza,  
 y en tanta pobreza  
 le mira el suelo  
 deshilar aljófár  
 de sus ojuelos.  
 Ved que son celos,  
 que se quejan de envidia  
 los altos cielos.  
 Dejando la monarquía  
 de su trono soberano,  
 baja por el hombre humano  
 a los brazos de María.  
 Helado amanece el día  
 para dar al Sol belleza,  
 y con tal pobreza  
 le mira el suelo, etc.

Baja el celestial Cordero  
de la gran Jerusalén  
al pesebre de Belén  
profetizado primero.  
Baja el Adán verdadero  
desde la suma grandeza,  
y con tal pobreza  
le mira el suelo, etc.  
Con hábito desigual,  
el que es igual con su Padre  
en los brazos de su Madre  
toma puerto de un portal  
y ajuntó su celestial  
a nuestra naturaleza,  
y con tal pobreza  
le mira el suelo  
deshilar aljófara  
por sus ojuelos.  
Ved que son celos,  
que se quejan<sup>122</sup> de envidia  
los altos cielos.

ALFESIBEO:

Manso Corderito  
que en viles despojos  
de animales rudos  
buscáis socorro.  
Blanco trigo en pajas,  
panal sabroso,  
que en la cera virgen  
cupistes todo.  
Pajarillo en nido  
que cantáis quejoso  
porque de Alba os cubren  
nevados copos.  
Perla de aquel nácar  
que al salir Apolo  
recibió el rocío  
intacto y glorioso.  
Almendra en invierno  
con la flor al tronco  
blanca y encarnada,  
helado y hermoso.

122.– Orig.: 'quejen' (187v).

Pastorcico nuevo,  
que a tantos lobos  
cruzando el cayado  
venceréis solo.  
Del valle profundo  
terrible asombro,  
por quien los ganados  
no temen robos.  
Cubiertos de aljófár  
cabellos de oro,  
de nacer en tiempo  
tan riguroso.  
Boca de claveles  
del cielo gozo,  
ojos soberanos,  
cielos piadosos,  
Callad un poco,  
que me matan llorando  
tan dulces ojos.  
Niño, a los cristales  
que vertéis hermosos,  
mi pecho abrasado  
y el alma pongo.  
Pero no merecen  
márgenes toscos  
fuentes celestiales,  
puros arroyos.  
Caigan en los rayos  
del Sol luminoso  
y ensarten su aljófár  
sus trenzas de oro,  
o en fuentes que cubran  
claveles rojos  
reciban sus perlas  
celestes coros.  
Y si son los cielos  
engastes cortos,  
y Ángeles y estrellas  
pobres tesoros,  
de una Virgen santa  
los pechos solos  
sean destas perlas  
nácar precioso.



Que si os dan sustento  
podrán con decoro  
ese aljófár puro  
pagar con otro.  
De los ojos caigan  
al pecho amoroso,  
y del pecho al labio  
por virgíneos poros.  
Mas, ¡ay, que llorando  
por mis enojos,  
las rosas se quejan  
del bello rostro!  
Callad un poco,  
que me matan llorando  
tan dulces ojos.

BRASILDO:

Que nazca un hombre en Belén  
hijo de Dios natural,  
y que aposente un portal  
del cielo y la tierra el bien;  
que al Rey de entrambos le den  
dos animales calor,  
y que tan alto Señor  
cifre en pajas su poder,  
¿qué puede ser?  
Que salga fuera de sí  
la naturaleza humana  
de ver a la soberana  
bajar a la tierra ansí;  
que se junten hoy aquí  
la virginidad y el parto,  
y que el amor no esté hartado  
de ver a Dios padecer,  
¿qué puede ser?  
Que el mayor círculo cuadre  
la carne del viejo Adán  
en el nuevo, a quien hoy dan  
humana, aunque Virgen madre;  
que envíe su Hijo el Padre,  
siendo tan bueno y tan Dios  
que son iguales los dos,  
a la tierra a padecer,  
¿qué puede ser?

Que bajen pobres pastores  
de los Ángeles llamados;  
que las fuentes y los prados  
se cubran de leche y flores;  
que tenga Dios acreedores  
siendo nuestros los pecados,  
y que a sombra de tejados  
por deudas se venga a ver,  
¿qué puede ser?

Que esté una doncella santa  
Virgen después de parida,  
y que pariendo la Vida  
esté con pobreza tanta;  
que el cielo la llame santa,  
y esté, sin casa, en el suelo,  
y que al mismo Rey del cielo  
no tenga en qué le envolver,  
¿qué puede ser?

Que Dios no tenga pañales  
y el hombre vista brocado;  
que esté Dios desamparado  
y el hombre en casas Reales;  
que Dios ande entre animales  
y el hombre en camas de seda:  
que Dios descansar no pueda  
y el hombre tenga placer,  
¿qué puede ser?

NEMOROSO:

La tierra estaba afligida,  
lloraba el género humano  
porque se tardaba el Justo  
esperado tantos años.

Pedía rocío al cielo,  
y a las nubes aquel Santo  
que para salvar el mundo  
fuese en la tierra engendrado.

La bendición de Abrahán  
los venerables ancianos  
pedían a Dios, diciendo,  
deshechos en tierno llanto:

Venga de lo alto  
favor a lo humano,  
de la altura venga  
quien nos defienda.

Venga en forma de Cordero  
para quitar los pecados  
el prometido Mesías.  
Nazca el Sol, salgan sus rayos.  
Conciba la hermosa Virgen  
antes y después del parto,  
y en él también aquel Hijo  
en cuya esperanza estamos.  
Venga el niño Emanuel,  
que, miel y leche gustando,  
lo que fuere bueno elija,  
sepa reprobar lo malo.  
Venga de lo alto, etc.  
Por la escala de Jacob  
baje a librarnos de esclavos  
el Capitán de Israel,  
vencedor de sus tiranos.  
Nazca en las pajas el trigo  
que ha de ser pan sacrosanto;  
y aunque pequeña hasta agora,  
tenga Belén nombre claro.  
De la raíz de Jesé  
salga el fruto deseado,  
sobre la vara de Aarón  
pimpollo encarnado y blanco.  
Venga de lo alto, etc.

T'EBANDRA:

Las pajas del pesebre,  
Niño de Belén,  
hoy son flores y rosas,  
mañana serán hiel.  
Lloráis entre las pajas  
de frío que tenéis,  
hermoso Niño mío,  
y de calor también  
Dormid, Cordero santo.  
Mi vida, no lloréis,  
que si os escucha el lobo  
vendrá por Vós, mi bien.  
Dormid entre las pajas,  
que aunque frías las veis,  
hoy son flores y rosas,  
mañana serán hiel.

Las que para abrigaros  
tan blandas hoy se ven,  
serán mañana espinas  
en corona cruel.  
Mas no quiero deciros,  
aunque Vós lo sabéis,  
palabras de pesar  
en días de placer.  
Que aunque tan grandes deudas  
en pajas las cobréis,  
hoy son flores y rosas,  
mañana serán hiel.  
Dejad el tierno llanto,  
divino Emanuel:  
que perlas entre pajas  
se pierden sin porqué.  
No piense vuestra Madre  
que ya Jerusalén  
previene sus dolores,  
y llore con Josef.  
Que aunque pajas no sean  
corona para Rey,  
hoy son flores y rosas,  
mañana serán hiel.

## RISELO:

A mi Niño combaten  
fuegos y yelos;  
sólo Amor padeciera  
tan gran tormento.  
Del amor el fuego,  
y del tiempo el frío  
al dulce amor mío  
quitan el sosiego.  
Digo, cuando llego  
a verle riendo:  
sólo Amor padeciera  
tan gran tormento.  
Helarse algún pecho  
y el alma abrasarse,  
sólo pueda hallarse  
que Amor lo haya hecho.  
Niño satisfecho

de fuego y yelo:  
sólo Amor padeciera  
tan gran tormento.

LUCELA:

Hoy al yelo nace  
en Belén mi Dios.  
Cantale su Madre  
y Él llora de amor.

Aquel verbo santo,  
luz y resplandor  
de su Padre Eterno  
(que es quien le engendró),  
en la tierra nace  
por los hombres hoy.  
Cántale su Madre  
y Él llora de amor.

Como fue su Madre  
de tal perfección,  
un precioso nácar  
sólo abierto al Sol,  
las que llora el Niño  
finas perlas son.  
Cántale su madre  
y Él llora de amor.

No lloréis, mi vida,  
que me dais pasión,  
le dice la Niña  
que al Niño parió.  
Téplanse los aires  
a su dulce voz.  
Cántale su madre  
y Él llora de amor.

JORÁN:

De una Virgen hermosa  
celos tiene el Sol,  
porque vio en sus brazos  
otro Sol mayor.

Cuando del Oriente  
salió el Sol dorado,  
y otro Sol helado

miró tan ardiente,  
 quitó de la frente  
 la corona bella,  
 y a los pies de la estrella  
 su lumbre adoró,  
 porque vio en sus brazos  
 otro Sol mayor.

Hermosa María  
 (dice el Sol vencido):  
 de vos ha nacido  
 el Sol que podía  
 dar al mundo el día  
 que ha deseado.  
 Esto dijo humillado  
 a María el Sol,  
 porque vio en sus brazos  
 otro Sol mayor.

FENISO y LAURO.

F. ¡Albricias, prado!,  
 que el Pastor viene al ganado;  
 que en la luz le conocí.

L. ¿Cómo así?

F. Yo le vi nacer por amores.

L. Yo le vi salvar pecadores,  
 y ser hombre y Dios le vi.  
 ¡Albricias, prados dichosos!,  
 que ya el Pastor ha venido  
 que a su ganado perdido  
 dará silbos amorosos.  
 Yo vi sus ojos hermosos  
 y su boca de rubí.

L. ¿Cómo así?

F. Yo le vi nacer, etc.

Yo le vi que a darnos viene  
 remedio en tanto tormento,  
 y vi sin mantenimiento  
 quien cielo y tierra mantiene.  
 Yo vi temblando al que tiene  
 firme el mundo en que le vi.

L. ¿Cómo así?

F. Yo le vi nacer, etc.

ELIFILA:

Dile, Pascual, a Isabel  
que tiene un niño María  
que Juan el del otro día  
no tiene que ver con él.

Pascual, si vuelves al hato,  
por él te preguntarán,  
pues di a mi cuenta que Juan  
aun no le llega al zapato.  
Y que un Sol, Niño, clavel,  
Dios, Jesús, tiene María,  
que Juan el del otro día  
no tiene que ver con él.  
No hayas miedo que lo niegue  
Juanico, en sabiendo hablar;  
que más lo ha de confesar  
cuando el mundo más se ciegue.  
Yo he visto a Jesús y a él,  
y dije luego a María  
que Juan el del otro día  
no tiene que ver con él.  
Di, si alguno quiere hacer  
comparación de los dos:  
Juan es hombre, y Jesús Dios,  
y no sabrá responder.  
A este Niño, a este clavel,  
sólo iguala el que le envía;  
que Juan el del otro día  
no tiene que ver con él.

Finarda en tanto que los pastores con estas alegres canciones habían dado ocasión a los ejércitos celestiales para que con diversos escuadrones regocijasen los aires, viendo llorar el niño había distilado parte del alma por los ojos, y viendo que ya callaban, templó un instrumento y, cantando y llorando, dijo así:

No lloréis mis ojos,  
niño Dios callad;  
que si llora el cielo  
¿quién podrá cantar?  
Si de yelo frío,  
niño Dios, lloráis,  
turbarase el cielo  
con tal tempestad.



Serenad los soles,  
y el suyo podrá  
deshacer los yelos  
que os hacen llorar.  
Cantaran los hombres  
en la tierra paz;  
que si llora el cielo  
¿quién podrá cantar?

Vuestra Madre hermosa,  
que cantando está,  
llorará también  
si ve que lloráis  
O es fuego o es frío  
la causa que os dan,  
si es amor, mis ojos,  
muy pequeño amáis.  
Enjugad las perlas,  
nácar celestial,  
que si llora el cielo  
¿quién podrá cantar?

Los Ángeles bellos  
cantan que les dais  
a los cielos gloria  
y a la tierra paz.  
De aquestas montañas  
decendiendo van  
pastores cantando  
por daros solaz.  
Niño de mis ojos,  
¡ea, no haya más!  
que si llora el cielo,  
¿quién podrá cantar?

—¿Quién podrá, Niño mío, y todo mi bien y esperanza? —prosiguió llorando la enternecida Finarda, porque donde acabó la música comenzó el llanto, aunque los suspiros siempre habían acompañado la voz, y aun algunas veces servido de pasos a la garganta—. ¿Quién podrá cantar, vida mía, si lloráis vos? Pero no sé qué llanto es este vuestro, cuando los cielos, los Ángeles, los hombres y los elementos cantan. ¡Ay dulce consuelo de nuestras tristezas! ¿Por qué estáis vos triste? Y si estáis vos triste, ¿por qué se alegra el cielo y hace la tierra fiestas? Debe de ser que desta tristeza vuestra nace su alegría. Pues ¿quién vio jamás que de una causa salgan tan contrarios los efectos, siendo cosa tan natural el ser como ella? Mas, Señor mío y Niño hermoso de las niñas de mis ojos, muy conforme a razón natural

nos parece que la causa de vuestras lágrimas haga en nosotros efectos de alegría; porque si de vuestra pena resulta nuestra gloria; de vuestro frío, nuestro abrigo; de vuestra desnudez, nuestro vestido, de vuestra tristeza resultará asimismo nuestra alegría. Bien creeréis, hermosura celestial, que están nuestras almas engastando esas perlas aunque sea tan bajo nuestro engaste; pero a lágrimas de hombre ya, Señor, ¿qué otros vasos podemos darlas? La mía, dulcísimo Jesús, os presento, aunque no lienzo tan limpio que pueda limpiáros las. Mas, amor mío, después lo quedará con ellas más que la nieve.

Así lloraba Finarda y así cantaban los pastores de la Torre de Belén. Unos miraban y otros adoraban, pasando aquella noche dichosa en diversos regocijos espirituales.

—Apostemos —dijo el Rústico— a cuál de nosotros dice un epigrama al niño, dándole primero Ergasto las cadencias de los versos.

—Yo diré el mío —respondió Fabio.

—Y yo haré lo que pudiere —prosiguió Alfesibeo.

Concertados finalmente, y siendo el precio de la apuesta el mejor cordero que entre los ganados de los tres se hallase, Ergasto dio los consonantes al primero, diciendo: *Eufrasia, Marpesia, Efesia, Asia, Antonomasia, Tartesia, Iglesia, Casia, Arimaspe, Vibra, Hidaspe, Fibra, Jaspe, Libra*.

Espantado Fabio de la dificultad, y de que se pudiesen aplicar al nacimiento cosas tan distintas, pues Marpesia había sido una ninfa de quien hace memoria la *Ilíada* de Homero, y Tartesia, España, con las demás cadencias tan estrañas, pidiendo favor al Niño, comenzó así:

Vamos a ver el santo Niño, Eufrasia,  
 ponte el hábito suelto de Marpesia,  
 verás mayor milagro que el de Efesia<sup>123</sup>  
 en un portal que es hoy el templo de Asia.  
 Un Niño, por divina antonomasia  
 famoso desde el Líbano a Tartesia,  
 en unas pajas fabricó su Iglesia,  
 que el cielo baña en cinamomo y casia  
 Traerá desde los yelos de Arimaspe<sup>124</sup>  
 al fiero scita, y donde el arco vibra  
 al bárbaro que bebe al indio Hidaspe.<sup>125</sup>  
 No le ha de quedar sangre en vena o fibra  
 por el hombre cruel de duro jaspe;  
 que a morir nace y de morir nos libra.

Con risa celebraron los pastores el peligro en que Fabio se había visto, dándole bien a entender en las acciones con que dijo los versos. Pidió sus consonantes el Rústico, y Ergasto se los dio así: *repollo, rallo, gallo, bollo, escollo, callo, tallo, pimpollo, camello, cuchillo, resuello, grillo, sello, anillo*.

123.— Debe referirse a los siete durmientes encerrados en una cueva por el emperador Decio.

124.— Pueblo legendario en el remoto norte de Europa.

125.— Uno de los afluentes del Indo.

—¿Dónde hallaste —le dijo el Rústico— tan desatinados, tan humildes y tan bajos consonantes? Pienso que lo has hecho con intención de conformarlos a mi nombre.

—En esto quiero yo —replicó Ergasto a Llorente— conocer la sutileza de tu ingenio, pues todos saben que tú por humildad y los pastores por ironía, habéis dado en que sea tu nombre el Rústico.

—Encomiéndome —dijo él entonces— a este hermoso Niño, sabiduría de su Eterno Padre. Y en su confianza digo así:

Deja, Pascual, las berzas y el repollo,  
 el queso deja, cuelga al clavo el rallo.<sup>126</sup>  
 Mira que canta en la majada el gallo,  
 saca, Ginés, de la ceniza el bollo:  
 vamos a ver en un helado escollo  
 un Niño Dios, cuya alabanza callo;  
 de la vara de Aarón florido tallo,  
 y de sus hojas el mejor pimpollo.  
 Carguemos de presentes un camello  
 para el Sansón de filistín cuchillo,  
 que le calienta un buey con su resuello.  
 Verás que canta en pajas como grillo,  
 verás la cifra del Eterno sello  
 rubí y diamante en un cerrado anillo.

—¿Quién sino tú,<sup>127</sup> sutilísimo Rústico, pudiera haber salido con esta empresa ni haber hecho tan gallardo epigrama en consonantes tan humildes, bajos y extraordinarios, ni haber significado mejor las dos naturalezas de este Niño: la divina en el diamante y la humana en el rubí, en el anillo cerrado de su Madre Virgen?

—Desmayarás mi corto ingenio —dijo Alfesibeo— más de lo que él está cobarde por sí mismo si encareces de esa suerte el epigrama del Rústico. Pero dime los consonantes; que la emulación esforzará mi flaqueza.

Ergasto entonces le dijo así: *tapiz, paz, taz, matiz, perdiz, montaraz, faz, nariz, Booz, almirez, capuz, coz, ajedrez, avestruz.*

—Conocido se ha claramente —dijo Alfesibeo a Ergasto— la afición con que miras las cosas de tu amigo el Rústico, pues parece que has buscado las más distantes y imposibles de eslabonarse a la cadena de catorce versos, y más a un sujeto tan distinto de semejantes vocablos que pudiera alcanzar la imaginación. Mas por que no me satisfagas como sabes y yo temo, con favor de aquella Musa<sup>128</sup> que tiene por Helicón a Belén y este portal por fuente, digo así:

126.- Rallador.

127.- Se entiende que habla Ergasto.

128.- Debe referirse a Calíope, una de las 9 Musas que habitaban el monte Helicón. La fuente de Aganipe inspiraba a los que bebían de ella.

Sin fuegos, sin paredes, sin tapiz,  
 yace entre pajas quien nos dio la paz,  
 y hoy juega con el hombre taz a taz<sup>129</sup>  
 cubierto Dios con el mortal matiz.  
 En mimbres, como jaula de perdiz,  
 con llanto llama al hombre montaraz,  
 y por que tiemble de la humana faz  
 a Leviatán enfrena la nariz.  
 Rut tiene a Obed, el hijo de Booz,  
 y pues le ha de moler en almirez,  
 bien se puede vestir negro capuz.  
 Ya no dará, como otras veces, coz  
 al alma, pieza negra en su ajedrez,  
 ni será de mis yerros avestruz.

—Por cierto —dijo Ergasto—, tú has hecho, Alfesibeo amigo, una cosa digna de tu ingenio, y acomodado la taracea<sup>130</sup> de maderas tan ásperas gallardamente en la tabla de este epigrama; pero soy de parecer que demos el cordero al Rústico y que yo te dé a ti mi cayado, el que tiene por remate el sacrificio de Abrahán, obra en boj pálido del cuchillo y ingenio de Felisardo, escultor natural, que ha escedido los que con estudio ejercitan este famoso arte por las ciudades. Y a Fabio le daré unas abarcas de angelín, madera incorrutable y árbol pocas veces visto en estos montes: seguro podrás Fabio llevarlas por las nieves, seguro pasar los ríos, y seguro pisará los cardos y malezas de los prados en el noviembre frío.

—¿Quién —dijo Alfesibeo— podrá contradecirte, pastor discreto, ni quién como tú sabe ni ha sabido ser cortés, agradecido y honrador de los ajenos trabajos? Los cielos lo-gren tus verdes años, honra de las riberas del Jordán y de los pastores de Belén.

—Yo a lo menos —dijo entonces el Rústico—, a la merced que me has hecho estaré eternamente agradecido. El premio no le merezco, y si le merezco fue por este santo Niño. Y así, se le mando y restituyo diciendo así:

Este cordero humilde, ¡oh Niño bello!,  
 ¡oh Cordero más puro y soberano!,  
 como el de Isaac, quisiera de mi mano  
 dar en lugar de tu inocente cuello.  
 Y aunque es cedros al Líbano ofrecello  
 a la inocencia de tu velo humano,  
 admite el don de un rústico villano,  
 Faetonte ya del sol de tu cabello.  
 Yo no te puedo dar lienzos sutiles,  
 brocados persas de Real decoro,  
 ni aromas en cristales y marfiles.

129.- Tanto por tanto.

130.- Incrustación artística de pequeños trozos de maderas distintas.

La voluntad es el mayor tesoro,  
 porque con ella en los presentes viles  
 diamante es el amor y el alma es oro.

Con estas agradables porfías pasaban los pastores de Belén el frío de aquella noche y así interrumpían con agradables voces su oscuro silencio, hasta que ya venció a algunos el sueño; no porque era justo dormirse, mas porque les sucedía lo que a los que han tenido algún dolor, que en faltándoles, acude el sueño que por su desvelo no habían tenido: estaba el mundo lleno de los dolores de Adán y de los cuidados de su remedio: vieron al divino remedio suyo, descansaron, y acudioles el sueño. A uno de los cuales Alfesibeo comenzó a cantar así:

Toca, toca las campanillas,  
 Gil, recuerda<sup>131</sup> a los maitines,  
 verás maravillas;  
 que están en el coro los Serafines  
 y el Sacerdote en mantillas.

Ya tocan a que celebre;  
 no duermas, Carrillo, agora,  
 que, en lugar de cantar, llora  
 con el Alba en un pesebre.  
 Verás las de sus mejillas  
 todas de rosa y jazmines,  
 y oirás maravillas;  
 que están en el coro los Serafines  
 y el Sacerdote en mantillas.

Mantillas le sirven de alba,  
 y tan rotas, que por ellas  
 se vee el Sol y las estrellas,  
 que dan luz al sol y Alba.  
 Si a los principios te humillas,  
 levantaraste a los fines  
 y oirás maravillas;  
 que están en el coro los Serafines  
 y el Sacerdote en mantillas.

—¡Ay pastores! —dijo Dositea—. ¿Cómo no nos deshacemos en vivas lágrimas, mirando este divinísimo Señor en tanta humildad, por subir la nuestra a su majestad y grandeza?

—Grande es la fuerza de amor —dijo Pireno—. ¿Qué hubieran dicho los antiguos sabios si tuvieran luz deste soberano día?

131.- Despierta, llama.

—No careció —dijo Alfesibeo— la Teología de los egipcios deste conocimiento, aun no digo la de Mercurio Trimegisto, que tan altamente habló de la Divinidad. Pero si reparáis en las imágenes con que le pintaban, conoceréis que le hicieron poderoso en el cielo como en la tierra; que aquellos rayos que le ponen eso quiso decir entonces, mostrando que era amor poderoso a deshacerlos.

—Las Sibilas bien lo significaron —dijo Ergasto— en sus sagrados versos; y yo me acuerdo haber oído a pastores doctos en las sagradas antigüedades que la Eritrea dijo notables cosas de la venida de este Príncipe, y que era de tres maneras su profecía: o con voz viva, o con escritura y señales, o ciertas notas que hoy se veen, pastores, en algunos romanos obeliscos, o con una letra sola, significando una dición entera. Éstas escribían en hojas de palmas, y dellas hay notables historias; pero estos vaticinios divinamente se ven en nuestros profetas. Algún día os dirá Aminadab cosas inauditas y raras que yo le tengo oídas. Mas, viniendo al poder de amor, oíd, pastores, lo que cantaba un día:

Como ha de luchar con Dios,  
pone más fuerzas Amor.

Con Jacob, hombre robusto,  
que con un Ángel luchaba  
cuando su Raquel amaba,  
luchó Amor con mucho gusto  
catorce años al justo;  
mas con Dios cuatro mil años,  
porque, mirando los daños  
que el primer hombre causó,  
pone más fuerzas Amor.

A David venció luchando  
y a Sansón por los cabellos,  
pero tardose en vencellos  
lo que tardaron mirando;  
pero, los tiempos llegando  
en que Dios ha de venir,  
nacer, vivir y morir,  
y entrar en campo los dos,  
pone más fuerzas Amor.

Como ha de ser la caída  
de los cielos a la tierra,  
y ésta la paz de la guerra  
en que le cueste la vida,  
como a tres va la vencida,  
y saben los cielos que es  
el segundo de los Tres,  
más que Sansón y Jacob  
pone más fuerzas Amor.

—¿Cómo dices —dijo Pireno, en acabando de cantar, a Ergasto— *cuatro mil años* desde el principio del mundo al Nacimiento deste Señor?

—Porque nació —dijo Ergasto— tres mil y novecientos y sesenta y siete años después de su fábrica, y faltan a cuatro mil tan pocos.

—Y ¿todo ese tiempo —replicó Alfesibeo— ha que está el Padre universal de los hombres en el seno de Abrahán?

—Tanto ha que espera —dijo Ergasto— la venida de Dios hombre al mundo.

—¿Cómo, siendo posterior Abrahán a nuestro padre dos mil y ciento y veinte años, que esos tenía de edad el mundo cuando murió Abrahán, dices que está en su seno?

—Porque después de su muerte se le dio este honor por la promesa que Dios le había hecho de que de su descendencia tomaría la humanidad santísima con que le miras.

En estas santas pláticas, en estas devotas canciones se entretenían los pastores cuando, avisado Aminadab de algunos que habían vuelto y esparcido esta voz por todos aquellos valles, prados y montes, venia con su amada Palmira a ver el recién nacido Infante. Fue grande el regocijo que los pastores hicieron a su venida, porque de ordinario les declaraba maravillosos secretos, como hombre tan leído y sabio en las divinas Letras. Él postrado por aquel dichoso suelo, le adoró y llamó su Dios y Señor infinitas veces, siendo tanto mayor su alegría cuanto lo era la noticia y esperanza que había tenido de aquel divino misterio. Sosegose un rato, después de haberle dicho mil amorosos requiebros, bastantes a enternecer las piedras de aquellos muros, cuanto más los corazones de aquellos santos pastores; y acompañándole su esposa con la voz y el instrumento, dijeron los dos así:

Zagalejo de perlas,  
hijo del Alba,  
¿dónde vais, que hace frío,  
tan de mañana?

Como sois lucero  
del alma mía,  
a traer el día  
nacéis primero.  
Pastor y cordero  
sin choza y lana,  
¿dónde vais, que hace frío,  
tan de mañana?

Perlas en los ojos,  
risa en la boca,  
las almas provoca  
a placer y enojos.  
Cabellitos rojos,  
boca de grana,  
¿dónde vais, que hace frío  
tan de mañana?



Que tenéis que hacer,  
 pastorcico santo,  
 madrugando tanto  
 lo dais a entender;  
 aunque vais a ver  
 disfrazado al alma,  
 ¿dónde vais, que hace frío,  
 tan de mañana?

—¿Dónde vais —prosiguió Aminadab—, Cordero santísimo, en la noche más rigurosa de este invierno? ¿Tanto fuego lleváis en ese abrasado corazón, vida mía y mi Señor, que puede defenderse deste yelo, desta nieve inclementísima y deste viento proceloso? ¿No pudiéradéis aguardar a la salida del sol para que sus rayos os dieran el calor que deben a esas manos que se los dieron? Mas ¿por qué había de nacer otro Sol primero que Vós? Y si al natural curso fuera más conforme, después del Alba, ¿qué Aurora más pura, cándida y resplandeciente que vuestra Madre purísima? Fuera de que se echa de ver, mis ojos, la prisa que teníades por amanecer al mundo, pues venís tan anticipado que me dicen que salistes a la mitad de la noche. ¡Ay mi bien! ¿Tan corto os pareció el día para el que venís a hacerle, que le contáis desde su primera hora? Mas como Vós sois el mayor día, el mayor Sol y la mayor luz, ¿cómo no habíades de tener ese principio, aunque Vós no le tenéis, siendo como sois en el principio cerca de Dios, y el mismo Dios?

Mientras Aminadab hablaba, Felicio y Damón habían concertado un dialogo, y le dijeron desta suerte:

P. Quién llama? R. ¿Quién está ahí?

P. ¿Dónde está, sabeislo vós,  
 un niño que es hombre y Dios?

R. Quedito, que duerme aquí.

P. ¿En el suelo duerme? R. Sí.

P. Pues decilde que despierte,  
 que viene tras Él la muerte  
 después que es hombre por mí.

R. Llamad con voces más bajas  
 si le venís a buscar,  
 que, cansado de llorar,  
 se ha dormido en unas pajas.

P. Bien podéis abrirme a mí;  
 que, puesto que busco a Dios,  
 ya somos hombres los dos.

R. Quedito, que duerme aquí, etc.

P. A fe que es mucha malicia  
 que, acabado de llegar,  
 le vengáis a ejecutar,  
 y con vara de justicia.

- P. Él mismo lo quiere así  
 por satisfacer a Dios.  
 Entrad, decídselo vos.
- R. Quedito, que duerme aquí, etc.
- P. ¿Qué prendas queréis sacar,  
 si no tiene más hacienda  
 su Madre que aquesta prenda  
 para que pueda pagar?
- R. Si tiene tantas en sí  
 que es igual al mismo Dios,  
 ¿qué más prendas queréis vós?
- R. Quedito, que duerme aquí, etc.

Habíanse entristecido los pastores con esta canción lastimosa, y el rústico Bato, por alegrarlos, al son del tamboril (que le tañía, más que diestra, graciosamente) cantó así:

Parió María en Belén,  
 y a ver su niño vinieron  
 cuantos son y cuantos fueron,  
 y lo tuvieron por bien.

De catorce años María,  
 y más tres meses y medio,  
 parió la gloria y remedio  
 que el suelo al cielo pedía,  
 y este día pidió al hombre  
 (aunque esto asombre)  
 que Dios su nombre se nombre,  
 y el Verbo aquí  
 lo cumple así;  
 que el Padre dice que sí,  
 y el Espíritu también,  
 y lo tuvieron por bien.

Vino a ver a la parida,  
 aunque no personalmente,  
 mucha anciana y noble gente,  
 como tesoro escondida;  
 su comida  
 trujo Adán, por quien nos dan  
 este soberano Pan  
 con flores bellas,  
 y Eva entre ellas,  
 golosinas de doncellas,  
 que hacen mal y saben bien,  
 y lo tuvieron por bien.

Trujo un corderillo Abel,  
y Set trujo un astrolabio,  
Enós, como santo y sabio,  
una invocación tras él,  
Malalcel  
con Cainán, trayendo van  
gente que sembrase pan,  
porque crecía  
cada día.  
Enoc inmortal venía,  
y el viejo Matusalén,  
y lo tuvieron por bien.

Su arca trujo Noé,  
la mayor casa del mundo,  
que del Diluvio profundo  
sobre Armenia puso el pie;  
vino Taré,  
vino Abrahán, a quien dan  
la bendición de Canán,  
Isaac vino,  
y peregrino  
aquel amante divino  
Jacob, padre de Rubén,  
y lo tuvieron por bien.

Josef trujo un cierto pozo,  
y Moisés una serpiente,  
tal que, en viéndola la gente,  
recibía vida y gozo;  
bravo mozo Josué,  
pasando a pie  
el Jordán, porque es la fe  
la mejor guía,  
y traía  
parado el Sol cierto día,  
con cinco Reyes también,  
y lo tuvieron por bien.

Trujo una piel Gedeón,  
con Abimelec y Tola;  
Débora, una vara sola,  
y unas colunas Sansón,  
fuerte varón;  
luego Helí, Fineés y OfnÍ;  
y ungiendo a Saúl allí  
Samuel santo,

y dando espanto  
 David de que con un canto  
 diese a un gigante en la sien,  
 y lo tuvieron por bien.  
 Trujo un Templo Salomón,  
 y con el rey Ezequías,  
 Dan, Miqueas y Esaías  
 nuevas desta bendición,  
 y en la prisión  
 de Israel Zorobabel,  
 la restauración fiel  
 tras mil deseos;  
 los Macabeos,  
 las armas de sus trofeos  
 que están en Jerusalén,  
 y lo tuvieron por bien.  
 Esdras, Abacuc, Joel,  
 Abdías, Amos, Oseas,  
 Jonás, Ageo, Miqueas  
 Jeremías, Daniel,  
 Ezequiel, Sofonías,  
 Malaquías,  
 Nahum, Baruch, Zacarías,  
 finalmente,  
 cuanta gente,  
 o ya pasada o presente,  
 a Dios humanado ven,  
 y lo tuvieron por bien.

Ya por las puertas del Oriente había comenzado a entrar el Sol, tan deseoso de amanecer por ver a su Criador aunque a tiempo que nadie se acordaba dél, porque había anticipado su nacimiento al suyo otro divino Sol, que era la luz verdadera que había de iluminar el mundo, cuando besando mil veces el suelo y otras tantas despidiéndose de la Virgen y de su virgen esposo y del amoroso Niño, prometiendo venir todos los días a servirlos, salieron del portal al campo y tomaron el camino de sus cabañas, tan cubierto de yerbas olorosas y de nunca vistas flores como el día antes le habían visto de carámbanos helados y de pedazos de nieve.

Pidió Aminadab a Ergasto que, pues tan a los principios se había hallado en la sagrada cueva, los entretuviese con alguna canción. Y él obedeciendo, porque también él mismo le tañía,<sup>132</sup> por la senda de su aldea comenzó así:

Temblando estaba de frío  
 el mayor fuego del cielo,

132.- El tamboril, como Bato, 'que le tañía, más que diestra, graciosamente'

y el que hizo el tiempo mismo  
sujeto al rigor del tiempo;  
el que con arena débil  
al libre mar puso freno,  
medida al ardiente Sol  
y a las tinieblas silencio.  
En unas pajas humildes,  
siendo Sol, se encoje al yelo,  
a la noche deja libre  
y da licencia a los vientos.  
Todos, aunque todos tristes,  
osan perderle el respeto,  
porque están temblando todos  
de que Dios tiemble por ellos.  
Su virgen Madre le mira,  
ya llorando, ya riendo;  
que como es su espejo el Niño,  
hace los mismos efectos.  
No lejos el casto esposo  
(que aunque estuviera muy lejos  
pensara que estaba cerca  
de un hombre que es Dios inmenso),  
mirándole está encogido,  
y de los ojos atentos  
llueve al revés de las nubes,  
porque llora sobre el cielo.  
«Cumplido habéis (dice al Niño)  
la palabra, Rey eterno,  
que a mis agüelos les distes  
de hacellos agüelos vuestros.  
Ya no sois fuerte león,  
ni con espada de fuego  
rendís ejércitos de hombres:  
hombre sois, ya sois Cordero».  
La Niña recién parida  
mil parabienes oyendo  
de cielos, Ángeles y hombres,  
por el bien que los ha hecho,  
al Niño, que llora, dice:  
«¡No más, mi dulce consuelo!  
¡Ea, no más, mi Jesús!,  
pues que no puede ser menos.  
Serenad, Niño bendito,  
el sol de esos ojos bellos,

no echéis a mal esas perlas  
por quien no sabe su precio.  
Nueve meses hace hoy  
que le dije al Ángel vuestro  
que era vuestra humilde esclava  
y os hice humano aposento.  
Bien sabíades, mi Rey,  
que en aquellos pobres techos  
las telas solas había  
del corazón que os ofrezco.  
Y aun esa pobreza misma,  
que en Nazaret veis que tengo,  
me falta para abrigaros,  
que camino y no la llevo.  
Pero, pues sois tan amigo  
de pechos pobres, yo quiero  
abrigaros en el mío,  
daros el primer sustento».  
Esto diciendo María,  
sacó los virgíneos pechos,  
a cuyos cielos más limpios  
se humillaron nueve cielos.  
Abrió el Niño Dios los labios,  
y quedó colgado dellos  
como racimo de palma  
hasta que le vino el sueño.  
Alma, si de ver a Dios  
puesto de su madre al pecho,  
¿no se te enternece el tuyo,  
¿dónde está tu sentimiento?  
Llora, sin temer que el Niño  
despierte a tu llanto tierno;  
que al son de fuentes de llanto  
duerme Dios con más contento.  
Más que la gloria que hoy  
le cantan Ángeles bellos,  
estima de un hombre el llanto;  
lloremos, alma, lloremos.

Agradecieron todos a Ergasto que así hubiese cantado de improviso, y mucho más Aminadab, que era el que más obligado le quedaba por ser el que lo había pedido. Pero no tardó mucho Ergasto en pedirle que, pues en las divinas Letras había leído tanto, les dijese de qué manera la venida deste Señor y los atributos y nombres suyos habían sido prevenidos de los profetas en aquellas pasadas edades del reino de Israel.

—Yo lo haré —dijo Aminadab—, aunque no era para mis débiles hombros este cargo; pero por entreteneros y pagar a Ergasto canción tan agradable y devota, digo así:

—Como tuviese Dios determinado, por la caridad piadosa con que amaba el mundo, que su Hijo, que abeterno había engendrado igual consigo, bajase a la tierra para que todos los que creyesen en Él también fuesen sus hijos y herederos de su celeste reino, eligió y instituyó profetas y varones santos llenos de su divino espíritu, por los cuales de muchas maneras se dignó de hablar con los mortales para que por aquellos oráculos levantasen el pensamiento a la esperanza del remedio y salud que su unigénito Hijo había de dar al mundo; porque si muchos siglos antes su venida y los misterios de nuestra salud no estuvieran dichos y con tan varias sombras y figuras mostrados, pudiera acontecer que recibieran con dificultad los hombres lo que jamás habían oído. ¿A quién no admirara que el divino Verbo, que ninguna cosa hay más sublime, había de tomar nuestra carne, que ninguna cosa hay más frágil, y estar en un supuesto Dios y hombre, que ninguna cosa hay más distante ni disímil? Que como los que están en tinieblas no pueden sufrir de improviso la luz del sol, así los hombres, en las de tanta ignorancia desde la culpa de Adán, no pudieran poner los ojos de la fe en tan altos sacramentos, si de estas estrellas de los profetas no hubieran sido primero enseñados y prevenidos. De todos era la verdad este Señor recién nacido que ahora queda en los virgíneos pechos de su amorosa Madre. Todos los institutos de la Mosaica ley, ceremonias, ritos y sacrificios eran su sombra, y todas las promesas hechas a nuestros padres iban previniendo su venida hasta que se cumpliesen. Fue Isaac, por la promesa hecha a su padre Abrahán, tipo y figura de Cristo, pues fue tan fuera como sabéis de la natural razón su nacimiento en años de Sara su madre de todo punto imposibles. El Patriarca Jacob, que esta misma promesa había entendido, como llamase sus hijos en sus postreros días, les dijo que no sería quitado el cetro de Judá ni el Capitán de su generación en tanto que viniese al mundo la esperanza de las gentes, este Rey, este Capitán que en tan humildes pajas habéis visto. Sabía el santo anciano que aquel terrestre reino era sombra del espiritual y celestial de Cristo. Y porque la figura se rinde a lo figurado, y a la verdad la sombra, con divino espíritu les predijo lo que ahora vemos, pues en la venida deste Señor reina Herodes, de nación idumeo, con el favor del Romano Imperio, a cuyo César por edito público pagamos censo. Que este Niño que habemos adorado sería profeta dijolo aquel capitán de los hebreos Moisés, gratisimo a Dios: «Levantará (les dijo) un profeta de vuestra gente, como yo, a quien habéis de oír». Lo cual confirmó luego por las mismas palabras. Fue también figura deste Señor, ya sacando nuestro pueblo de la cautividad de Egipto como de la esclavitud del pecado. Cristo nuestro bien y remedio saca el humano linaje, ya por la aspersion de la sangre, librando de la ira del Ángel los primogénitos, como por la deste Cordero santísimo esperamos. ¿Qué otra cosa es guiarlos por el desierto y con la vara dividir las aguas; la serpiente de metal con que sanaron de las veneníferas heridas de aquellos áspides, la Ley, el maná y las demás sombras, sino la verdad que ya tocáis con las manos, tantas veces repetida, que no parece que la escribieron como futura, sino como ya pasada? Que había de ser este hermoso Niño nuestra salvación y salud, ¿cuántas veces lo dijo David? «Alegrareme en tu salud. ¿Quién dará de Sion la salud a Israel? Muestranos, Señor, tu misericordia y danos tu salud». Alegraos, pastores dichosos, con Esaías, que tantos siglos antes dijo que habíamos de alegrarnos de ver nuestra salud, como esta noche vemos con tanto regocijo del cielo y de la tierra, con tanta gloria en el



uno y tanta paz en el otro. «El Santo (decía Baruch) trujo mi gozo con la misericordia que del Eterno vendrá con nuestra salud». «Alégrate (dijo Zacarías), Sion; que ya viene tu Rey justo y Salvador a ser nuestra redención». Como lo dijo Jeremías: «Redimirá el Señor a Jacob de la mano del más poderoso». Pues mirad si Zacarías, mi dueño y esposo de Isabel, lo dijo claramente estos días que el nacimiento de Juan desaprisionó su lengua: «Bendito sea el Señor Dios de Israel, que visitó y hizo la redención de su pueblo». Que será este Niño nuestro reconciliador, intercesor y autor de la paz, ¿cuántas veces fue dicho? «Acercade ti será nuestro intercesor» (dijo David, hablando de este divino Niño a su Eterno Padre). Y porque los pecados obstaban que nos reconciliásemos con Dios y se hiciesen estas paces, dijo que en estos días saldría la justicia y la abundancia de la paz. «Vendrá (dijo Ageo) el deseado de las gentes y llenará esta casa de gloria y este lugar de paz». ¿Qué cosa puede ser, pastores, más evidente y clara para lo que acabáis de ver en esta casa venturosa, donde queda la gloria del cielo y la paz deseada de la tierra? Que sería Rey y que había de reinar en Jerusalén y en Sion: «Yo soy constituido rey (dijo por Él David) sobre el monte santo de Sion»; y que no convienen a David estas palabras, sino a este Niño bendito, véese en las que prosigue, claramente, diciendo: «Tú eres mi hijo: hoy te he engendrado. Pídeme y te daré tu herencia y la posesión de los términos de la tierra», pues tan bien sabéis que el reino de David nunca se dilató a los fines de la tierra ni a los gentiles. En otra parte dijo: «Obró nuestro Rey antes de los siglos nuestra salud en medio de la tierra», que es adonde ha nacido; porque ya sabéis que Jerusalén es centro de la circunferencia del mundo. Alégrese, pues, Sion, y alégrese Israel (como él mismo dice), pastores de Belén, este dichoso día que tantos siglos antes nos predijeron. Y advertid que este reino no le habéis de entender así terreno y material, como algunos de nosotros, sin penetrar la corteza, le imaginan. No es éste el de David, de Salomón, de Ezequías y de otros; no la reedificación del Templo, que el reino deste Niño es espiritual y divino, como lo han dicho y prevenido los Profetas: «Cristo ha de reinar en la espiritual Jerusalén». Y así, cuando oyéredes *reino, unción, Sion, Jerusalén, Templo, pueblo de Jacob, hijos de Israel*, y la congregación y junta prometida de todas las partes de la tierra, habeisla de entender en el espiritual sentido, y no en la corteza de la letra. Así que el reino de David en Jerusalén, el monte de Sion, la casa de Jacob y el pueblo de Israel, ya, pastores míos, habéis de entender una Iglesia y agregación de fieles y justos; y Cristo un redentor, no de la terrena cautividad, sino de la espiritual redención. Que será Sacerdote este santo Niño djolo David; y según el orden de Melquisedec, Sacerdote y Rey de Jerusalén; y Zacarías, cuando dijo que le había el Señor mostrado a Jesús Sacerdote grande. Y en otra parte, que edificaría el Templo y sería su Pontífice. En el Sacerdocio, también, de Samuel fue figurado el de Cristo, no para tratar aquellos sacrificios de la ley Mosaica, sino para ofrecer a Dios a sí<sup>133</sup> mismo por agradable víctima. Pues para ser pastor, oíd a Ezequiel: «Yo visitaré (dice) mis ovejas, las buscaré y las libraré de todos los peligros en que anduvieren derramadas, y las traeré a los fertilísimos campos y pastos míos». Y otras veces dice: «Yo les daré un pastor que las apaciente, que será mi siervo David»; de quien no puede entenderse, pues ya era muerto, sino de Cristo nuestro bien, de la familia y casa de David. Que sería su venida en misericordia y verdad djolo Miqueas: «Darás tu misericordia a Abrahán y tu verdad a Jacob, como lo

133.– Orig.: 'assi' (213v).

prometiste a nuestros padres en los antiguos días». Que sería piedra dijéronlo muchas veces aquellos sagrados Vates. «La piedra que reprobamos (dijo David), ésa será la fundamental, la angular y la firme». Como lo dijo Esaías: que enviaría Dios para los fundamentos de Sion una piedra preciosa angular y aprobada, tal que quien creyese en ella no se confundiría. Y ésta es aquella piedra que vio Zacarías, adornada por lo alto de aquellos siete ojos, sobre quien dijo después Esaías que había de reposar el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios. Que sería luz, prediciendo esta tan deseada venida suya, díjolo él mismo: «Levántate y advierte, Jerusalén, que viene tu luz, y la gloria de Dios ha nacido sobre ti». Saldrá (dijo Malaquías) mi nombre a los que me temen, el Sol de la justicia y la salud. Que a esto miraban los deseos de David cuando decía: «Envíanos, Señor, tu luz y tu verdad». Que sería camino y vida, por instantes lo hallaréis predicho en tantos sagrados vaticinios como hoy tenemos. Mirad lo que dijo Miqueas de Belén, y en aquel místico psalmo el Rey su agüelo, y donde le llamó fuente de la vida. Pues mirad qué claramente dijo que sería esposo desta nueva Iglesia: «En el Sol (dice) puso su tabernáculo, como esposo que de su tálamo procede». «Desposareme contigo (dijo por Oseas) en fe, en justicia y en misericordia». ¡Ay divinísimo Señor, en quien todas estas cosas se cumplen! ¡Ay Príncipe santo, pacífico, manso y misericordioso, que con tan rigurosa noche tembláis de frío y dejando vuestra soberana riqueza nacéis en tanta humildad vencido del amor que os ha traído por el hombre a ser hombre! Vós sois la verdad única de todas estas sombras; Vós, lo figurado de todas estas figuras; Vós, el cumplimiento destes vaticinios; Vós, finalmente, Jesús mío, a quien humildemente adoramos por Dios humanado y nacido de las entrañas de una pura virgen Madre y siempre virgen; Vós sois, vuelvo a decir, aquel decendiente de Abrahán en quien estaba librada la bendición de las gentes; Vós, el Profeta grande, de quien fue tipo Moisés; Vós, el Salvador, la salud, la redención, el intercesor, la paz, la santificación y la propiciación nuestra; Vós, el Rey de Israel, el Pastor, el Sacerdote, la piedra preciosa, la luz, la vida, la verdad, el camino y el Esposo, último fin y espectáculo de los Profetas.

Ya comenzaba a interrumpir el silencio de los pastores a la plática de Aminadab la multitud de los que salían de sus aldeas y chozas a saber el divino misterio y a preguntar las señas del hermoso Niño y de la virgen Madre, a quien Ergasto alababa y encarecía lo que era posible dentro de las esferas del mortal ingenio.

—Tiene —decía el pastor— unos cabellitos, que del más pequeño dellos se pudiera hacer otro Sol si se acabara su luz; y unos ojos garzos tan hermosos y de tan suave y dulce vista, que con los espíritus amorosos que salen dellos puede enamorar las piedras, que no las almas solas. Mas antes que pase de ellos, dejadme que los celebre cantando así:

Este niño y Dios, Antón,  
que en Belén tiembla y suspira,  
con unas ojuelos mira  
que penetra el corazón.  
Este Niño celestial  
tiene unos ojos tan bellos  
que se va el alma tras ellos  
como a centro natural.

Ya es Cordero y no es león,  
y como dejó la ira,  
con unos ojuelos mira  
que penetra el corazón  
Antiguamente miraba  
en nube, monte y en fuego,  
y, en ofendiéndole, luego  
del ofensor se vengaba.  
Mas después que vino, Antón,  
donde como hombre suspira,  
con unos ojuelos mira  
que penetra el corazón.  
No se dejaba mirar,  
envuelto en nubes y velos,  
agora en pajas y yelos  
se deja ver y tocar.  
Como mira los que son  
la causa por quien suspira,  
con unos ojuelos mira  
que penetra el corazón.

—La boca —prosiguió el pastor—, si no estuvieran tan cerca las mejillas, no hallara en las flores, en las piedras preciosas, ni en los corales y granas de las conchas de Tiro con qué poder compararla, vertiendo esta gloria con aquellas niñerías que hace con ella a quien le mira, ya riendo y ya llorando.

—Déjame —dijo Pireno— celebrar esas niñerías, por tu vida, Ergasto.

—Que me place —dijo él—. Y yo ayudaré tañendo.

—Oye, pues —replicó Pireno, y comenzó así:

Niño Dios, niño en Belén,  
niño en brazos de María,  
y tras esta niñería  
no tiene el cielo más bien.

—Este cinto —dijo Aminadab a los pastores— daré de buena gana al que mejor glosare esa canción.

Ofreciéronse algunos, y el primero, que fue Alfesibeo, dijo así:

Dios de inescrutable nombre  
y incircunscripto poder,  
justamente al hombre asombre  
que tan gran Dios venga a ser  
hombre para bien del hombre.  
Todos se admiran también

que juntéis tales extremos;  
mas ya que Dios hombre os ven,  
¿qué mucho que estéis, si os vemos,  
Niño Dios, niño en Belén?

Donde estáis os aguardaba  
el hombre que os tiene ya,  
que ya Belén esperaba  
su Capitán, y en Judá  
no la menor se llamaba.  
Pues si de veros el día  
llegó por vuestra piedad,  
¿adónde mejor podía  
que, con tan pura humildad,  
en los brazos de María?

Solíades vos hacer  
obras de fuerte varón  
mostrando vuestro poder;  
mas ya niñerías son:  
tan niño debéis de ser.  
¿Qué ha de decir quien os vía  
con brazos tan rigurosos,  
si envueltos los vee este día  
tras tantos hechos famosos  
y tras esta niñería?

Mas dirá ¿quién ha mostrado  
más grandeza en ser pequeño,  
que en cuanto tenéis criado,  
pues a cuanto os llama dueño  
hoy os habéis sujetado?  
Daisle en daros cuanto ven  
los cielos, para que asombre  
que no queda qué le den;  
porque en dándoos Vós al hombre  
no tiene el cielo más bien.

No había puesto fin a estos versos Alfesibeo, cuando Pireno comenzó así:

Dejome Adán un deseo,  
herencia de sus engaños,  
que ya cumplido le veo  
pasados cuatro mil años:

tantos ha que le deseo.  
Mas si fue de que me den  
a Dios hombre por mi bien,  
¿qué tengo de desear,  
después que os venga a mirar,  
Niño Dios, niño en Belén?

Mas si podéis reprimir  
el llorar y el suspirar,  
no nos deis más que sentir.  
Aunque de veros llorar  
hacéis al hombre reír;  
porque nos causa alegría,  
puesto que el amor porfía  
que calentura tenéis,  
que della el frío paséis,  
Niño, en brazos de María.

Que al amor obedezcáis  
en cualquier cosa que os mande,  
grandeza, Señor, mostráis;  
pero haced cosas de grande,  
ya que como grande amáis.  
Porque si Vós este día  
lloráis, que el aire os enfría,  
¿qué os queda que hacer, Señor,  
después de tan grande amor  
y tras esta niñería?

Bien podéis ya contentaros,  
aunque pienso que lo estáis,  
hombre mortal, y alegraros,  
pues ni hay más que a Dios pidáis  
ni Dios tiene más qué daros.  
Ya le tenéis en Belén,  
¿qué queréis, hombre, que os den?  
Aquí todo el bien se encierra;  
todo el bien tiene la tierra,  
no tiene el cielo más bien.

En acabando estos versos Pireno con aplauso de todos, «Oíd la mía», dijo Llorente (no tan rústico cuanto de simples entrañas), y prosiguió desta suerte:

Como es tanta la grandeza  
de ese poder celestial,  
admira nuestra rudeza,  
que vuestro ser inmortal  
cubra la humana corteza;  
que puesto, Señor, que os ven  
Dios hombre por nuestro bien  
y vuestra piedad admiran,  
es mucho más cuando os miran  
Niño Dios, niño en Belén.

En los brazos de una Estrella,  
tierno Sol, os mira el hombre;  
que habiendo de nacer della  
y tomar del hombre el nombre,  
fue la más pura y más bella.  
Allí os mira, y ella os cría,  
porque llegado este día  
en que mereció teneros,  
claro está que había de veros  
Niño en brazos de María.

Niño amáis, niño sentís,  
niño en humildes pañales  
el yelo, el aire sufrís,  
y hacéis niñerías tales  
que lloráis, Niño, y reís.  
Niño hacéis la noche día,  
Niño mostráis alegría,  
Niño el cielo suspendéis  
tras esto que padecéis  
y tras esta niñería.

Es vuestra cara divina  
cristal para el ser que en Vós  
no se entiende, y se imagina  
que es no menos que de Dios  
vuestra hermosura cortina.  
En una cesta Moisés  
tuvo hermosura también,  
Vós en esa cuna tal,  
que haciendo cielo el portal,  
no tiene el cielo más bien.

Pareciéndole a Aminadab que ninguno de los tres merecía quedar sin premio, dio el cinto a Alfesibeo, el zurrón a Pireno y una cinta de cuero de lobo, herrada y tachonada, a manera de tahelí, a Llorente. La grito de los pastores, el regocijo de los ganados, las luces en el cielo, la primavera en la tierra, la mudanza del tiempo, las peregrinas impresiones del aire, con todas las demás obras extraordinarias y raras que aquella dichosa noche habían sacado a la naturaleza de su paso, alborotaron de manera los animales nocivos de aquella selva, que como pudieran andar por el infernal fuego los dañados espíritus, ellos andaban confusos por la nieve, pareciendo a los pastores los fugitivos lobos una figura y diseño del temor que tenían los que persiguen el ganado de las almas. Atravesó uno a la sazón de nunca vista grandeza, tan deslumbrado de los celestiales fuegos y tan corrido de los perros de las vecinas cabañas, que por guardarse del mayor peligro dio en medio de ellos. Los pastores entonces con notable alegría, estallando las hondas solas (porque en aquella ocasión antes hallaran flores que piedras), le fueron persiguiendo: cuál le tiraba el cayado; cuál por atajarle se metía hasta la rodilla en los arroyos, que la yerba espesa de la margen de improviso había cubierto; cuál estampándose en la nieve de la súbita caída, daba temor al lobo y a los pastores risa, y cuál iba diciendo a grandes voces: «¡Huid, fieros ladrones de las inocentes ovejuelas, que ya ha venido al monte aquel deseado Pastor que con más cierta honda que la del hijo de Isaí ha de postrar al suelo los filisteos lobos!». La codicia de los pastores detuvo la soledad de las zagalas, y por no desampararlas descortésmente ni que sus padres las viesan volver solas, dejaron la empresa, dando lugar al lobo, no para que se fuese, mas para que de lo alto de unos riscos se precipitase a un río.

Cuando se hubieron sosegado dijo Aminadab a Pireno que le parecía sujeto a propósito para que aquellos pastores le aplicasen al dueño de aquel miedo. Y pareciéndoles lo mismo a todos, prosiguieron el camino cantando así:

PIRENO:

Huid, lobos crueles, que ha venido  
el divino Pastor a la montaña,  
a nuestros mayores prometido  
con palabra de Dios, que nunca engaña.  
Huid, huid, que puesto que ha nacido  
en pajas de una mísera cabaña,  
será tan fuerte que por Él Judea  
sus ganados pacíficos posea.

NISEIDA:

Sus ganados pacíficos posea  
de Dan a Bersabé toda montaña,  
y cuantos prados el Jordán pasea,  
hasta que en roja sal sus plantas baña.  
Los extremos que el Líbano hermosea  
y de olorosos cedros acompaña  
ya no teman león ni tigre fiero:  
huyendo van los lobos del Cordero,



ERGASTO:

Huyendo van los lobos del Cordero,  
como saben que viene a desterrallos  
el Pastor de Belén, el verdadero  
mayoral poderoso a derriballos.  
No sólo de los perros del apero,  
mas de la voz de los despiertos gallos  
huirán cobardes, y en estampa breve  
sus pies conoceremos en la nieve.

ALFESIBEO:

Sus pies conoceremos en la nieve,  
y su cueva sacando por la estampa,  
tendrá su atrevimiento lo que debe  
en lazo oculto de engañosa trampa.  
Ya el Justo, ya el Pastor el cielo llueve  
y del rigor la tempestad escampa;  
ya influyen vida sus piadosos ojos,  
ya el arco puso paz en sus enojos.

DOSITEA:

Ya el arco puso paz en sus enojos  
de solas dos colores matizado,  
dando a su blanco amor nuestros despojos,  
con que sale vestido de encarnado.  
Flores produce el campo en vez de abrojos,  
retozan los corderos en el prado,  
los montes saltan, y las claras fuentes  
instrumentos hicieron sus corrientes.

AMINADAB:

Instrumentos hicieron sus corrientes  
las aguas que a los valles descendían  
desde las sierras altas eminentes  
que en otra edad de lágrimas servían,  
sobre cuyas espaldas hacen puentes  
los sauces y los plátanos que crían,  
que viéndose vestir de tantos modos,  
besan el agua por mirarse todos.

LUCELA:

Besan el agua por mirarse todos,  
con tantas flores y hermosura tanta,  
que saltando en sus ramas de mil modos  
el villano de Libia en ellas canta.  
Ya desde los egipcios a los godos,  
y desde el Tíbre a la ribera santa  
del sagrado Jordán, la paz, que espera,  
anticipó la dulce primavera.

FABIO:

Anticipó la dulce primavera  
un nuevo Sol por el diciembre helado,  
haciendo de carámbanos su esfera,  
¿quién vio fuego en el yelo y sol nevado?  
Los signos en que agora reverbera  
son una Virgen y su Esposo amado;  
aquí comienza el año, y se desvía  
de aquel León en que otro tiempo ardía.

ELIFILA:

De aquel León en que otro tiempo ardía  
al signo se ha mudado del Cordero,  
Aries divino en que comienza el día  
que vio Abrahán nuestro pastor primero,  
cuya santa inmortal genealogía  
alcanzará del mundo lo postrero,  
porque ha de ser entre sus luces bellas  
su descendencia igual a las estrellas.

EL RÚSTICO:

Su descendencia igual a las estrellas  
dio aqueste Sol y este Pastor hermoso  
muerte del lobo, que tres partes dellas  
trujo tras sí del cerco luminoso.  
¡Dichoso quien besó las plantas bellas  
y vio con una faja el poderoso  
brazo de Dios atado y detenido,  
bañando ofensas en eterno olvido!

PALMIRA:

Bañando ofensas en eterno olvido  
está con unas lágrimas suaves,  
indicios de la muerte, aunque ha venido  
para quitarle las antiguas llaves.  
Mas llora con tal gracia, que han tenido  
causa en sus ecos las celestes aves  
para cantar que con humanos velos  
está en la tierra el libro de los Cielos,

NECTALVO:

Está en la tierra el libro de los Cielos  
cerrado agora, y tan abierto un día,  
que llorarán rompiéndose los velos  
de cielo y tierra para gloria mía.  
Montañas de Belén, corred los yelos  
líquidos ya de su cadena fría,  
distilen miel los árboles sombríos,  
cándida leche correrán los ríos.

ROSARDA:

Cándida leche correrán los ríos  
y miel darán los duros alcornoques,  
para que cobre Emanuel sus bríos  
y contra el lobo su deidad invoques.  
Alégrate, ¡oh Tabor!, cuando con fríos  
mármoles sus divinas plantas toques,  
que allí con el humor que se le debe  
sus vestiduras vencerán tu nieve.

ELISIO:

Sus vestiduras vencerán tu nieve,  
y tus flores, Carmelo, su hermosura,  
tu grana, Tiro, en púrpura más breve,  
de dos claveles en la sangre pura.  
¡Huid, lobos, huid!, que si se atreve  
la presa vil de vuestra boca oscura,  
piedra ha nacido que al alzar la honda  
no ha de quedar león que no se asconda.

Con esto alegres y regocijados, preguntando y respondiendo satisfacían a las preguntas de los pastores, mayormente a Mahol, padre de Palmira, y a Joaquimo el de Damón y Elifila, que a la novedad bajaban de sus cabañas, a quien Ergasto y Pireno juntos cantaron así:

Un reloj he visto, Andrés,  
que sin verse rueda alguna  
en el suelo da la una,  
siendo en el cielo las tres.

¡Oh, qué bien has acertado,  
porque de las Tres del cielo  
hoy la Segunda en el suelo  
para bien del hombre ha dado!

Con las ruedas que no ves  
(porque está secreta alguna),  
en el suelo da la Una,  
siendo en el cielo las Tres.

Este reloj que sustenta  
cielo y tierra, es tan sutil,  
que con dar una, da mil  
mercedes a quien las cuenta.

Cuenta las horas, Andrés,  
y di sin errar ninguna,  
que en el suelo da la Una,  
siendo en el cielo las Tres.

En tanto que los pastores suspendían las selvas, las fuentes y los montes con su apacible canto, Feniso y Pireno habían determinado que, a contemplación del santísimo Niño desnudo sobre las pajas de aquel dichoso pesebre, se entretuviesen los pastores en el juego del soldado, que les pareció muy a propósito de su desnudez y frío, y de la valentía con que venía, no de la guerra, sino del reino de la paz a la guerra del mundo (si bien no había en su reino faltado guerra, pues entre sus Ángeles fue tan sangrienta en el principio de su creación y vencida por los méritos suyos y en virtud de la sangre que tantos años después había de derramar por los hombres). No fue difícil de concertar el juego, por la noticia que dél tenían todos, y así, fueron eligiendo las colores con grande regocijo los que como más diestros se ofrecieron y más amor y devoción mostraron.

—Yo visto a este soldado valeroso que yace desnudo en aquel pesebre —dijo Aminadab— de color encarnado, que pienso que es la que agora le ha venido más a propósito.

—Esa color —dijo Finarda— es del paño limpio de aquella Virgen sin mancha original, aunque de la tela de Adán, de quien cuantos nacieron la sacaron, escepta la que había de vestir al mismo Autor de la naturaleza. Lo encarnado significa humanidad, aunque allá los amantes engañados de las vanas hermosuras de la tierra quieren que por ese color se entienda la crueldad, que no sé yo por dónde se le aplica. Mas yo quiero, antes que estos pastores me ganen por la mano, vestir de azul a este desnudo Capitán de Belén que viene de las entrañas de María vestido de humanidad. A lo azul se aplican los celos. Tampoco sé la causa, más de parecerse *celos* a *cielos*, porque nunca he visto que los celosos el día que enferman desta pena se pongan azules, como los que tienen vergüenza colorados; blancos, los coléricos; los temerosos, amarillos, y los que caminan con el sol, pardos o negros.

—¿No has oído —dijo entonces el Rústico—, Finarda hermosa, que amor es fuego?

—¿Quién —dijo la pastora— no lo sabe, por dicha con experiencia, y por desdicha con celos?

—Pues has de saber —replicó el Rústico— que dijo cierto filósofo, de los más antiguos que tuvo Grecia, que, andando Amor a buscar materia en que conservase su fuego en la tierra, por no andar subiendo a la parte elemental, donde dicen que eternamente vive, halló en unas minas de plata la piedra azufre. Pareciose al Amor que no sería fuera de propósito tener su fuego donde nacía la plata. Y él se debió de entender en esto, si era, como os digo, Amor humano, porque como Venus su madre sin Baco y Ceres se resfría, así el amor de las cosas de la tierra sin plata, quiero decir, sin interés se yela. Tomó, pues, la piedra que os digo, y hiriéndola con la punta de una flecha, ascondiose luego. Salió la llama del azufre, que tantas veces habéis visto azul y amarilla; y como el rapaz vio llamas azules entre llamas amarillas, dijo: «En lo amarillo quede mi amor y en lo azul mis celos», y desde entonces los amantes le han dado este nombre, y se visten desta color cuando quieren significar sus celos.

—Notable fábula —dijo Alfesibeo— has inventado, Rústico, y de improviso. Gracias a tu ingenio, y no al Filósofo; que bien sabemos que no lo escribió ninguno.

—¿De qué de cosas —dijo Pireno— han sido inventores los filósofos antiguos que no les ha pasado por el pensamiento!

—Los libros —replicó Fabio— están llenos de ese género de sentencias que les atribuyen. Porque luego veréis: «Esto dijo Mirtilo, Anaxágoras, Calímaco Platónico y Aristigi-

tón Gramático», y es el mismo que lo escribe; que por dar autoridad a su sentencia la pone en nombre del filósofo imaginado.

—No yerran en eso —dijo Aminadab—, porque muchas se celebran de los antiguos que a mí no se me diera nada por haberlas dicho, y la calificación de su antigüedad las tiene en alta veneración, habiendo tantas de los modernos que les hacen infinita ventaja. Mas no se nos vaya el juego de las manos con estas digresiones, sino prosiga Pireno con la color que toma.

—Yo visto este peregrino del cielo y soldado de la tierra —dijo el pastor— de blanco, que significa entre nosotros castidad, y en Él la divinidad, que con el velo encarnado viene cubierta.

—Y yo —prosiguió Dositea— le visto de pardo, que significa trabajo, pues Él tiene dicho que desde su juventud se quiere ejercitar en ellos, como se ve tan claro, pues desde el instante que nace, padece.

—Yo querría vestirle —dijo Elisio— de color de plata; pero hanme dicho que significa desgracia, y no viene a propósito, siendo la gracia suya y la desgracia mía.

—No aciertan en eso, como en otras cosas —dijo el Rústico—, los galanes autores de esos colores y significaciones, porque no hay desgracia que la plata no encubra, y así, no fue discreción darle ese nombre.

—No tienes razón —respondió Palmira—; que antes de los efectos, o propios o extraños o contrarios, se suele dar a las cosas, como a la espada cruel, porque mata; al fuego licencioso, porque no respeta, y al oro vitoria, porque lo vence todo. Y así, la plata se puede llamar desgracia a contrario sentido, por las que remedia o porque no la puede haber mayor que no tenerla.

—No quiero —dijo Elisio— dar color de metal a este vestido de mi Jesús desnudo, porque me acuerdo agora que es contra las leyes de armería metal sobre metal; y siendo este Niño de oro, no le puede venir bien el vestido de plata.

—Dos cuarteles —dijo Aminadab— tiene este divino escudo de armas del cielo, pastores: la Divinidad está en campo de oro, con el divino Verbo, y la Humanidad, en campo de golos<sup>134</sup> de su santísima sangre, con el cordero blanco, muerto desde el principio del mundo. No cabe plata en ley de armería, como dice Elisio.

Alegráronse los pastores deste discurso; pero más se alegraran si supieran que se podía añadir una hostia de plata a los dos cuarteles de aquellas divinas armas en campo de amor y caridad soberana, donde quiso quedarse por los hombres. Elisio finalmente dijo:

—Yo le visto de verde, que significa esperanza, porque lo ha sido de las gentes, aunque ya cumplida con la palabra dada los pasados siglos a nuestros padres.

—Y yo —prosiguió Niseida—, de color de malva, que es un morado claro que llaman por otro nombre carne de doncella, pues a nadie le viene ni puede venir como a este soldado Niño que tantas faltas nuestras ha soldado, pues la carne que tiene es de doncella, antes, entonces, y después y para siempre.

—Y yo —dijo Damón—, de púrpura, que significa sangre, que, según las profecías, algún día preguntarán los Cielos: «¿Quién es aqueste que viene de Edón teñidas en sangre las vestiduras?».

134.- Gules.

—Por alegrar esa tristeza que nos has dado —dijo Rosarda a Damón—, le quiero vestir de colorado, que significa alegría.

—Y yo de amarillo —dijo Nectalvo—, que es símbolo del amor y de la caridad, fuego con que templó el frío que padece.

—Mira, Nectalvo —dijo Elifila—, que lo morado dicen que significa amor.

—Eso también —respondió Nectalvo— es por lo que viene con el nombre, porque amor y morado se parecen; pero la verdadera color del amor es la de la caridad, y la de la caridad el fuego, que todo es uno.

—Quería yo tomar morado —dijo Elifila.

—Bien puedes —replicó Nectalvo—. Y créeme que significa tormento. Si no, míralo por las señales que dejan azotes, golpes, cardenales y otras penas, dolores y llagas; de que este niño tendrá tantas, que sola su consideración en esta alegría me trae las lágrimas a los ojos.

—Dicho está —dijo Elisio— que desde la planta de su pie hasta el último cabello de su cabeza no habrá cosa en Él que se vea sana. Bien puedes tomar lo morado, por lo que Nectalvo dice y por lo que viene a propósito.

—Pues yo elijo esa color —dijo Elifila—. Aunque me pesa de traerle a la memoria ese tormento en tiempo que yo quisiera poder consolarle de los que pasa.

—La color —propuso, entonces Ergasto— de que yo visto, pastores, este solícito Pastor desnudo es negro, que significa muerte. Y perdonadme, que como casi me habéis dejado tan pocas, he tomado en el fin la que lo es de todo; demás que este Niño a eso viene por mí y por el mundo. Lo negro también es señal de entierro; y aunque su sepulcro ha de ser glorioso, no es fuera de este asunto, pues se podrá ofrecer en el discurso del juego para tratar de aquella claridad con que saldrá vitorioso de la muerte.

—Leonado —dijo entonces Lucela— se os ha olvidado, que también es congoja. No sé para qué queréis tantas cosas tristes; mas si gustáis que yo la tenga, con ella tendréis doce colores y podréis poner principio al juego.

—No te aflijas —le replicó Aminadab—, discreta Lucela, de todas estas colores que significan penas; que yo te juro que dellas salgan tantas glorias, y este soberano soldado tan vitorioso dellas, que todo resulte en mayor triunfo suyo. Y para más memoria de nuestras obligaciones y agradecimiento, nombrad al Rústico, pues no ha tomado color, por juez y maestro del juego, y démosle dichoso principio.

Esto pareció a todos bien, y advertidos de las colores y significaciones, el Rústico, ya grave como el oficio requería, comenzó así:

—Pastores de Belén, hijos y descendientes de aquellos antiguos pastores y patriarcas que tanto desearon ver este día: sabed, como lo sabéis, que ha venido un pastor soldado a la tierra, y sea mil veces bien venido a la tierra, tan desnudo y tan pobre que apenas tiene su Madre en qué envolverle. Él está en un portalico echado desde anoche; sed servidos de vestirle aunque Él es el que ha de ser servido, que no es mucho que sirvan los hombres a quien tiemblan los Ángeles. Mirad cómo está temblando al frío, tan peregrino, desnudo y pobre, siendo la riqueza del cielo, la gloria de su Padre y el remedio de la tierra después que se vistió de este velo humano.

—Encarnado —respondió Aminadab; y luego dijo el Rústico:

—¡Qué mayor lastima puede ser que ver, pastores, al mayor Señor del cielo reducido, por amar al hombre, a tanta bajeza y necesidad!

—Amarillo —respondió Nectalvo; y luego el Rústico:

—Pues si le vistes de color tan encendido y abrasado sobre lo blanco de su divinidad, claro está que le acuchillarán ese raso, por donde después se conozca y crea.

—Divinidad y blanco —respondió Pireno; y añadió el Rústico:

—¡Oh, cuántos tormentos ha de pasar en la guerra este soldado! ¡Qué de congojas ha de tener! ¡Qué de sangre le ha de costar, y qué muerte tan cruel, aunque para nosotros tan gloriosa!

—Morado —dijo Elifila; «leonado», Lucela; Damón, «púrpura», y Ergasto, «negro». Mas porque les pareció que se había tardado Elifila, la sentenció el Rústico a que cantase; y ella después de haberse disculpado, comenzó así:

Una Niña y un Niño  
vengo de ver,  
que Dios ve con ellos  
todo cuanto ve.

De catorce años  
vi yo una Niña,  
y un Niño divino  
de sólo un día  
(aunque en sí otra vida  
sin principio tiene),  
que a quien verlos puede  
no queda qué ver,  
que Dios ve con ellos  
todo cuanto ve.

En sus ojos santos  
por niñas los tiene,  
y con ellos mira  
cuanto puede y quiere.  
¡Dichoso mil veces  
quien verlos merezca  
con tanta belleza,  
luz, gloria y poder,  
que Dios ve con ellos  
todo cuanto ve!

—¡Qué no debemos —prosiguió el Rústico— a este divino soldado a quien tan bien le viene este nombre, pues es Sol de justicia, y dado a nosotros haciéndose, de palabra de su Eterno Padre, carne de una doncella!

Muy aprisa dijo Niseida entonces:

—Color de malva—; y el Rústico prosiguió con la misma:



—Cumplió nuestras esperanzas y vino nuestra salud, como lo había prometido a nuestros padres Abrahán, Jacob y David, y llegó el día de nuestra alegría y redención.

Ya miraban con risa los pastores a Elisio y a Rosarda, y ellos muy vergonzosos, decían a un tiempo *Verde y colorado* cuando el Rústico, sin admitir disculpa, los condenó a que dijese dos epigramas a la salud que la Virgen trujo al mundo, pues hablando en la misma, no respondieron, y ellos dijeron así:

ELISIO:

De la salutación que el Ángel santo  
os hizo tan suave y amorosa  
procedió la salud, Virgen hermosa,  
que nuestra enfermedad remedió tanto.

Para hacer un compuesto sacrosanto,  
púsose el *Ave* en la virgínea rosa  
hipostática<sup>135</sup> unión maravillosa,  
del hombre gloria y del Infierno espanto.

Epítima<sup>136</sup> de rosa y azucena,  
agua pura de zarza sin espina,  
nuestro veneno original deshace.

Sois de salud, como de gracia llena,  
débase a vos la humana y la divina,  
pues Dios es la salud y de vos nace.

ROSARDA:

La esposa enferma, de su amor quejosa,  
manzanas pide por remedio y flores,  
y el alma con dulcísimos amores  
en lo que ha de pedir está dudosa.

La enfermedad, no sólo peligrosa  
en Eva, sino en tantos sucesores,  
por las manzanas mira, y por mejores  
juzga las flores que pidió la esposa.

Dos Evas tuvo el mundo; la primera  
pidió manzanas; flores la segunda  
de la vara que alzó del mundo el luto.

Virgen, en vuestro fruto el alma espera:  
Cristo es el fruto y de esa flor redonda,  
sin Cristo no hay salud, sin flor no hay fruto.

—Celebrado habéis dignamente —dijo Llorente el Rústico—, pastores, la salud que desta divina Reina de los cielos vino a la tierra. Ella os premie con su intercesión el vivo afecto de vuestras almas, la dulzura de vuestras voces y el armonía de vuestros versos.

135.- Conjunción de dos naturalezas.

136.- Emplasto,

Pero, volviendo al soldado que en aquella humilde posada está hecho agora blanco de las inclemencias del cielo...

—Divinidad —dijo Pireno cuidadoso; y prosiguió el Rústico:

—Sabed, pastores, que tenemos notables profecías desta venida suya como cordero manso; no como león airado, cuando era Dios de los ejércitos celoso.

—Azul —dijo a estas palabras Finarda, y mesurado el Rústico, prosiguió luego:

—Unas nos cuentan sus trabajos...

—Pardo —dijo Dositea—; y el pastor acudió solícito diciendo:

—Otras nos escriben sus hazañas y otras sus triunfos, porque su humanidad divina después de tantas penas y tormentos será coronada de gloria y esaltada sobre los coros de los Ángeles asentada a la diestra de su increado Padre.

Cuando Aminadab y Elifila respondieron *encarnado* y *morado* ya los pastores los acusaban juntos, y ellos rendidos al arbitrio del juez, se prevenían, humildes, al castigo. Condenolos Llorente a que cantasen, y rogando Aminadab a Elifila que le tañese, para que, como habían sido cómplices en la culpa lo fuesen en la pena, comenzó así:

En el trono de safir,<sup>137</sup>  
 electro y fuego admirable,  
 que baje su Hijo al mundo  
 decreta el Eterno Padre.  
 Diciende el Hijo divino,  
 hecha la palabra carne  
 en el claustro de María,  
 virgen siempre y virgen Madre.  
 Nace Dios hombre en la tierra,  
 y en tanta pobreza nace,  
 que apenas su Madre tiene  
 para envolverle pañales.  
 ¿Quién oyó, zagales,  
 desperdicios tales,  
 pues tan ricas perlas  
 entre pajas nacen?  
 Como los Ángeles cantan  
 paz a los hombres mortales,  
 a Belén van los pastores  
 a ver quien hizo las paces.  
 Hallan un divino viejo,  
 casto y virgen como un Ángel,  
 y una Niña que no tiene  
 catorce años cabales.  
 Y luego la diferencia  
 miran de los dos Adanes:

137.— Por 'zafiro'.

uno perdido por fruta  
 y otra fruto de tal Madre.  
 ¿Quién oyó, zagales,  
 venturas iguales,  
 que a quien pierde fruta  
 el fruto le gane?  
 Miran el Niño divino  
 en los brazos celestiales  
 de la Emperatriz del cielo,  
 allí virgen, después y antes.  
 Que es sombra con Él la nieve,  
 y el marfil, negro azabache,  
 y que parece su cuello  
 coluna de leche y sangre.  
 Los granates y claveles,  
 como en los pesebres nacen,  
 en las pajas los claveles,  
 y en la tierra los granates.  
 Y viendo juntos en Él  
 púrpura, nieve y corales,  
 cantó Pascual al psalterio  
 por que todos le ayudasen.  
 P. ¡Albricias, zagales!  
 R. ¿De qué tan alegre vienes?  
 P. De haber hallado los bienes  
 y haber perdido los males.  
 Zagalejos y pastores,  
 de aqueste Niño de flores  
 coronad la rubias sienas,  
 pues es quien trujo los bienes  
 y quien nos quita los males.  
 Hacelde, hermosas zagalas,  
 mantillas de vuestras galas  
 y amor de vuestros desdenes,  
 pues es quien trujo los bienes  
 y quien nos quita los males.

—¿Cómo dijiste que no tiene esta santísima Señora catorce años —replicó Frondoso al pastor en los últimos ecos de su canto—, siendo opinión de muchos que los tiene cumplidos; y tres meses y más, como ya lo he oído en algunas de estas canciones?

—Porque lo uno y lo otro —respondió Aminadab— dicen los pastores de Nazaret, y como es tan regalada cosa llamarla *niña* para significar su pureza, que parece que el alma se deleita más con este nombre, no te espantes que no haya sido tan puntual en el preciso tiempo como suave en la armonía de los versos. Bien habéis todos visto con

vuestros dichosos ojos lo que parece esta Niña madre y virgen con aquel divinísimo Niño que como sale el olor del lirio quedándose las hojas tan puras como lo estaban antes, con la misma suavidad salió de sus entrañas purísimas. Pues ¿de qué otra suerte la llamaréis más regaladamente, si os acordáis de aquellos cabellos como el Sol, de aquel rostro hermosísimo, espejo de los Ángeles, de aquellos ojos suaves, de aquella boca amorosa y de aquellas manos de marfil transparente, y toda ella desde los cabellos a los pies benditos hecha un cielo abreviado?

—Tienes razón —respondió Elifila—, y es tan regalado título para esta Virgen, que yo pienso imitarte en mi canción diciendo así:

La Niña a quien dijo el Ángel,  
que estaba de gracia llena  
cuando de ser de Dios madre  
le trujo tan altas nuevas,  
ya le mira en un pesebre  
llorando lágrimas tiernas,  
que obligándose a ser hombre  
también se obliga a sus penas.

¿Qué tenéis, dulce Jesús?  
(le dice la Niña bella).  
¿Tan presto sentís, mis ojos,  
el dolor de mi pobreza?  
Yo no tengo otros palacios  
en que recebiros pueda,  
sino mis brazos y pechos,  
que os regalan y sustentan.  
No puedo más, amor mío,  
porque si yo más pudiera,  
Vós sabéis que vuestros cielos  
envidiaran mi riqueza.  
El Niño recién nacido  
no mueve la pura lengua  
(aunque es la sabiduría  
de su Eterno Padre inmensa);  
mas, revelándole a el alma  
de la Virgen la respuesta,  
cubrió de sueño en sus brazos  
blandamente sus estrellas.  
Ella entonces desatando  
la voz regalada y tierna,  
así tuvo a su armonía  
la de los cielos suspena:

Pues andáis en las palmas,  
    Ángeles santos,  
    que se duerme mi Niño,  
    tened los ramos.

Palmas de Belén,  
    que mueven airados  
    los furiosos vientos  
    que suenan tanto,  
    no le hagáis ruido,  
    corred más paso;  
    que se duerme mi Niño:  
    tened los ramos.

El Niño divino,  
    que está cansado  
    de llorar en la tierra,  
    por su descanso  
    sosegar quiere un poco  
    del tierno llanto;  
    que se duerme mi Niño,  
    tened los ramos.

Rigurosos yelos  
    le están cercando,  
    ya veis que no tengo  
    con qué guardarlo.  
    Ángeles divinos  
    que vais volando,  
    que se duerme mi Niño,  
    tened los ramos.

Ya estaban a las puertas de las cabañas cuando Elifila con suave melodía puso fin a su canto. Despidiéronse de los pastores, alegres todos de haber visto la pura Virgen, el santo Niño y el casto Esposo. ¡Dichosos infinitas veces los ojos que tanta gloria merecieron, los pastores que le adoraron y le ofrecieron sus pobres dones! ¡Ay Dios, quién hubiera sido alguno dellos! Allí sosegaron finalmente los pastores, después de haber satisfecho a las preguntas de todo el valle.

Quedó la pura Virgen con su Hijo santísimo en los brazos, tan rica como el cielo; el casto Esposo, sirviéndola, y los Ángeles envidiándole. Todas las cosas que los pastores dijeron en el portal conservaba en su pecho la divina puerta de Ezequiel: ejemplo claro para que no nos dedignemos de aprender de los humildes en la Virgen, y para que, imitando estos pastores, pasemos a Jerusalén a ver nuestro Rey David y dejando las vanidades deste mundo entremos en Belén, esto es: la Católica Iglesia, casa de pan de nuestras almas. Vamos, en fin, a hallar a este Señor en tanta miseria y pobreza por nosotros, aunque vestido de tanta castidad, integridad y justicia, puesto allí para sustento de nuestras almas y viático de nuestra peregrinación, para que, habiéndole visto, le alabe-

mos y, alabándole, divulguemos tan dulce día y con la Virgen conservemos en nuestras almas un bien tan grande, conferiendo por la contemplación la causa de nuestra salud y los estupendos consejos de Dios.

Virgen, pura azucena, lirio en valle,  
cándida y limpiamente concebida;  
Virgen donde se mide el sin medida,  
preciosa cinta a su divino talle;  
jardín donde no hay flor que no se halle  
de las virtudes de que estáis vestida;  
árbol en cuya planta esclarecida  
la sierpe antigua para siempre calle.  
Si Dios se cifra en Vós, ¿qué puede hallarse  
para escelencia vuestra, si ésta escede  
tanto, que a Dios no deja en qué alargarse?  
Cuánto Él puede, y Vós sois aquí se quede;  
que como Dios no puede mejorarse,  
ansí de Madre mejorar no puede.

FIN DEL TERCERO LIBRO



## LIBRO CUARTO

**D**IOS Eterno, óptimo, máximo, crio al principio el cielo y la tierra, esto es, la espiritual y corporal naturaleza y todas las cosas que para su ornato pertenecieron, y, últimamente, al hombre: simulacro sensible y inteligente, que ninguna cosa puede ser más perfecta. Criólas en seis días (en los cuales quieren algunos que sean representados seis mil años de duración del mundo). El día séptimo, en que descansó de tan heroicas obras, se llamó *sábado*, que, en la lengua hebrea, del número tomó el nombre, y de aquí el número septenario es el más lleno y legítimo. Acerca de su fin hay grandes opiniones.

Por consejo de la engañosa sierpe, que cayó del cielo por su soberbia (porque habiendo conocido que el Hijo de Dios había de encarnar tomando la humana naturaleza, la cual después unida al Verbo, había de ser esaltada sobre todos los coros de los Ángeles y colocada a la diestra del Eterno Padre, y que este hombre así unido sería Dios y adorado de todos ellos) después de acabada aquella estupenda guerra, aquel lucero de la mañana (nombre que como burlándose dél le da Esaiás), aquel que Ezequiel llama bello en sus ramos, amenísimo en sus hojas, y *Querub* (que se interpreta *plenitud de ciencia*), Adán y Eva nuestros primeros padres violaron el precepto de Dios, dado para ejercitar su fe y obediencia. Por esto fueron echados del Paraíso y entregados a la muerte, al pecado y al Demonio, con toda su posteridad, dejándonos aquella máxima de que todos pecamos en Adán, escepta aquella serenísima Princesa de cuya carne intacta había de vestirse el mismo Dios para conversar entre los hombres y para que viésemos su gloria; gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Vio la mujer que el blanco y rojo fruto  
 del árbol de que Dios le había privado,  
 al gusto y a la vista daba agrado  
 que nos cubrió después de eterno luto.  
 Diola a su esposo: original tributo  
 a que el mundo dejaron obligado;  
 mar que sola una Virgen le ha pasado,  
 con libre planta y pie divino enjuto.  
 Tuvo en Eva principio nuestra culpa,  
 en Adán la disculpa; que inocente,  
 a su mujer de aquel engaño culpa.



Vengose de su envidia la serpiente,  
 mas trujo otra mujer tanta disculpa,  
 que con la planta le rompió la frente.

Teniendo el soberano Artífice del hombre misericordia del error de nuestra humana miseria, y habiendo salido aquel divino decreto de la sacrosanta junta de la misericordia y justicia en que se había de dar aquel Cordero que pedía Esaías, Señor de la tierra, determinada esta consulta con palabra de Dios (de cuyas promesas nos dieron siempre tan ciertas seguridades, y de quien tan grande la tuvo el mundo, los profetas y santos patriarcas, que Ageo le llamó el Deseado, y Jacob la Esperanza de las gentes), fue prometido Cristo para que de esta sierpe rompiese la cabeza, deshiciese el reino y acabase la potestad y nosotros fuésemos absueltos del pecado, esentos de la muerte y libres del Demonio. Esta es la primera fuente del Evangelio, esta es la promesa de Dios que con tantas sombras, tantas varias figuras y tantas veces repetida, alegró a aquellos santos Padres hasta el advenimiento de Cristo.

Lloved, nubes, al Justo, aquel Eterno  
 cuya generación ninguno cuenta,  
 y en tierra virgen, de malicia esenta,  
 prodúzgale una flor pimpollo tierno.  
 Rorad<sup>138</sup>, cielos, el Verbo que *abeterno*  
 se engendra en Dios, y vive y se alimenta  
 por bien del hombre y para eterna afrenta  
 del envidioso Rey del lago Averno.  
 Baje la luz y gloria de las gentes  
 al Limbo oscuro a reparar sus daños  
 tras tantos siglos de la vida ausentes.  
 Y adviertan nuestros frágiles engaños  
 lo que enojan a Dios desobedientes,  
 pues lo estuvo de Adán cuatro mil años.

Adán de nuestra madre Eva, a quien Dios dio por mujer para perpetuar la humana generación, tuvo dos hijos: Caín y Calmana, que fue mujer de Caín. Pasados quince años nacieron Abel y Delvora. Caín por envidia mató a Abel: aquella por quien entró la muerte en el mundo y a quien llamó Jacob fiera crudelísima que devoró su hijo Josef.<sup>139</sup> En esta muerte del inocente hermano, origen y principio de la guerra y fin de la edad de oro, comenzó la primera persecución de los buenos, por el verdadero y divino culto.

Miró Dios soberano la pureza  
 del corazón de Abel, y el suyo aplica  
 al ara en que el cordero sacrifica

138.- Rociad.

139.- Génesis 37:33.

que de su aprisco fue la mejor pieza.  
 Caín armado el rostro de fiereza,  
 en vez de altar malicias edifica,  
 y la muerte en la envidia que publica,  
 asomó por el mundo la cabeza.  
 Hasta que la inocente sangre vierte,  
 la virtud de su hermano le fastidia:  
 ¡Ay dura envidia, poderosa y fuerte!  
 Mas ¿qué se espanta quien con ella lidia,  
 si la primera espada de la muerte  
 se tomó de las manos de la envidia?

Cometido este delito, el fratricida Caín, maldito de Dios, se partió de su padre y fabricó una ciudad a quien dio el nombre de Enoc, su primogénito. Sin éstos, le nacieron a Adán otros treinta hijos. Murió de novecientos y treinta años en Hebrón, ciudad de Arabia.

Aquí yace el primer padre,  
 que al mundo principio dio,  
 y aunque sin madre nació,  
 yace en brazos de su Madre.  
 Mas no es mucho que le oprima  
 por la culpa que le dan,  
 hasta que el segundo Adán  
 le quite el mármol de encima.  
 Si esto al gusto antojadizo  
 de una mujer se le debe,  
 séale la tierra leve,  
 pues de la tierra se hizo.

Set en lugar de Abel nació a su padre Adán, que era ya de ciento y treinta años; el cual después, siendo de ciento y cinco, engendró a Enós; éste de noventa engendró a Cainán, que de setenta engendró a Malalael, el cual de sesenta y cinco años engendró a Jared. Jared de ciento y sesenta y dos engendró a Enoc, que de sesenta y cinco engendró a Matusalén. Aquí los hombres, degenerando de quien eran poco a poco, se entregaron a todo deleite y bestialidad. Viendo los hijos de Dios (esto se entiende: los santos de la estirpe de Set) las bellas hijas de los hombres (esto es, los malos de la estirpe de Caín), las tomaron por sus mujeres sin alguna diferencia, y hicieron sus matrimonios con el pueblo maldito, del cual nacieron los Gigantes, hombres poderosos y infames. Enoc fue arrebatado al Paraíso, donde en cuerpo y espíritu vive con Elías hasta que el Anticristo venga. El origen de las letras se atribuye a los hijos de Set en aquellas dos columnas de ladrillo y piedra, de las cuales la que permaneció fue hallada en Siria.

Letras del alma, espejo cristalino,  
 retrato natural, clara memoria,

a quien rinden los tiempos su vitoria,  
 del muerto lengua, y voz del peregrino:  
 a vós os debe con laurel divino  
 el linaje mortal la inmortal gloria  
 que dan las ciencias, y la eterna historia  
 que a la perpetuidad halló camino.  
 Si a César, si a Alejandro hacéis famoso,  
 hoy a vuestros pacíficos efetos  
 rindan las armas su valor fogoso,  
 pues por vosotras tienen los defetos  
 castigo, y las virtudes premio honroso,  
 vida el ingenio y alma los concetos.

Mató Lamec a su ascendiente Caín escondido entre unos árboles, pensando que era fiera, por cuyo pecado setenta y siete personas de su sangre perecieron en el Diluvio. Matusalén vivió novecientos y sesenta y nueve años; engendró a Lamec, y éste a Noé (a quien los poetas, no sabiendo la generación del mundo, llamaron Cielo, Caos y Jano, origen del mundo y padre de los dioses). A los quinientos años de su edad, de Titea su mujer (que los antiguos llamaron Tierra, Arcia, Cibele y madre de los dioses) engendró a Can, Sen y Jafet, con los cuales y con sus mujeres cien años después por mandado de Dios edificó el Arca y se defendió en ella del Diluvio. Tuvo Lamec setenta y siete hijos y hijas de sus dos mujeres, Ada y Sela, porque fue el primero que introdujo la bigamia, contra el precepto de que habían de ser dos en una carne para legítimo matrimonio. De Ada nacieron Jubal y Tubal; y de Sela, Tubalcaín y Noema. Jubal inventó la música, Tubalcaín labró el yerro, Noema el lienzo, paños y vestidos, y aquí tuvieron origen las artes mecánicas.

El Diluvio fue en los años del mundo de mil y seiscientos y cincuenta y seis, donde con horrible venganza purgó la divina Justicia las corrompidas costumbres de los hombres. Desde Adán hasta Noé hay opiniones que ni llovió ni hubo invierno, sino una general templanza.

Envuelto el cielo en confusión oscura,  
 lloviendo mares de su brazo airado,  
 Dios (que basta decir Dios) enojado,  
 y que le ofende ya su misma hechura,  
 dura el enojo, y el castigo dura;  
 la luz está escondida, el Sol turbado,  
 y el hombre por los montes anegado,  
 aumenta con llorar su desventura.  
 Para el Arca en Armenia, el arco asoma,  
 coronado de paz y de alegría,  
 por la oriental ventana; el ramo toma  
 de verde oliva, en que la paz venia,  
 Noé de aquella cándida paloma,  
 y el mundo de los labios de María.

Salió Noé del Arca, enseñó la Filosofía y Astrología a sus hijos. Aumentose segunda vez el género humano. Repartioles la tierra en Asia, África y Europa. Dicen que vino con sus tres hijos a Ponto<sup>140</sup> y que enseñó a Sen la costa de Asia, desde el Tanais,<sup>141</sup> por el Bósforo, hasta el Nilo de Egipto; y a Can desde la ribera de África hasta los estrechos del Oceano y Cádiz, y a Jafet toda la costa de Europa, desde Cádiz al Tanais, y desde allí pasó a Citia.<sup>142</sup>

África adusta, que, del negro Egito  
 a las columnas de Hércules tendida,  
 te vive el mauro, el líbico, el numida,  
 desierta por tu bárbaro distrito;  
 centro del mundo en tu Salén<sup>143</sup> descrito,  
 del Tanais y del Nilo guarnecida,  
 en grandeza a las otras preferida,  
 Asia, testigo del primer delito:  
 rendid a Europa bella vasallaje.  
 Europa, donde está la policía  
 sin que reciba la razón ultraje.  
 Europa al mundo como el Sol al día,  
 que en armas vitoriosa, culta en traje,  
 los artes guarda y los ingenios cría.

Dos años después del Diluvio Sen engendró a Arfajad,<sup>144</sup> el cual de treinta y cuatro años engendró a Salé, que de treinta engendró a Heber, de quien después se llamaron los Hebreos. Éste de treinta y cuatro años engendró a Pelec. En este tiempo la tierra se dividió entre los hijos de Noé: Sen con los suyos ocupó el Asia, especialmente la parte de la Suria oriental; Can Zoroastres,<sup>145</sup> la África, Judea, Egito y Arabia; Jafet (a quien los poetas llamaron Japeto) ocupó la Europa; por esto fueron llamadas Semia, Japacia y Camesia. Sen (que fue también llamado, según algunos, Melquisedec) fundó a Salén, después y ahora Jerusalén. Decendieron dél veinte y siete generaciones. Tuvo cinco hijos, de quien procedieron diversas gentes: Elá, de quien procedieron los elamitas, príncipes de Persia; Asur, que por no revelarse contra Dios en la edificación de la torre de Babel y Nembrot huyó de la tierra de Senaar a una provincia que de su nombre llamó Asiria, donde edificó a Nínive; Arfajad, de quien vinieron los caldeos; Harán, de quien los sirios, fundó a Damasco; Lud, de quien los lidios. De Can nació Cus, de quien sucedieron los etíopes, llamados primero cuseos. De Fud su segundo hijo, se llamó Libia, región de África que comienza del Atlante, monte de Mauritania. De Mezraín vinieron los egipcios. De Cus, hijo de Can, aunque otros piensan que es el mismo, nació Nembrot, gigante. De Jafet, bendito de su padre, nació Gomer, que, viniendo a Europa, fundó los gomeritas en España, que después los grie-

140.- Mar Negro.

141.- El río Don.

142.- O Scitia.

143.- O Salem: antiguo nombre de Jerusalén.

144.- O 'Arfaxad'.

145.- Según algunos autores, Cam adoptó este nombre.

gos llamaron gálatas, cuya región se llamó Galicia. Nembrot gigante, hijo de Cus, hombre fortísimo y atrevido, instruido de Jónico, rey de Etán, edificó la torre de Babilonia, donde por castigo del Cielo se confundió la común lengua y fueron todos divididos. Deste castigo habló la Sibila en sus sagrados versos:

Hablaba el mundo en una lengua sola,  
 y para dilatar su nombre al suelo  
 hizo diseño opuesto al alto cielo  
 de una torre soberbia, y fabricola.  
 Dios descendió desde sí mismo, y viola,  
 y para confundir su injusto celo  
 cerró su oído y puso al aire un velo,  
 dióle licencia al tiempo, y derribola.  
 Y aunque esta injusta y bárbara quimera  
 fue de Nembrot soberbio atrevimiento,  
 si nuestra obligación se considera,  
 mayor torre levanta por el viento  
 y más obscura confusión espera  
 quien solo opone a Dios su pensamiento.

Peleg engendró a Reu, en cuyo tiempo Nembrot, Saturno babilónico, bisnieto de Can, dio principio a su reino. Reu engendró a Saruc, éste a Nacor. Fue entonces Belo, Jupiter segundo, rey de los asirios. De Nacor procedió Taré. Nino, tercero rey de los asirios, a honor de Belo su padre edificó un templo y le hizo estatuas y altares, de donde tuvo principio la idolatría. De Taré procedió el gran Patriarca Abrahán, Nacor, y Harán, padre de Lot. Semíramis, mujer de Nino, tuvo por su hijo el reino de los asirios. Murió Noé de novecientos y cincuenta años. Zoroastres, rey de los bactrianos (de quien se escribe que se rió en naciendo, contra la humana costumbre), inventó el arte mágica, escribió las siete Artes liberales, que puso en catorce columnas; quemole Nino sus libros. Déste nacieron los ídolos, llamándose, de la imagen de Belo y de su nombre, Beel, Baal, Bahalín, Belfegor, Beelzebub.

Abrahán por mandado de Dios salió de Ur, ciudad de los caldeos; prometiole Dios la tierra de Canaán, y juntamente la bendición de todas las gentes por su sucesión. Después, siendo de cien años, vio la horrenda ruina de Sodoma. Engendró al santo Isaac, figura de Cristo nuestro bien, de la misma edad; pero antes, en el de ochenta y seis, a Ismael de su esclava Agar. De Afer, hijo de Cetura y de Abrahán, dicen algunos que tuvo nombre África. Isaac de su mujer Rebeca tuvo a Esaú y a Jacob. Casó Esaú con Judit y Basemot, hijas de los príncipes de los cananeos. Sirvió Jacob a Labán siete años por Raquel; dióle a Lía; volvió a servirle otros siete y fue su esposa.

Con los deseos de Raquel servía  
 un nieto de Abrahán a un suegro airado,  
 llevando su esperanza y su ganado  
 de un año en otro y de uno en otro día.

Deseaba a Raquel, que hablaba y vía,  
 tan contento del mal de su cuidado,  
 que, de la posesión de Lía cansado,  
 más que el amor le atormentaba Lía.  
 Tan corto premio del engaño arguye  
 que, aunque puede mentir la confianza,  
 más estima Jacob el bien que huye,  
 y lo que espera, más que lo que alcanza;  
 que la engañosa posesión destruye  
 lo que entretiene el bien en esperanza.

Jacob, que también se llamó Israel, tuvo doce hijos. De Lía, a Rubén, Simeón, Judá, Leví, Isacar, Zabulón y Dina; de Bala su esclava, a Dan y a Neptalín;<sup>146</sup> de Raquel, al santo Josef y a Benjamín, y de Celfa a Aser. Siendo Jacob de ciento y treinta años fue a Egipto con su familia a ver a Josef su hijo, Virrey de Faraón, y después de 17 años predijo, muriendo, la venida de Cristo. Josef murió después de su padre cincuenta y cuatro años. Moisés, bisnieto de Leví, nació después de muerto Josef sesenta y cuatro años, el año del principio del mundo tres mil y quinientos y setenta y siete. Reinando Mancaleo en los asirios, y en los egipcios Amenofis, comenzó la persecución de los hebreos, pronosticando un escriba que nacería dellos quien humillaría el reino de Egipto y ensalzaria a Israel. Y en este tiempo nació Job, varon santísimo: fue su padre Zaret, y Bozra<sup>147</sup> su madre (y, según algunos, este Zaret fue de los hijos de Esaú). Muerto el patriarca Esrón y reinando en los egipcios Spareto, nació Moisés, cuatrocientos y veinte y cinco años después del nacimiento de Abrahán. Estuvo escondido tres meses, y de temor de aquella ley fue echado en una cestilla por el río, y hallado de Thamud, hija del Rey, llamose Moisés en lengua egipcia, porque *mos* es río, y *ses* salvo. Fue su mujer Séfora, vio la zarza (figura de la santísima Virgen) y, siendo de ochenta años, por mandado de Dios reprehendió a Faraón. Hizo grandes milagros con su hermano Aarón, compitiendo con los sabios egipcios. Sacó el pueblo de Israel por el Mar Bermejo, más de seiscientas millas en los desiertos de Arabia. Dio la Ley al pueblo, que duró hasta la venida de Cristo. Ordenó varias ceremonias de sacrificios por los pecados del pueblo, la razón de los matrimonios, los suplicios y la solemnidad de las fiestas. Alistó los hombres de guerra y halló más de seiscientos mil hombres, fuera de los levitas, a quien dio los cargos. Últimamente, con varios preceptos instruyó el pueblo rudo por mandado de Dios. Sucedióle Josué y murió de ciento y veinte años, cuarenta después de la salida de Egipto.

En este tiempo floreció Dardanio, primero rey de la famosa Troya, Busiris tirano, y el gran teólogo Mercurio Trimegisto. Josué por el río Jordán pasó el pueblo de Israel a la Tierra Prometida: mató treinta y tres reyes, distribuyó sus provincias, murió treinta y tres años después de Moisés. Los hebreos dejaron el verdadero culto y sirvieron a los ídolos.

En este tiempo Cadmo trujo las letras a Grecia. Comenzó el principado de los Jueces: Otoniel, primero, ocho años; Aod, llamado Ambidestro, ochenta; Barac, con Débora

146.- O 'Neftalí'

147.- Orig.: 'Boera' (244v).



Profetisa, cuarenta, y otros tantos Gedeón, varón fortísimo, que libró el pueblo hebreo de los madianitas. Abimelec, hijo de Gedeón, fue Juez tres años, y por reinar mató setenta hermanos suyos; Tola, veinte y tres años, en cuya edad fue la espigadera Rut, bisagüela de David; Jair, veinte y dos años, y después del interregno, que duró diez y ocho, sirviendo a los filisteos Jepté,<sup>148</sup> le tuvo seis años, y, constreñido de voto, mató su única hija; Absán, siete, y Elón diez, en esta edad fue la guerra de Troya; Abdón, diez y ocho años; Sansón, fortísimo, veinte; Helí Sacerdote, por cuya negligencia fue presa el Arca, cuarenta. Luego Samuel, Profeta y Juez, consagró a Saúl en rey; después del cual reinó David, a quien renovó Dios la promesa antigua de la venida de Cristo al mundo y de su reino sempiterno. Salomón fabricó el Templo, y desde Roboán su hijo le sucedieron veinte y un reyes hasta Sedequías, a quien sacaron los ojos los asirios, y destruyendo a Jerusalén y abrasando el Templo (que después fue restituido por Zorobabel con voluntad de Ciro), llevaron los hebreos a Babilonia cautivos, por quien David en voz profética dijo:

Riberas de los ríos  
de Babilonia, a descansar sentados  
pasados desvaríos,  
cautivos, afligidos y cansados,  
lloramos tiernamente  
con la memoria de Sion ausente.

Los dulces instrumentos,  
que al Dios de las batallas alabaron  
en tiempos más contentos,  
y que nuestras victorias celebraron,  
cuando presos nos vimos  
a los estraños sauces suspendimos.

Nuestros dueños por dicha,  
por su curiosidad o su venganza,  
o porque en tal desdicha  
piedad también al vencedor alcanza,  
«¡Cantad, cantad!», dijeron,  
con que más nuestras lágrimas crecieron.

Y los que conducían  
cautivos nuestros hijos y mujeres  
los himnos nos pedían  
que aumentaban allá nuestros placeres,  
y en casos tan adversos  
los cantos de Sion, los dulces versos.

Mas entonces nosotros,  
a su ruego llorando, respondimos:  
«¿Cómo queréis vosotros  
que en la cadena en que a morir venimos,



cantemos con tal pena  
versos de nuestra patria en tierra ajena?».

Si de ti me olvidare,  
dulce Jerusalén, eternamente,  
y en tu ausencia cantare  
por otro imperio, o voluntariamente,  
la mano el son olvide,  
que tal cautividad lágrimas pide.

Y si cantando diere  
indicio de que pierdo la memoria,  
en tanto que viviere,  
sacra ciudad, ausente de tu gloria,  
la lengua se me pegue  
y la garganta el respirar me niegue.

Ni es justo que se diga  
que yo tuve jamás otro contento  
entre gente enemiga;  
que, preferida a todo sentimiento,  
principio de las mías  
serán, Jerusalén, tus alegrías.

Tú en tanto, ¡oh Rey divino!,  
acuérdate y castiga al idumeo,  
que, siéndonos vecino,  
no sólo<sup>149</sup> nos valió, pero al caldeo  
dio ayuda el triste día  
que por la tierra la ciudad ponía.

Y con voz arrogante,  
mostrando en nuestro mal su injusto celo,  
diciendo iba delante:  
«Rompelda, derribalda por el suelo;  
no deje vuestra espada  
piedra en que vuelva a ser reedificada».

Tú, Babilonia fiera,  
agora triunfa; que vendrá algún día,  
cuando el Señor lo quiera,  
que pagues esta bárbara osadía.  
¡Dichoso el que lo viere  
y el Capitán que la venganza hiciere!

Y como tú a nosotros  
los hijos de los pechos de sus madres,  
los que tenéis vosotros  
os quitará mirándolo sus padres,

149.– No sólo no, se entiende.

y, asiendo sus cabellos,  
dará sobre los mármoles con ellos.

Siguiose la monarquía de los persas y medos, los Cambises, los Daríos y los Jerjes. Las de los griegos por Alejandro, y la de Roma por César setecientos y seis años después de su fundación. Sucedióle Octaviano, y nació en su imperio, estando el mundo en paz, este divino Príncipe, este supremo Emperador de los cielos y la tierra, este Niño santísimo a quien los pastores merecieron ver con su divina Madre y padre putativo en el diversorio de Belén: tanto agrada a Dios la pureza y inocencia, y tanto aborrece la soberbia pompa.

Después que el Omnipotente Dios apartó y segregó a Abrahán de los idólatras caldeos, después de la obediencia y de la promesa, mudole el nombre e instituyó la señal de la Circuncisión que lo fuese de aquella confederación y pacto y para que los hombres que se escribían en el número del pueblo de Dios fuesen también partícipes de aquella bendición y esta señal fuese tipo de la nueva y espiritual por Cristo. Fue instituida en el octavo día del nacimiento, parte por el peligro y parte por el misterio; por el peligro, por que antes del octavo día no padeciese el niño tanto dolor en su carne; por el misterio, por que se perfeccionase por Cristo la espiritual Circuncisión. El séptimo día tuvieron los antiguos por peligroso en las criaturas, por lo cual los romanos, imitando a los hebreos, observaban el séptimo día, después del cual venían los días lústricos, en los cuales ponían a sus hijos sus nombres: a las hembras el octavo día y a los varones el noveno. De donde tuvieron origen las fiestas que su gentilidad hizo a la diosa Nundina. Cristo, pues, se circuncidó al octavo día, al uso de los hebreos, si bien no porque estuviese sujeto a la ley, mas por que la verdad de la humana naturaleza se mostrase y para que tomando en sus hombros la carga de la ley nos librase della. Finalmente, el que jamás pudo ni cometió pecado quiso parecer pecador. Pusiéronle el divino y propio nombre de Jesús, que el Ángel había dicho a la Virgen (que el de Cristo es apelativo, como Salvador y Redentor nuestro), comenzando a ofrecer a su Padre la primera sangre por el hombre. Otros tuvieron antes este nombre de Jesús, pero no con la propiedad que este divino Señor: Jesús de Sirac, Jesús de Josedec y Jesús Navé; aunque llenos de tan altos misterios, a ninguno le convino este soberano y altísimo nombre como al Infante recién nacido, Hijo eterno de Dios y de la pura Virgen.

Yo, pues, divinísimo nombre, aunque el más rústico destes pastores, y de más desentonada voz y costumbres, con licencia tuya y con humilde plectro canto así:

Humíllense a tu nombre,  
dulce Jesús, los cielos,  
y al eco del dulcísimo sonido  
del nombre de Dios hombre,  
de los talaes velos  
y de safiro fúlgido ceñido,  
el Querubín vestido  
de resplandor y ciencia  
las rodillas incline,  
y cuando más empine  
de su conocimiento la escelencia,

más se postre y derribe,  
y esté con más temor cuanto más prive.  
Serafín abrasado,  
al dulce nombre humilla  
el vivo fuego que del pecho esalas.  
¡Oh trono levantado  
en la tercera silla,  
bate a su nombre las fenicias alas!  
Y tú, que luego igualas  
(dominación hermosa)  
tan alta Jerarquía,  
a la dulce armonía,  
a la alta consonancia sonora  
de cinco letras tales,  
derriba tus cabellos celestiales.  
Virtudes soberanas  
de viril fortaleza,  
armadas con las altas potestades,  
en alegres Hosanas  
humillad la cabeza  
al nombre de Jesús por mil edades.  
Las claras majestades,  
hermosos principados  
de almáticas<sup>150</sup> vestidos,  
postrad, reconocidos,  
al nombre por quien fuistes confirmados  
en la gracia y la gloria,  
pues por él conseguisteis la vitoria.  
Intérpretes y altares  
del silencio divino;  
estrellas, que apartáis de la codicia  
de la tierra y los mares  
al hombre peregrino;  
vosotros, que asistís con tal justicia  
a la fuerte milicia,  
del Dios de las batallas  
inumerables sumas,  
coronados de plumas  
y con estrellas por lucientes mallas,  
a la paz de la tierra  
humillad las banderas de la guerra.

¡Oh Sol hermoso, el arco  
(centro donde caminas)  
traslada al escabelo deste infante  
de tu epiciclo y marco!  
Arroja las cortinas,  
Luna, a sus pies, por humildad menguante.  
No se mueva o levante  
luz errática alguna:  
todas estén sujetas.  
Los signos, los planetas,  
desde el impíreo cielo al de la Luna,  
y desde polo a polo,  
respeten, ¡oh Jesús!, tu nombre solo.

La tierra sus montañas,  
y sus gigantes pinos  
las sierras que más presto alcanzan nieve,  
como débiles cañas  
de arroyos cristalinos,  
estén al nombre que los cielos mueve.  
La palma que se atreve  
con rayos materiales  
a los del Sol hermosos,  
los suyos vitoriosos,  
con los cedros y mirras orientales,  
y desde los mayores  
cipreses duros a las tiernas flores.

Inclínense los montes,  
los fieros animales,  
las silbadoras sierpes, los dragones,  
y los reinocerontes,  
las águilas caudales,  
el aire claro, y por sus tres regiones  
sus varias impresiones,  
o frías o ardientes.  
El mar también se humille,  
sus naves arrodille,  
sus procelosas ondas, ríos y fuentes,  
y al dulce nombre atentos,  
los que cifran tan varios elementos.

El hombre, al fin, que adorna  
un alma y tres potencias,  
desde el que viste púrpura al villano  
que de los campos torna  
a ejercer las herencias

del protoplasto del linaje humano,  
humille al soberano  
nombre tuyo bendito  
el cetro y el arado,  
y al remo condenado  
en la galera eterna del Cocito<sup>151</sup>  
aquel que, siendo estrella,  
cayó del monte a ser esclavo en ella.

La blasfemia enmudezca,  
la fiera tiranía,  
la ira, la soberbia, y la envidiosa  
calunia desfallezca,  
y cuanto la osadía  
derribó de la sierpe venenosa  
de aquella luz hermosa;  
y en la cadena fiera  
eternamente herrados,  
a tu nombre postrados,  
ciegos del Sol de tu divina esfera,  
conozcan que no tienen  
fuerza y poder donde tus letras vienen.

Las virtudes te alaben  
que encierra, Jesús mío,  
ese divino título que baña  
los labios que le saben  
de celestial rocío,  
de panales de miel, que desengaña  
cuanto el veneno daña  
de nuestro vil deseo.  
Tú eres el admirable,  
él fuerte, el saludable,  
el vencedor, el de mayor trofeo,  
el Padre del futuro  
siglo, vivo terror del reino oscuro.

El nombre nuevo eres  
que fue profetizado  
que de la boca del gran Dios saldría.  
Tú, quien la paz adquieres,  
Príncipe deseado,  
y el Justo que a las nubes se pedía.  
Contigo se confía,  
se vive y se defiende

151.- Río del Hades.

en el último punto.  
Tú, donde vemos junto,  
cuanto el saber de Dios el brazo estiende.  
Tú, epítima suave,  
puerta del cielo y de su gloria llave.  
Aquel Jesús valiente  
de Navé te conoce  
por mayor Capitán, y a tu gran ciencia  
el de Sidrac, prudente,  
ventaja reconoce,  
como el de Josedec a la excelencia  
y sacra preeminencia  
del sacerdocio santo;  
Tú solo, que derribas  
de aquellas letras vivas  
del gran Jehová, que inesplicable tanto,  
con miedo de su mengua  
osaba apenas pronunciar la lengua.  
De tu naturaleza,  
y no del hombre puesto,  
tienes, Jesús, tan agradable nombre,  
en la eterna grandeza  
abeterno compuesto  
de tu increado Padre, y no del hombre,  
para que más asombre  
al enemigo Infierno  
y dé más alegría  
al mundo, que tenía  
sus esperanzas en tu nombre tierno,  
gloria a los altos cielos,  
al hombre gracia y al Demonio celos.

Muchos versos hicieron los pastores de Belén a esta divina Circuncisión, entre los cuales se estremaron Selvagio, Damón y Elpino particularmente en tres glosas. La primera fue de Selvagio a estos versos:

A la mu, Niño, a la muerte.  
Ea, ro, rostro al morir,  
que a mí me importa el vivir.

Mi Niño, aunque herido estéis  
y el dolor no lo consienta,  
dormid, que tiempo tendréis  
en que a vuestro Padre deis

de vuestros dolores cuenta;  
porque habéis de dar de suerte  
esta sangre que hoy se vierte,  
que sin quedaros ninguna,  
es deciros en la cuna  
a la mu, Niño, a la muerte.

¡Oh, qué desvelado estáis!  
Apostaré que decís,  
aunque cansado os durmáis,  
que si en los ojos dormís  
en el corazón veláis.  
Venido habéis a sufrir  
y andar con la muerte a brazos,  
pues si velar es dormir,  
ea, ro, romped sus lazos,  
ea, ro, rostro al morir.

Haced rostro, y comenzad  
por esta herida pequeña;  
aquí la sangre ensayad,  
que este primer golpe enseña  
que ya tenéis cantidad.  
Mucho lo debo sentir,  
pero venid a morir.  
Perdóneme vuestra Madre,  
que bien sabe vuestro Padre  
que a mí me importa el vivir.

Esta fue la glosa de Selvagio a estos versos ajenos. En la segunda eran propios, y decía desta suerte:

Por el llorar conocimos  
que érades hombre, mi Dios;  
mas hoy por la sangre en Vós,  
que habéis de morir supimos.

Supimos de los alados  
espíritus, que en la tierra  
cantaban regocijados,  
que era venida a la tierra  
la paz de nuestros ganados.  
A Belén a verla fuimos,  
y como llorando os vimos,



Niño, en tan pobre lugar,  
lo que allá por el cantar  
por el llorar conocimos.

Preguntarlo fuera bien,  
puesto que os vimos llorando,  
aunque del cielo también  
nos lo dijeron cantando.  
En los campos de Belén  
sin lengua estábades Vós,  
mas por Vós hablaban dos;  
que en las perlas que vertían  
bastantemente decían,  
que érades hombre, mi Dios.

Entre vuestros padres caros  
humilde lo parecéis  
después que a circuncidaros  
venís al templo y queréis  
libre a la ley obligaros.  
No se conoce en los dos,  
ni en cumplir la ley, mi Dios,  
ni en ser humilde y fiel,  
ni porque es preceto en Él,  
mas hoy por la sangre en Vós.

Sangre dice humanidad,  
cuerpo pasible, y sujeto  
a dolor y adversidad;  
que padecer no es efeto  
de vuestra Divinidad.  
No porque duda tuvimos  
de esta verdad, cuando os vimos  
nacer, que basta nacer;  
mas, en viéndoos padecer,  
que habéis de morir supimos.

Esta glosa era de Damón, hermano de Elifila, hijo de Eliseno. La de Elpino, pastor del Jordán, que había venido a hacer cuentas con Mahol de la guarda de sus bueyes, era a estos versos:

Madre mía, un zagalillo,  
que el ser Dios encubre aquí,  
después que es hombre por mí  
me mira con capotillo.

Un soberano David,  
hijo del Padre increado,  
más tierno que ejercitado  
con el Gigante en la lid,  
hoy viene a guardar ganado.  
Mas, siendo tierno y sencillo,  
para lobos del profundo,  
que guarde me maravillo  
todo el ganado del mundo,  
madre mía, un zagalillo.

No ignoro que con su espada  
del monte los arrojó;  
mas siendo Dios los venció,  
que aún no ha entrado en la estacada  
con las armas que tomó.  
Pero si se ensaya allí,  
y a verter la sangre viene,  
engañarlos así;  
que es tal el traje que tiene,  
que el ser Dios encubre aquí.

A nadie se sujetaba  
en tiempo que era león,  
mas, Cordero de Sion,  
todo elemento se alaba  
que le da pena y pasión;  
el frío le encoge así,  
el aire, el yelo, aunque es Rey,  
todo se le atreve allí,  
hasta el cuchillo y la ley,  
después que es hombre por mí.

Sabiendo que mis enojos  
le han traído a que se vea  
con sangre, aunque Él lo desea,  
puso un capote<sup>152</sup> en sus ojos  
cortado de mi librea;  
y aunque el aforro amarillo  
tiene afuera mi color,  
como viene el zagalillo

a ser por mí labrador,  
me mira con capotillo.

Mas uno de aquellos días que los pastores trataban de la excelencia destes misterios y el mayoral Aminadab presidía, rogados Bato y el Rústico, alternaron esta égloga, dándoles el cielo serenidad, las selvas silencio y los pastores aplauso:

### BATO, EL RÚSTICO

BATO:<sup>153</sup>

Mientras el alba de sus blancos nácares  
aljófar vierte, dad silencio, Dríades,  
entre estas flores y olorosos bácares.<sup>154</sup>

RÚSTICO:

Parad las hojas, verdes Hamadriades,  
en tanto que hoy mostramos Bato y Rústico  
a qué pueden llegar sacras Tespiades.

BATO:

De la playa de Tiro al mar Ligústico  
haré sonar en canto dialogístico  
el dulce son de mi instrumento rústico.

RÚSTICO:

Filósofo no soy, no soy sofisticado,  
ni entiendo lo que llaman alegórico,  
ni sé qué es literal sentido o místico.

BATO:

Cantaba en esta selva un sabio histórico,  
que a Dios agrada un simple ingenio tépido<sup>155</sup>  
más que las elocuencias del retórico.

RÚSTICO:

Tal vez mostraba Job ánimo intrépido  
sin perder la paciencia melancólico,  
tal vez David cantaba humilde y trépido.

BATO:

Cubra el estilo rústico y bucólico  
la sacra Majestad digna de crónica,  
o el docto y numeroso estilo argólico.

RÚSTICO:

La pluma Aristotélica y Platónica  
en esta parte es fábula ridícula,  
ni canta a Dios la lira babilónica.

153.- Orig.: 'ERGASTO' (256r).

154.- De 'bácar': yerba olorosa.

155.- Sencillo.

BATO:

Hoy a la filosófica matrícula  
éstos secretos íntimos escóndense;  
no entienden una mínima partícula.

RÚSTICO:

Los hombres y los Ángeles respóndense;  
que aunque en naturaleza son disímiles,  
en la parte del alma correspondense.

BATO:

¿Quién tuviera por cosas verisímiles  
un hombre y Dios, a no lo ver tocándolo,  
y la virginidad y el parto símiles?

RÚSTICO:

¿Quién lo puede dudar, si está mirándolo,  
si no es alguna fiera vista incrédula,  
del cielo maldición, del mundo escándalo?

BATO:

La que es piadosa, el alma pura y crédula,  
adora en esta Madre y Hijo, a título  
de que Él de Dios es firma y ella es cédula.

RÚSTICO:

Díganos Esaías su capítulo,  
y verás con qué espíritu profético  
de Dios y Redentor le escribe el título.

BATO:

Él trujo a Adán salud, que enfermo y hético  
se halló con tantos males y tan tísico,  
que no los cuenta número arismético.

RÚSTICO:

Nació Belén su antídoto, y el físico  
bien de su mal, de su veneno cáustico,  
hablando con estilo metafísico.

BATO:

Mezcla lo pastoril y lo escolástico,  
la cuna alaba deste Rey pacífico  
que afrenta los palacios del Fantástico.

RÚSTICO:

Canta con plectro esplendido y mirífico;  
que de Belén y las remotas Hélices  
venga el rudo pastor y el Rey científico

BATO:

¡Oh virgen planta, que con armas félices  
hiciste a María fuente salutífera  
y dulces nuestras lágrimas infélices!

RÚSTICO:

Alta, florida vara, que odorífera  
llegaste al cielo y al impíreo cúmulo  
paloma bella, cándida, olivífera.

BATO:

¡Oh más que el ave que en florido túmulo  
nace otra vez, hermosa Virgen única,  
de gracias llena,<sup>156</sup> de virtudes cúmulo.

RÚSTICO:

¡Quién le llevara una purpúrea túnica,  
y al Niño un cesto de camuesa pálida,  
idumeo dátíl y granada púnica!

BATO:

Yo un limpio tarro de la leche cálida  
de mis ovejas, que ando previniéndola;  
que con la voluntad no hay prenda inválida.

RÚSTICO:

Yo un nido de una pájara, en cogiéndola;  
que estuve entre unos olmos acechándola,  
y si no es rruiseñor será oropéndola.

BATO:

Llevarle una cuna, en acabándola,  
de leño de ciprés del monte Ménalo,  
que espira olor moviéndola y dejándola.

RÚSTICO:

Coge aquel potro, aunque cerril, y enfrénalo,  
y de presentes, aunque pobres, cúbrele,  
y encima de jazmín y rosa enllénalo.

BATO:

¿No ves aquel garlito? Pues descúbrele:  
verás los peces ya del agua tántalos,  
y si no hay muchos, otra vez encúbrele.

RÚSTICO:

Tú conoces los juncos, tú levántalos,  
no me digas después que soy selvático.  
Pues es tuyo el garlito, Bato, espántalos.

BATO:

Todas las aguas son de humor lunático:  
aumentanse en sus rayos o resuélvense.  
Soy pescador, de sus mudanzas práctico.

RÚSTICO:

Con la Luna las aguas vanse y vuélvense:

156.- Orig.: 'línea' (257v).

no sé si peces hay, pero presúmolo,  
que en estas ovas frágiles envuélvense.

BATO:

Pesco este arroyo, Rústico, y consúmolo,  
que nace deste monte; y no es canópico,  
que todo en una red tal vez resúmolo.

RÚSTICO:

Bebérsele pudiera algún hidrópico.  
Perdóname si en esto voy satírico  
y de tu arroyo soy el lobo esópico.

BATO:

Tú curas mi inorancia, sabio empírico,  
tus burlas mezclas con el vano apólogo.  
Pues compite conmigo en verso lírico.

RÚSTICO:

Si fueras trimegístico teólogo  
no respetara tu furor colérico,  
aunque comienzas con soberbio prólogo.

BATO:

Pues ¿quién me iguala en todo el orbe esférico?  
Di, Rústico, tus versos, y convídanos,  
famosos del Jordán al Tajo ibérico.

RÚSTICO:

Apolo, entre estos árboles olvídanos;  
que, según la hinchazón de aquestos lógicos,  
para tantos Faetontes no hay Erídanos.

BATO:

Yo no escribo mis versos tropológicos,  
ni me precio de máquinas versátiles  
ni vivo de aforismos astrológicos.

ERGASTO:

Pastores: de tratar cosas portátiles,  
como cándida leche y verdes pámpanos,  
grana a la Virgen y a Dios hombre dátiles,  
no es bien hecho reñir: tu, Bato, estámpanos  
tus versos, pues los pintas beneméritos,  
y de tu furia y tempestad escámpanos.

Tú, Rústico, también, pues tienes méritos,  
copia los tuyos, funda tu propósito,  
que de la eternidad no sois inméritos.

Yo dejaré dos toros en depósito  
para quien deste Niño y Dios santísimo  
mejor cantare, el uno al otro opósito.

Yo cuando canto dél soy humildísimo:  
respétole, venérole y adórole,  
y júzgome, pastores, indignísimo.  
Con apacibles versos enamórole,  
y más que piedras y tesoros túbares  
en mis propias entrañas atesórole.  
La envidia en el cantar baña de acíbares  
las cuerdas y la voz, pero el buen ánimo  
en ambrosías, en néctares y almíbares.  
Es el vengarse de hombre pusilánimo,  
es el odio noctívago murciélagó,  
y el justo amor un sol, un rey magnánimo.  
Este divino Niño es archipiélagó  
de gracias que cantéis con beneplácito,  
de aquella Virgen de virtudes piélagó.  
Quedad, pues, juntos en silencio tácito.

Todos aquellos días se juntaban los pastores y zagalas del valle a tratar tan altos, tan profundos y tan divinos misterios, regocijando el dichoso día de nuestro bien con varias canciones, con apacibles versos, convidándose unos a otros para ir a Belén y llevar a la parida Virgen humildes presentes adornados de la riqueza de sus deseos. Estando, pues, una tarde Alfesibeo, Pireno, Llorente, el Rústico, Bato, Ergasto y otros vaqueros de todos aquellos campos, y las bellas Dositea, Lesbia, Niseida y las hijas de Jorán y de Joaquimo, con Palmira y Lucela, vieron venir a Aminadab por el repecho de un valle hacia la Torre. Diéronle voces, y él apresurando los pasos, llegó y dijo:

—En vuestra busca venia, pastores y zagalas betleheméticas, porque sabed que traigo qué contaros de Belén, donde esta mañana he estado. Y son tan grandes que ni caben ya en mi pecho, ni las hubiera podido sufrir si no las viniera por el camino diciendo a los árboles, que las copas, que desde la noche que sabéis tienen floridas, en agradecimiento me ofrecían, humillándolas a mi cabeza como si desearan laureármela.

—¿Qué cosa —dijo Ergasto— puede ser tan alegre, amigo Aminadab, que no te quepa en el pecho, donde cupo la nueva de que Dios en carne mortal habitaba con nosotros, tan cierta y verdadera que con tus ojos la has visto y con tus manos tocado?

—Bien dices —replicó Aminadab—; que quien cosa tan admirable ha visto de ninguna debía admirarse; pero esta es de tanto contento, que también merece el lugar que le he dado en el alma, pues todo se dirige a un principio, como efetos de una causa.

—Por tu vida —dijo Bato— que te sientes en este gabán mío, que vienes cansado; y cuando no lo estés nos dirás lo que te mueve a tanto regocijo.

—No me cansa a mí —respondió Aminadab— el hablar en estas cosas ni el venir de verlas; que no pienso hacer otra cosa todos los días que tuviéremos tanta dicha que no se vuelva la Virgen a su casa. Sabed, pues, pastores, que estando yo a la puerta de aquel portal dichoso acechando aquel sagrado Niño y su Madre, que no osaba, si va a decir verdad, entrar dentro, glorificando a Dios de ver en la tierra a su Hijo y considerando los ejércitos de Ángeles que le estarían guardando el sueño, he aquí donde veo venir una



tropa de caballos, camellos y dromedarios, y tanta gente con ellos, con tan ricos y diversos trajes, que por espacio de tiempo fueron suyos mis ojos. Yo imaginé que pasaban delante, y lo primero que se me puso en el entendimiento fue imaginar que sería nuestro Rey Herodes, que de Jerusalén había salido a visitar su tierra. Mas engañeme en todo, porque apenas hubieron los principales de ellos hablado entre sí mirando al cielo, cuando con suma alegría se apearon de los camellos y, entrando por el portal arrastrando las telas y brocados de sus vestidos por el suelo, saludaron a la hermosa Virgen y al santo Josef, y el más anciano de ellos besó los pies del divino Niño y le adoró y presentó lo que a mi parecer traía para este efeto desde su tierra prevenido. Esto hicieron los otros, y luego por su orden los criados de más consideración. Yo entonces, mientras hablaban con aquella Señora tan digna de mayor reverencia, pues los cielos se le humillan y el mismo Dios y Señor de ellos tiene necesidad de su calor (que no es poco encarecimiento decir que Dios tiene necesidad), mezclado entre los criados del bagaje y cargas, en que venían algunos cofres y no poco repuesto de lo que al sustento pertenece, pregunté al que me pareció de rostro más benigno (como es ordinario cuando uno duda alguna cosa elegir entre muchos el de mejor semblante): «¿Quién son (le dije) estos señores extranjeros? Que sin duda lo son mucho, porque he visto al uno dellos y a sus criados de color que declara bien ser de muy lejos». Él, que para dicha mía no ignoraba nuestra lengua y por ventura les servía de intérprete, «Son (me dijo) los tres que has visto preferidos a todos y llegar los primeros a besar el pie deste sagrado Niño, tres sabios Reyes del Oriente, que por ciertas profecías y conociendo la grandeza suya por las estrellas, siguiendo la que hasta aquí les ha guiado vienen a adorarle, reconocerle y presentarle aquellas cosas que más ricas son en su tierra y que más convienen con lo que sus deseos querían significarle». Acordeme yo entonces de aquella profecía de David: que los Reyes le adorarían y que de las Islas de Tarsis, de Arabia y de Sabá le traerían dones; y en otra parte, que del oro de Arabia; y que había dicho Esaías: ‘Los Reyes le verán, los Príncipes se levantarán y adorarán a su Señor.’ Y cuando dijo: ‘Andarán las gentes en tu luz, y los Reyes en el resplandor de tu nacimiento traerán el oro y el incienso de Sabá anunciando la gloria del Señor.’ Díjele luego, pastores, procurando acariciarle con palabras: «¡Bien sean venidos los Reyes a ver al Rey, los señores al Señor, los sabios al Sabio! Mas dime, si no te enoja mi deseo, sus nombres, sus partes y su patria». «Siéntate (dijo él) mientras salen, y sabrás algo de lo que deseas». «Que me place», le respondí con la alegría y gusto que podéis imaginar, y él entonces prosiguió desta suerte: «La Magia natural no has de entender que es aquella en que se consultan los infernales espíritus, con tan infame nombre como le han dado en las divinas y humanas letras, y el mismo Dios prohibido tantas veces el consultarla, sino aquella natural filosofía que los griegos llamaron Goecia y no Magia, o una especulación de las cosas celestiales: ciencia y instrucción, finalmente, sin la cual es imposible que los Reyes de Persia lo sean, los cuales se llamaban Magos de su nombre, como los sabios de los indios Gimnosofistas. Los Maléficos son aquellos que usan de sangre, víctimas y cuerpos muertos, como la Fitonisa que a Saúl le trujo el cuerpo de Samuel que le respondiese. Verdad es que ya el nombre de Magos se va introduciendo por los que ejercitan lo que digo, como la Astrología por abuso ha venido a ser vituperada, siendo lo mismo que la Astronomía; y ansí, dicen algunos que Pitágoras, Empédocles, Demócrito y Platon fueron llamados Magos a la manera que Zamolsis y Zoroastres, el hijo de Oromasco. Déstos, pues, son los Reyes llamados Magos

que has visto adorar a este Niño gloria y esperanza de las gentes. La razón que les movió fue el haber leído y visto en la antigua Teología que el Hijo verdadero de Dios había de venir al mundo y mostrarse en carne mortal a estos Magos, o sabios Reyes, por una señal que habían de ver en el cielo. Así que su Teología estaba llena de estos oráculos, y por la misma razón todo el Oriente. De la Sibila también habían sabido que habían de ver una estrella, y que la siguiesen y adorasen al Rey grande que ella les mostraría, saludándole de la suerte que ellos solían a sus Reyes: ninguno en Persia le visitaba sin algún presente, y éste había de ser de las cosas de que era fértil la tierra en que nacía. Y así los nuestros, por la vecindad de Arabia, que de oro es fértil, y porque de incienso y mirra abundan los caldeos y los persas, con estas tres cosas le visitan. No eran estos oráculos los que se entendían en Roma de los reyes y césares que tiránicamente habían de sojuzgarla, sino de la gran Sibila Eritrea, cuyo vaticinio se entendía de este divino Príncipe, diciendo: 'En la última edad se humillará Dios y se humanará la divina generación unida a la Humanidad la Divinidad, el Cordero estará echado en el heno y como niño será criado.' También consideraron de Balán, de quien es fama entre nosotros que deciden, pues bien sabrás que dijo que saldría la Estrella de Jacob y se levantaría la vara de Israel que había de herir los capitanes de Moab y deshacer los hijos de Set y lo demás que se sigue. Fuera de que cuando el pueblo de Israel estuvo cautivo en Babilonia oyeron y supieron estas cosas sus antecesores y las confirieron con los oráculos sibilinos, y de todos nació esta esperanza y deseo que en los presentes se ha cumplido. Vieron, en efeto, la estrella que esperaban, y del nacimiento della conocieron el deste divino Sol. No pienso yo que ésta sería verdadera estrella, ni del número de los astros celestiales, porque como todas las demás tienen su movimiento diurno del Oriente al Occidente, ésta<sup>157</sup> le tenía del Septentrión al Mediodía: tal es el sitio de Jerusalén respecto de Belén. También por su claridad notable, pues al lado del Sol resplandecía, y también porque no tenía lugar en el cielo con las otras luces, sino cerca de la tierra, y porque en llegando a este portal o diversorio se ha parado y detenido su curso, como quien ya mostraba que había cumplido con el oficio para que había sido constituida. Y quiero a este propósito decirte una canción que uno de los criados que traemos comenzó a cantar a los Reyes luego que la vio detenida y conoció al Infante:

Reyes que venís por ellas,  
 no busquéis estrellas ya,  
 porque donde el Sol está  
 no tienen luz las estrellas.  
 Reyes que venís de Oriente  
 al Oriente del Sol solo,  
 que, más hermoso que Apolo,  
 sale del Alba excelente:  
 mirando sus luces bellas  
 no sigáis la vuestra ya,  
 porque donde el Sol está  
 no tienen luz las estrellas.

157.- Orig.: 'este' (263v).

No busquéis la estrella agora,  
que su luz ha oscurecido  
este Sol recién nacido  
en esta Virgen Aurora.  
Ya no hallaréis luz en ellas:  
el Niño os alumbra ya,  
porque donde el sol está  
no tienen luz las estrellas.  
Aunque eclipsarle pretende,  
no reparéis en su llanto,  
porque nunca llueve tanto  
como cuando el Sol se enciende.  
Aquellas lágrimas bellas  
la estrella oscurecen ya,  
porque donde el Sol está  
no tienen luz las estrellas.

Llegamos a Jerusalén guiados desta luz divina que te digo, y como nos pareciese, conforme a lo escrito y profetizado, que este Rey estaría cerca y que en tan populosa ciudad algunos le habrían visto, comenzamos a preguntar: '¿Adónde está este que ha nacido Rey de los Judíos, que hemos visto su estrella en el Oriente y venimos a adorarle?'. Oyendo esto Herodes vuestro rey, que, como nos han dicho es idumeo y árabe, turbose en extremo, y toda la ciudad con él, y, juntando los Príncipes de los Sacerdotes y los Escribas del pueblo, les preguntó que adónde había nacido este Príncipe que buscábamos. Ellos le respondieron que en sus profecías estaba escrito que en Belén de Judá. Entonces llamando a los Reyes, el turbado vuestro quiso saber muy de espacio el tiempo en que la estrella les había aparecido, y con la relación que le hicieron les pidió cuidadosamente que le buscasen y que, en hallándole, volviesen a Jerusalén y le contasen adónde y cómo le habían visto, para que él también le visitase. Con esto los Reyes y todos los que a esta santa jornada los hemos acompañado partimos de Jerusalén siguiendo nuestra divina guía, que, como te he contado, paró a la luz de su Criador. Y la que no tuvo respeto al Sol del cielo y a su lado resplandecía, aquí se ha rendido y postrado, como que desea que conozcamos por suspensión tan súbita la grandeza de este Niño, que en tan breve círculo tiene cifrada la de su Eterno Padre». Esto dijo, y, tomando licencia de mí para entrar a verle, me atreví a lo mismo; y señalándome aquel caballero persa quién de los que le acompañaban era su dueño, yo vi un viejo venerable con una túnica de púrpura bordada de oro y aljófar por los extremos; un alfanje, cuyo pomo parecía un topacio, preso en una cadena de oro tan gruesa que le sustentaba por el hombro derecho. Sobre la túnica traía un manto persa de brocado morado y blanco, y la cabeza tocada a su costumbre, con tanta variedad de colores, que sobre las blancas canas parecía que el viento había derribado flores de almendro sobre nieve, cual suele suceder a los que por enero se anticipan a darlas. Al lado de éste vi entonces que, como arrebatado en éxtasis miraba al Niño el Rey segundo: la barba negra, peinada; la nariz, aguileña; los ojos, verdes, grandes y hermosos, con un sayo árabe tan cubierto de piedras engastadas en varias labores de oro, que no pude discernir la color. El

tocado era rojo, guarnecido de algunos velos y sembrado de las mismas piedras. La espada tenía en vez de pomo una cabeza de águila de oro con dos rubíes por los ojos, de grandeza que sin estar muy cerca se conocían. Ésta pendía de un cinto de ante blanco que tachonaban jacintos y cornerinas guarnecidos de unas coronas de perlas. El manto era azul, bordado de unos blancos lirios de aljófara que le daban hermosa vista. Etíope me pareció el tercero; pero os prometo, pastores, que si de mármol negro quisiera un escultor famoso retratar a Andrómeda (que de haber sido verdad algo de su fábula en esa costa de Fenicia viven hoy vestigios) no la pudiera hacer más bella que el rostro del Rey que os digo. Los vivos ojos de manera se mostraban en las niñas blancas como suelen las labores del marfil oriental sobre las tablas del ébano; la boca se descubría bien por la blancura de sus dientes, cual suele alguna sola estrella en tenebrosa noche. Una blanca aljuba con varias listas de oro traía vestida, que la más parte del sabeo calzado le descubría. También era el manto blanco, pero sembrado todo de labores verdes; tocábase con tantos laberintos y lazos, que no podían más discernirse que después de junta alguna bola de nieve se ven los copos. Las plumas parecían del pájaro celeste, y otras de algunas aves, que, tornasolando sus colores, parecían de oro. De un tahelí verde con un pasador y hebilla de oro y esmeraldas pendía un cuchillo en forma de media luna, la cabeza del cual eran dos sierpes. Los medio desnudos brazos y garganta ceñían algunos corales entre unas gruesas perlas de no vista grandeza. Estos eran sus trajes y éstos los Reyes. Bien sé, pastores, que no os parecerán soberbios, pues ya sabéis con la grandeza que los persas, árabes y sabeos se visten; mas no puedo dejar de deciros que, en poniendo los ojos en la Virgen, en el Niño y en Josef, tanto más rica y preciosa era aquella pobreza cuanto diferencia hacen al resplandor del oro el Sol, y las colores del sereno cielo a las de las piedras y telas.

—¿Quién lo duda? —respondió Fabio—, sino que aquella pobreza escendería en lustre las telas persas, los brocados partos y las orientales piedras. Mucho me huelgo de haber oído que Reyes vengán a adorar y reconocer nuestro divino Dueño; y con licencia vuestra me parto a Belén; que no es posible que se hayan ido, a ver una cosa tan digna de ser vista, aunque por verla caminara un hombre de aquí a Damasco, Sidón y Tiro.

—Llévame contigo —dijo Bato—, amigo Fabio, así en todas las cosechas de pan, ganado y vino seas este año el más dichoso pastor destes llanos, montes y bosques.

—Vamos —replicó Fabio—; que de lo demás que hubiere os daremos cuenta, si por dicha la tuviéremos de hallar estos Reyes en Belén.

No dejaréis de hallarlos —dijo Aminadab—, pastores. O a lo menos si os informáis del camino que llevan, que será el que yo pienso de Jerusalén, por haber dado la palabra a Herodes que volverían por su casa para hacerle relación del estado en que hallaban este Rey que de tan remotas provincias vienen buscando. Aunque algunos dicen que vienen de más cerca, por la brevedad con que han llegado, si la estrella les pareció luego que nació el soberano Infante profetizado. Mas yo pienso que su venida facilitaría quien les dio este pensamiento de buscarle, y que son de aquellas partes que sus trajes y diferentes lenguas muestran.

Partiéronse Fabio y Bato por un arroyo abajo, llevando solamente sus cayados en las manos y sus zurrónes al hombro, dejando a los demás pastores y zagalas envidiosos de aquella jornada venturosa, si bien con las almas y voluntades los iban acompañando.

—Mucho holgara —dijo Niseida— de que volviera Aminadab a repetir la canción de aquel árabe, para que la cantáramos entre todos celebrando esta dichosa venida destes santos Reyes.

—Mejor —dijo Palmira— fuera el verla glosada, pues hay en el prado pastores de tanto ingenio.

—Mal se podrá glosar —dijo Aminadab—, pastoras, porque el tercero verso es difícil, y para de improviso imposible.

—Antes fácil —dijo el Rústico.

—Fácil —replicó Aminadab— con interrogación; pero afirmativamente, como la canción le tiene, no me lo parece a mí.

—Apostemos —dijo Llorente— que le glosó a satisfacción de todos.

—Yo te daré —le respondió Lucela— estas castañuelas que, como ves, son de ébano, y los cordones de seda y oro, si los glosares.

—Y yo perderé los dedos —dijo el Rústico— si no quedáremos todos satisfechos.

Entonces Aminadab dijo la canción, y Llorente la glosó de improviso desta suerte:

Reyes que venís por ellas,  
no busquéis estrellas ya,  
porque donde el Sol está  
no tienen luz las estrellas.

Aunque por una venís,  
el conocerlas ha sido  
la causa por quien seguís  
este Sol recién nacido  
que hoy adoráis y servís.  
Y pues por luces tan bellas  
se manifiesta el Rey dellas  
yo apostaré que habéis visto  
de estrella en estrella a Cristo,  
Reyes, que venís por ellas.

Una os trujo al Sol presente  
que ventaja a todas hace,  
pero admira, y justamente,  
que buscando al Sol que nace  
dejéis atrás el Oriente.  
La estrella parada está,  
con que del Sol muestras da;  
otra tenéis, otra os guía,  
pues habéis visto a María,  
no busquéis estrellas ya.

Está la estrella divina  
de Jacob junto al sol Cristo.  
Por ella al Sol se camina,  
y así, en habiéndola visto,  
se conoce y determina.  
María le enseña ya  
con luz que el Niño le da,  
que es sol de justicia santo  
y por eso alumbra tanto,  
porque donde el Sol está.

Por los ojos de María  
se va a la luz celestial  
que el mismo Niño le envía,  
porque es de Cristo cristal  
y Aurora en que nace el día.  
Del cielo las luces bellas  
en sus ojos pueden vellas.  
Las demás son sus despojos,  
porque donde están sus ojos  
no tienen luz las estrellas.

—Estremadamente —dijo Aminadab— la glosaste, Rústico ingeniosísimo, y mereces muy bien que Lucela te honre con su premio; pero no puedo dejar de ponerte una objeción.

—Como éstas tendrán las cosas de improvisó y todas las deste género, aunque se hagan con largo estudio —respondió Llorente—; pero holgareme de saberla.

—Esta glosa —dijo Aminadab— se hizo a los Reyes, y sólo en la primera copla te has acordado dellos. Las demás, que son las tres partes del tema, no los toman en la boca.

—No te espantes —dijo el Rústico—, pues las empleé mejor en Cristo y su Madre, con la memoria de los cuales no es mucho que se me hayan olvidado tres Reyes tan recién venidos. Mas por ventura estarán en toda la glosa, si los buscas bien, sino que, como son Magos, andarán invisibles.

Riéronse los pastores de la disculpa. Y, envidioso Ergasto de la opinión que había ganado Llorente (si ya no lo estaba del premio de Lucela), se ofreció a glosar el mismo verso afirmativamente, si alguna de aquellas zagalas se le premiaba. Niseida, que también lo estaba de que Lucela se preciase de entendida, le ofreció un prendedero de plata que, con una cabeza de león en medio, tenía dos eses por corchetes. Animado Ergasto, aunque temeroso, dijo así:

En el camino del mar,  
donde no hay estampa humana,  
suele una estrella guiar  
que sus montes de agua allana  
para que puedan pasar.



Ansí por sus luces bellas  
buscáis hoy el Autor dellas;  
que desde Oriente a Belén  
hay tanto, que todos ven  
Reyes que venís por ellas.  
Parose la luz pequeña  
al Sol de más resplandor;  
que fue la más cierta seña,  
como suele el cazador  
al que la caza le enseña.  
Aquí parad, que aquí está  
quien luz a los cielos da:  
Dios es el puerto más cierto.  
Pues si habéis hallado puerto,  
no busquéis estrellas ya.

Mas si preguntan por qué  
en viendo el Alba María  
el sol de Cristo se ve  
como mañana del día  
que a nuestra noche lo fue,  
claro está que luz tendrá  
del Sol, que es su Oriente ya,  
de donde viene a nacer;  
que no es menester saber,  
porque donde el Sol está.

Las que en aquesta ocasión  
Reyes, por estrellas veis,  
el Sol y la Luna son;  
que en estrellas no hallaréis  
tal luz ni tal perfección.  
Que cuantos merecen vellas,  
dicen, aunque todas ellas  
las cuenten una por una,  
que con tal Sol y tal Luna  
no tienen luz las estrellas.

—Merece el prendedero —dijeron todos, y de común aplauso le fue dado, con no poco contento de Niseida.

—Ya que te acordaste de aquel verso del *Psalmo setenta y uno* —dijo *Alfesibeo* a *Aminadab*—, en que *David*, agüelo deste santo Niño, profetiza la venida destes Reyes y con tanto afecto pide a Dios la aceleración de la venida del Mesías y prediciendo la felici-



dad de su reino, dínosle, por tu vida, de manera que le entendamos; que parece que tiene alguna dificultad.

—Que me place —dijo Aminadab—, aunque para cosa tan alta me desmaje el bajo ingenio mío. Mas suplid con el vuestro lo que yo faltare.

Y comenzó así:

Señor, tu Rey envía;  
decienda de David aquel que haga  
con tu sabiduría  
juicio que a los pobres satisfaga.  
Los montes y collados  
de su justicia y paz administrados;  
juzgue, y libre sus hijos  
de las fieras calunias y opresiones,  
para que vivan fijos  
de gente en gente en mil generaciones,  
que antes fue tu gobierno  
que la Luna y el Sol, porque es eterno.

Como a la piel deciende  
la lluvia, y se distila aquel rocío  
que en la tierra se estiende,  
fécundo sin abrirla, así confío  
que el puro intacto velo  
virgíneo fertilices desde el cielo.

Nacerá la justicia  
y la abundancia de la paz en tanto  
que el orbe se desquicia,  
donde la Luna tiende el blanco manto,  
siendo su señorío  
de mar a mar, y al más remoto río.

Delante dél postrados  
estarán los etíopes y, en guerra  
a sus pies arrojados,  
sus enemigos lamerán la tierra,  
dándole ricos dones  
las más remotas islas y naciones.

Los Magos, gente sabia,  
y los Reyes y Príncipes Sabeos,  
de Tarsis y de Arabia  
traerán presentes, rendirán trofeos,  
y, humildes a sus leyes,  
le adorarán y servirán los Reyes.

Y será justamente,  
pues hará que no oprima el poderoso

la pobre humilde gente,  
dando a sus almas celestial reposo  
y el perdón alcanzando  
que están en su venida deseando.  
El nombre aborrecible  
hará agradable a Dios. ¡Viva, pues, viva  
este Rey apacible!  
Con bendición el mundo le reciba,  
adore eternamente  
y el oro del Arabia le presente.  
No sólo temporales  
bienes nuestros dichosos horizontes  
tendrán en tiempos tales;  
mas sobre las cabezas de los montes  
su fruto será puesto,  
a los cedros del Líbano antepuesto.  
Florecerán que asombre,  
como en la tierra el heno, las ciudades,  
bendiciendo su nombre  
por la inmortalidad de las edades.  
Su nombre, que vivía  
antes que fuese el Sol y hubiese día.  
En Él serán benditas,  
que engrandecerlas por su amor desea,  
naciones infinitas.  
Y así, el Dios de Israel bendito sea:  
el que de polo a polo  
hace tan altas maravillas solo.  
La majestad del nombre  
de quien la tierra toda será llena,  
bendiga siempre el hombre.  
Y así se cumpla como Dios lo ordena,  
y a su Ley obediente  
haga su voluntad eternamente.

—No sé yo cómo encarezca —dijo Alfesibeo— la facilidad con que nos le has dado a entender. Pero ¿quién como tú es tan visto y leído en las divinas letras? No tengo qué darte en premio, pero destes dos ramos de laurel te quiero hacer una corona, don que aun agora estiman los romanos tanto, que han llegado con sus ejércitos donde puso los suyos Alejandro, por merecerle.

Diciendo así, adornó Alfesibeo la frente del pastor con las hojas ingratas de aquel árbol que tanto las armas y las letras reverencian.

Bajaba ya la siempre fría noche, y, vestidos los prados de la sombra de los montes, perdían el lustre y color, tan agradable objeto de la vista, cuando los pastores de Belén

comenzaron a guiar sus ovejas hacia la Torre, rogándose los unos a los otros que cantasen o refiriesen alguna historia que aligerase y entretuviese el camino. Lucela entonces, ayudándola Ergasto con su psalterio, comenzó así:

¡Salve, divino Faro, honor del suelo,  
del mar del mundo estrella tramontana,  
lucero celestial de la mañana,  
del Sol cortina y trasparente velo!  
¡Salve, divina Madre del consuelo,  
piadoso amparo de la vida humana,  
Virgen prudente, humilde soberana,  
arco de eterna paz, cifra del cielo!  
¡Salve, paloma cándida María,  
en cuyo pico, de rubí ceñido,  
vio el mundo el árbol de esperanza santa!  
¡Salve, Aurora del Sol! ¡Salve, alegría  
del humano linaje redemido,  
que para siempre tu alabanza canta!

—¡Qué bien has hecho —dijo Palmira—, discreta Lucela, en comenzar por alabanzas de la Virgen!

—El amor que la tengo —respondió Lucela—, y la ternura con que la traigo por instantes a mi memoria desde la noche que la vi parida, parida y virgen, virgen y madre, Madre y de Dios, no me deja pensar en otra cosa que en su alabanza.

—¡Ay, qué divina noche! —dijo Palmira—. No sé cómo mis ojos no se deshacen en lágrimas habiendo visto aquel divino y soberano Rey del cielo, a quien sus firmes columnas están temblando, temblar de frío! ¡Oh elementos crueles! ¿Cómo no tuvistes respeto a vuestro Señor, debiéndosele reverencial todas las criaturas? Mas ¿quién duda que Él os había mandado que ejecutáse en Él las leyes de naturaleza, para que se viese que, aunque era Dios, era verdadero hombre?

—¡Vida mía! —dijo Dositea entonces—. Y ¡qué encogido estaba sobre aquel heno! ¡Quién mereciera darle el calor de su indigno pecho, y aun el de su aliento vital, aunque allí se acabara la vida! Pero ¿cómo podía tener fin en la misma vida? ¡Ay Niño de mis entrañas, quién os envolviera en las telas de su corazón!

—Porque me agrada ese pensamiento —dijo Ergasto—, quiero hacer una canción de improviso, si me dais licencia.

—Licencia y agradecimiento —dijo Niseida—. Y yo y mi hermana te ayudaremos con nuestros instrumentos.

Ergasto entonces dijo así:

Yo vengo de ver, Antón,  
un niño en pobrezas tales,  
que le di para pañales  
las telas del corazón.

—Déjame a mí también —dijo el Rústico— glosar esos versos antes que se me pierda de la idea el conceto, que después dirás lo que fueres servido.

—No tengo yo que decir más —respondió Ergasto—. Y te agradezco, Llorente, que me saques deste peligro.

El Rústico entonces, alegrándose todos de la gracia con que se disponía para llamar las Musas, dijo así:

Los dos estábamos ciegos,  
desde Adán vieja costumbre;  
mas yo bajé de la cumbre  
siguiendo los vivos fuegos,  
rayos de su inmensa lumbre.  
Hallé los del Sol, que son  
luz de nuestra confusión.  
Envidia puedes tener:  
tú no ves ni fuiste a ver,  
yo vengo de ver, Antón.

Este Niño Dios, que es Rey  
de la suprema riqueza,  
estaba con tal pobreza  
por sujetarse a la ley  
de nuestra naturaleza,  
que, viéndole en penas tales,  
me dieron ansias mortales,  
porque, cuando Dios no fuera,  
me lastimara si viera  
un niño en pobrezas tales.

Como fue desde el instante  
de su pura Concepción  
más sabio que Salomón,  
supo también, como amante,  
sufrir pobreza y pasión.  
Miré con otros zagales  
si estaba en paños Reales;  
pero vi su majestad  
con tanta necesidad,  
que le di para pañales.

No le di, si lo recelas,  
dineros, que no tenía;  
mas ofrecile a María  
de mi corazón las telas:

humilde riqueza mía.  
 Y Él parece que a este don  
 riendo mostró afición,  
 porque duerme Dios muy bien  
 como por cama le den  
 las telas del corazón.

—¿Para qué no tendrás gracia? —dijo Palmira al Rústico—. Envía mañana a mi apero por el mejor cabrito.

—Si pagas tan generosamente —replicó él— tan humildes pensamientos, ¿quién no se dispone a las obras de ingenio en virtud del premio?

—Si ella crece premiada —dijo Ergasto—, yo te ofrezco una famosa esquila para tu manso. Y glósame tres versos de Pireno, que siempre me han parecido los más ingeniosos que a este sujeto he visto.

—Dilos —dijo el Rústico—; que si las Musas me son propicias como el sujeto lo merece, seguro estoy de salir bien de todo peligro.

—Pues oye. Y mira que no está la dificultad en ellos —dijo Ergasto—, sino en la sentencia equívoca.

—Estos versos y concetos equívocos no me agradan —dijo Alfesibeo—, porque es fuerte cosa que sirvan para aquella tierra en que se habla la lengua en que estan escritos, y que si van a las extranjeras no lleven alma ni sentido, porque en la suya no tienen correspondencia ni suenan lo mismo.

—No es ése el menor peligro que tienen —dijo Aminadab—, sino que las más veces hacen los pensamientos muy humildes, que iba a decir bajos; y si se usa muchas veces viene a ser odioso. Fuera de que es estilo que nunca se ha visto en grandes ingenios, donde el conceto y la sentencia es sólido, firme, grave y común a todas lenguas, como lo vemos en Homero, Hesíodo, Eurípides, Píndaro y otros poetas griegos, que si escribieran en equívocos, eternamente<sup>158</sup> fueran entendidos de otras naciones. Pero di los versos y dejemos esto, que parece que nos desvía de nuestro santo propósito.

—Los versos son éstos —dijo Ergasto:

Hoy la música del cielo  
 en dos puntos se cifró:  
 Sol y La que le parió.

El equívoco está en que *la* y *sol* son puntos del canto, y el conceto es que el *Sol* y *La* que le parió cifran en estos dos puntos toda la música del cielo.

—Es el mejor que he visto deste género —dijo Aminadab—; y si así fueran los demás, no sólo estaban disculpados, pero merecieran premio. Veamos, Llorente, cómo los glosas. Pero es menester que adviertas que en todos los veinte signos de la Música no hay más de seis voces, que son, *ut, re, mi, fa, sol, la*, multiplicadas siete veces en lo natural; porque en lo accidental, que es por conjuntas, más voces hay. Estas seis y los nombres de las conso-

158.— Por mucho tiempo.

nancias fingieron los músicos prácticos a su voluntad para enseñar con mayor facilidad a sus discípulos; que los teóricos otros nombres les tienen puestas. Lo que hay de un punto a otro se llama *distancia*. De los griegos se han deducido estas cosas; pero infaliblemente tienen más alto principio y fueron primero nuestras. Agora di lo que has prevenido.

El Rústico entonces dijo así:

Hoy la música del cielo  
en dos puntos se cifró:  
*Sol* y *La* que parió.

La consonancia divina  
(un son de igual perfección,  
que es una y tres puntos son)  
que se cante determina  
un dúo de eterna unión.  
Por libro un virgíneo velo,  
hombre y Dios, uno en el suelo,  
compuesto que es ligadura  
de dos puntos, en que apura  
hoy la música del cielo.

Para cantar a concierto  
a la voz *La* bajó el *Sol*,  
y el virgíneo facistol  
nos dio este punto cubierto  
de su inofenso arrebol.  
La humildad que le agradó  
es el *La* donde bajó,  
bajó el *Sol* subiendo el *La*,  
que después que en ella está  
en dos puntos se cifró.

Que aunque es verdad que hubo *mi*,  
y *re* también, dél reparo,  
porque en *mí* se vio su amparo;  
la clave fue Dios, y así  
mudose en *La Sol* tan claro.  
Canto llano pareció  
(tan humilde se mostró);  
mas echó Dios contrapunto  
viendo en dos puntos su punto:  
*Sol* y *La* que le parió.

—Has levantado tan de punto —dijo Aminadab— la música de esta glosa, que si no lo hubiera oído y visto no creyera que podía ser de improviso cosa que tan maravillosamente ha discurrido sobre estos divinos puntos en la Música. De donde arguyo que es cierta aquella antigua máxima, de que alguna deidad asiste al furor de los poetas, que Platón llamó *manía*.

—¿Agrádate —dijo el Rústico—, rabadán Aminadab?

—Luego ¿no me has entendido? —dijo él.

—Pensado tenía yo —replicó Ergasto— de probarme en ella; pero yo me guardaré de ponerme en tan conocido peligro.

—¡Qué bien dijo! —prosiguió Aminadab— que la divina consonancia, un Dios de igual perfección y substancia, aunque tres puntos (que son las tres divinas Personas), había decretado que el segundo, que es el Sol (que aun en las divinas letras es atributo de su justicia), cantase el dúo de sus dos naturalezas en un supuesto! *Simple* llaman los músicos una voz sola, y *compuesto* a la ligadura de dos puntos, que es con lo que acaba Llorente. El primero verso dice que allí apuró el Cantor omnipotente toda su música. Luego dice que la humildad de María fue el punto *la*, donde el Sol del Verbo eterno bajó del cielo, cifrándose en estos dos puntos toda su divina armonía. La tercera hace una de las mutanzas (que ansí las llama la Música), y concluye con que, siendo Dios quien era, vino al mundo en canto llano, con la humildad y llaneza que le veis nacido en el diversorio de Belén, echando aquel contrapunto de su divinidad viendo que el punto de su honor estaba ya en aquellos dos puntos de la Virgen, Madre de su Hijo, y del Sol de justicia: Verbo eterno humanado en ella para conversar con los hombres y redimir el mundo.

—Tanto más —respondió Ergasto— me has agora acobardado cuanto con el comento has ilustrado la glosa.

—No tienes razón —dijo Niseida—. Y si yo puedo algo contigo, te suplico que antes te anime para decir la tuya; que no hay cosa que más esfuerce la virtud que la honesta emulación. Fuera de que tú debes de tener gusto de decirla, pues tantas veces dices que no la quieres decir para obligarnos a que con más deseo te la pidamos, porque cuando un hombre se quiere excusar, antes divierte el propósito que le despierta y trae a la memoria.

Ergasto hizo que pensaba, y, sin responder a Niseida, comenzó ansí:

Cantando el Verbo divino  
 un alto tan soberano,  
 como de Dios voz y mano,  
 a ser contrabajo vino  
 bajando hasta el punto humano;  
 que aunque es de sus pies el suelo,  
 el Serafín de más vuelo  
 y el más levantado trono,  
 bajó por la tierra el tono  
 hoy la música del cielo.  
 Una Virgen no tocada  
 toca con destreza tanta  
 el arpa de David santa,



como la tiene abrazada,  
 que adonde el Infierno espanta  
 dos puntos solos tocó;  
 el bajo a el alto juntó,  
 que, como en una pregunta,  
 con un *si* Dios y hombre junta,  
 en dos puntos se cifró.  
 De un *fiat* comienza el *fa*  
 de su obediencia y su fe,  
 vio Dios el *mi*, siendo el *re*,  
 Rey y reparo, que en *la*  
 Virgen estrella *sol* fue;  
 pero después que nació,  
 cifrada en dos puntos vio  
 la tierra por su consuelo  
 el armonía del cielo:  
*Sol* y *La* que le parió.

—No en vano —dijeron todos los pastores a una voz— te escusabas, Ergasto, para que te importunásemos, como quien sabía ya con la honra y aplauso que habías de salir de tan bien considerada empresa.

—Siempre —dijo el Rústico— andas, mayoral mío, a quitarme la opinión; pero yo, como tan sujeto a tu milagroso entendimiento, quisiera que el mío fuera muy grande, para que, habiéndome vencido, lo fuera tu vitoria.

Pareciole a Aminadab que el Rústico se había corrido. Y por no dar lugar a que pasase adelante el aplauso de los pastores, comenzó a engrandecer la Música diciendo que aun la teórica della era ingeniosa y agradable, y que dondequiera que se aplicaba daba ocasión a peregrinos concetos. Dijo de las dos maneras de música: la una divina y la otra humana; la primera, que incluye en sí la elemental, y la segunda la instrumental, probándolo con que es imposible que la máquina velocísima de los cielos y elementos tuviese sus vueltas y movimientos en silencio, y que un movimiento veloz y ordenado era imposible que pudiese ser hecho sin sonido armónico; y cómo de la revolución de los cielos necesariamente se infería el sonido, y que de su grandeza y velocidad sería muy grande y su armonía muy dulce, porque si los cuerpos que están cerca de nosotros, cuando se mueven causan sonido, los celestiales, que son grandes y veloces, claro está que le tendrán mayor. Del movimiento del cielo, que lleva consigo los planetas, o sea inteligencia, como dicen, hay opiniones, que si no fuese detenido dellos mismos pondría en confusión la fábrica del mundo, y que si la naturaleza es grave en parte, y en parte aguda, puesta en debida proporción era imposible que dejase de hacer armonía juntándose a los extremos. Prosiguió también probando que como los cielos unos eran en sus movimientos veloces y otros tardíos, era fuerza que su música fuese alta y grande, y que para que los elementos, siendo contrarios, pudiesen estar juntos sin destruirse, no podía ser sin música. Trató de que el supremo Hacedor de los cielos les había dado al principio tal templanza que no se habían jamás destemplado de aquella armonía, y cómo el Sol y la Luna y los demás signos y planetas ya cantan tonos alegres

y ya tristes, dándonos el frío y calor en diversos tiempos. Finalmente, dijo que el sonido de los cielos no quiso Dios que le oyésemos por que no quedasen nuestros oídos destruidos y admirados; aunque Pitágoras dijo que porque el hombre se acostumbra a este sonido desde que nace, no le siente, como se prueba con evidencia en los que ejercitan el martillo o los que viven entre los que con él labran el hierro o la plata. Añadió también que por la diafanidad de los cielos, donde no podía quebrarse el aire, decían muchos que no podía haber sonido, con otras cosas curiosas y filosóficas que dijo haber leído en diversos libros. Trató luego de la música humana instrumental y aneja a la del cielo, como de principio de quien se deriva, y de qué suerte la música aguda llama a la grave para que simbolice con ella la especulativa y teórica, y la activa y práctica. Y de tal manera dijo lo que había sacado de diversos autores, que la queja del Rústico no tuvo lugar entonces de satisfacerse.

Quedaba gran parte del camino, porque como iban oyendo cosas de ingenio, a cada cosa sutil se iban parando; y así, se concertaron que cada uno de los pastores y zagalas cantase alguna cosa hasta llegar a sus cabañas. Y echando suertes entre todos para el orden que se había de seguir, cupo la primera a Lucela. La cual en alabanza de la música, por no salir del propósito, cantó así:

Si el cielo es armonía,  
 los elementos y la tierra toda,  
 Música y Geometría,  
 bien el divino origen se acomoda  
 a la más noble ciencia  
 antigua y celestial correspondencia.  
 Mas ya se le atribuya  
 al gran padre Jubal o Anfión tebano,  
 o sea invención tuya,  
 Mercurio antiguo, o de la diestra mano  
 de Pitágoras sea,  
 y en sus notas y números se vea,  
 cantar en tu alabanza  
 no quiero tus principios, ni tus obras,  
 ni aquella semejanza  
 que al cielo tienes, con que puedes y obras  
 milagros en la tierra  
 y en cuanto el mar de polo a polo encierra.  
 Otros canten que, echado  
 el Lesbio mozo<sup>159</sup> al mar de sus pilotos,  
 después de haber cantado  
 a los dioses del agua humildes votos,  
 hizo su espalda silla  
 aquel Delfín que le llevó a la orilla:

Que yo de David quiero  
cantar en tu alabanza el Psalmo santo  
en que al Dios verdadero  
ofrece de la voz el dulce canto,  
David, cuya armonía,  
cuya arpa los espíritus vencía.

Load a Dios cantándole  
en los lugares santos y en el cielo;  
aquel que, fabricándole  
con su virtud, es trono y firme suelo  
de sus pies soberanos,  
y por todas las obras de sus manos.

Load su señorío  
y aquella multitud de sus grandezas,  
load su poderío,  
y en muestras de las bélicas proezas  
con trompetas sonoras,  
desplegando banderas vencedoras.

Y luego con psalterios,  
con cítaras suaves al Dios santo  
de ejércitos y Imperios,  
y el coro humano y celestial el canto  
del tímpano levante,  
o en órgano, o en son de cuerdas cante.

Loalde en las campanas,  
que suenen bien y concertadamente;  
que a las claras mañanas  
los espíritus mueven de la gente,  
para que todo el día  
le alaben por la vida y luz que envía.

Esto David cantaba,  
y de la guerra y paz los instrumentos  
al Señor consagraba;  
que en música fundó los elementos  
cuya alabanza santa  
cantan los cielos y la tierra canta.

Los versos se inventaron  
para alabar a Dios tan solamente;  
los antiguos cantaron  
himnos a Apolo y Marte, que a la gente  
plebeya les mostraba  
el armonía con que Dios se alaba.

El bélico instrumento  
a Dios pide vitoria cuando toca,

y del suave acento  
a la oración pacífica provoca;  
ansí a la orilla cana  
del Rojo mar cantó de Arón la hermana.  
Ansí, cuando presenta  
por el cabello asida del Gigante  
la cabeza sangrienta,  
iban cantando de David delante  
las damas su vitoria,  
envidia de Saúl, de Belén gloria,  
Ansí cantó María  
visitando a Isabel, su prima santa,  
y el mudo, que tenía  
la llave de la duda en la garganta,  
abrió la boca y dijo  
de Dios grandezas, y de Juan su hijo.  
Canten eternamente  
los Serafines tu glorioso nombre,  
gran Dios omnipotente,  
la tierra, el mar, el aire, el fuego, el hombre,  
y con voces suaves  
los árboles, las fuentes y las aves;  
y más cuando, nacido  
en un portal, estás temblando al yelo,  
el orbe redemido  
por las entrañas de tu puro celo.  
Cantad, cantad, pastores,  
al Hijo y a la Madre eternos loores.

Esto cantó Lucela, enamorando los aires y parándose las aguas de aquellos arroyos que con diversos lazos enredaban el prado, con la suave voz de que era celebrada desde la tierra de Belén al monte que lo fue tanto por Elías. Y como la segunda suerte había tocado a Palmira, cantó ansí:

Niño de nieve pura,  
pero nieve abrasada,  
de llama tan cifrada  
que en tu nieve se apura,  
¿cómo tiene sosiego  
en tanta nieve tu divino fuego?  
Bien puedo, Niño mío,  
darte calor amando,  
que si me ves helando  
más sentirás el frío;

que el pecado se atreve  
a ser del mismo Dios helada nieve.  
Hoy María amanece,  
cual blanca y roja aurora,  
pues ya la tierra adora  
el Sol que nos ofrece:  
¡Ay dulce Aurora mía,  
contigo viene el Sol, contigo el día!  
Los dos estáis conformes  
en el remedio humano;  
huyan de vuestra mano  
los Ángeles inormes.  
Dios solo reina y vive;  
mi fe lo dice así, mi amor lo escribe.

Elifila, a quien tocaba la tercera suerte cantó así:

Juntáronse los gitanos  
que en Jerusalén vivían  
para dar las buenas Pascuas  
a la dichosa parida.  
De la Torre de Belén  
los pastores les avisan  
que está Dios hombre en la tierra  
en los brazos de María.  
Una rica danza ordenan  
de ricas ropas vestida,  
matizando aljófar y oro  
por las labradas camisas.  
Los tocados aderezan  
de corales y amatistas,  
de flores, de perlas y oro  
y cuentas de aguas marinas.  
Con laúdes y psalterios,  
y con sonajas repican  
adufes y cascabeles,  
a cuyos sonos relinchan.  
Entran al portal, adonde  
la Palabra en carne habita,  
y haciendo lazos comienzan  
a decir a la parida:  
A la dina dana,  
Reina soberana.  
A la dana dina,  
Señora divina.

Reina de los cielos,  
honestá señora,  
cuya blanca frente  
estrellas adornan,  
a quien los dos rayos  
de la Luna hermosa  
sirven de chapines  
a esos pies que adoran.  
Virgen que a Dios distes  
carne y sangre sola  
por gracia divina  
de aquella Paloma  
que, viniendo en vos,  
os hizo tal sombra,  
que del Sol la lumbre  
encerrastes toda.  
A los gitanillos  
nos dad en limosna  
esa monedica  
de gracia y de gloria,  
medalla divina  
de las tres Personas,  
aunque en ella vive  
la segunda sola:  
oiréis la ventura  
que el Cielo atesora  
para vuestro Hijo,  
Dios en carne humana.  
A la dina dana,  
Reina soberana.  
A la dana dina,  
Señora divina.

Vós que sois la dina  
entre las mujeres,  
de tener por Hijo  
al Rey de los Reyes,  
nuestra dina oíd,  
pues lo fuistes siempre,  
como siempre virgen,  
madre dignamente.  
A la dina digan  
las aves celestes,

a la dina el mundo,  
que por Reina os tiene.  
También a la dana  
por vuestros parientes,  
pues por hija de Ana  
esta dana os viene.  
De Ana sois hija,  
y dina que fuese  
vuestro Hijo Dios,  
que tenéis presente.  
Pues si dina y dana  
sois, Virgen, bien puede,  
por dana y por dina,  
decir la gitana:  
A la dina dana,  
Reina soberana.  
A la dana dina,  
Señora divina.

Dad acá la mano,  
dina de ser Reina  
por vuestras virtudes  
del cielo y la tierra.  
Pero ¿qué ventura  
mayor os espera  
que la que os han dicho  
Reyes y Profetas?  
Toda se ha cumplido  
en la dicha vuestra:  
si de Dios sois Madre,  
¿qué otra dicha os queda?  
Tiempo de alegría  
no quiere tristezas,  
pasarán los días,  
en que muchas vengan;  
ahora no es justo  
que nadie se atreva.  
Gozad muchos años  
el Niño de perlas,  
pues de las que llora  
nuestro son le alegre,  
viendo que os decimos  
divina Mañana:  
A la dina dana,



Reina soberana.  
a la dana dina,  
Señora divina.

La cuarta suerte, que siguió a Elifila, tocó a Finarda. La cual después de alguna escusa que hacia mayor su satisfacción, dio la voz a los claros aires, la mano a las dulces cuerdas, y cantó así:

Nació la vida que la dio a la muerte,  
y trocose la muerte en dulce vida;  
vistió la luz de nueva gloria el cielo  
y la oliva de Paz nació en la tierra;  
hubo amistades entre Dios y el hombre  
en las puras entrañas de una Virgen.  
Aquella hermosa Madre y siempre virgen,  
estando condenado a eterna muerte,  
trujo la vida y libertad al hombre;  
que desta Virgen procedió la vida  
con que salió de la prisión la tierra  
y vio las puertas del sereno cielo.  
Cerrado estaba por la ofensa el cielo,  
a no ser por la llave desta Virgen  
que del pecho de Dios trujo a la tierra,  
abriendo los candados de la muerte  
y siendo puerta de la eterna vida  
por donde entrase a su descanso el hombre,  
Mujer fue la ocasión por quien el hombre  
perdió la gracia del Autor del cielo,  
atreviéndose al árbol de la vida;  
y mujer fue también, y madre y virgen,  
la que pudo libralle de la muerte  
y alzar las maldiciones de la tierra.  
Hoy nace de una Virgen en la tierra,  
de Dios el Hijo para bien del hombre,  
echando las prisiones a la muerte  
en que nos puso el que cayó del cielo,  
cuya frente pisó la hermosa Virgen,  
paloma de la paz de nuestra vida.  
Dad parabién a quien nos dio la vida,  
pues que ya la gozamos en la tierra,  
pastores de Belén, por esta Virgen;  
y en presente llevemos al Dios hombre  
las almas que Él pretende para el cielo  
a costa de su vida y de su muerte.

Triunfe la vida y ríndase la muerte,  
tengan los cielos gloria, y paz la tierra,  
pues a un hombre que es Dios parió una Virgen.

Ya para la quinta suerte se había prevenido Niseida, que, por alegrar los pastores, rogándoles que la ayudasen con todos sus instrumentos, cantó desta suerte:

La aldeana graciosa  
recién parida,  
visitándola Reyes,  
no les da silla.  
Una oscura noche,  
del Sol envidia,  
parió la aldeana  
de nuestra villa.  
Fuimos sus parientes  
a ver de día  
de riquezas pobres  
claras enigmas.  
Hallámosla sola,  
pero tan linda,  
que bajaba el Cielo  
todo a servilla.  
Mas aunque su madre  
fue un tiempo rica,  
ella estaba pobre,  
mas siempre limpia.  
No tuvo en la cama  
ricas cortinas,  
el Cielo era cielo  
que la cubría.  
La cuna fue pajas,  
y las mantillas  
lirios, azucenas  
y clavellinas.  
Eran los cristales  
y celosías  
pedazos de yelo  
por donde mira.  
Reyes del Oriente  
también caminan,  
oro le presentan,  
incienso y mirra.

Como no las tiene  
la hermosa Niña,  
visitándola Reyes,  
no les da silla.  
Colunas, pilastras,  
frisos, cornisas,  
de antiguo edificio  
rotas ruinas,  
vacíos descubren,  
donde fabrican  
de nieve los vientos  
paredes frías.  
Dentro telarañas  
son telas rizas;  
yelos por defuera,  
pizarras lisas.  
Hacen los pastores  
(como se admiran  
de ver que el inmenso  
se encoge y cifra)  
para las paredes  
donde se arriman,  
en tapices que andan,  
figuras vivas.  
Esta casa tiene  
y esta familia,  
que en este aparato  
Reyes reciba.  
Reyes que, cubiertos  
de oro de Tíbar,  
arrastran brocados,  
que el mundo estima.  
Sillas le han faltado;  
nadie las pida  
adonde los cielos  
ven de rodillas.  
Y aunque las promete  
para otro día,  
visitándola Reyes,  
no les da silla.  
No se quejan ellos,  
que antes se humillan:  
de mayores Reyes  
viene María.

David era santo,  
Dios lo confirma;  
sabio Salomón,  
bueno Ezequías.  
Mas no fue la causa  
no haber quien sirva  
sillas a los Reyes  
en la visita.  
Pajes hay que vuelan,  
y sillas ricas,  
en otros palacios  
que tiene arriba.  
Ser el Rey tan grande  
será por dicha,  
pues basta la gloria  
del que le mira.  
No se sientan Reyes  
donde Él habita,  
que alguno que quiso  
perdió la silla.  
Desde su soberbia  
se están vacías,  
que las humildades  
a Dios obligan.  
María lo sabe,  
pues es bendita,  
por las que en su alma  
los cielos miran.  
Como el ser humilde  
tanto la estima,  
visitándola Reyes,  
no les da silla.

La última, porque ya llegaban a las cabañas, tocó a la hermosa Dositea, y para que fuese breve cantó así:

Al Hijo de la mirra, al Verbo santo  
que en la niñez del mundo en lo primero,  
dio incienso en ara el humo de un cordero,  
causa de la primera sangre y llanto;  
al Sol del Oro autor no causa espanto  
que tres Reyes del árabe hemisferio  
den mirra, incienso y oro, culto y fuero  
de un Rey, Dios hombre, que se humilla tanto.

De la misma Sabá Nicaula bella,  
sabia, por sabio a Salomón traía  
dones y enigmas. Fama fue, no estrella.  
Hoy, Reyes, a mayor sabiduría  
traéis presentes, y, guiados della,  
halláis la enigma en brazos de María.

## FIN DEL CUARTO LIBRO



## LIBRO QUINTO

**E**N el nacimiento temporal del Verbo Eterno, resplandor de la gloria de su Padre y figura de su divina substancia, mostraron todas las criaturas sentimiento, y naturalmente se alegraron. Sus maravillas y obras sobrenaturales fueron tantas, que dellas solas se pudiera hacer una digresión grande, porque en las que tienen solo ser, como los cielos, elementos, piedras y metales, hubo señales notables. En los cielos, diversas estrellas, esalaciones, música y espíritus celestiales que daban a los hombres el parabién de su remedio en la venida de Cristo al mundo. En las que tienen con el ser y el vivir el sentir, hubo también inauditos regocijos; pero ¿qué mucho, si en la salida de los hijos de Israel de la esclavitud de Egipto se alegraron y saltaron los montes como corderos, que en la libertad de todo el género humano hiciesen los animales alegres sentimientos? En las que tienen con el ser y el vivir el discurso de la razón, no era mucho, como ya se ha visto, pues eran los hombres los interesados en este bien. En las criaturas que con sentir, vivir y discurrir tienen el entender, también queda entendido de la manera que ennoblecieron los aires con sus alas y sus divinas voces cantando la gloria de Dios en el cielo y la paz a los hombres en la tierra, ya redemidos del duro Faraón que desde el principio del mundo los oprimía en el lloroso Egipto: amargo destierro de su patria natural, tierra de promisión bendita.

Cielos, Ángeles, elementos, hombres, piedras, plantas, animales, todos mostraron regocijo, ofreciendo al Rey de la naturaleza, ya hombre por el hombre, lo que cada uno tenía de su natural virtud. El templo de la Paz se cayó en Roma, y aquella fuerte máquina y pesadumbre vino a tierra, juntándose los pavimentos enlosados con los dorados techos y haciéndose pedazos la antigua imagen de Rómulo, sin las de muchos ídolos que en reconocimiento del verdadero Príncipe de la Paz, del Dios y Señor y Emperador supremo de los celestiales y terrestres Imperios dejaron las basas de sus colunas y postraron sus coronas al portal humilde y a la cuna de pajas en que había nacido Desta caída hubo aquel celebrado vaticinio, cuando después de la muerte de Godolías bajó el Profeta a Egipto y dijo a sus Reyes que entonces se caerían sus ídolos y se arruinarían sus templos cuando pariese una Virgen. Donde, maravillados los Sacerdotes de Isis y Anubis, hicieron de bronce y oro la imagen de una Virgen con un hermoso Niño en sus brazos, y, puesta en lo más oculto del templo, la adoraban y tenían en suma reverencia. Los cuales preguntados de Tolomeo, respondieron que sus mayores les habían dicho que el Profeta Jeremías les predijo que cuando una Virgen pariese, sus dioses y templos se desharían, y que, teniendo este oráculo por infalible, veneraban su imagen. Una de las Sibilas había profetizado que cuando

una fuente de olio corriese al Tibre nacería la salud y redención de los hombres, y ésta se vio en Roma por el discurso de todo aquel dichoso día de nuestro remedio. Una estrella que tenía forma de un hermoso mancebo con una cruz resplandeciente pareció sobre un monte a los Reyes del Oriente y les dijo que fuesen a adorar al mayor Rey, que ya era nacido en Judea. En nuestra España parecieron tres soles que, juntándose en uno poco a poco hacia la parte del nacimiento del Sol, dieron a entender al mundo que la noticia de tres Personas y un Dios sería en breve manifiesta a los hombres. Notable fue el caso milagroso del César, que habiendo visto en el cielo un día entre mil círculos de oro resplandecientes una Virgen sentada dando su amoroso pecho a un tierno Niño, sobre haber consultado la Sibila para recibir la veneración que como a dios le quería dar el Senado (puesto que él la rehusaba) poniéndole en el número de sus vanos dioses, oyó una voz que le dijo: «Esta es la verdadera Ara del cielo», y que la adoró y se humilló al santísimo Niño y le ofreció sacrificio como a verdadero Dios y Señor. Todos los árboles y plantas florecieron y dieron suave olor y fruto. Las viñas de Engadí, ciudad del tribu de Judá al Occidente, junto al mar Muerto, esalaron de sus sarmientos preciosos bálsamos, florecieron ansimismo las mirras, las canelas, los cinamomos, linaloeles, plátanos y cedros y todos los demás árboles aromáticos. Los pastores, los ganados, los reyes, los Ángeles, finalmente, todas las criaturas reconocieron a su divino Criador; pero ¿qué mayor maravilla que venirle buscando desde las remotas partes del Oriente tres Reyes sabios y llegar a Belén en término de trece días, en que sucederían por todo el universo cosas hasta aquellos tiempos inauditas?

Notables invenciones hallaron las lisonjas de los hombres para engrandecer sus príncipes y halagar sus oídos con la blandura de los engaños, de que la mortal naturaleza se paga tanto; pero por acuerdo y providencia divina nunca hubo en el mundo quien a sus dioses diese el nacimiento que a Cristo santísimo, verdadero Dios y verdadero hombre. A Júpiter y a Juno dieron por padres a Opis y a Saturno, nacieron de un parto en Creta, cuyos hermanos fueron Plutón y Neptuno (o sean tres, como algunos escriben: dos nacidos en Arcadia y otro hijo del cielo, de quien también dicen que nacieron Proserpina y Baco); de Minerva, diosa de las ciencias y las artes, dicen que nació del cerebro de Júpiter; de Baco, que de su muslo; de Apolo o Febo, y Diana o la Luna, que en la isla de Delos habían nacido de Latona; de Marte dijeron que de Juno y la flor de los campos Olenios<sup>160</sup> (por imitar a Júpiter en la creación de Minerva), y desta suerte prosiguiendo por los demás dioses de los gentiles, aunque tan fabulosos y llenos de las mentiras de la lisonja, o para significar debajo de aquesta secreta filosofía las calidades de los planetas y las influencias de sus estrellas en los que nacían en sus horóscopos. Pero nunca se atrevió ninguno a decir, ni Dios se lo permitió, que hubiese nacido alguno de madre virgen, cosa que es digna de justa consideración, ni tal cosa se ha hallado ni visto en toda la antigua historia, o la mentirosa fábula, ni en sus mitologías y declaraciones.

Pero, viniendo a nuestro principal intento, una mañana, después de muchos días que los pastores de Belén habían llevado sus ganados a un prado que cerca del camino dividían dos cristalinos arroyos, hijos legítimos de una fuente que en lo más alto de una montaña tenía principio, vieron venir a Fabio y Bato, que con grande alegría los saludaban desde lejos. El aplauso de los pastores fue grande, y los abrazos y parabienes sin número. Sen-

160.- La mujer que la tocara podría concebir sin intervención de varón.



táronse en la grama y en los gabanes los que en aquella ocasión se hallaron juntos, que acertaron a ser los más entendidos de aquellos campos, aldeas y cabañas; y habiéndoles rogado Aminadab que le contasen la causa de su dilación, antes que respondiesen comenzó el Rústico a cantar así:

Venga con el día  
el alegría.  
Venga con el Alba  
el Sol que nos salva.

Vengan los pastores.  
Vengan norabuena  
de adorar al Sol  
y la blanca Estrella;  
de ver en el arca  
jamás abierta  
el maná sabroso  
que nos sustenta  
y el precioso nácar  
adonde engendra  
aquel Alba Virgen  
tan blanca perla;  
aquel zagalejo  
de la melena  
que el oro de Tíbar  
por hebras peina,  
de quien tantos lobos  
que nos rodean  
dejarán, medrosos,  
la humana selva.  
Los montes se alegran  
con su venida.  
Venga con el día  
el alegría.  
Venga con el Alba  
el Sol que nos salva.

El David valiente,  
a cuyas piedras  
gigantes armados  
miden la tierra;  
que las humildades  
estima y premia,  
y se ofende tanto  
de la soberbia;

el que nace en pajas;  
que tales deudas  
paga a Dios el hombre  
con pajas secas.  
Decidnos, pastores,  
si llora y tiembla  
de ver que la muerte  
su cuna acecha.  
O si está contento  
de padecerla  
(será lo más cierto,  
pues la desea).  
Y aunque a morir venga,  
si es nuestra vida,  
venga con el día  
el alegría.  
Venga con el Alba  
el Sol que nos salva.

El dátil hermoso  
que en ramos cuelga  
de la blanca palma,  
vitoria nuestra;  
aquel dulce Niño,  
panal de cera,  
que de flores hizo  
tan linda abeja;  
el Cordero blanco  
de la ovejuela  
que nació de Adán  
sin la mancha negra,  
¿qué dice? ¿Qué hace?,  
que aquellas quejas  
rasgan corazones  
y entrañas quiebran.  
Mas si en Él estriba  
que todos tengan  
la vida y remedio  
que dél esperan,  
trate norabuena  
de darnos vida.  
Venga con el día  
el alegría.  
Venga con el Alba  
el Sol que nos salva.

Recebidos con este contento, y no rogados, porque ya ellos deseaban comunicar lo que habían visto en Belén y Jerusalén, de donde venían, y donde sin acordarse de sí ni de sus ganados habían estado tantos días, dando Bato la mano a Fabio, como a zagal más entendido, comenzó así:

—Después de haber los Reyes referidos de Aminadab ofrecido sus dones a aquel divino Niño (por cuyo número de tres, como en enigma, significaban la inefable Trinidad y comprehenderse en un niño juntamente la Divinidad, la Humanidad, y la Real dignidad que le convenía por razón de la Divinidad y Humanidad): el oro como a Rey, el incienso como a Dios, y la mirra como a hombre que ha de morir (que ya sabéis que los hebreos sepultamos los cuerpos de nuestros difuntos envueltos en mirra para librarlos de la corrupción de la tierra), comenzaron a tratar entre sí si sería bien volver por Jerusalén a dar cuenta a Herodes del recién nacido Rey, como él les había pedido; pero, avisados en sueños que no volviesen, no sólo por que no ayudasen a la impiedad de Herodes con su inocencia y el Niño fuese defendido de su crueldad; mas por que él entendiese cuán en vano lo deseaba y desistiese del comenzado intento, se volvieron por diferente camino a sus tierras. No quiero encareceros el alegría que Bato y yo tuvimos de haberlos hallado en Belén y mirado de espacio, y de haber tantas veces hablado con criados suyos, que nos dijeron muy por estenso la patria, sabiduría y principio con que intentaron tan dichosa jornada. Particularmente nos fue de sumo contento ver los etíopes, sus bailes, sus canciones y sus fervorosos deseos; que parecía verdaderamente que aquel adusto color de sus rostros más era del fuego de su corazón que de la naturaleza de su patria. Mas porque ya estaréis deseosos de saber por qué causa hemos estado en la ciudad tanto tiempo, sabed que, fuera de que no era posible dividirnos del santo Niño y de la hermosa Virgen su madre, y holgábamos de asistir a su servicio y a lo que el venerable viejo gustaba de mandarnos, determinamos de esperar todos los cuarenta días de la Purificación que nuestra ley Mosaica tiene ordenados (ochenta si nace hembra, y los que dije siendo varón, a imitación de la naturaleza, que estos mismos tarda en su formación).<sup>161</sup> Se partieron a Jerusalén, donde bien sé que me daréis por escusado de contaros la ley y las obligaciones, pues las sabéis todos. Llevó, pues, la Virgen su hermoso Niño y presentole en el templo con la debida ofrenda, un par de tórtolas o de palomas, que por símbolo de la castidad convenían con la corporal purificación y para que fuese en su mansedumbre y inocencia configurado el Niño que se ha de ofrecer a su Eterno Padre por nuestra purificación y limpieza. Hallaron en el templo un santo varón llamado Simeón, justo y temeroso de Dios y que esperaba afectuosamente su venida para remedio del linaje humano. Éste por interior inspiración avisado que no vería su muerte hasta que viese en el mundo al Hijo de Dios humanado, que esperaba, y advertido entonces de que era aquel Niño que traía la hermosa Virgen al templo, trasladole de sus virgíneos brazos a los dichosos suyos, y como blanco cisne deseando su muerte, dijo con suave, aunque decrepita voz, este divino cántico:

Agora sí que puedo  
partirme en paz de aquesta mortal vida,  
pues ya contento quedo;

161.— La tradición judía establecía que la madre había de esperar cuarenta días, para purificarse, hasta presentar al recién nacido ante la autoridad religiosa.

que antes de mi partida  
fue tu palabra, gran Señor, cumplida.  
Pues ya no solamente  
vieron mis ojos la salud que encierra  
la paz que está presente  
después de tanta guerra;  
mas la del orbe todo se destierra.  
Para que lumbre sea  
en las tinieblas, de su error oscuras,  
con que te adore y crea,  
y luz con que aseguras  
la paz y gloria que a Israel procuras.

Después de las cuales palabras, el santo viejo, a quien estaban María y Josef admirados escuchando, con mil parabienes y bendiciones comenzó a profetizar, diciendo:

¿Veis este Niño santo?  
Pues su venida celestial divina  
ha de ser la ruina,  
que con su muerte a muchos ponga espanto,  
y a Israel, que le espera,  
resurrección y vida verdadera.  
En señal será puesto  
de tal contradicción a varia gente  
(aunque Él humildemente  
para sufrirla en sí viene dispuesto),  
que los que en Él reparen  
sus imaginaciones le declaren.  
Tu alma, ¡oh Virgen bella,  
oh Madre santa deste Niño hermoso!,  
cuchillo doloroso  
en este tiempo pasará por ella;  
porque Él tendrá el tormento,  
y tú en el corazón el sentimiento.

Estas palabras, pastores, parece que las tomó Simeón de la boca de Esaías, cuando dijo que el Señor sería nuestra santificación, y puesto como piedra de escándalo y ofensa a Israel, y lazo y ruina de los habitantes de Jerusalén: pero sabed que también se halló a esta ocasión aquella gran moradora del templo, Ana Profetisa, hija de Fanué, del tribu y casa de Aser, viuda de ochenta y cuatro años (porque con su marido sólo estuvo siete), mujer santa, de notables ayunos y oraciones, y conocida de todos los que en Jerusalén esperaban la venida deste Señor, a los cuales claramente les decía que ya estaban cumplidas sus esperanzas: que aquél era el Mesías prometido a nuestros padres Abrahán, Jacob y David, y el que tantos Profetas habían predicho. A éstas nos hallamos presentes este pastor y yo,

y él es testigo que oyó muchas veces a esta matrona santa lo que digo, con la admiración y regocijo de todos los presentes, que podéis imaginar de la que os causa oírlo. Siendo, pues, ya tan larga la ausencia de nuestra casa, la falta que hacíamos a nuestros ganados y a vuestros deseos (aunque quien trata con Dios ninguna cosa le falta), cuidamos de la partida; y despidiéndonos de la santísima Virgen y del virgen Esposo y del bellissimo Niño, besándole las azucenas de los pies (las veces que permitió el respeto, porque a no ser por él no se acertaran a dividir los labios en los siglos y eternidades), tomamos el camino de la Torre, y della a nuestras cabañas, dejando allí las almas, que hasta volverle a ver es imposible juntallas a nuestros cuerpos.

Mucho se alegraron los pastores destas alegres nuevas. Y de que ya la Virgen tratase de volver a Nazaret su casa comenzaron a tener sentimiento, pareciéndoles que se les desviaba del lugar adonde por instantes pensaban verla.

—¡Ay —dijo Niseida—, pastores, qué poco dura el bien! Pues aun éste, que es el sumo, respeto de tenerle ya nosotros en la tierra, en nuestro grosero lenguaje podemos decir que no es estable; que aunque él por sí mismo lo es más que los ejes de los cielos, por nuestra parte parece que nos falta.

—¡Qué mal he hecho —dijo Palmira—, Niseida amiga, en no haber ido a Jerusalén estos días, donde pudiera haber visto otra vez aquella divina Señora y su hermoso Hijo!

—Yo te hubiera acompañado —respondió Lucela—, y aun pienso que no quedara en estos prados pastora alguna; pero por si acaso no fuere su partida tan breve, vamos mañana en duda, que no la puede haber en hallar a Dios quien le busca con deseo.

—Si esas cosas —dijo Ergasto— las entiendes al espíritu, no hay flor en este campo, no hay perla en estas fuentes ni hoja en estos árboles donde no le halles. Pero si lo dices, Lucela, para verle con los ojos en el disfraz humano que ha tomado, y con el mortal vestido, en alejándose desta tierra, si no vas a Nazaret, ¿cómo será posible?

—No os entristezcáis agora —dijo Aminadab—; que yo os daré un pastor que vaya a Jerusalén esta noche y os traiga nuevas mañana de la pura Virgen y su hermoso Hijo.

—No será necesaria esa diligencia —dijo Alfesibeo—; que yo seré el mensajero y el que con toda brevedad haga ese dichoso camino; y no lo quiero yo fiar de la noche, que no son éstos los deseos que se han de dilatar, sino ir desde aquí, sin volver a mi cabaña; que Ergasto volverá mi ganado al mayoral, o con los de Mahol le sacaré mañana al prado Aminadab.

—Que me place —dijo él entonces—. Y tendré a mucha ventura servirte en algo. Dios sabe si todos quisiéramos acompañarte; pero las nuevas que nos trujeres espero que nos soliciten de suerte que no quede pastor ni cabrerizo en todos los campos de la Torre de Belén que no vaya a ver este abreviado cielo, esta Trinidad de la tierra, Jesús, María, Josef.

Fuese entonces Alfesibeo por el camino que había venido Fabio, y con la ocasión de haber hablado Aminadab en la Trinidad del cielo, Ergasto cantó así:

Engendra al Hijo el Padre sempiterno  
contemplando en sí mismo su hermosura,  
una noticia suya, una figura  
de su substancia, un Dios, un Verbo eterno.

Procede de los dos un amor tierno  
 de agradarse y de ver su inmensa altura,  
 un Espíritu Santo, una luz pura,  
 un Dios, una substancia, un ser coeterno.  
 ¡Oh enigma! ¡Oh mar! ¡Oh Sol resplandeciente,  
 que tiene al hombre mudo, al Ángel ciego!  
 Cielo donde la fe sirve de polo:  
 un Dios y tres personas finalmente,  
 como el Sol, en quien hay cuerpo, luz, fuego,  
 y es sólo un Sol, figura de Dios solo.

A la suavidad y escelencia desta canción, solicitado Aminadab de virtuosa envidia, previniendo la zampona, dijo así:

Padre que engendras abeterno el Verbo,  
 noticia tuya y substancial conceto,  
 mirando de ti mismo el ser perfeto,  
 luz amorosa que a los dos reservo:  
 Cuya hermosura el Seraffín protervo  
 pensó igualar, poniendo por objeto  
 al Rey de gloria no vivir sujeto  
 que tomó por mi bien forma de siervo.  
 Santa Trina unidad, Trinidad una,  
 que inseparablemente en ti consistes,  
 énfasis de los cielos estupendo.  
 Hermosa forma sin materia alguna,  
 presencia potencial que en todo asistes,  
 adoro en ti lo que de ti no entiendo.

No había puesto fin a estos versos Aminadab, cuando el pastor Fabio, que sabía, como los demás, otra canción a este divino sujeto que los mayores más sabios escribían, templando una suave lira cantó así:

Los que a tus plantas su hermosura aplican  
 y a tu divino Sol hacen diadema,  
 que con tan soberana epifonema<sup>162</sup>  
 santo mil veces, santo reduplican,  
 tu inescrutable esencia testifican  
 con ver que su poder al tuyo tema,  
 divino Theos, Majestad suprema  
 que tantos atributos significan.

162.- Exclamación.

Si al triángulo santo que contiene  
 tu círculo divino el pensamiento  
 tal vez como veloz confuso viene,  
 en mi pequeño mundo mire atento  
 tu semejanza, pues el alma tiene  
 memoria, voluntad y entendimiento.

—Gravedad tiene este género de canciones —dijo Aminadab— para la Música. Mejor me parece que se aplican a su dulzura los versos líricos que los heroicos, y sobre todo estos himnos que van glosando alguna cosa; porque si bien su estilo no es superior, tampoco es ínfimo.

—¿Qué os parece que hagamos —dijo Elifila—, ya que nos habemos juntado aquí, si bien es tarde?

—Díganos —dijo Lucela— alguna cosa el Rústico.

—¿Qué puedo yo deciros —respondió Llorente— que no sea como mi nombre, pues ya sabéis cuánto convienen con el suyo todas las cosas, mayormente en nuestra lengua hebrea, pues no hay alguno que no tenga su significación, ora sea de ciudad, de monte, de río o de persona, como es ejemplo Jerusalén, que significa visión de paz, o temor perfecto; Belén, casa de pan; Carmelo, cordero circunciso; Tabor, pureza; Jordán, juicio; Josef, aumento de Dios; María, señora de la mar, y Jesús, salvador. Y así, rústico, ¿qué otra significación queréis que tenga más propia? Lo que yo haré de buena gana será mostraros una pequeña tabla que desde ayer traigo en mi pecho envuelta en este tafetán, ingeniosa pintura de Frondoso, no porque él haya retratado estas figuras del natural, ni habiéndolas visto juntas, porque después de nacidos estos soberanos Niños no pienso yo que se han visto; que ya sabéis todos cómo se vieron en los santísimos claustros de sus madres María y Isabel, primas.

La tabla que el Rústico enseñaba a los pastores, no acertará mi pluma a pintarla, por la cortedad de mi ingenio y la falta de colores retóricos, que eran tan necesarios para los divinos suyos. Baste decir que la Virgen estaba mirando a Jesús, que se levantaba de una cuna a abrazar al niño Juan, haciéndole con la mano derecha cosquillas en la garganta, de que Jesús se alegraba y Juan se reía, si bien mostraba algún sentimiento. Allí estaban Isabel y Josef y el anciano sacerdote Zacarías, con el primor a que puede llegar este divino arte, émulo de la naturaleza. Mas ¿para qué me canso en pintarla, pudiendo mejor con los versos, pues es sin duda que la poesía es pintura de los oídos, como la pintura poesía de los ojos?

En este lienzo el Verbo soberano,  
 que al suelo descendió desde las sillas  
 del cielo, de la cuna y las mantillas  
 se levanta a abrazar su primo hermano.  
 Sintiendo el niño la sabrosa mano,  
 encoge la garganta a las cosquillas,  
 admirando tan altas maravillas  
 María y Isabel y el santo anciano.



¡Qué bien mostró el pintor en burlas tales  
 que Cristo a Juan le prueba la garganta  
 para otras veras, a otra edad iguales!  
 Sufridlas, Juan, pues con destreza tanta  
 os pone agora Cristo las señales  
 por donde os corten la cabeza santa.

Yo pienso que de esta manera habré pintado mejor el lienzo, y por dicha espreso el conceto del pintor con las palabras que no le haya dado la hermosura de los colores.

Mas, volviendo a nuestros pastores, ya que hubieron mirado la tabla que el diligente pastor había sacado de su devota imaginación, y aunque en tan pequeño espacio, la simetría de las figuras, la perspectiva del edificio, y por una ventana alguna parte en lejos de los países<sup>163</sup> de los campos, volvieron a renovar a los pastores las escelencias del hijo de Isabel y los favores y mercedes de la visita, con que Palmira les dijo que no le trujesen a Aminadab a la memoria las montañas de Judea ni la casa de Zacarías, por que no se entristeciese.

—No tienes razón —dijo su esposo—, pues fuera de haber hallado en ti tan agradable y dulce compañía, ha sido en mi mudanza tan favorable el Cielo, que he trocado a Isabel por María, a Juan por Jesús y a Zacarías por Josef. ¡Mirad si son mejores para que me entristezcan las memorias de la patria! Fuera de que ninguna lo es más que adonde está el bien.

—Ponga paz entre vuestro amor y los honestos celos de Palmira —dijo Lucela— alguno de estos pastores refiriendo o cantando alguna cosa de aquí al aldea; que no soy de parecer que hoy vamos tarde.

—Bien dice Lucela —prosiguió Elifila.

Y así, levantándose todos del ameno sitio, por una pared de cedros y naranjos, que no tenían qué envidiar al Líbano, tomaron el camino de las cabañas, y Dositea cantó aquesta letra ajena con esta glosa propia:

Nada oso desear.  
 Mucho hubiera que pedir,  
 si como se usa morir  
 se usara resucitar.

Cuando imperios y ciudades  
 miro que el tiempo desprecia,  
 cuando pasadas edades,  
 y que es lo que el mundo precia  
 vanidad de vanidades,  
 aunque pudiese alcanzar  
 cuanto puedo pretender,  
 viendo que se ha de acabar,  
 nada me atrevo a querer,  
 nada oso desear.

163.— Paisajes. Los 'lejos' de un cuadro es lo que aparece al fondo.

Revolviendo las historias  
 de tanto tiempo pasado,  
 armas, letras, triunfos, glorias,  
 hallo que siempre han dejado  
 sepulcros para memorias.  
 Con esto puedo decir  
 que todo ambicioso es loco;  
 que si no fuera el vivir  
 tan miserable y tan poco,  
 mucho hubiera que pedir.  
 ¿Qué privanza no ha bajado?  
 ¿Qué edad no se ha consumido?  
 ¿Qué hermosura no ha faltado?  
 Lo que ya vemos que ha sido,  
 parece que aún no ha llegado.  
 ¿Quién se pudiera reír,  
 quién dejara de llorar,  
 si se mirase el partir,  
 si como se usa acabar,  
 si como se usa morir!  
 Como la resurrección  
 no es hasta el final juicio,  
 y las muertes siempre son,  
 no tenemos mayor vicio  
 que la soberbia ambición  
 Sólo Dios hombre ha de hallar  
 este morir y vivir;  
 ¿qué nos pudiera faltar,  
 si a tres días del morir  
 se usará resucitar?

—Por cierto —dijo Ergasto—, bellísima Dositea, que el pastor que hizo estos versos merecía todo premio y agradecimiento; y no quiero comentarlos hablando sobre ellos, por dar lugar a Fabio, que me pareció que prevenía su lira.

—Estos son —dijo Dositea— de Damón el viejo.

—Conformes son —replicó Aminadab— a sus años y desengaños; que cierto se pudieran llamar desengaños los años, si no se llamaran años hasta que fueran desengaños. Mas dejemos decir a Fabio lo que ya tiene prevenido, como se vee en sus acciones.

—Lo que yo quería cantaros —dijo Fabio— es una glosa a una letra también ajena; pero habéis de perdonar el atrevimiento, porque sabed que es mía.

—No perderá por eso —dijo Niseida.

—Con ese favor —replicó Fabio— animarase mi cobardía, y diré así, suplicando a las cuerdas, que su armonía y números suplan los de mis versos. Pero primero quiero que sepáis que habiendo visto un día, de los muchos que estuve en Belén (si puede nadie decir

que fueron muchos, aunque fueran eternidades), habiendo visto, digo, llorar a aquel Niño benditísimo que es vida y gloria nuestra, Bato me dijo a la noche que había hecho a aquel propósito una canción, y por haberme agradado la glosé desta suerte:

Si el que da la vida llora,  
¿cómo se puede reír  
el triste que ha de morir?

Entró la muerte en la tierra  
por el pecado del hombre,  
bajó Dios, tomó su nombre,  
y en paz se trocó la guerra.  
Tan frío portal le encierra,  
que queda llorando agora.  
Pues ¿cómo, aunque se mejora,  
se alegra de aquesta suerte  
el que dio causa a la muerte,  
si el que da la vida llora?  
Bien es tener alegría  
de nuestro bien y salud,  
pues deste Niño en virtud  
comienza desde este día,  
pero templarse debía  
con ver lo que ha de sufrir,  
que de nacer a morir  
Él mismo llora también;  
porque mirando por quién,  
¿cómo se puede reír?  
Si a los tesoros mortales,  
que sólo aparentes son,  
tiene el hombre inclinación  
y deja los celestiales,  
tenga sus bienes por males;  
porque si piensa reír  
lo que es tan justo sentir,  
arguyo de su placer  
que no debe de saber  
el triste que ha de morir.

—Sujeto era —dijo Ergasto— para competir sobre él entre estos pastores el que Llorente nos ha propuesto; pero por que haya lugar para alguna historia, no será justo dilatarle.

—Seralo a lo menos —dijo Niseida— que tú la digas.

—No me deis ese cargo a mí —replicó Ergasto.

—Ya no hay que escusarte —dijeron todos.

Y él después de algunas excusas que le sirvieron de prólogo, comenzó así.

—Cesando de todo punto el Diluvio, se hallaron sobre la tierra ocho personas solas, cuatro varones y cuatro hembras: Noé con su mujer Tidea, Sen, Can y Jafed sus hijos, con Pandora, Noela y Noegla sus mujeres, de quien descendemos todos los que hoy vivimos en el mundo. Éstos, pues, y sus descendientes poblaron diversas partes, como en otras ocasiones habéis oído. Dejando Noé el Arca sobre los montes, atrevido a pisar la tierra que por tantos tiempos había carecido de las estampas humanas, viéndola descubierta y tratable, y deseosa de producir sus verdes partos, y a quien tantos cuerpos humanos habían hecho fértil, comenzó a labrarla. Y plantando en ella las primeras vides, a su tiempo cogió fruto, de cuyos racimos hizo el sabroso vino que, habiendo bebido, vencido de su fuerza se rindió al sueño. La grandeza de la cual quisieron significar los antiguos en aquella fábula de los Gigantes que poniendo un monte sobre otro intentaban subir al cielo, diciendo que, fulminados de Júpiter, la tierra había convertido en vides sus huesos, y su sangre feroz en los maduros racimos, para dar a entender que los que bebían de aquel licor, al parecer suave, bebían también la fuerza de aquellos atrevidos Gigantes. Mas, dejando las filosóficas moralidades de los antiguos y sus mitológicas significaciones, digo que, dormido y desnudo este gran Patriarca, fue descubierto de Can, uno de sus hijos, y enseñado por burla a Jafed y Sen sus hermanos. Los cuales sin querer verle, le compusieron honestamente el manto con piedad filial y con paternal respeto. Despierto Noé, y informado de la libre insolencia de su hijo, sin poder contener la ira, le maldijo y constituyó su descendencia por esclava y sujeta para siempre a los demás hermanos. Vivió Noé después del Diluvio trecientos y cincuenta años, en el cual tiempo envió a que poblasen el mundo sus descendientes, esortándolos a que reverenciasen al Omnipotente Dios, a que viviesen justamente, atendiendo a la agricultura, de la cual se sustentasen sin hacer daño alguno, y enseñándoles las buenas artes, que antes del Diluvio habían sido halladas. Los cuales esparcidos por el mundo, no pudiendo presencialmente gozar la vista de Noé, por que no se perdiese su memoria le edificaron populosas ciudades y insignes templos, llamándole con diversos nombres: Cielo, Sol, Caos, Alma del Mundo, Dios de Paz, de Santidad y Justicia, de que la idolatría tuvo origen. Murió, y de eterno bronce le fabricaron una estatua con dos rostros, para dar a entender que había visto dos edades: una antes del Diluvio y otra después. Las generaciones del cual hasta Abrahán sería larga digresión agora, ni me bastaría la memoria, pastores, a tanta gente, y mi ánimo sólo es decir el origen y principio de nuestro pueblo hebreo, del cual tanto tiempo después ha nacido este divino Mesías, Salvador del mundo. Taré, después de la muerte de su padre Harán, partiose con su familia de Caldea, y de la ciudad de Ur, su patria, y fuese a Mesopotamia a la ciudad llamada Carrán, donde vivió y murió de docientos y cinco años. Después de la muerte del cual, siendo Abrahán de setenta y cinco, le apareció Dios y le mandó que se partiese donde Él le guiase, y le daría su bendición, engrandeciendo su nombre por todo el mundo. Desta fe y obediencia de Abrahán y desta partida de su parentela y patria comienza el pueblo que fue elegido de Dios para que dél su unigénito Hijo naciese entre los hombres, como estos días habéis visto con tanto regocijo del cielo y de la tierra, pudiendo con justa causa llamaros vosotros dichosos, y la edad, dorada, por ser la última que la Sibila Cumea tenía profetizada. Obedeció, en fin, Abrahán al sumo Dios, y con Sara su mujer, Lot su sobrino, y la demás familia se puso en camino. Llevole Dios a la tierra de Canaán, llamada

así de los cananeos, sus moradores entonces, a un hermoso lugar llamado Siquén, donde le prometió que le daría aquella tierra toda para él y para sus descendientes, por lo cual le edificó un altar y invocó su nombre, y lo mismo hizo en Betel y en Hai. Pero mientras en la referida tierra vivía, sucedió tanta hambre, que le fue necesario partirse a Egipto para mantener en su abundancia la gran familia que tenía. Mas, considerando cuánto los viciosos egipcios codiciaban a las hermosas mujeres, temiendo que le matasen por quitarle a Sara su mujer, que era bellísima, ordenó a toda su familia que la llamasen su hermana. Llegando a Egipto y siendo vista de algunos su hermosura, les pareció digna de la persona Real de Faraón, su Príncipe, que, avisado de tan rara belleza, la hizo traer a su palacio; y pareciéndole mayor la vista que la fama, hizo a Abrahán ricos presentes, creyendo infaliblemente que era su hermano, donde en breve tiempo se halló Abrahán rico de esclavos y de esclavas, de oro y plata y diversos géneros de animales, en que consistía entonces la mayor parte de la riqueza de los antiguos. Conducida Sara al palacio Real, Dios, que ya tenía a cuenta suya la protección de Abrahán, hirió a Faraón de enfermedad grave y puso en el mismo trabajo y confusión toda su Corte. Haciendo, pues, los Sacerdotes sacrificios y oblações por la salud del Rey, conocieron que toda aquella tribulación procedía de haber querido su Rey tiranizar la mujer del extranjero Abrahán. El cual advertido desto, le hizo llamar y se le quejó del engaño que le había hecho, a que el Patriarca satisfizo con disculpas; pero el Rey le ordenó luego que saliese de Egipto con Sara, con la familia y con toda la hacienda que por su causa y amor le había presentado, haciéndole acompañar honradamente de los soldados de su guarda y ejército. Subiendo, pues, Abrahán de las riberas del Nilo a la parte del Austro, creció tanto en riquezas, que le fue forzoso dividirse de Lot por escusar las contiendas de sus pastores sobre los pastos y aguas. Lot escogió por concierto las márgenes del Jordán, que eran las más bellas de todo aquel horizonte y de toda la tierra de Suria. Abrahán se quedó en Canaán, donde otra vez el Omnipotente Dios le prometió aquella tierra y multiplicar su descendencia más que las arenas y átomos. Caminó Abrahán por orden suya entonces hasta el valle de Mambre, en Hebrón, donde le vinieron nuevas que en una rota que el Rey de los asirios había hecho al de Sodoma y algunos confederados suyos, había preso a Lot con sus hijas y familia. Abrahán valerosamente, haciendo armar trecientos hombres de su casa, siguió al Rey, y hallándole de noche desapercibido, le asaltó y venció, siguiéndole hasta Damasco, donde, recuperada la presa, cuando volvía de tan gloriosa vitoria halló junto a Salén a Melquisedec, su Rey y Sacerdote de Dios, que, ofreciéndole pan y vino, le bendijo, y Abrahán le dio la décima parte de todo lo que había ganado. Después de las cuales cosas volvió el Omnipotente Dios a hacer al Patriarca nuevas promesas, al cual respondió Abrahán que partiendo deste mundo sin hijos no sabía qué premio fuese el suyo, pues le habían de heredar los que no lo fuesen. Entonces le aseguró la promesa con decirle que no sería así, sino que su hijo legítimo le heredaría, y haciéndole salir afuera le dijo que levantase los ojos al cielo y que contase las estrellas, si pudiese, prometiéndole que de aquella manera serían sus descendientes. Creyó el Patriarca esta divina promesa, y túvosele a justicia.

Aquí llegaba Ergasto con su sagrada historia, cuando ya los demás pastores de las cabañas salían a recibirlos, Mahol a Palmira y su esposo, y Jorán y Joaquimo a sus bellas hijas, con que fue forzoso que los pastores se despidiesen, quedando prendados para la partida de Jerusalén, si Alfesibeo trujese nuevas de que la Virgen no se había partido de la

ciudad a Nazaret su patria. Mas ya del siguiente día la diadema del sol coronaba de claridad los montes de Judea, y a toda prisa la fugitiva noche, poniéndose las manos en los ojos, le iba volviendo las espaldas, cuando, decendiendo al valle la hermosa Niseida guiando sus mansas ovejas a la dehesa de la Torre, alegró el aire y enamoró las flores cantando así:

Buscaban mis ojos  
la Virgen pura;  
con el Sol en los brazos,  
no vi la Luna.

Fuera yo a Belén  
la noche segunda  
del dichoso parto  
que el mundo ilustra.  
Mas decir no puedo  
que en noche oscura,  
aunque tantas lumbres  
la vista ofuscan,  
porque fue tan clara,  
que está en disputa  
si es día o si es noche  
quien tanto alumbra.  
Portal derribado,  
rotas colunas,  
de techos deshechos  
basas difuntas,  
como a nave sola  
que el puerto busca  
y entre varios vientos  
las ondas sulca,  
el puerto y el parto  
juntos me anuncian,  
quedando en su margen  
mi nave surta.<sup>164</sup>  
Mas cuando os miraba,  
Virgen fecunda,  
con el Sol en los brazos,  
no vi la Luna.

Esa luz divina  
tanto deslumbra,  
que ciega los ojos  
y el alma turba.

Tantos resplandores  
del Sol resultan,  
tanta luz esparce  
su frente rubia,  
que la Luna hermosa  
ver dificultan,  
con no haber estado  
menguante nunca.

Y aquella Cordera  
sin mancha alguna,  
que ser toda hermosa  
de Dios escucha.

Un fértil racimo  
la vid oculta,  
un dátil la palma  
que virgen triunfa.

El *Ave* que de Eva  
quitó la culpa,  
y que dio a su Fenis  
purpúreas plumas.

Iba yo a mirarla,  
y, estando junta,  
con el Sol en los brazos  
no vi la Luna.

La que deshiciera  
las blancas puntas  
de cuantas estrellas  
el cielo ocupan,  
y a la inteligencia,  
que a tanta furia  
los nueve primeros  
revuelve y muda,  
no vieron mis ojos,  
y amor me acusa;  
mas un Sol en otro  
me da disculpa.

La que a la respuesta  
de una pregunta,  
con *sí* tan humilde,  
fe tan profunda,  
al Verbo divino  
que amarnos gusta  
trujo a las entrañas  
divinas suyas.



Tierra y vellocino  
que el cielo enjuga  
y que baña en perlas  
celeste lluvia.  
Aunque della al mundo  
la luz redundada,  
con el Sol en los brazos  
no vi la Luna.

Ya Ergasto, honesto amante de la bellísima Niseida (cuyos viejos padres se juntaban las tardes en los derribados troncos de los pinos que a las puertas de sus cabañas servían de asientos, a tratar su casamiento y a concertar la dote), venía con sus ovejas al valle, tan libre y ajeno de pensamientos viles, a la imitación del mancebo Tobías (que en oración pasaba con su esposa las noches, cuyos deseos a tantos habían costado la vida), y al son de una templada lira, cantando el Salmo ciento y doce del Rey Profeta, diciendo así:

Dad gracias al eterno,  
soberano Señor, ¡oh siervos suyos!  
Su nombre sempiterno  
nunca se aparte de los labios tuyos,  
¡oh pueblo venturoso  
que sirves un Señor tan generoso!  
Y desde agora sea  
para siempre jamás bendito y santo  
por cuanto el Sol rodea,  
de donde le recibe el blanco manto  
del alba en el Oriente  
hasta que le sepulta en Occidente.  
Porque no sólo escede  
a los Reyes y Príncipes mortales,  
y a cuanto el mundo puede;  
pero sobre los coros celestiales,  
con inmortal memoria,  
tiene el asiento de su imperio y gloria.  
¿Quién es como el Dios mío,  
que habita en las alturas, pues gozando  
su inmenso poderío  
trono tan levantado, está mirando  
cuanto en su cerco encierra,  
no sólo el cielo, mas la humilde tierra?  
Donde su mano santa,  
para que su piedad se manifieste,  
de la tierra levanta  
(aunque entre pajas miserables se acueste)

al pobre desechado,  
 y del humilde al más sublime estado.  
 Y luego le coloca  
 con los mayores Príncipes y Reyes,  
 de cuya libre boca  
 penden los estatutos y las leyes,  
 y aun entre Principados,  
 que en los arcos del cielo están sentados.  
 Porque su providencia  
 ha hecho que la estéril y infecunda  
 su casa, su presencia  
 adorne de la copia que redundaba  
 de su pecho, en que estriba  
 que alegre Madre entre sus hijos viva.

—Ganado has el puesto —dijo Niseida al honesto mozo, que ya estaba tan cerca que le entendía las últimas palabras de este Salmo.

—Mejor le has ganado tú —respondió Ergasto—, pues llegaste primero; si acaso no lo dices, Niseida, porque te he visto, con que he ganado la buena dicha de hoy a los demás pastores y convecinos nuestros. Mas ¿qué me podía suceder a mí que no fuese dicha, habiendo bajado al valle con cuidado de la venida de Alfesibeo, por el que tengo que vamos todos a despedirnos de aquella pura Virgen, Madre y Virgen de un Niño Dios, y de un Dios en forma de un tan pequeño Niño?

—Dichosa puedo llamarme —dijo Niseida— en ser estimada, Ergasto, de un pastor, como tú eres, de tantas partes dignas de ser estimadas en las ciudades grandes y tan indignas de vivir en tan pequeñas aldeas, y sobre todo haciéndolas tan ilustres tan honesto pensamiento; que no hay cosa que obligue tanto a quien es amada como es saber que lo es con esta pureza, sin poner el blanco adonde le tenían aquellos esposos de la bellísima Sara, uno de los cuales cada noche ahogaba aquel maligno espíritu; porque no es voluntad de Dios que aquel sacramento esté tan lejos del verdadero fin para que fue instituido.

—No me agradezcas, Niseida —dijo Ergasto—, que yo te ame con esta limpieza, porque como no se le debe agradecer a un espejo que arroje de sus cristales rayos de luz cuando le baña el sol, así no se me ha de agradecer a mí que, siendo objeto de tu casta vista, tenga estos resplandores de honestidad.

Con estas y otras semejantes razones aquellos pastores santos se entretenían, porque habían heredado con la sangre los castos pensamientos de aquellos justos antecesores suyos. Sentados, finalmente, sobre las flores, aguardaban que los demás bajasen y que Alfesibeo viniese: a los pastores para algún honesto ejercicio, y a Alfesibeo para saber si tenían dicha de volver a ver aquella Princesa gloriosa, con el soberano fruto de sus limpias entrañas, antes que se partiese a Nazaret.

Mas no será en esta ocasión fuera de propósito, pues me le da este amor santo, definirle y declarar sus partes. Amor es de tres maneras: gratuito, natural y vicioso. El primero es loable, porque es virtud, y tiene fin principal, fin bueno y inmutable. Éste se divide en amistad y en deseo. Según la amistad, ama un hombre purísimamente a Dios, sumo,

grande y último bien y fin, no mirando su provecho, sino la bondad de lo que ama. De este modo ama un hombre este Bien más que a sí mismo; según el deseo, ama un hombre por la remuneración que espera.

El amor natural ni es loable ni digno de vituperio, tiene por fin la necesidad y el provecho propio. Éste de la misma suerte se divide en amistad y en deseo; según la amistad, con este amor nos amamos a nosotros, a nuestra perfección y a nuestra conservación, y más a aquellas cosas que nos son más necesarias, como a la cabeza más que a las otras partes de nuestro cuerpo, y este amor nos es común a nosotros y a los animales; según el deseo, amamos al Sumo Bien, porque socorre nuestra necesidad; porque este amor no ama por la cosa que ama, sino por la necesidad que della tiene. De donde sucede que con esta dilección natural más se ama un hombre a sí mismo que al Sumo Bien.

El amor vicioso es vituperable, porque es pecado, y tiene el fin en el deleite. También se divide en amistad y deseo; según la amistad, amamos la criatura o al deleite por sí mismo, y según el deseo, el deleite de la criatura por nosotros.

Amor, finalmente, es también de muchas maneras, natural para sí, piadoso para los padres, alegre para los compañeros, justo para los amigos, violento para los enemigos y santo para Dios.

Siendo, pues, máxima infalible que no es amado el que por sí mismo no es amado, interrompa esta definición la música de nuestros pastores, que ya bajaban al valle con sus ganados, y Fabio cantando así:

Cómo yace sentada  
 la ciudad sola, aunque de pueblo llena,  
 y la que fue llamada  
 señora de las gentes, con tal pena,  
 y aquella Reina varia  
 de mil provincias, sierva tributaria.<sup>165</sup>  
 Lloró de noche, y vimos  
 bañar su rostro en llanto, y a ninguno  
 de tantos conocimos  
 que le viniese a dar consuelo alguno;  
 que, vueltos enemigos,  
 la desprecian y dejan sus amigos.  
 Su Capitán valiente,  
 peregrinando por mirar su estado,  
 vivió extranjera gente,  
 sin verle en parte alguna descansado,  
 y ella en mil ansias viva,  
 de sus perseguidores fue cautiva.  
 Ya de Sion las calles  
 lloran, que nadie a ver sus fiestas viene;  
 como desiertos valles  
 están las puertas, que deshechas tiene,

165.– Nabucodonosr arrasó la ciudad de Jerusalén y deportó a Babilonia gran parte del pueblo judío.

sus Sacerdotes santos  
hacen por dulces himnos tristes llantos.  
Derramando el cabello  
por los pálidos rostros sus doncellas,  
revolviendo por ello  
sus peines de marfil sus manos bellas,  
lloran su desventura,  
y ella oprimida yace de amargura.  
Sus fieros enemigos  
la tienen a sus pies, de sus despojos  
ricos, para castigos  
de quien de su Señor quitó los ojos,  
pues, siendo amenazada,  
la voz de sus Profetas tuvo en nada.  
A sus ojos llevaron  
hasta los niños míseros pequeños,  
que tanto lastimaron  
el corazón de sus cautivos dueños:  
ya perdió su hermosura  
la hija de Sion en prisión dura.  
Sus Príncipes parecen  
corderos que, no hallando pasto y prado,  
de hambre desfallecen,  
y el pecho de su fuerza desarmado,  
van cautivos delante  
del que los sigue fiero y arrogante.  
Jerusalén ya tarde  
acordose de aquella edad pasada,  
cuando en cautivo alarde  
iba de todo bien desamparada,  
cuando por más castigo  
se burló de sus fiestas su enemigo.  
Pecó pecado grave  
Jerusalén, con que quedó perdida.  
No hay lengua que la alabe,  
quien la estimó la tiene aborrecida,  
su ignominia mirando,  
y así, la triste vuelve atrás llorando.  
Sus pies mira tan feos,  
sin acordarse de su fin, que, puesta  
por ajenos trofeos,  
soledad sin consuelo manifiesta;  
mas, ya que tal me pones,  
mira, eterno Señor, mis afliciones.

Todo lo más precioso  
 vino a sus manos del cruel contrario,  
 al gentil belicoso  
 vio entrar en su divino santuario;  
 habiéndole vedado  
 las santas aras de tu altar sagrado.  
 Gimiendo el pueblo hambriento  
 por el pan, que con lágrimas buscaba,  
 por cualquiera sustento  
 lo más precioso a su enemigo daba;  
 por cobrar fortaleza,  
 mira, Señor, qué estado y qué vileza.  
 ¡Oh vosotros, que agora  
 pasáis por el camino de mis males!  
 De una ciudad que llora  
 atended y mirad desdichas tales,  
 y que diréis confío  
 que no vistes dolor que iguale al mío.

Puesto fin a esta canción lamentable, principio de los *Trenos* de Jeremías, Damón y Aminadab, acompañados de dos suaves liras, cantaron así:

AMINADAB:

El Niño hermoso que entre mimbres frágiles  
 yace, pastor, me enamoró mirándole;  
 tañí, canté, dancé, con saltos ágiles.

DAMÓN:

También estuve un rato contemplándole,  
 y, dando envidia a los Querubes célicos,  
 con mi rústico aliento calentándole.

AMINADAB:

A la milicia de escuadrones bélicos  
 que de oliva<sup>166</sup> sembró ramas pacíficas,  
 oí cantar a Dios himnos angélicos

DAMÓN:

Yo, pastor, ensalzando las prolíficas  
 entrañas virginales, alabándolas  
 con palabras supremas y magníficas.

AMINADAB:

Y los cielos estaban coronándolas  
 de cercos de oro y de floridos árboles,  
 y sus inteligencias admirándolas.

166.– Hoy diríamos 'olivo'.

DAMÓN:

Cantó Pascual, cantó Joaquín y adárvoles<sup>167</sup>  
con unos versos líricos de Vándalo,  
que él merece laureles y ellos mármoles.

AMINADAB:

Coronose Eleazar de salvia y sándalo,  
y tales cosas dijo despejándose,  
que a no ser para Dios dieran escándalo

DAMÓN:

A sus grandezas todas aplicándose,  
vinieran a ser cortas, y aun inválidas,  
por la mortal esfera dilatándose

AMINADAB:

Yo por pensar que aquellas piedras cálidas  
quedaran con el heno, fui trayéndole,  
y de secos palmitos hojas pálidas.

DAMÓN:

Yo truje un seco plátano, y haciéndole  
mil rajas, le encendí con aromática  
mirra, canela y bálsamo envolviéndole.

AMINADAB:

Oyendo estaba la divina plática  
del prudente Josef en el propósito  
de la unión divinísima hipostática.<sup>168</sup>

DAMÓN:

Santo viejo, a quien dieron en depósito  
la bella Virgen, y en intacto tálamo  
madre del Niño, que parece espósito.

AMINADAB:

¡Oh, quién tuviera aquella lira o cálamo  
del Mayoral su agüelo bethlehemítico,<sup>169</sup>  
que más quiero laurel que ramas de álamo.

DAMÓN:

Pasando el Rojo mar el israelítico  
pueblo de Dios, María dijo un cántico  
alegre contra el bárbaro menfítico.

AMINADAB:

Hundiose el Rey y el sabio nigromántico,  
pasó Moisés, que a Dios le ofrece víctima  
tanto aquel Muerto mar como el Atlántico.

167.- Por 'adarvoles', del verbo 'adarvar': pasmar.

168.- Divina y humana.

169.- Debe referirse al rey David.

DAMÓN:

Pastor, esta ocasión es más legítima,  
pues pasamos con Norte más lucífero  
la mar del padre Adán, culpa marítima.

AMINADAB:

¡Ay divino portal, cielo estelífero,  
puerto de nuestro bien, ribera florida,  
paz que nos dijo el mensajero alífero!

DAMÓN:

¡Qué bien cantaron Amaranta y Dórida!  
Diana las pusiera en su matrícula  
mejor que a las honestas Silvia y Clórida.

AMINADAB:

Yo le llevara una invención ridícula  
de sombras que estuvieran defendiéndole  
si naciera este Niño en la canícula.

DAMÓN:

Y yo, si fuera lícito, sirviéndole  
me estuviera de sombra; y todo es lícito,  
viendo a Dios padecer y conociéndole.

AMINADAB:

¿Qué puede ser en su pobreza ilícito,  
y en el yelo que sufre en los crepúsculos,  
supuesto que de Dios es Hijo explícito?

DAMÓN:

Escribe de caracteres mayúsculos,  
que es más fuerte este Niño santo helándose,  
que Sansón descubriendo fuertes músculos.

AMINADAB:

Amó su Padre al hombre, y decretándose  
nuestro remedio, envía su Unigénito,  
al hábito que miras obligándose.

DAMÓN:

No le perdonará su Padre ingénito,  
ni otro cuello dará, mirando el ánimo,  
como a Abrahán en vez del primogénito.

AMINADAB:

Gigante es Dios, no es niño pusilánimo;  
pasará su carrera velocísimo,  
y todo se dará, como magnánimo.

DAMÓN:

¡Oh suave Cordero inocentísimo,  
a cuyo sacrificio no habrá obstáculo,  
serpiente de metal, Dios clementísimo!



## AMINADAB:

Cumpliose ya, Señor, el santo oráculo:  
flores y fruto dio la vara Arónica,<sup>170</sup>  
de nuestras esperanzas firme báculo.

## DAMON:

La máquina celeste, lira armónica,  
celebre tu piedad, tu bondad única,  
y afrentando la seda babilónica,  
vista tus pies de su estrellada túnica

Con el fin de estos pastorales versos fueron alegremente recibidos de Niseida y de Ergasto, que prometiéndose mil esperanzas de las nuevas dichosas que Alfesibeo había de traer con su venida, se sentaron entre unos mirtos, no en aquellos sagrados árboles de la diosa de Chipre, sino de la castísima Diana.

—¿Qué haremos —dijo el Rústico—, amigos pastores, entretanto que se apercebe la jornada a Jerusalén a ver a la divina María?

—Alabarla —respondió Aminadab— con algún honesto entretenimiento.

—Seguro estarás —dijo Dositea— que no te contradiga nadie.

—Hágase —prosiguió Lucela— algún gracioso juego que todo se dirija a su alabanza, y daremos al que errare algún castigo que de la misma manera resulte en servicio suyo.

—El juego de las letras, que solíamos a otros propósitos —dijo Elifila—, me parece a mí que será el mejor de todos para el nuestro.

—Quien le supiere, le declare —respondió Fabio.

—Ninguno pienso que le ignora en estos valles —dijo Ergasto entonces—; pero para que mejor se entienda, es desta suerte. Las letras deste nombre, *María virgen*; como veis, son once: éstas se han de repartir entre nosotros, y si sobrare alguno, tenga paciencia y sea juez.

—Antes parece que veníamos desde las cabañas a esto —dijo Niseida—, porque entretanto que hablabas he contado los que somos, y es el mismo número que las letras.

—Cada uno está obligado —prosiguió Ergasto— a decir, en tocándole su letra, un atributo a la Virgen, y llamar la letra que le pareciere, para que el dueño della haga lo mismo en decir el suyo y elegir otra; pero por que tenga más dificultad será bien añadirle que la comparen a alguna cosa, aunque todas estarán tan lejos de parecerla, y diga juntamente algún oficio que haga por nosotros, con advertimiento que cualquiera cosa destas ha de empezar por la letra que le tocare.

—Difícultoso es eso —dijo Palmira—; pero la misma Señora que alabamos dará luz a nuestros entendimientos. Comienza tú, pues eres el más diestro, y prosiga a quien llamares.

—En nombre —dijo Ergasto— de aquel principio sin principio, le doy a nuestro devoto juego, tomando yo la letra M, y tenga Aminadab la A; la R Palmira...

—Letra me has dado —dijo la pastora— que ella misma me pronostica algún yerro.

—No hayas miedo —le respondió Ergasto—, que ni tú le harás ni a este juego le puede haber. La I tenga Fabio; la A segunda, Damón, la V, del nombre de Virgen, tenga Bato; la I

170.— Números 17:1-13. Aarón fue el primer Sumo Sacerdote de Israel y a menudo se le representa con una vara de almendo florida en las manos.

segunda, Dositea; la R segunda, Niseida; la G, Elifila; la E, Lucela, y la N el Rústico. Tenga cada uno cuenta con responder a su letra y al propósito. Y ¡va de juego!

—¡Vaya! —dijeron todos. Y Ergasto prosiguió así:

—Por mi letra M digo que María es madre de Dios, que en esto bien sé que no diréis cosa con que podáis igualarme; y digo que parece la mayor maravilla que Dios ha hecho, y que es su oficio ser un maestro perfectísimo de todas las virtudes. Pero dime, A primera, ¿quién es María?

—María —dijo Aminadab— es arco del cielo; parece a la Virgen Abisac y es su oficio animar los afligidos. Pero dime, letra V, ¿quién es María?

—Virgen antes, y en su parto y después dél —dijo Bato—. Es la virtud perfecta traslado suyo, y su mayor oficio vestir de carne y sangre al Hijo de Dios. Pero dime, G, ¿quién es esta Señora santísima?

—Es gloriosa ciudad de Dios —dijo Elifila—; parece gracia de las gracias y alcanzó la mayor de todas, y es su oficio el gobierno de nuestra vida. Mas, dime, R segunda, ¿quién es esta Señora?

—Reina de los cielos está diciendo la misma letra —dijo Dositea—;<sup>171</sup> parece rosa de Jericó y es su oficio remediar nuestros trabajos. Mas dime, R primera, ¿quién es María?

—Reparo de nuestra caída —dijo Palmira—; parece a Raquel y es su oficio restituir nuestra libertad por medio de su Hijo. Mas dime, letra E, ¿quién es la que alaban todos?

—Espejo sin mácula —dijo Lucela—; parece estrella de Jacob y es su oficio entender los mayores secretos de la divina sabiduría. Mas dime, letra N, ¿quién es esta Señora?

—Ya pensé que os habíades olvidado de mí —dijo el Rústico—, por ser la postrera letra. Digo, pues, que esta Virgen es una nave hermosísima que tuvo oculto nueve meses el Sol, que se parece al nardo precioso y que es su oficio negociar para los hombres la eterna salud y bienaventuranza. Mas dime, A segunda, ¿quién es María?

—Es la verdadera Ara del cielo —dijo Damón—; parece al arca del maná, hecha de madera de Setín, y es su oficio alcanzar de su Hijo el buen suceso de nuestras peticiones. Mas dime, letra I, ¿quién es la Virgen?

—Es —dijo Fabio— una Infanta serenísima; parece a Judic y es su oficio interponer los ruegos con el Juez supremo y justo. Mas dime, letra V, ¿quien es esta Infanta que digo?

—Es vida y esperanza nuestra —dijo Bato—; parece vara de Aarón, que floreció en la casa de Leví, y es su oficio ver nuestras miserias con sus piadosos ojos para dolerse dellas y remediarlas. Mas dime, letra E, ¿quién es la que todos alaban?

—Es estrella de la mar —dijo Lucela—; parece a la bella Ester, y es su oficio encender nuestros helados corazones en el amor de su divino Hijo. Mas dime, letra V, ¿quién es esta Reina?

—Es una vela —dijo Bato— en la torre de David; parece vellocino de Gedeón lleno de líquidos aljófares, y es su oficio vencer la antigua Sierpe con aquella poderosa planta. Mas dime, letra M, ¿quién es esta Doncella?

—Monte —dijo Ergasto— de donde se sacó aquella piedra sin manos; parece mirra escogida y hace oficio de mano liberal de Dios, pues por las suyas nos viene cuanto bien nos hace. Mas dime, letra N, ¿quién es esta Señora?

171.— Según la regla establecida, debería responder Niseida.

—Es una nave segurísima —dijo el Rústico— que de lejos viene cargada de trigo, como la habéis visto en Belén, que se llamó *Casa de pan* por esta causa; parece un narciso blanco y es su oficio nombrar almas devotas tuyas para que las escriba el Cielo en la lista del libro de la vida. Mas dime, letra G, ¿quién es María?

—Gozo del cielo y gloria de la tierra —dijo Elifila—; parece garza real remontada sobre la Luna y es su oficio ganar almas que el enemigo común tenía por perdidas. Mas dime, letra I, ¿quién es la Virgen?

—Es una insignia y bandera de paz —dijo Fabio—; parece yerba de las flechas del amor de Dios y es su oficio inclinar a Él a cuantos viven. Mas dime, letra R, ¿quién es María?

—Es una roca fuerte en la mar —dijo Palmira—; parece a Rebeca, mujer de Isaac, y es su oficio regalar los que padecen tristezas con sus divinos consuelos. Mas dime, letra N, ¿quién es la Virgen?

—Es una Niña santísima —dijo el Rústico— que está en los ojos de Dios; parece un naranjo verde, que a un tiempo tiene flores y fruto, y es su oficio ser Norte clarísimo de nuestros naufragios y tempestades. Pero dime, letra A, ¿quién es esta Paloma?

—Es un árbol de esperanza —dijo Aminadab—; parece arpa de David y es su oficio amparar los humildes y desechados del mundo. Mas, dime, A segunda, ¿quién es esta Señora?

—Es una azucena cándida —dijo Damón—; parece aurora hermosísima que trae al Sol y es su oficio armarnos de fe, esperanza y humildad contra el enemigo de nuestra paz y vida.

Aquí llegaba el juego de los pastores cuando, pareciéndole a Ergasto que Damón se había detenido, le sentenció a que cantase. Y él, por no se mostrar inobediente, comenzó así:

La más blanca Paloma, que en la fuente  
del sagrado Jordán bañó segura  
la honesta grana de la boca pura,  
mensajera del Sol resplandeciente,  
humillando del Líbano la frente,  
y en sus cándidos pies la Luna oscura,  
éxtasis de los cielos su hermosura,  
anida en Nazaret humildemente.  
Cubrió su honestidad de blanco manto  
el hombre hasta su edad mejor del suelo:  
Josef virgen, pastor, su deudo santo.  
Ella al pecho de Dios alzando el vuelo,  
dio puerta al Sol, a la tiniebla espanto,  
al cielo tierra, y a la tierra cielo.

No bien había Damón cantado, cuando por el camino de Jerusalén vieron venir a Alfesibeo los pastores, tan poco a poco, aunque los había visto, que en sus pies conocieron entonces lo que después de su lengua; porque las cosas que se esperan, o prósperas, o adversas, se conocen de los semblantes de quien trae las nuevas.

—Seguro estoy —dijo en llegando— que no me daréis albricias.

—¿Cómo —dijo Aminadab—, diligente pastor? ¿Cómo ya es ida aquella Alba divina con su Sol, aquella vid con su racimo fértil, aquella gloriosa ciudad de Dios con aquel divino ciudadano suyo, aquel levantado cedro con su flor cándida, aquel faro del mar del mundo con su indeficiente lumbre, aquel dorado vaso con su antídoto, y aquel archivo precioso de tan altos sacramentos, no con dos Serafines, como la de Moisés de blanca oliva, sino con toda la celestial milicia que la acompaña?

Bañados de una profunda tristeza, quedaron todos en un mudo silencio, porque a vueltas del alegría se les perdió la lengua.

—Yo llegaba —prosiguió Alfesibeo— bien descuidado de lo que sabréis ahora, cuando oigo por las calles andarse dilatando el cruel pensamiento de nuestro Rey Herodes, porque como esperaba la relación de aquellos santos Reyes para saber quién era este divino Rey, que ya tan envidiosamente deseaba, y ellos no volviesen con la respuesta, conociendo que le habían burlado ha intentado la cosa más bábara que de tirano se lee, si bien hasta ahora yo no he visto que se ejecute, resucitando la crueldad de Atalía,<sup>172</sup> que intentó matar toda la estirpe de David para que nadie de su sangre tuviese el reino de Jerusalén. Mas como el niño Joás fue guardado del Cielo,<sup>173</sup> así lo será ahora el Autor suyo. Apenas últimamente supe lo que os digo de la confusa boca de la alteración y de la voz del miedo, que por los semblantes de la gente discurría, cuando voy la misma noche a nuestro diversorio felicísimo, y veo que el santo Josef tenía prevenida su asnilla, su Virgen esposa, con el Niño envuelto de manera en una faja, que, según le ocultaba, parece que se podía dejar de ver el Sol, y tan codiciosa de asconderle, que codiciaba volverle a su pecho con los virgíneos brazos. Espantado de verle salir a tal hora de la noche, y habiéndole alcanzado el báculo y unas rotas alforjuelas en que llevaba algunas pobres mantillas y pañales (primeras envolturas de aquel Príncipe y sagrados ornamentos de aquel gran Sacerdote, que no iban en arcas de ciprés ni en cofres de oloroso cedro, sino en unas pobres alforjas), me puse a llorar y a verlos partir, después de haberles ofrecido mi compañía.

El llanto de los pastores, viendo los sollozos y lágrimas con que había acompañado esta relación Alfesibeo, fue de suerte que se pudiera tener por infalible pronóstico del que les esperaba matándoles sus hijos, como sucedió luego. Porque el Ángel del Señor había parecido en sueños a Josef, diciéndole: «Levántate, y con el niño y su madre huye a Egipto y vive en él hasta que yo te avise, porque ha de suceder que Herodes le busque para matarle»; que aunque pudiera el Eterno Padre librar de muchas maneras a su unigénito Hijo sin que huyese del furor de Herodes, y deshacer todo su poder tan fácilmente, quiso que con esta fuga se manifestase al mundo más claramente la verdad de la naturaleza humana asunta;<sup>174</sup> porque si luego desde la primera edad comenzara a hacer milagros, no dudase el corto juicio humano si era verdadero hombre. Y porque de tal manera había ordenado su vida que toda estuviese llena de peligros y trabajos, para mostrar que su reino no era deste mundo cumpliase el vaticinio del Profeta: «De Egipto llamé a mi Hijo».<sup>175</sup> Y Babilonia y

172.— Viuda del rey Joram.

173.— Nieto de Atalía. Lo acogió en secreto su tío el sacerdote Joiada.

174.— Asumida.

175.— Oseas 11:1

Egipto, que eran oficina y seminario de tantos vicios, reducidas a mejor camino, trayendo los Reyes de la una y yendo Él en persona a visitar la otra, mostraron que la universal redención suya tanto se estendía al Oriente como al Occidente, regalando, con enviar el piadoso Dios a su Hijo a Egipto, a aquella gente a quien con tantos trabajos y muertes había castigado, en señal de la paz y confederación destas amistades. La tristeza de los pastores sosegaron Alfesibeo y Fabio cantando así:

P. ¿Dónde va el Alba divina  
con el Sol que el mundo salva?

R. Quieren matarle, y el Alba  
le cubre con su cortina.

P. Todo este rojo arrebol  
es sangre de vidas bellas,  
que matando las estrellas  
piensan eclipsar al sol.  
Luego María divina  
es el Alba que al Sol salva.

R. Quieren matarle, y el Alba  
le cubre con su cortina.

P. Cristo Sol y Alba María,  
a Egipto (¡felicite suelo!)  
huyen dando envidia al cielo  
donde amanece tal día.  
Josef con ellos camina,  
guía al Alba que al Sol salva.

R. Quieren matarle, y el Alba  
le cubre con su cortina.

—Notable fuera —dijo Ergasto— la glosa de esa canción, por la dificultad de su tercer verso.

Disputose con esto entre los pastores si sería posible, y Aminadab, por agradecerlos y entretenerlos, se ofreció a sacarlos de aquella duda, y dijo así:

¿Dónde va el Alba divina  
con el Sol que al mundo salva?  
Quieren matarle, y el Alba  
le cubre con su cortina.

Cuando el alba se retira,  
porque ya sus rayos ven  
los del sol, a nadie admira;  
mas llevarse al Sol también,  
con admiración se mira.

Si le corre la cortina,  
y Él a sus brazos se inclina,  
con la luz que a darnos viene  
después que en ellos le tiene,  
¿dónde va el Alba divina?

Si por peligros del suelo  
el Alba al Sol lleva en sí,  
¿quién alcanzará su vuelo,  
si va Dios sirviendo allí  
de inteligencia a su cielo?  
Vaya en hora buena el Alba;  
que irá libre, sana y salva  
seguramente se infiere,  
por dondequiera que fuere,  
con el Sol que al mundo salva.

Trazando su muerte están  
para el alba concertados;  
de noche a tratarla van;  
pero, como son criados  
del Sol, aviso le dan  
que, en viniendo a hacerle salva  
al Alba más bella y alba,  
y al Sol que nos trujo el día,  
la misma noche decía,  
quieren matarle, y el alba.

Alba y noche, finalmente,  
dan aviso a su Señor:  
huyen de Oriente a Poniente  
de un fiero eclipse el rigor,  
aunque es luz indeficiente.

María es Alba divina,  
Cristo es Sol, y aunque camina  
libre que eclipse le asombre,  
para ascondelle de un hombre  
le cubre con su cortina.

Mucho agradecieron al mayoral Aminadab los pastores que hubiese de improviso puesto felice fin a su ingeniosa empresa; y prevenido entretanto Ergasto, al mismo sujeto cantó así:



En vano Herodes porfía  
hallar a Cristo en el suelo,  
porque se ha subido al cielo  
de los brazos de María.  
Josef su adoptivo padre,  
la espada cruel temiendo,  
a Egipto le lleva huyendo  
en los pechos de su Madre.  
No podrá su tiranía  
ejecutar su mal celo,  
porque se ha subido al cielo  
de los brazos de María.  
En aquel pecho fecundo  
de que ha sido alimentado,  
huye Dios, como en sagrado,  
de los peligros del mundo.  
Ya no hay vengarse hasta el día  
de la Redención del suelo,  
porque se ha subido al cielo  
de los brazos de María.

Apenas había cantado el honesto mancebo este pensamiento suyo a la fuga del soberano Niño que con tanta humildad iba huyendo de un hombre a tierra tan estraña y donde parece que había de haber mayor peligro que en la propia, por no serle natural y porque su divino Padre había tomado tan fuerte venganza della por los trabajos y afliciones de su pueblo en los descendientes de Jacob (figura de este día; que también huyó a Egipto de la hambre de su patria, aunque aquélla era de pan, y ésta de la sangre santísima de este Cordero), cuando vieron los pastores los caminos cubiertos de gente armada en cuyas celadas y aceros resplandecía el Sol (que ellos no podían eclipsar con ellas, cuanto más el verdadero Sol de justicia que buscaban), y con el justo temor que habían de matar sus hijos, los de sus amigos y parientes, corrieron a las cabañas, dejando los ganados al albedrío de los soldados crueles, para que desde allí se cumpliese que faltando el pastor se derramarían perdidos.

La Virgen santísima (por que demos fin a esta primera parte de nuestros *Pastores*) llegó con su hijo, acompañada del divino Josef, a un lugar de Egipto llamado Matarea,<sup>176</sup> distante del Cairo diez mil pasos.<sup>177</sup> Cuya habitación, con la niñez deste soberano Señor, se verá adelante, si su divino favor y esta soberana Musa me dan aliento; que ya el de mi vida, cual fueren servidos que sea, no se debe ni quiere gastar en otra cosa.

El regocijo, la alegría, las fiestas de los egipcios a la entrada de tan buen vecino, que es tan bueno como Dios y igual suyo, fueron tan grandes que, a no templar la pluma las sangrientas muertes de tantos Inocentes Mártires (a quien Dios anticipó el uso de la razón para que conociesen que morían por Él), aquí quedarán bastantemente escritas. Todas las

176.– El actual distrito Al-Maṭariyah, en la ribera oriental del Nilo.

177.– Un paso completo equivalía a 1,4 m, aprox.



mujeres de Matarea, y algunas de Menfis (que es la ciudad que agora se llama El Cairo, dos millas de la otra, en que aún viven los vestigios de aquellos siete graneros fabricados por el santo Josef en los años estériles de Egipto por el sueño de Faraón, la Esfinge antigua, labrada en mármol, y las inmensas pirámides, que algunos llamaron bárbaras, una de las cuales tiene bien un cuarto de legua de ámbito),<sup>178</sup> cercaron la hermosa Virgen y con diversos instrumentos comenzaron a cantarle:

Sea bien venida  
la blanca Niña.  
Venga norabuena  
el Niño de perlas.

Esta blanca Niña,  
más que azucena,  
que hace su blancura  
la nieve negra.  
Porque sólo pudo  
tocar en ella  
el Sol cuya lumbre  
la deja entera;  
que no la deshizo  
con tanta fuerza,  
porque de sus rayos  
fue vidriera.

Esta blanca Aurora,  
que lava y peina  
con sus puras manos  
del Sol las hebras.

Fugitiva viene  
de las tinieblas  
del mayor tirano  
que hay en la tierra,  
que pensó, atrevido,  
con su violencia  
eclipsar la gloria  
de nuestra vida.

Sea bien venida  
la blanca Niña.  
Venga norabuena  
el Niño de perlas.

El Niño amoroso,  
que sin ofensa

178.- El perímetro de la mayor (Keops) mide unos 920 m. La legua castellana equivalía a 4190 m.

de tan bello nácar  
 su gloria muestra.  
 El Niño esperado  
 de los profetas  
 por tantas edades  
 que le desean.  
 El Niño gigante  
 que en la pelea  
 matará a la muerte  
 que agora reina.  
 David pastorcillo,  
 que las ovejas  
 con honda de palo  
 guarde y defienda.  
 El Emperador  
 de tan grandes fuerzas,  
 que en sus mismos hombros  
 su Imperio lleva.  
 El fuego divino  
 que no la quema,  
 a la verde zarza  
 donde se muestra,  
 trae la Princesa  
 que nos dio la vida.  
 Sea bien venida  
 la blanca Niña.  
 Venga norabuena  
 el Niño de perlas.

En medio de esta alegre confusión de egipcios, de sus mujeres y niños, de voces, de bailes y de instrumentos, Marandra, que en aquella tierra era tenida en veneración de sibila y profetisa, desviándolos a todos, los ojos en la Virgen y en el Niño, dijo así:

Parad<sup>179</sup> el Niño bendito,  
 Señora llena de gracia,  
 por que la buena ventura  
 le diga aquesta gitana.  
 Dejad, Virgen, que le tome  
 la mano divina y santa,  
 que si Vós me dais licencia,  
 yo le quitaré la faja.

¡Oh, qué rayas tan hermosas!  
¡Oh, qué peregrinas rayas!  
Corta vida tiene de hombre,  
de Dios la tiene muy larga.  
Cuanto a Dios, que es sin principio,  
ningún fin llega ni alcanza,  
que es círculo eterno Dios,  
y en lo que comienza acaba.  
Cuanto a hombre, Reina mía,  
su vida inmortal se alarga  
a treinta y tres años solos  
por una violenta causa.  
Mirad, pues, la diferencia,  
si Adán segundo se llama,  
de los años del primero,  
con ser su ofensa tan clara.  
Dijo Dios que prometía  
larga vida al que prestaba  
a sus padres obediencia  
debida a su amor y canas.  
Y ha querido tanto al hombre,  
que dispensa en su palabra,  
pues dio larga vida a Adán,  
que sus preceptos quebranta.  
Su padre fue Dios, y Dios,  
la sentencia revocada,  
novecientos y treinta años  
su vida al mundo dilata.  
Y a su verdadero Hijo  
nuestro Adán, que en semejanza  
de siervo a la tierra envía,  
de los treinta y tres no pasa.  
Aquí se muestra que a verle  
vinieron de las montañas  
pastores aquella noche  
con mil Ángeles de guarda.  
Y que los sabios y Reyes  
de las provincias estrañas,  
reconociendo su Rey  
niño, le rindieron parias.  
Notables persecuciones  
esta raya nos declara;  
muchos peligros le esperan,  
muchos trabajos le aguardan.

Aquí le persigue un Rey,  
de cuya sangre la infamia  
ha de dar muerte a su primo<sup>180</sup>  
cuando le riña sus faltas.  
Pensando, pues, que escondido  
estáis en alguna casa,  
llorará Raquel sus hijos,  
oirase su llanto en Rama.  
Porque no ha de quedar niño  
que no pase la garganta,  
para que entre tantos muera  
la vida que Dios ampara.  
Aquí estaréis siete años  
primero que a vuestra patria  
volváis, palestina Virgen;  
que éstos de vida le faltan.  
Pero, muerto el fiero rey,  
de cuya crueldad se espanta  
la misma naturaleza,  
que niega en él ser humana,  
reinando Arquelao, Señora,  
volveréis a vuestra casa,  
donde se os ha de perder  
cuando a vuestras fiestas vaya.  
Viviréis sin él tres días,  
tantos de la vida os faltan,  
que para vos serán noches,  
sin el Sol de vuestra cara.  
Pero hallareisle enseñando  
la Escritura sacrosanta  
a la ciencia de los hombres,  
que es para Dios ignorancia.  
Los ojos de enamorado,  
que lo es y ha de ser señala,  
y aquella divina boca  
que tendrá dulces palabras:  
Mirad si tiene el Cordero  
la cara de pan de Pascua,  
si será cordero y pan  
para darse en mesa franca.  
Sabed que ha de ser, Señora,  
Capitán de tanta fama,

180.- Instigado por su esposa Herodías y su hija Salomé, Herodes Antipas ordenó decapitar a Juan el Bautista.

que contra tres enemigos  
desnudo a campaña salga.  
Que desdichado ha de ser  
en amistades ingratas:  
venderle tiene un amigo,  
y otro negarle en su cara.  
También será Sacerdote,  
vestido del Orden sacra  
de Melquisedec, y Vós  
oiréis su misa cantada.  
Allí se dará en ofrenda;  
que su cuerpo y sangre santa  
han de ser el pan y el vino  
que bañe las blancas aras.  
Por esta raya de cruz  
hallo que en otra pesada  
morirá con cinco heridas  
para que vivan las almas.  
Pero vereisle, Señora,  
que con la bandera humana  
a tres días con mil triunfos  
de la tierra se levanta.  
Prestado será el sepulcro,  
el bálsamo y la mortaja;  
que por volverla a su dueño  
la dejará cuando salga.

No dieron lugar los egipcios a que pasase adelante la triste profecía de Marandra en tiempo de tanto regocijo, y así, llevándole entre todos a una casa que les pareció conveniente y que estaba desocupada (¡dichosa ella, que mereció tales huéspedes!), decendió la Virgen, Josef sacó la ropa, al Niño dieron dátiles, los Ángeles hicieron cuerpo de guarda, y mis pastores fin a su discurso.

## BELARDO A LA ZAMPOÑA

**S**I en otras ocasiones me habéis parecido rústica y bárbara, zampona mía, cuando al son vuestro cantaba yo los pastores de mi patrio Tajo, sus vanos amores y contiendas a vueltas de los errados pensamientos de mis primeros años, ¿qué me pareceréis agora que me habéis ayudado a cantar los *Pastores de Belén*, sus honestos pensamientos dirigidos a las justas alabanzas de aquella hermosa Virgen que enamora los coros de los Ángeles? Pero os aseguro que por la misma razón que aquí parecéis más rústica tratando cosas tan altas, a mis oídos sonáis más dulcemente, y que si allá no me atrevía entonces que a los de los príncipes hiciédeses lisonja con vuestros toscos números, ni que aun osásedes con los ecos tocar en los umbrales de sus dorados palacios, agora tengo ánimo que despreciéis sus doseles y penetrando las esferas celestiales lleguéis a los oídos mismos de sus hermosos espíritus, testigos de mi canto, y que con el suyo celebraron en Belén esta divina historia. Yo os confieso que aquí ha sido mayor vuestro atrevimiento, por la excelencia del sujeto, más digno de las criaturas intelectuales y puras que de los mortales ingenios, de los cuales ninguno más rudo y divertido que el mío; pero no puedo negaros que esta vez habéis empleado vuestro talento en sujeto dignísimo, y satisfecho en parte aquellas fábulas vanas, inútiles, copiosas de mentiras y lisonjas halagadoras de hermosuras que, en tan breve tiempo feas, han sido luz de mis engaños. Ya no os cuelgo en laureles, ya no en aldabas de oro, sino en este portal de Belén derribado y eterno, de donde pienso volveros a tomar si la Vida que allí nació aquella noche, para que cante sus alabanzas me la concede.

Loado sea el santísimo Nacimiento.

*Si quid dictum adversus Fidem, tamquam non dictum,  
& omnia sub correctione Sancta Mater Ecclesia.*

EN MADRID,  
por Juan de la Cuesta.  
Año MDCXII

